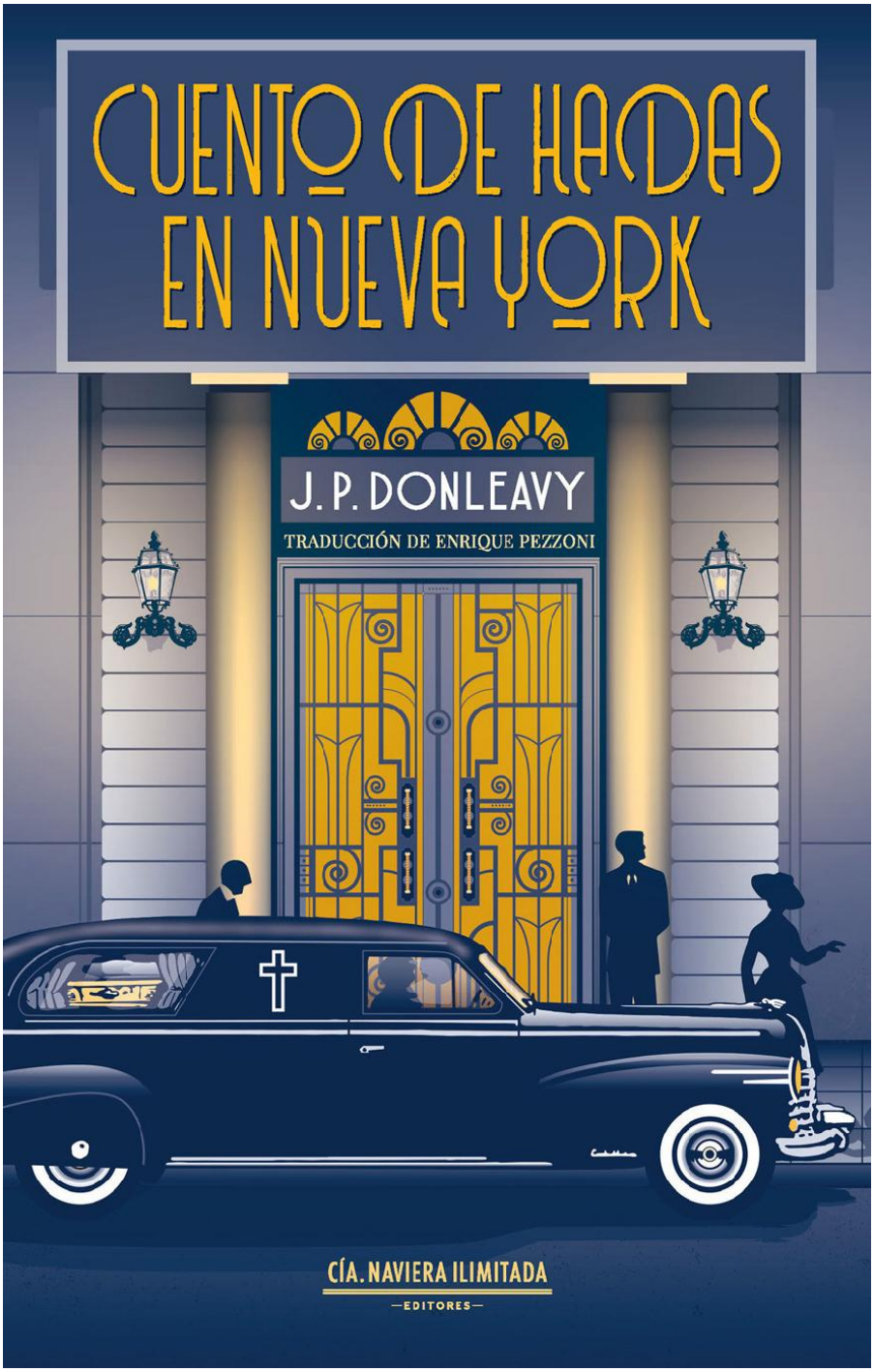
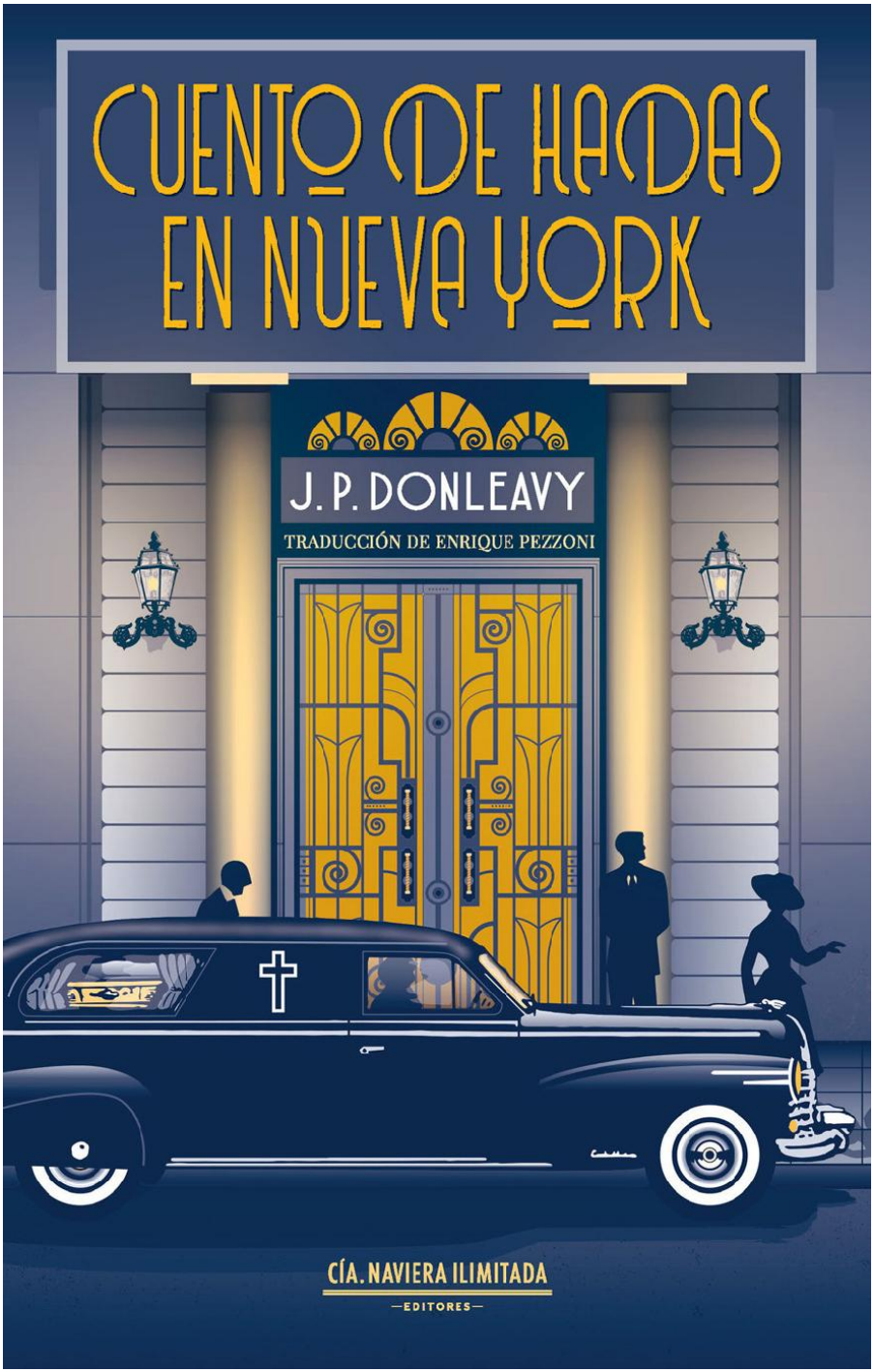
CUENTO DE HADAS EN NUEVA YORK

CUENTO DE HADAS EN NUEVA YORK



CÍA. NAVIERA ILIMITADA
—EDITORES—

CUENTO DE HADAS EN NUEVA YORK



CÍA. NAVIERA ILIMITADA

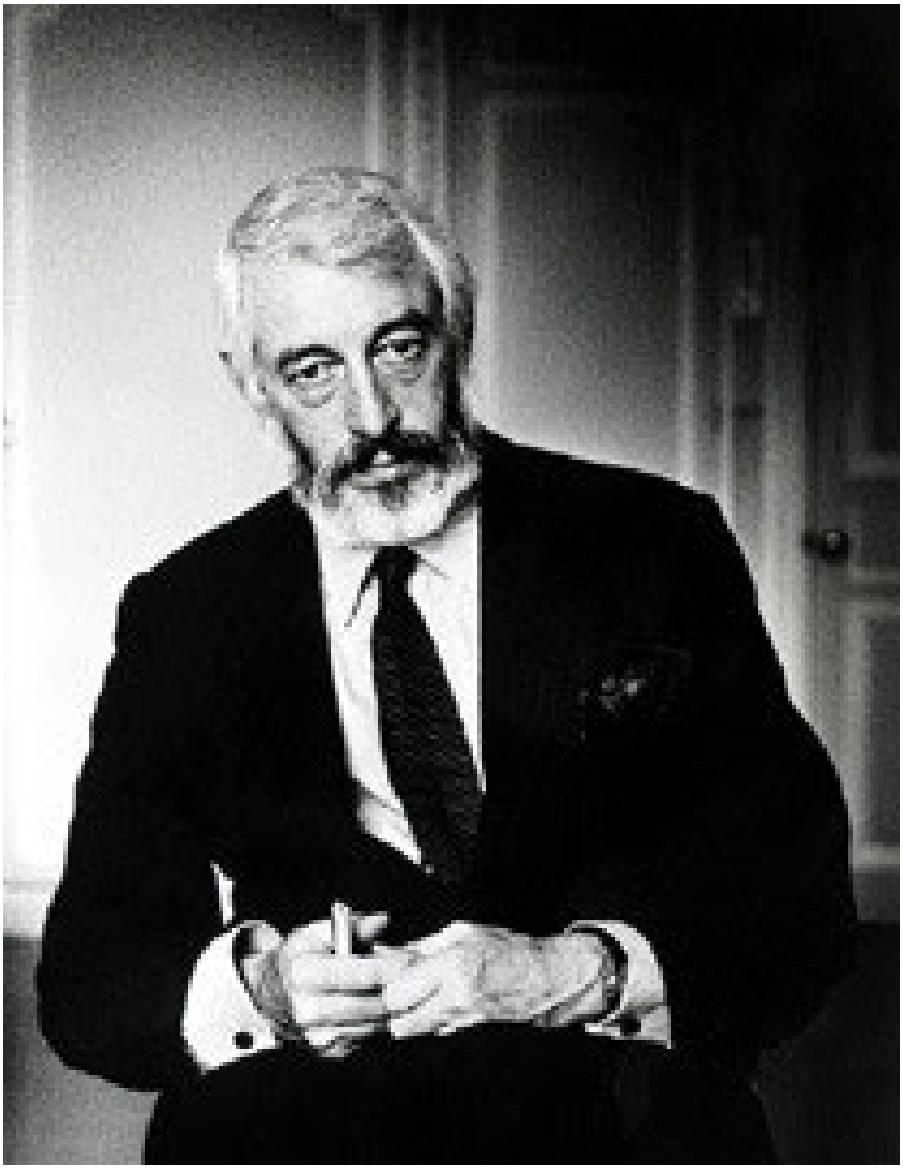
—EDITORES—

Sobre Cuento de hadas en Nueva York

Cornelius Christian regresa a Nueva York luego de un tiempo en Europa. Cuando desciende del barco, solo lleva su equipaje y el cadáver de su esposa. Sin dinero para afrontar los gastos del entierro, se ve forzado a aceptar un trabajo en la funeraria de Clarance Vine, una especie de dandy apasionado por su oficio que se empeña en ver en él excepcionales condiciones para el negocio de la muerte.

En una de las salas de la funeraria, Cornelius conoce a la bella Fanny Sourpuss y a los millones que le acaba de dejar su marido muerto. A partir de entonces, se precipita una catarata de situaciones hilarantes, llenas de erotismo y crueldad, pero también de ternura. Cornelius Christian deambula por una Nueva York tan inmensa como su tristeza, observando la condición humana en todo su pathos cómico, provocando constantemente a la vida a través del desastre, burlando y haciendo estallar las convenciones de una sociedad que se aferra a valores en los que ya no puede creer.

Un libro vital, poderoso e irreverente, divertido y trágico a la vez.



J. P. Donleavy

Nació en Brooklyn en 1926, hijo de inmigrantes irlandeses. Creció en el Bronx y luego de servir en la Marina durante la Segunda Guerra Mundial, estudió microbiología en la Trinity College en Dublín. En 1969, luego de vivir unos años en Londres, se convirtió en ciudadano irlandés. Vivió en County Westmeath, Irlanda, hasta su muerte en 2017, a los 91 años. Es autor de más de una docena de novelas, entre

ellas, The Ginger Man (1955), A Singular Man (1963), The Beastly Beatitudes of Balthazar B (1968), además de obras de teatro y ensayos.

Fotografía: ©Sally Soames

COMPAÑÍA NAVIERA ILIMITADA es una editorial que apuesta por la buena literatura, por las buenas historias bien contadas. Con la convicción de que los libros nos vuelven mejores y nos ayudan a soñar, a ver el mundo, y todos los mundos dentro de él, de otra manera. A pensar que un mundo diferente es posible.

Los autores, editores, diseñadores, traductores, correctores, diagramadores, programadores, imprenteros, comerciales, administrativos y todos los demás que de alguna manera colaboramos para que los libros de Naviera lleguen a los lectores de la mejor forma ponemos mucho trabajo y amor.

Tu apoyo es imprescindible.

Seamos compañeros de viaje.

Cuento de hadas en Nueva York

J. P. Donleavy

Traducción de Enrique Pezzoni

Donleavy, J.P.
Cuento de hadas en Nueva York / Donleavy, J.P..
1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Compañía Naviera Ilimitada, 2020.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online Traducción de: Enrique Pezzoni.

ISBN 978-987-47555-2-0

1. Literatura Estadounidense. 2. Cuentos. I. Pezzoni, Enrique, trad. II. Título.
CDD 813

Título original: A Fairy Tale of New York

© 1961, 1963, 1973 by J. P. Donleavy First published in the United States of America by Delacorte Press in 1973.

© Compañía Naviera Ilimitada editores, 2018, 2022
© De la traducción: Herederos de Enrique Pezzoni, 2018

Diseño de tapa: Santiago Palazzesi / gostostudio.com

Primera edición: agosto de 2018
Primera edición digital: enero de 2023

ISBN de edición impresa: 978-987-46827-2-7
ISBN de edición digital: 978-987-47555-2-0

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización por escrito del editor.

Compañía Naviera Ilimitada editores Pje. Enrique Santos Discépolo 1862, 2º A (C1051AAB), Ciudad de Buenos Aires, Argentina
editorial@cianavierailimitada.com
www.cianavierailimitada.com

Seguinos en nuestras redes:
ig: cianavierailimitada
fb: cianavierailimitada
tw: CiaNavieraIltda

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

1

Febrero. Las tres de la tarde. El cielo entero alto y azul. Banderas y estandartes y gente amontonada. Saludos y tristeza.

Un cajón negro sube desde la bodega, meciéndose en el aire a un lado del barco. Algunos estibadores se quitan la gorra y la capucha. Depositan el cajón cuidadosamente, entre suaves murmullos, sobre un portaequipajes. Lo llevan bajo un cobertizo.

Cornelius Christian de pie bajo la letra C. Llega el inspector de aduana.

—Tendrá que disculparme, señor. Sé que en estos momentos no estará usted con ánimo para que le hagan preguntas. Pero si se toma la molestia de acompañarme procuraré ahorrarle tiempo. Es solo un trámite.

A través del muelle, entre carretillas, perfumes, pieles, casimires, chirridos de cadenas. Una oficina tibia donde picotean máquinas de escribir. El inspector de aduana, alto y moreno, lápiz y papel en mano.

—Según entiendo, eso ocurrió a bordo.

—Sí.

—Y usted es norteamericano y su mujer era extranjera.

—Sí.

—Y usted piensa enterrarla aquí.

—Sí.

Conviene aclarar todo esto ahora mismo para evitar futuros inconvenientes. No quiero importunarlo con nada que no sea estrictamente necesario. ¿Viajaban con niños?

—Únicamente mi mujer y yo.

—Entiendo. ¿El resto de su equipaje solo consiste en efectos personales? ¿Ninguna obra de arte, ningún artículo importado que declarar?

—No.

—Firme aquí, por favor. Eso es todo. Si se le presenta algún problema venga a verme enseguida. Aquí tiene mi nombre. Le resolveré cualquier dificultad. Lo único que debe hacer es preguntar por Steve Kelly aquí, en la aduana. Hace un rato llamó Vine. De la funeraria. Le dije que todo estaba en regla. Dice que puede usted ir a verlo a su oficina o llamarlo esta tarde a cualquier hora. O esta noche. Tiene que resignarse.

—Muchas gracias.

Inspector de aduana palmeando a Christian en el hombro.

—Ah, hable con el estibador, señor Christian. El tipo con campera

de piel. Dígale que lo mandé yo para que lo ayude con el equipaje. Bueno. Ahora ya no tiene nada de qué preocuparse.

—Gracias.

De nuevo afuera entre las grúas que rechinan y las mujeres que taconean y las pilas de valijas llamativas y las etiquetas de colores. El enorme flanco del barco. Yendo hacia él como cuando estaba anclado frente al puerto de Cork. Un barco rígido y frío. Todos nosotros apretujados en la lancha que nos llevaba por el mar picado. Atrás quedaban las casas rosadas en la playa y el humo de la turba remolineando en el cielo de la madrugada. Remaches negros en el flanco del barco. Y yo subí con ella. Por la escala que oscilaba sobre el agua. Y ahora en medio de esta confusión y de la gente que se echa los brazos al cuello. Aquí está el estibador con la campera de cuero; tiene un gancho bajo el brazo. Músculos tensos en la quijada.

—Perdón. Steve me dijo que usted puede ayudarme con el equipaje.

—Sí, claro. Cuánto trae.

—Dos valijas, tres baúles pequeños.

—Está bien. Sígame. Voy a bajar las cosas por la escalera mecánica. Espéreme abajo. ¿Quiere un taxi?

—Sí, gracias.

Bajo el techo de vigas y carteles. Prohibidas las propinas. El gruñido de la escalera mecánica que baja baúles y cajones de embalaje. Empujándolos, golpeándolos. Si tratan las cosas de este modo el ataúd se abrirá. Y todos gritan: Por aquí. Cinco dólares a Grand Central. Tres cincuenta a Pennsylvania Station. El estibador tiene cicatrices en la cara y apoya las manos en las caderas.

—Señor Christian, este tipo lo llevará adonde usted quiera. Ya metí el equipaje en el taxi.

—Sírvase.

—No no. Nada de plata. Los favores no se pagan. Ya le tocará a usted hacer algo por los demás. Así es la vida.

—Gracias.

—De nada.

Cornelius Christian abre la puerta del taxi reluciente. Bocinazos por todas partes. El conductor de gorra verde se vuelve hacia él.

—Adónde vamos, muchacho.

—No sé. Todavía no lo he pensado.

—Vea, no puedo quedarme el día entero esperando. Dentro de poco llega otro barco.

—¿No sabe dónde puedo alquilar un cuarto?

—Yo no soy la guía telefónica, muchacho.

—Un sitio cualquiera.

—Por aquí hay muchos hoteles.

—¿No sabe dónde puedo alquilar un cuarto?

—Una casa de pensión para un tipo como usted. Justo la clase de covachas que conozco. Qué hora para empezar a buscar. Si todo el mundo me pidiera que le buscara un cuarto me moriría de hambre. Con lo que ya me cuesta ganarme unas monedas. Bueno. Conozco un sitio en el oeste, cerca del museo.

El taxi zigzaguea entre los demás automóviles. Gente que sube a otros taxis con sonrisas y abrigos en los brazos. El viaje ha terminado. Algunos regresan con amigos nuevos. Enfilamos hacia la autopista rugiente.

—Ya sé que no es asunto mío. Pero no entiendo que un tipo como usted vuelva de un viaje sin tener adónde ir. Usted no parece de esos que no tienen ningún amigo. En fin. En este mundo hay de todo. Siempre se lo digo a mi mujer. Pero ella no me cree. Piensa que todos son como ella. ¿Estuvo mucho tiempo afuera?

—Fui a la universidad.

—Allá sí que enseñan bien. ¿No se siente solo?

—No. Me gusta estar solo.

—Y bueno. Cada uno tiene derecho a vivir como le da la gana. Pero mire esto, aquí es difícil sentirse solo. Parece que todo va a explotar de un momento a otro. Y míreme la cara de mono que tengo. ¿Sabe por qué? Porque fui dueño de una veterinaria hasta que a un pariente mío se le ocurrió una gran idea para ganar un montón de plata. Y qué pasó. Perdí hasta los calzoncillos. Ahora tengo que arreglármelas con el taxi. Aquí todos corren tras la plata pasando por encima de los demás. Qué vida. Hay que romperse el lomo hasta reventar.

Christian cruza las manos con guantes blancos sobre las rodillas. La corriente de automóviles por la autopista. Aúlla la sirena de un auto de la policía.

—Oiga eso, algún tipo habrá asesinado a su madre para sacarle unas monedas. Míreme a mí, tengo que tomar leche todo el día. Como los chicos. Se lo digo yo: es una vida de perros. Hay que sudar la gota gorda. Un desastre. Esta ciudad de mierda está llena de extranjeros. No sé por qué no se quedan en Europa en vez de venir a embromarnos aquí. ¿Usted es extranjero?

—No.

—Parece extranjero. Si es extranjero, a mí no me importa. Mi madre vino de Minsk.

Nubes grises hacia el este. Hielo al borde del río. Débil sol rojizo, brumoso.

—Ya llegamos, muchacho. Deme cinco dólares.

Casa de ladrillos descoloridos. Una verja de hierro. Hace años los ricos vivían en casas así. Una escalera empinada en la entrada. Se han

ido los primeros cinco dólares.

—Toque el timbre, muchacho, mientras le bajo el equipaje. Así nunca seré rico. Pero me da lástima. La señora Grotz se encargará de usted. Está chiflada. Pero aquí todos andan mal de la cabeza.

La señora Grotz en la puerta: bizca, envuelta en un abrigo negro con cuello de zorro plateado.

—¿Qué busca?

—Es un buen tipo, abuela. Viene de estudiar en Europa. No tiene amigos.

—Por algo será.

—A lo mejor no necesita amigos.

—Estás loco. No se puede vivir sin amigos.

—Mi mujer también cree que estoy loco. Pero soy un dios para mis chicos.

—Mejor te vas a tu casa, chiflado. Sígame, muchacho. Tengo un buen cuarto para usted.

Arrastrando las valijas a la zaga de ese trasero enorme, escaleras arriba. Olor a cebollas. Tufo a humedad.

—Estas escaleras me matan, muchacho. Tengo que hacerlo todo yo sola. Desde que mi marido se cayó muerto en calzoncillos. Mientras yo lo miraba. Por poco me muero del susto. Se levantó para apagar la luz y se cayó muerto de boca al suelo. Desde entonces me fallan los nervios. Mire cómo tiemblo. Todos los maridos se caen muertos de repente. Por qué no se les ocurrirá morirse tranquilamente en un hospital.

Un cuarto con cortinas rojas en la ventana. Una cama de dos plazas como una que vi en Virginia una vez que caminaba por una calle y me trepé a un tren parado bajo el sol de fuego. Ojalá pudiera ahorrar calor para el invierno.

—Cuatro dólares cincuenta por noche o veinte dólares por semana. Mire todo lo que ofrezco: radio, armario, estufa de gas, agua caliente. No ponga fuerte la radio.

—Si me permite, en un día o dos le haré saber cuánto pienso quedarme.

—Le doy hasta el viernes. Qué manera de hablar rara tiene. ¿Es inglés? ¿Aprendió a hablar así en la universidad?

—En cierto modo.

—¿Siempre habla así?

—No sé.

Deme cuatro dólares cincuenta.

Y ahora
ya eres dueño
del puente de Brooklyn

2

Un mundo nuevo. Valijas abiertas sobre la cama. Prendo la estufa. Paso frente a otra puerta marrón, camino hacia el vestíbulo. Todo a oscuras. Y los autos pasan por la calle como barcos y suaves burbujas.

Encuentro la llave de luz en el cuarto de baño. Toalla verde en el suelo. Levanto el asiento. Todos los caballeros deben hacerlo. De niño nunca lo levantaba y mamá decía: Hay que levantar el asiento. Recojo la toalla. Vuelvo. Esta puerta tiene un nombre bajo el celofán. Y ahora lo único que puedo hacer es esperar y esperar y esperar. Tendrá que pasar. Ella no sabía empacar y su valija es un barullo. Yo le decía que era una torpe, por qué no doblas la ropa. Ahora tengo que ir allá. A la funeraria. Me lavaré la cara. Nadie que se quede con ella. Y yo tan lleno de mi propia muerte. Ojalá sepa cómo llegar hasta allí después de tantos años. Cuánto costará. Terminar así, enterrada entre extraños.

Christian baja a la calle. Abrigo gris sobre los hombros. Guantes blancos en las manos. Calle llena de sombras. Automóviles oscuros estacionados. Al frente, los nudosos dedos rígidos de los árboles. Después de tanto océano. No sé qué decirle a ese hombre. Estará vestido de negro o algo así. Tendré que darle propina o un cigarro. Creerá que no estoy bastante apenado y que soy incapaz de sentir la muerte.

Las altas ventanas grises del museo. Bajo la escalera hacia el subterráneo. Por todos lados mascan chicles. Los molinetes del subte me hacen pensar en caballos. La ficha entra tan fácilmente en la ranura. Un clic y paso por el molinete. Podría tirarme bajo un tren. Dejar que pase rugiendo sobre mí. Qué habrá que tocar para morir electrocutado. Cómo sabrían que deberían llevarme y ponerme junto a Helen. Tendría que escribirlo y meter el papel en mi billetera. En caso de muerte que me lleven a la funeraria Vine y me entierren junto a Helen. Tan destrozado que podrían ponerme en torno a ella en el mismo ataúd. No puedo soportar la idea de que tengas frío. Y lo último que dijiste fue que te sepultaran bajo tierra. Y siempre usabas mucha sombra verde alrededor de los ojos. Te acercabas a mí en tu vestido de seda crujiente. Como si hubieras sido hueca. Oías con tus grandes ojos. Y el primer día que pasamos a bordo no quise que gastaras dos dólares para alquilar una reposera. Ahora te dejaría. Ahora te dejaría hacer cualquier cosa. Helen, ahora podrías alquilar dos o tres reposeras y yo no te diría una sola palabra. No era por el dinero, era porque tenías muy mal aspecto y pensé que te helarías de frío en la cubierta. Y nadie sabía lo enferma que estabas. Y tiré de la

toalla. Te la arranqué de las manos cuando me dijiste que gastarías esos dos dólares. No era por el dinero. Ahora rompería dos dólares aquí mismo, en esta plataforma del subte. Dios mío, era por el dinero... Te he perdido.

La cabeza inclinada. Un nudillo blanco restregando un ojo. Un hombre se acerca.

—¿Le pasa algo, muchacho?

—No, nada. Se me ha metido algo en un ojo.

—Bueno... Pregunté por las dudas.

El tren ruge en el túnel. Se precipita en el andén. Hace vibrar el suelo. Las puertas se cierran gruñendo. Después arriba, afuera. Cruzando cada avenida cuando las luces se ponen rojas y los autos se detienen. Y todo es tan nuevo y tan viejo a mi alrededor. Cuando era chico anduve por aquí y oí el frenazo de un auto que atropelló a un muchacho. Vi la camisa blanca sobre sus hombros. Y mientras escapaba pensé si la gente se reuniría en torno a él para darle calor y no como yo, que me escapaba.

Más allá, donde la calle dobla hacia abajo, cerca del tren elevado, donde están los edificios altos y el río. Ya llego. Aquí es. Puertas con cortinas dobles, dos siemprevivas a cada lado. Empujo una puerta. Dios, adónde has venido a parar. Un vestíbulo con una alfombra muy espesa. Qué lujo. Por las paredes fluye una luz verde. Todo es tan suave. Un sitio agradable. La puerta está abierta. Hay luz detrás. Llamaré. Unos zapatos negros y unas medias negras con ligas asoman por debajo de un escritorio. Se mueven, brillan. El hombre me tiende la mano.

—Buenas tardes. Usted es el señor Christian, ¿no es cierto?

—Sí.

—Lamento que haya tenido que molestarse. Yo soy Vine.

—Siéntese, por favor.

—Gracias.

—¿Quiere fumar? Un cigarrillo. Un cigarro.

—No, gracias.

—Póngase cómodo. Solo tenemos que cumplir con algunos trámites sin importancia. El inspector de aduana que lo atendió me telefoneó cuando usted salió del puerto. Fue muy amable de su parte. Desde luego haré todo cuanto esté a mi alcance, señor Christian. Solo tiene que firmar aquí.

—Gracias.

—Yo no soy un hombre cualquiera en este negocio. Esto es algo muy importante para mí y siempre que puedo ofrecer ayuda lo hago sin vacilar. Tiene que tenerlo presente.

—Se lo agradezco mucho.

—Hacemos las cosas lo mejor que podemos, señor Christian.

Tratamos de entender el dolor de los demás. El entierro será en Greenlawn, si le parece bien. ¿Conoce Nueva York?

—Sí. Nací aquí.

—Entonces conocerá Greenlawn. Uno de los cementerios más hermosos del mundo. Siempre es un placer visitarlo. Mi mujer está enterrada allí. Es un lugar lleno de paz. Nosotros entendemos cómo se siente la gente en estas circunstancias, señor Christian. Me encargaré de hacer todas las gestiones para evitarle molestias. Después podrá usted hablar con ellos. Déjelo todo en mis manos. Arreglaré las cosas lo antes posible.

—Quisiera que el entierro fuera mañana por la mañana.

—Muy bien. De ese modo los deudos tendrán tiempo. El aviso aparecerá en el Daily News de mañana, siquiera para que la gente tenga un par de horas para llegarse hasta aquí.

—Yo soy el único deudo.

—Entiendo.

—Nadie sabía que volvíamos a Nueva York.

—Puedo reservarle la pequeña suite que está al otro lado del vestíbulo.

—Solo por unos minutos. Quiero que todo sea muy rápido.

—Comprendo. En materia de flores...

—Quisiera algo muy simple. Quizá una corona que diga “A mi Helen”.

—Desde luego. Algo sencillo. Yo mismo me ocuparé de eso. Aquí procuramos compenetramos con el dolor, señor Christian. De ese modo llegamos a conocerlo. ¿Desearía que pusiéramos un cristal? Para conservarla mejor.

—Está bien.

—¿Cuál es su domicilio?

—Vivo cerca del Museo de Historia Natural.

—Me complace saber que vive usted allí. Hay mucho sobre qué reflexionar en ese edificio. Le enviaremos un automóvil.

—¿Hay que pagarlo aparte?

—Está incluido, señor Christian. ¿Qué le parece a las nueve y media, o a las diez? O cuando usted quiera.

—A las nueve y media me parece bien.

—¿Quiere usted tomar algo antes de irse, señor Christian? ¿Un whisky?

—Sí, gracias. ¿Usted es irlandés, señor Vine?

—Mi madre lo era. Mi padre era alemán.

El señor Vine sacude la cabeza y guiña los ojos en un tic, mientras cruza la alfombra amarillo canario. Pone una blanca mano impoluta bajo un cuadro iluminado. Rayos de sol filtrándose entre montañas cubiertas de pinos y debajo una paca de bronce que dice “Sol

invernal". Paneles que se abren. Estantes con botellas, vasos y la puerta blanca de una heladera. Debe beber como una esponja. Cada noche lo levantarán como a un cuerpo muerto. No tengo coraje para decirle que me crie en el Bronx.

—¿Soda, señor Christian?

—Sí, por favor.

—Por el modo en que ha dicho esas tres palabras me doy cuenta de que usted es un hombre muy instruido, señor Christian. Y me gusta su nombre. Yo no he tenido muchas oportunidades en materia de instrucción. Trabajaba en los pozos de petróleo de Texas. Después fui gerente de la planta de producción. Nadie lo diría al verme, ¿no es cierto? Dejé de ir a la escuela cuando tenía nueve años. Siempre quise trabajar en este oficio, pero a los treinta años todavía no había podido empezar los estudios secundarios. Estuve en la Marina. Cuando salí fui a una academia funeraria. Es algo que lo hace sentirse a uno más cerca de la gente. Es una ocupación digna. Y requiere talento artístico. Cuando uno puede ver lo que es capaz de hacer por alguien que acude indefenso. Le permite a uno suavizar las cosas. Usted es un hombre con quien se puede hablar, una persona con la mentalidad apropiada. En este sentido nunca me equivoco. En cambio, hay gente que revuelve el estómago. Si hay algo que no me gusta en este oficio son los embaucadores. Y le aseguro que hay muchos. Tómese otro trago, le hará bien.

—Gracias.

—Algunos creen que soy demasiado franco, pero muchos me lo agradecen y hay gente que pone a toda su familia en mis manos. Hasta en una gran ciudad como esta. He abierto otra sucursal en el lado oeste, cerca de la calle Cincuenta. Pero prefiero este sitio, que es donde empecé. Mis dos hijas ya son casi unas mujercitas. Aquí uno conoce a gente de toda clase. Soy medio filósofo y sostengo que lo que hay que aprender se aprende tratando con la gente. En este sentido sí puedo decir que he recibido mucha instrucción. Aunque no tenga ningún título. A veces pienso que es triste no tenerlo, sobre todo cuando entierro a alguien con título. Pero todo depende de cómo se conduce la gente. Por eso me doy cuenta muy bien de la clase de persona que es usted. El tipo de la aduana me dijo por teléfono que usted era todo un caballero. ¿Le gustaría que le mostrara el establecimiento? Si no tiene ganas dígamelo sin tapujos.

—Me da lo mismo.

—Creo que lo consolará mucho comprobar que ella estará aquí como en su propia casa. Venga conmigo. En estos momentos no tenemos huéspedes; en la otra sucursal solo hay dos salones. Aunque esta es la época del año en que abunda más el trabajo.

El señor Vine se pone de pie. Se inclina ligeramente hacia adelante.

Sacude la cabeza, levanta un hombro hasta la oreja. Tiene arrugas en torno a los ojos y el pelo como cerda. Sostiene la puerta abierta. Sonriendo con la cabeza ladeada.

—Nunca permito que un establecimiento mío sea demasiado grande, porque de lo contrario se pierde el toque personal. Debe ser cálido, íntimo, para que la gente se sienta como en su propia casa. Le he puesto el nombre de Casa a la otra filial. Esta se llama Funeraria Vine. Hubiese querido cambiarlo, pero resultaba muy caro porque ya estaba hecho el letrero de neón. Pero me parece que la palabra funeraria rebaja de categoría. Es como para la gente pobre. Prefiero la palabra casa. Yo no pongo cara triste a la gente. Yo sonrío. La muerte es como una reunión. Una pausa en la vida de los demás. ¿Me entiende?

Un corredor de techo bajo. El señor Vine guía lentamente al señor Christian en la tenue luz, caminando sin hacer ruido.

—Estas son las suites. Estas dos tienen baño privado. Ha sido una excelente idea. No se lo digo a mucha gente, pero la muerte de un ser querido estimula ciertas funciones. Ya se habrá dado cuenta de que toda la luz es verde y fluye por las paredes. El efecto se consigue mediante un cristal especial. No hay otra casa en Nueva York que la tenga. ¿No le importa que siga mostrándole?

—No, está bien.

—Dentro de pocos años abriré una sucursal en el campo. Para algunos el campo es sinónimo de paz. Habrá visto el cuadro del bosque bajo el sol invernal. La idea se me ocurrió mirando ese cuadro. Es difícil encontrar paz aquí, viniendo desde la calle. Y oiga el ruido que hace el tren elevado. Piensan eliminarlo. Ojalá sea pronto. Le hace a uno saltar los tímpanos. Pero ya me he resignado. Esta es la capilla. La diseñé en forma circular, como el mundo. Verá que el verde se repite también aquí. Y esta es la puerta que da a nuestro laboratorio. Lo llamamos el estudio.

—Todo es muy lindo.

—Me complace mucho que lo diga. Y espero que esté satisfecho por haber acudido a esta casa. Mi mayor deseo es que la gente quede satisfecha. Puede usted confiar en mí. Tengo una verdadera devoción por mi trabajo. Sentir amor por lo que uno hace es la felicidad. Y gracias a eso puede uno conocer a personas como usted. Jamás me equivoco con la gente. Sé cuáles son las lágrimas de dolor más sinceras: no son las que se ven correr por las mejillas. Y este es el salón más grande, el primero que usé. Aquí han estado dos o tres personajes. El señor Selk, el industrial. He tenido ese privilegio. Cuando alguien está en este salón, encendemos un cirio tras el cristal verde. Me parece que confiere o, más bien, comunica una atmósfera de santidad al recinto.

—Sí, tiene razón.

—Y ahora váyase a su casa. Trate de no pensar en nada. Duerma bien. Recuerde que tomará tiempo. Pero el tiempo es nuestro amigo. Y tenga presente que aquí estoy yo para lo que me necesite. Nuestro automóvil lo irá a buscar mañana por la mañana. Buenas noches, señor Christian.

El señor Vine y Christian se dan la mano. Vine entrega a Christian un folleto. Abre la puerta hacia la fría luz eléctrica de la calle. Una última sonrisa, un saludo con la mano.

El ventoso desfiladero de Park Avenue. Una ciudad llena de viento. Frío taconeo contra el pavimento. Porteros que se restriegan las manos, patean el suelo, miran a un extremo y otro de la calle. Empieza a nevar. Como el primer invierno que pasé en Dublín. Cuando el cielo permanecía gris durante meses enteros. Y compré una gruesa frazada de lana que olía a oveja.

Con las manos hundidas en los bolsillos, Christian toma un subterráneo hacia el oeste. Ya estoy de regreso en las sombras del museo. A lo largo de las casas de ladrillo. Donde vivo por esta noche.

Se oye música a través de la puerta con el nombre bajo el celofán. Una luz mortecina en el vestíbulo. Olor a cera en el aire. Tufo a humedad. Una puerta se cierra de golpe. Alguien grita: ¡Cállense!

Tengo que atravesar esta puerta y dormir. Descorro la espesa cortina roja para que mañana me despierte la luz. Cae la nieve bajo el farol de la calle. Una casa ajena se siente como propia cuando está llena de extraños. Helen, nunca te hubiese traído a un cuarto como este. Me produce la sensación de que te obligo a compartir la pobreza porque esta no es la clase de sitio donde hubieras podido vivir. Tu sitio eran los cuartos de baño con níqueles relucientes y toallas tibias. Mira, en cambio, este inmundo material plástico. Parece imposible que estuvieras en ese estudio mientras Vine y yo hablábamos. Y no debimos hablar así. Pero hablamos. Como si hubieras sido un objeto cualquiera. Helen no es un objeto. Es mía. Se la llevaron. Se fue. Adonde está más cerca de mí. La tengo metida en la cabeza. Estuvo conmigo cuando yo iba y venía por el barco sin poder soportar que me miraran cuchicheando. Nuestra mesa en el centro del comedor. Todos pensaban en aquel día, cuando dieron el baile de gala, con sombreros de papel y globos, y Helen estaba sentada ante la mesa y lloraba, el pañuelo rosado metido en tu manga y perlas como gotas minúsculas en tu cara y ninguno volvió a verte. Hasta fueron capaces de ir hasta la puerta de mi camarote después de que te moriste para tratar de oír si lloraba. Y aquel camarero que dijo que no te lavaría la ropa. Asomó su negra cara por la puerta y la cerró despacio cuando me vio tirado en la litera. Y te cerró la puerta en las narices. Nosotros dos atónitos, sin saber qué hacer ni qué decir. Yo tenía los tres dólares en el puño y

vi cómo su mano negra se adelantaba y los tomaba y cerraba despacio la puerta. El camarero que nos llenaba los platos de cosas que no queríamos y que el segundo día dijo: ¿Su esposa no come más? Y le dije que no. Y durante el almuerzo volvió y dijo que lo disculpara, que no sabía nada, el que servía las bebidas se lo había dicho y me sirvió un plato cubierto de salmón ahumado. Se mantuvo todo lo alejado que pudo hasta la última comida, cuando empezó a rondar a la espera de la propina y me preguntó si yo era un refugiado. Entonces me fui del comedor y desde la baranda del barco miré esa costa extraña y chata con los frágiles dedos blancos en el cielo. En ese camarote, Helen, donde dejaste tu alma. Y ahora tengo que acostarme aquí, entre estas sábanas insomnes, sin ti.

Tinieblas
en todo
mi dolor

3

De la calle llega el ruido de las palas con que recogen la nieve.

El silbato de un barco desde el río. Gruñe y gime la cañería a lo largo de la pared. Afuera sopla el viento y sacude la ventana. Llaman a la puerta.

—Señor Christian, abajo hay un hombre que lo busca.

—Por favor, dígale que bajo enseguida.

Christian mira por la ventana hacia la calle. Un hombre con abrigo oscuro, camisa verde, corbata negra. No lleva sombrero en la cabeza calva. Mechones de pelo gris. Un largo automóvil negro. Viene a buscarme. No puedo hacerlo esperar. No puedo impedir que te entierren bajo la nieve.

La señora Grotz ante la puerta, arrebujada, el vaho de su aliento en el aire frío. Frotándose las manos. Mirando a Christian cuando pasa y saluda al chofer en la escalera de la entrada. Una voz suave, solemne, mientras se cubre la cabeza con la gorra negra.

—¿El señor Christian? Soy de la Funeraria Vine.

—Lamento haberlo hecho esperar.

Grotz desliza sus pies con pantuflas hacia la nieve. Aguza el oído. La boca abierta, la mirada fija.

—Eh, qué pasa. A qué viene esto. Aquí hay lío. ¿Usted es de una funeraria?

Christian se detiene, se vuelve. Se ajusta los guantes en las manos. Mira a la señora Grotz, escaleras arriba.

—Mi mujer.

—¿Así que tiene mujer? ¿Y dónde está su mujer? ¿Qué pasa con su mujer?

—Ha muerto.

—¿Cómo? Oh, señor.

Más allá, el parque, una leve ondulación cubierta de nieve aterciopelada. Tan blanca. Tan Navidad. Pájaros que toman baños blancos. Los camiones recogen la nieve con palas mecánicas. No tengo corbata negra. Pero una verde hará juego con la Funeraria Vine. Los transeúntes miran este automóvil tan caro.

—¿Está cómodo, señor Christian?

—Sí, gracias.

—Están echando sal sobre la nieve. Después, cuando la nieve se derrite, los autos que van adelante la tiran sobre el parabrisas del que va detrás. Un verdadero problema. Saben muy bien que todos los años nieva. No sé cómo no se les ocurre algo.

—Tiene razón.

Los rayos del sol matinal en las calles transversales, horadando las sombras del parque. Esos hoteles tan altos. Y esas mujeres tan esbeltas que entran en ellos. Donde brillan las luces. Y todos tienen miedo de todos. Y quizá Vine y su toque personal.

Un letrero de neón verde. Funeraria Vine. La llaman casa. Frente a ella un camión de limpieza estacionado. Unos hombres empapados lo llenan de nieve. El señor Vine agita el brazo. Tiene la cara enrojecida.

—Buenos días, señor Christian. Tuve que decirles a esos hombres que se llevaran de aquí ese camión de limpieza. Por aquí, señor Christian.

Vine abre la puerta. Un firme apretón de manos, inclinando la cabeza y sacudiéndola. Como para sacarse el agua de las orejas después de nadar. Ahora indica el camino.

—He elegido mi música favorita, señor Christian. Su esposa está hermosísima. Lo espera. La señorita Musk[1]

estará a su disposición. Si me necesita no tiene más que tocar el timbre. ¿Se siente bien?

—Sí.

La muchacha avanza desde las sombras. No puedo mirarle la cara. Solo veo el tobillo delgado, la pierna. Y oigo su voz amistosa:

—Me llamo Elaine Musk. Soy la ayudante del señor Vine. ¿Me permite su abrigo?

—Creo que me lo dejaré puesto. Por un momento.

—La música no ha empezado aún. Si se le ofrece algo, cualquier cosa que sea, aquí me tiene usted para ayudarlo.

—Gracias.

El salón oscuro. Cortinas corridas en la ventana que da a la calle. Y la luz verde fluyendo tras el cristal. El ataúd negro, reluciente. En un caballete, la corona iluminada con luz verde. “A mi Helen” escrito con muguetes. Una mesa con una Biblia. A lo largo de la pared sillas para los deudos. Hasta mis flores están iluminadas. Vine debe embolsar montones de plata. Por suerte el ataúd es negro. Me moriría si fuera verde. Me acerco y me arrodillo. Todo tan suave. No puedo mirarte. Solo veo los nudillos de tus manos. Te has librado de darle la mano a Vine; por poco me rompe la mía. Si pudieras moverte. Encerrada tras ese cristal, sin poder levantarte. Perdóname si no tengo el coraje de mirarte. Si te mirara descubriría que estás muerta para siempre. Qué pasa con toda la carne y la sangre. No hemos tenido hijos. Solo me dejas el dolor de perderte. Y yo no quería meterme en gastos, porque tener un hijo cuesta dinero. Cada centavo que gastaba me hacía sufrir. Ese era el único motivo. Sabía que me lo suplicabas sin cesar y yo decía: Esperemos. Y esperamos. Tu ataúd es tan liso. Es curioso: deslizo la mano por la parte inferior para ver si tiene algún chicle

pegado. Vine jamás permitiría semejante cosa. Y aunque ese tipo está medio chiflado me ha consolado bastante, ya que por lo menos nadie se ríe ni hace bromas frente a ti. Bajaré la cabeza porque puedo distraerme y mirarte. Pensé que lloraría pero no puedo. Helen, ojalá fuéramos diferentes de todos los demás. Ojalá existiera algo que nos apartara del resto del mundo. Pero ninguno de los dos somos nada. En el barco decías que te gustaba quedarte acostada en el camarote. Los primeros norteamericanos que conociste te hartaron. Y yo estaba tan orgulloso de traerte a mi país. Soñaba con que te gustara. Cuando te fuiste no quise que nadie se acercara y me tocara el brazo y me palmeara el hombro diciéndome: Lo siento mucho, es terrible lo de su mujer, debe tener valor, y cosas así. Pero al mismo tiempo los necesitaba, necesitaba a alguien que me mostrara algo. Cualquier cosa. Pero en ese barco de mierda nadie se me acercó salvo en busca de propina. Y a cada segundo te alejabas más de mí. Cavarán la fosa de lados bien rectos y antes de que anochezca te meterán en ella. Y tantas veces que pensé: Ojalá te murieras. Para ser libre. Eran pensamientos negros. De pura rabia. Pero los pensaba. Tengo que levantarme. Miraré por la ventana.

Cruzo en silencio el salón. Aparto las espesas cortinas y miro hacia la calle, hacia la luz del mediodía. Pasa gente encogida de frío. Allá hay una tienda con artículos en liquidación. Vine dijo: Toque el timbre cuando esté dispuesto. Qué lápiz labial usará para los que vienen aquí. Quizá use la misma barra para todos. Para toda clase de labios. Para conseguir que brillen y no tengan grietas y permanezcan bien rojos como frutas muy maduras. Vine tenía un pañuelo verde en el bolsillo. Qué será esta manía suya del verde. Debe pasarse casi toda la vida hablando en voz baja, saludando con la cabeza, frotándose las manos y diciendo esas cinco palabras: Aquí nos encargaremos de todo.

Christian se aparta de la ventana. Vine se inclina sobre el ataúd y pasa un paño sobre el cristal.

—Debe ser una condensación en el interior, señor Christian. Sería un pecado estropear un rostro tan encantador. Los labios de una mujer son una de las partes más hermosas de su cuerpo. Hay mujeres que miran los labios de un hombre cuando habla en vez de mirarlo a los ojos. ¿Se siente bien?

—Sí. ¿No cree que ya deberíamos irnos?

—Sí. Dentro de unos minutos. Esta mañana el salón principal está ocupado. En este trabajo nunca se sabe.

—Señor Vine, me parece que está dándome demasiados detalles sobre su trabajo. No quiero ofenderlo, pero me deprime.

—No se sienta molesto. Es que a veces me distraigo. Trato de que todos se sientan como en su casa y no vean algo extraño en una funeraria. La gente debería informarse. Yo he tomado disposiciones

para mi propio entierro. Pero no se sienta molesto. Cuando yo tuve que pasar por esto, cuando murió mi mujer, sentí que necesitaba distraerme con algo y me sentí mucho mejor cuando me ocupé de todo personalmente. Por eso pensé que le haría bien interesarse en los detalles.

—Esto no es una distracción.

—Tranquilícese, muchacho. Recuerde que aquí no está solo. Si hablo como un loro, discúlpeme. Es algo que no me pasa con mucha gente. Pero poniéndose en ese estado no conseguirá que ella vuelva. Lo único que podrá recordar es la belleza. Trate de recordar la belleza. Vamos, muchacho, tómelo con calma.

—Mi mujer está muerta.

—Ya lo sé.

—Entonces qué mierda quiere decirme con eso de tómelo con calma.

—Si lo entiendo bien, señor Christian, usted preferiría seguir tratando con otra persona. Puedo ponerlo en contacto con uno de mis ayudantes si lo desea.

—Está bien, está bien. No tengo ninguna gana de armar líos. Deje las cosas como están. Es que me preocupa el dinero y no sé cómo voy a arreglármelas.

—Escúcheme. Quiero decírselo con toda franqueza. Yo no le robo la plata a nadie. No es así como llevo mi negocio. Usted dispondrá de todo el tiempo que necesite y más todavía. Entiéndame bien. Y si no le basta el plazo que le doy, pensaremos en otra cosa. Si no hubiera venido de otro país, no me habría tomado todas estas molestias. Además, usted parece una persona decente. Hasta pensé que usted es un hombre muy apropiado para esta profesión y le aseguro que eso para mí es un cumplido. Usted es un caballero. Cuando todo acabe, si quiere venir a verme, me alegraré mucho. Recuerde que siempre habrá un lugar para usted aquí. Y si se decide, lo tomaré como un gran honor. Si está listo, ya podemos cerrarlo.

—Sí.

—Puede esperar con el chofer.

—Muy bien.

—Nosotros nos ocuparemos de usted, Christian. Recuerde que esto no es la muerte. Todo esto es vida.

Salgo al vestíbulo. A través de las puertas con cortinas. Me subo las solapas del abrigo. El chofer fuma un cigarrillo. Se le ha desprendido un mechón de pelo gris y se le mete en una oreja.

Christian tose. El chofer se levanta para abrir la puerta. Por un instante se le ven los calcetines amarillos con rayas blancas.

El automóvil se adelanta. El coche fúnebre se acerca a la puerta de la Funeraria Vine. Salen tres hombres frotándose las manos con

guantes verdes y golpeando con los pies la nieve dura. Al final de la calle el tren elevado ruge en su armazón de hierro. El camión de limpieza se ha llevado su montón de nieve. El chofer hace anillos con el humo del cigarrillo. Y se vuelve.

—¿Quiere esta manta, señor Christian? Si tiene frío envuélvase las piernas. Siempre hace unos grados menos cuando se sale de la ciudad.

—Gracias.

—Ya salen, señor Christian.

El señor Vine está a un lado, sosteniendo la puerta. El ataúd sobre cuatro hombros. Como un elefante con cuatro patas negras. Vine sacude la cabeza, inclina la oreja hacia el hombro y se la rasca. Se mete en la casa. Sale de nuevo con un abrigo negro, unos papeles en la mano, sin sombrero, los ojos brillantes. Cruza la calle. Sortea cuidadosamente con sus relucientes zapatos negros los montículos de nieve. Se acerca a la ventanilla para hablar con el chofer.

—Para ir más rápidos tomaremos la ruta oeste, Charles. Tome por Park y después por la Cincuenta y siete. ¿Está usted bien, señor Christian?

—Sí.

Vine se detiene. Pasa un automóvil. Vine mira al resto del mundo como algo que quisiera enterrar. Sus órdenes militares impartidas con voz áspera. Supongo que ya partimos. Es inútil resistirse. Solo trata de ser amable. Es la primera vez que alguien me ofrece trabajo.

El coche fúnebre arranca. Vine señala con la mano. Lo seguimos. Hacia el final de la calle. Otra vez el tren elevado. Despertará a Helen. Una vidriera llena de heladeras. El anuncio dice que las liquidan casi por nada. Atención, rebajas increíbles. Tengo la sensación de que el mundo entero está vacío a mi alrededor. Me siento como en una carretera en la curva de la Tierra. Todos saben por qué estoy en este auto y Helen en el otro.

Los dos vehículos negros doblan rápidamente por la calle Cincuenta y siete. En la esquina está la ópera. Hay gente encogida de frío bajo el refugio esperando el ómnibus. Al terminar la ciudad, se abre el cielo y corre el río Hudson. Subimos la pendiente y entramos en el fluir de automóviles por la lisa carretera. El puente alto y frío sobre el río Harlem. Más adelante los techos rojos de las casas tras los árboles sin hojas. Por aquí viven los ricos hasta las orillas del río.

El camino se interna en los bosques. De niño solía correr entre los árboles. Los ciervos se quedaban inmóviles. Para escapar de la mirada enemiga. Y las ardillas rojizas iban y venían por las ramas. En otra época este camino de grava tenía carriles para las zorras que transportaban madera. No se lo diré a nadie. No quiero que nadie sepa de mi vida. Ni de ese lago que dejamos atrás en el valle, cerca del estanque y la cancha de golf. Entre poste y poste cuelgan grandes

cadenas. Un alto portal de hierro. Dentro hay monumentos con vitrales. Algunos tienen capiteles. Te llevarán ahí adentro y te enterrarán. En un día tan frío. Las manos heladas. Los pechos inmóviles. Sin que nadie los bese. Sin que nadie los acaricie. Ni les haga cosquillas.

Un hombre de uniforme gris saluda al señor Vine. El señor Vine baja del automóvil y cruza la nieve. Sube los escalones hacia un edificio de piedra gris. Tenues hilos de hiedra. Vine regresa.

—Solo unos minutos de demora. No es más que un trámite. Charles, estacione el coche allá y espérenos.

El chofer hace girar el coche; cruje el hielo bajo las ruedas.

—Cosa de nada, señor Christian. La identificación es un requisito. Tienen que identificar a cada persona que entierran.

El ataúd sobre los cuatro hombros desaparece bajo la marquesina y entra en el edificio acuclillado en el flanco de la colina. Volverán a mirarla. Se meten en nuestra vida privada. Si me opongo me harán callar a gritos. Cuando uno tiene un pájaro que se vuela siempre corre a decírselo al mundo entero. Y todos le gritan que se calle, que perturba la tranquilidad de los demás.

Ya salen. Ya lo deslizan en el coche fúnebre. Los motores rugen y arrancamos. Todos estos caminos sinuosos, todos estos árboles. Hay gente bajo esas lápidas. Tanto blanco. Las ramas heladas son como de plata. Los senderos se entrecruzan por todos lados. Tumbas en las colinas. Cabezas abrumadas por el dolor. No puedo creer que en una época haya trabajado en este sitio, cortando hierba. Relámpagos en un cielo estival. Una mujer de frío bronce fundido reclinada contra una puerta. Un rostro velado con la mano apoyada en la mejilla. Aparta del mundo los pingües huesos que hay dentro. Un hombre y una mujer de mármol blanco, de pie sobre su roca. Miran hacia un mar. Donde mueren los barcos. Y los hombres se hunden bajo el agua fría.

Aquí no hay árboles. Hay cuatro hombres junto a la fosa. Han barrido la nieve. Sobre el montón de tierra, hierba falsa. Clarance Vine regresa hasta este automóvil.

—Señor Christian, ya que no tiene usted preferencias religiosas pensé que sería una buena idea leer algo. Y le he dicho a Charles que dé unos dólares a los sepultureros, si le parece bien. La propina normal.

—Sí.

—Entonces procederemos.

Una suave pendiente. La nieve se extiende en kilómetros a la redonda. Se diluye al pie de los árboles oscuros. Alto cielo gris. Las muchachas que quisiste. Les quitabas los cigarrillos de los labios y las besabas. Tocaba una orquesta. Dulces recuerdos que surgen. Has muerto sin dejar nada. Nada más que esas Nochebuenas. Cuando el

año entero se detiene. Esas manos polacas que arrojan tierra con las palas. Se pasan la lengua por los labios durante las jornadas de trabajo; esta noche jugarán al póquer y beberán vino. Allá, en la ciudad. Donde unos hombres agarran a una mujer que se aferra a una verja en la acera y grita hasta que la encierran. Ya nadie la verá, porque está loca. Te quise con todo el amor del mundo. Cocinar y lavar. Remendar y esperar. Estirar cada fibra del cuerpo hasta que se rompe.

—Si tiene usted la amabilidad de ponerse allí, señor Christian, leeré estas pocas palabras que he traído.

Cornelius Christian de pie junto a Clarance Vine. Que sostiene el papel. Hace una seña con la cabeza a los sepultureros. Las correas se ponen tensas bajo el ataúd. El vaho de la respiración de Vine en el aire.

—"Nos hemos reunido como hermanos, para rezar por un alma. Las aves, las flores y los árboles son vida y están en torno a nosotros para enseñarnos cómo todo resucita a una primavera eterna. Esta sepultura es la vida misma y es para nosotros, los que estamos vivos, una forma de belleza que nos ennoblece, que deposita en nosotros un beso y nos conforta en nuestro dolor viviente. Nos hemos reunido para ver cómo la tierra da paz a uno de los nuestros, cómo nos envuelve a todos en su amor. Siempre recordaremos a esta amiga que vuelve a la tierra. Y a la tierra la entregamos". Listo, muchachos.

Dulce vida
llena de luz
has descendido
a las sombras

Notas

[1]

Musk: almizcle. (N. del T.)

4

Mañanas en que uno despierta muerto de frío. Una ráfaga estremecedora se cuela por la tenue abertura de la ventana. Estoy acostado mirando el cielorraso con rosetas y hojas de yeso. Abajo, en la calle, el ruido de los tachos de basura y sus tapas. Pasan los barrenderos. Y de cuando en cuando vibra en el día la sirena de un transatlántico.

Un mundo nuevo. La mugre me ensucia la planta de los pies. Cuando entro las cucarachas corren a esconderse tras el lavabo. Todo es verde en este cuarto de baño. Una andrajosa cortina para la ducha con enredaderas y plantas selváticas. Restos de jabón rosado. Unos pelos rubios en el lavabo. La ciudad entera me acecha desde afuera. Hasta que salga a comprarme tres rosquillas en la repostería que huele tan bien. Y el diario en el quiosco de la esquina. Vuelvo a mi cuarto para leerlo todas las mañanas. Crímenes y asaltos. Me preparo café en un jarro abollado. Y me siento aquí, infinitamente ignorado. Me tomo una taza para poder mover el vientre.

Son las once y media de la mañana. Christian cruza el vestíbulo oscuro. Empuja las puertas de caoba y vidrios biselados y baja la escalera de esa casa polvorienta rumbo a la calle. Vestido con mi mejor ropa. Contando día tras día los dólares que me quedan. Cuarenta y siete, que guardo en una caja sobre la repisa mientras duermo. Miro y siento las monedas que se me deslizan de entre los dedos. Y que van a parar a una mano más alegre que la mía. O a la ranura del molinete del subterráneo. O a la máquina del autoservicio donde levanto el vidrio y elijo un sándwich de jamón y lechuga.

Tomo un ómnibus junto a un edificio de piedra blanca. En el interior está toda la historia de Nueva York. Las páginas desleídas de pequeños libros verdes con los nombres de la gente. Herreros, panaderos y fabricantes de velas que vivieron hace cien años. Cuando el parque era un montón de piedras y fango. Ahora está lleno de mamás que llevan a sus hijos en los cochecitos hasta los columpios. Todos bien abrigados contra el frío. Llamé a Vine: me dijo que tendría mucho gusto en verme.

El ómnibus para en las esquinas. Del otro lado de la calle un techo bajo, como un nido entre los árboles. Es un restaurante que se llama La Choza del Bosque. El clic clic del molinete. Las monedas bajan. Como el chorrear de una lechera. Los ojos miran un instante y luego se apartan. Se me acaba de caer un botón del abrigo. Nunca lo encontraré entre tantas piernas. Carajo. Siento que me estoy

deshaciendo. Tengo que ocultar con el codo el hilo suelto. Vine me dirá: Tengo mucho gusto en verlo. Y Dios santo, qué bueno es que lo vean a uno. Reunir valores espirituales. Apretar el puño mientras se van por entre los dedos. Escapar de los miedos. ¿Qué fue lo primero que hice cuando volví al mundo después del entierro? Me hice lustrar los zapatos.

El ómnibus pasa rugiendo frente a la estatua de un hombre en un pedestal. Dice que es el primero que descubrió este lugar. Lo han puesto allí arriba, hecho de metal. Entre los autos y los bocinazos que suenan día y noche. Dentro de poco tengo que bajar. Sube un hombre con una gorra gris. Una sonrisa entre las gordas mejillas sin afeitar. A medida que avanza por el pasillo saluda alegremente a los pasajeros. Y se sienta triste y mudo porque nadie le ha devuelto la sonrisa. Se le iluminan los ojos cuando lo saludo con la cabeza. En el estilo amistoso con que se saluda en el manicomio.

Camino hacia el este. La mordedura del viento que levanta remolinos de polvo y papeles. Miro hacia arriba, hacia el remoto lago azul del cielo. De chico pensaba que era como el depósito de un inmenso inodoro. Donde cagaban los gigantes.

La penumbra entre esos edificios. Los taxis se zarandean sobre los baches. La gruesa tapa de hierro de las cloacas resuena y oscila bajo las ruedas. Y salen nubecitas de vapor. Se me ha caído un botón del abrigo. Lo único que me faltaba para que todos se den cuenta de que voy cuesta abajo. Lo único que me faltaba para que los amigos empiecen a escurrirse.

Una placa de bronce en el lugar donde estaba antes el cartel de neón. Y la palabra Vine en letras que saltan a los ojos. Arriba, en letras más chicas, la palabra Casa. Los negocios le deben ir muy bien. Y más arriba las letras minúsculas de las palabras Sociedad Anónima. Desde esa altura Vine podrá lanzarse con su trapecio hacia su montón de dólares.

Christian empuja las puertas de cristal reluciente. La alfombra rojo amarillento. Bajo el tiesto con la palmera, una urna negra llena de arena blanca para apagar los cigarrillos. Un golpe en la puerta de Vine, cuyo rasgo principal es el esplendor contemporáneo. La semana pasada la luz verde era tibia. Ahora es fría.

—Adelante. Ah, es el señor Christian. Tengo mucho gusto en verlo. Permítame el abrigo. Siéntese. ¿Hace frío en la calle?

—Frío y viento.

—Bueno, señor Christian, supongo que ya empezará a adaptarse.

—Creo que sí.

—Me alegro. Lleva tiempo. Usted es joven. Los acontecimientos acaban siempre por borrar la parte más hiriente del dolor. Si no fuera así, en esta ciudad no habría más que inválidos llorosos. Pero creo que

usted quisiera que conversáramos sobre su situación, ¿no es cierto?

—Así es.

Vine gira en su sillón. La luz le da en un lado de la cara. Sacude la cabeza redonda. Se tira de los puños de la camisa, tan blancos y almidonados. Centellean los brillantes de los gemelos. El pelo muy corto, con toques de gris. Muy erguido en su sillón de cuero. Los ojos brillantes. Los dedos empujando un par de guantes de cuero negro sobre el escritorio. El mundo se hunde un poco. Sobre la alfombra donde se camina tan suavemente, después de la calle mugrienta.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Christian? Se lo diré de hombre a hombre. En este sitio hay un lugar para usted. Y se lo digo con toda sinceridad. El sueldo no es malo. Será un comienzo. Y habrá un futuro. Eso puedo asegurárselo. ¿Quiere trabajar para mí, señor Christian?

Christian inclina la cabeza. La mirada perdida se fija en el techo. Vuelve los ojos al nivel del mar. La boca se le llena de saliva. La traga y procura dominar el estremecimiento de los hombros.

—Todavía no sé qué voy a hacer, señor Vine. Cuando usted me dijo que tenía mucho gusto en verme estuve a punto de decir “Dios santo, qué bueno es que lo vean a uno”. Casi no he hablado con nadie desde el entierro.

—Pues me alegro doblemente de verlo, señor Christian.

—Señor Vine, no sé cuánto le debo. Pero solo tengo cuarenta y seis dólares con noventa y dos centavos en mi cuenta. Ni siquiera puedo pagar el flete y el depósito de mi mujer en el barco. Me tiene usted entre sus manos.

—Un minuto, señor Christian. Qué es esa manera de hablar, muchacho. Yo no lo tengo a usted entre mis manos. Esa observación me disgusta.

—Bueno, discúlpeme. La verdad es que necesito una mano amiga.

—Eso es otra cosa. Usted necesita una mano amiga, pero yo no lo tengo entre mis manos. Nunca piense semejante cosa. Le ofrezco la oportunidad de trabajar en una tarea que exige una santa vocación. Sé que las personas corrientes no suelen responder a este llamado. Pero le diré algo: por lo general soy un juez muy certero de los hombres y reconozco en usted, Christian, la imaginación necesaria para cumplir esa misión en la vida. Estoy convencido de que usted puede descollar...

—Me propone que vuelva a este lugar a trabajar con cadáveres. Gente que ni siquiera conozco.

—Si quiere usted desempeñarse en este sagrado oficio, me congratularé. Pero preferiría que actuara como encargado del establecimiento. Quizá, de cuando en cuando, podría usted dar una mano en los estudios...

—Una mano... Dios me asista, señor Vine.

—Quizá le sorprenda, señor Christian, pero esa es la parte de mi trabajo que me enorgullece más y hasta me produce más placer, aunque no suelo admitir esto último a casi nadie. Pero no insistiré, si eso lo perturba. Su misión en esta casa consistirá sobre todo en procurar un alivio al dolor de la gente. En brindar esa comprensión, esa simpatía que son tan necesarias cuando toda una familia se reúne al borde del abismo de la muerte. Sé que tiene usted la sinceridad que para ello se requiere. Sé que tiene usted, además, la cultura, el refinamiento imprescindibles. Es usted la persona ideal.

—¿Cuánto le debo, señor Vine?

—Es una pregunta que no tiene relación...

—Pero dígame cuánto le debo.

—Cuatrocientos ochenta y seis dólares con cuarenta y dos centavos. Incluido el impuesto.

—Santo Dios.

—Señor Christian, eso no es un problema. Y no tiene que tomárselo así.

—Cómo quiere que me lo tome. Lo que le debo a usted, más los ciento ochenta y seis dólares que debo a la compañía de navegación, suman casi setecientos dólares. No sé cómo podré pagar eso.

—Óigame bien, señor Christian. Ya se lo he dicho una vez y se lo repetiré ahora. A mí no me gusta ahorcar a la gente por asuntos de dinero. En este oficio casi todos pagan sus cuentas. Será por superstición o por lo que usted quiera, pero a la gente no le gusta deber dinero por la muerte de alguien muy querido y muy próximo. Y cuando se trata de alguien no tan querido ni tan próximo, la gente se siente todavía más contenta pagando por su desaparición. Por eso no voy a decirle que ando necesitado de dinero. Ni le pediré que me pague de inmediato. Tiene usted tiempo. Muchísimo tiempo.

—¿Cuánto?

—Seis meses. Más, si lo necesita. Sin intereses.

—Ochenta y seis dólares por mes.

—Ochenta y uno, señor Christian. Ochenta y un dólares con siete centavos.

—Cualquier día de estos se me aparecerá un tipo de la compañía de navegación para pedirme el dinero que les debo.

—No tengo problema en hacerle un adelanto de su sueldo.

—Aceptar ese empleo significa el ostracismo social.

—Sería muy ingenuo si creyera que la gente tropezaría sobre las alfombras para correr a darle la mano. Y muchas de sus relaciones se harán humo. Pero se sorprenderá al comprobar que esta profesión le permitirá entablar otras relaciones mucho más profundas. Así es como conocí a mi mujer. Buscaba un tono especial de lápiz labial en una

perfumería. Así fueron las cosas. Por aquella época yo daba mis primeros pasos en este oficio. Ella me preguntó con qué color de pelo y de ojos debía hacer juego el lápiz labial. Yo acababa de recoger una caja de bicarbonato de soda que se le había caído. Me lo agradeció eligiéndome el color que necesitaba. Era el que yo mismo habría elegido. Salimos juntos de la perfumería. Tenía una piel blanquísima y los ojos más azules del mundo. Le dije para qué era el lápiz labial. Se quedó un poco cortada, pero lo entendió. Fuimos a una confitería y pedimos dos helados. Todavía recuerdo el ruido de nuestras pisadas... Tenía unos tobillos como de ángel. Siete meses después nos casamos. Ahora que ha muerto sigo tan unido a ella como antes.

—Señor Vine...

—Llámeme Clarance. Con a. Mis padrastros me llamaban Tobías, pero me bautizaron con el nombre de Clarance. Perdóneme un instante, he olvidado decir a la señorita Musk que he resuelto cambiar un fondo musical. Señorita Musk, pensé que la familia Ricardo, en la suite número cuatro, necesitaba algo con ritmo rápido, pero creo que habrá que disminuir el ritmo antes de que cierren el ataúd. Muy bien. Gracias. Aquí tiene usted un ejemplo, señor Christian, de las importantes decisiones que debemos tomar a cada instante. Estoy seguro de que usted será capaz de asumir tales responsabilidades.

—Señor Vine, sería incapaz de decidir qué melodía conviene para el funeral de una persona.

—Llámeme Clarance, por favor. Me complacería usted mucho si lo hiciera.

—Hasta que le pague mi deuda prefiero llamarlo señor Vine.

—Muy bien, acepto su decisión.

Los ojos de Vine centellean en la suave luz amarilla de la lámpara. Su dedo sube y baja la palanca del intercomunicador. La vibración de melodías remotas, solemnes. El nudo de su corbata negra es perfecto bajo el cuello duro. Y el cogote fuerte, rojo, que gira y se estremece. Estaré ante la puerta de este establecimiento. Dando brincos y restregándome las manos en el frío. Atrayendo clientes. Por aquí, señores. Vengan a la casa del señor Vine. Conoce el dolor como la palma de su mano. Se hacen descuentos en entierros de a dos. El lápiz labial que usan aquí es mejor que el que usted lleva. Su marido no podrá resistir la tentación de besarla todo el tiempo en su ataúd. Por aquí, señores. Lo que le pasó a Vine me ha pasado a mí, solo que yo no embalsamé a mi mujer ni la conocí en una perfumería. Qué pies tan pequeños tiene Vine. No es tan alto como parece. Tiene el aire de ser el jefe de un ejército o de una flota. Un triunfador de batallas. Y lo único que hace es ocuparse del lápiz labial para sus clientas. Y qué no hará por sus orgasmos.

—Señor Christian, usted está completamente distraído.

—Admiraba su cortina verde.

—Nunca dejo que entre aquí la luz del día. Así puedo dejar que mi mente divague... Soy un tejano de corazón. ¿No le parece que tejano es una palabra hermosa?

—Sí.

—El mundo está lleno de cosas hermosas. Esta mañana salí para impedir que unos hijos de puta estacionaran su automóvil en la zona donde descargan mis vehículos. Entonces pasaron tres muchachas. Van a una escuela privada muy exclusiva que hay en esta manzana. Son unas chicas adorables. Reían por algún motivo. Era maravilloso observarlas. No tenían conciencia de su encanto. Viven en un barrio excelente, en el este, y toman el tren elevado para ir a la escuela. A la sombra de ese tren hay hombres en la ruina más espantosa. Hombres que quizá fueron como los padres de esas chicas. Con sueldos altísimos y enormes responsabilidades. Ahora sus sueldos se han esfumado. Enterré a uno de ellos. Pedía limosna en la esquina. A veces yo también tomo el tren. De cuando en cuando le daba una moneda. Un año antes era vicepresidente de una compañía en Wall Street. Pero en lo hondo de sus ojos podía verse que era de Michigan, un niño perdido en la gran ciudad. Su mujer y sus hijos siguen viviendo en un lindo departamento de estilo rústico, en Forest Hills, Queens. ¿Sabe que ninguno de ellos asistió a su entierro? Dijeron que de ese modo podían probar que no lo conocían. Esa es la flaqueza moral que me da asco. Pero no ha conseguido hacerme perder la fe en la naturaleza humana. Uno conoce muchas veces a gente como esa. Pero también conoce a gente como usted. Gente de verdadera calidad. Que yo defino diciendo: Es usted un caballero.

—¿Cuánto me pagará?

—Señor Christian, usted me sorprende. Está bien, hablemos de sus honorarios. Setenta y cinco por semana. Más la cuota de su deuda, después de los seis primeros meses. Trabajará a las órdenes de Fritz hasta que se haga experto. Ahora está enfermo de neumonía. Pero el señor Hardwicke, el encargado de mi sucursal en el lado oeste, le servirá de ayuda cuando no pueda acudir a mí. Es mi brazo derecho. Mientras tanto, la señorita Musk y usted harán los honores de esta casa. De cuando en cuando, usted deberá invitar a un médico o a una enfermera a tomar una copa. Pueden ser muy útiles en este negocio. A las nueve de la mañana todo el personal se reúne en el vestíbulo. Es la hora de empezar las tareas del día.

—¿También se reúnen los fiambres?

Vine adelanta el labio inferior. Alza el mentón. Espera mientras Christian espera. Aspira largamente. Después, un lento suspiro.

—No me gusta lo que ha dicho. Y espero que sea la última vez que oiga eso. Aquí nunca usamos esa palabra. Sé que a veces la gente tiene

que ser cínica. Eso alivia el temor. La gente suele referirse a nosotros haciendo chistes. Pero yo, como muchas personas, respeto y estimo mi trabajo. Pero dejemos esto. Cuando se abra mi otra sucursal, en el este, entonces se presentará su oportunidad. Esa sucursal tendrá los últimos adelantos en materia funeraria. No le faltará nada que pueda añadir gracia o solemnidad al carruaje de la muerte.

Tras la cabeza de Vine, un armario con puertas de vidrio. En él, libros encuadernados con letras de oro en los lomos. La ciencia funeraria en la actualidad, Modernas técnicas de embalsamamiento, Anatomía e higiene post mortem, Química orgánica. Vine se inclina hacia atrás. Sus dedos aprietan un lápiz. Tiene una sonrisa en los labios.

—Creo que sentirá demasiado calor con ese traje, señor Christian. Durante los meses de invierno mantengo la temperatura a veintidós grados. El dolor exige una temperatura perfecta. Ese es uno de los detalles en los que soy estricto. El otro es la apariencia personal. Vaya a Brooks Brothers, en la esquina de Madison y la calle Cuarenta y dos. Suba al tercer piso y dígales que lo mando yo. Ellos sabrán qué hacer. Los gastos se cargarán a mi cuenta. Estoy muy contento de que haya tomado esta decisión, Christian. Y espero que nunca lo lamente.

Vine se pone de pie. Se vuelve hacia la biblioteca. Toma el volumen sobre ciencia funeraria. Sopla un polvo imaginario y tiende el libro a Christian. Lo toma del codo para guiarlo hacia la puerta.

—Venga conmigo, le presentaré a la señorita Musk.

Cruzamos la alfombra amarillo canario del vestíbulo tenuemente iluminado. Aquí estaré mañana por la mañana. Con este dolor sordo que empiezo a sentir justo en el ojete. Me parece haber estado aquí toda la vida. Pasan dos hombres con abrigos negros y una mujer rubia, esbelta, deslumbrante en las pieles que la envuelven. Vine saluda amablemente con la cabeza. Sus labios pronuncian palabras inaudibles. Ha de ser el murmullo de la comprensión. Los pasillos oscuros, las puertas con cortinas que dan a las suites iluminadas de verde. La señorita Musk tiene un vestido marrón oscuro. Se pone de pie tras el escritorio. En una oficina minúscula. Un alto fichero verde con varios trofeos de plata sobre él: dos columnas estriadas que sostienen una bastonera.

—Señorita Musk, el señor Christian trabajará con nosotros.

—Me alegro mucho.

—Tiene condiciones para el oficio.

—Estoy segura de que es así. No se imagina cuánto me alegro.

Apretones de manos. Christian inclina la cabeza ante la rubia señorita Musk. Sus dedos son largos y frágiles. La mano, fláccida y húmeda. Cuando la retira, cae un brazalete de oro sobre la muñeca. Y una vena azul sobresale en un nudillo. El rostro muy bronceado. Dice:

Hasta pronto, con una sonrisa de presentadora de televisión. Los dientes le brillan. Los pechos florecen en el marrón del vestido.

Vine guía a Christian tomándolo del brazo. Pasan frente a la puerta abierta de la capilla gótica. Cuatro cirios arden en el tabernáculo de cristales azules y ornamentos dorados. Otro toque de color. Dos figuras arrodilladas en el recinto abovedado y redondo. Parecen niños. Cabezas inclinadas, minúsculos hombros encogidos. El corazón me salta en el pecho. Mientras vamos hacia allá. Hacia esa puerta.

—Es hora de que veamos el resto, Cornelius. ¿Me permite que le llame por su nombre de pila?

—Sí.

Un vestíbulo pequeño. La temperatura disminuye de golpe. En la pared, un cartel del departamento de bomberos. Un hacha con mango rojo sostenida por ganchos de acero. Tras una puerta de vidrio una manguera con gran boquilla de bronce, envuelta en torno a una rueda de bronce. No sé qué podría quemarse, con el frío que hace. La puerta giratoria se abre. No puedo apartar los ojos. No puedo mirar otra cosa que el techo con sus dos grandes lámparas cuadradas. Un frío gris cae sobre dos figuras con máscaras y guardapolvos blancos. Cada una de ellas inclinada sobre un cuerpo más frío aún. Cabezas de cadáveres alzadas sobre las mesas de acero inoxidable. Otros dos cubiertos con sábanas verdes. Mesitas con tubos, algodones y botellas. El olor. Se mete en los pulmones. Nunca volverá a salir de ellos. Cómo puedo escapar de aquí. Es abyecto hacer esto con la gente. Meterles agujas con hilos por las narices. Inyectarles líquidos en los brazos. Sin que nadie pueda levantarse para darles un puñetazo en la mandíbula. Basta ya.

Vine se vuelve rápidamente cuando Christian cae hacia adelante. Un gran suspiro sale de sus labios. Los dos embalsamadores corren en torno a sus mesas. Uno lo toma por debajo de los brazos, el otro por los pies. Vine le sostiene la cabeza y los hombros. Los tres enterradores lo depositan sobre una de las mesas de acero. Le aflojan la corbata. Le abren la camisa. Salta otro botón. Rueda por las baldosas rojas del piso. Y se detiene. Dos agujeros en la perla para que pase el hilo. Cósanlo, por favor.

Antes de que el fatal
Rigor
y de que el final
Mortis
empiecen

5

El blanco de la nieve en la mañana del lunes. La nieve empezó a caer durante la noche. El ruido del tránsito apenas llega desde la avenida, al final de la calle. Cuando desperté había carámbanos de hielo en la ventana. Ya llevo una hora de retraso y es mi primer día de trabajo. Ni asomo de calor en esta casa.

Christian se pone su traje de tweed oscuro. Se moja ligeramente el pelo. Una discreta meada en el lavabo. El vaho del orín sube hasta su nariz. Los copos de nieve siguen cayendo en la calle. Un hombre de saco a cuadros, gorra de cuero y orejeras de piel negra amontona la nieve. Un perro policía atado a la verja de hierro. Ahora hay que salir y enfrentar la muerte. Día tras día.

El ruido sofocado de los basureros que se acercan. La radio dice que la temperatura es de ocho grados bajo cero. Del otro lado de la calle se abre de golpe una ventana. La muchacha que vi el sábado por la noche, desvistiéndose. Lleva puesto un quimono rojo. Toma una botella de leche. La vi desvestirse hasta que se quedó en ropa interior y cuando terminó de cepillarse el pelo las luces se apagaron. A nadie le importa un carajo si le interrumpen a uno la diversión.

Christian avanza por el vestíbulo oscuro hacia el cuarto de baño. Para enfrentarse otra vez con ese color. Como una oleada de náusea, en un mar verde de dolor. El hedor del formol. Todavía me da vueltas la cabeza. Cada vez que pienso en aquel día tan frío. Después Vine me dio una copa de coñac de un barril que había en el cuarto de embalsamamiento. Escapé corriendo por la calle. Otro apretón de la mano fláccida de la señorita Musk. Tomé el subterráneo hacia el sur. Y esperé el ferry. Estaba desesperado por ver cielo y respirar aire. Pero no hay aire ni cielo en esta letrina. Me pasé la tarde de ese viernes yendo y viniendo por el río. Devoré dos bolsitas de maníes envasados en Suffolk, Virginia. Derrochando mi futuro salario. Me comí dos sándwiches de salchichas embadurnadas de mostaza y chucrut, y los bajé con dos gaseosas. Todavía los tengo en el estómago. Hice lo posible por decir al señor Vine: Estoy muy contento de la oportunidad que me ha dado. Y por poco acabo también yo enterrado. Las caras con máscaras miraban hacia abajo. Yo miré hacia arriba y volví a desmayarme. No hay papel higiénico. Uso mi pañuelo limpio. Me sequé los ojos con él durante el último viaje en el ferry cuando se ponía el sol. Puntos de luz y destellos en los altos edificios que se veían adelante. Los pasajeros abrían las puertas corredizas para salir a la cubierta. El aire frío se precipitaba en la cabina. La embarcación de

fondo chato avanzaba cortando las olas. Transportando las hileras de bancos de madera y todas esas caras. Exhibí frente a las más desagradables el manual de ciencia funeraria. Los que podían leer el título apartaban la mirada enseguida. Para contemplar un transatlántico a lo lejos. Las cubiertas iluminadas. Oscuras figuras minúsculas bajo los botes salvavidas. Entre las chimeneas, ristras de gallardetes flameantes. Miré tristemente la gran silueta que pasaba, el humo flotando como una oscuridad más densa que la oscuridad del cielo. Sentí una palmada en el hombro. Vi una cara. Sonreía. Agitaba la gorra gris. El hombre de las mejillas regordetas del ómnibus. Al que saludé con la inclinación amistosa del manicomio. De sus labios parten extraños murmullos de satisfacción. Mientras le sacudo la mano con entusiasmo. Alguien llama a la puerta de esta letrina.

Christian abre. La cara húmeda, amarillenta, bizca de la señora Grotz. Su pelo gris y crespo parece más gris y más crespo. Los rasgos tensos. La mano huesuda mantiene cerrado el vestido, con margaritas estampadas. Quizá sean petunias. De la familia de la belladona. Si me atreviera a mirar más de cerca. Será mejor que no lo haga. La señora Grotz parece a punto de estallar.

—Tengo algo que decirle.

—Dígame.

—¿Qué se cree que ha venido a hacer a mi casa?

—No la entiendo.

—Usted es un funebrero. Vi el libro. ¿Es funebrero o no?

—No.

—¿Por qué tiene ese libro?

—Qué le importa.

—¿Quiere que después de romperme el lomo trabajando pierda a todos los inquilinos? Debí darme cuenta, con esa voz que tiene. Y el coche fúnebre. Me mintió de lo lindo cuando me dijo que su mujer había muerto. Usted debe ser un degenerado que se viste con esa ropa de mujer.

—No le permito.

—Está loco si se cree que voy a dejar que un degenerado viva en mi casa.

Christian sale violentamente del cuarto de baño. Pasa frente a los pechos jadeantes de la señora Grotz. Que tiene oculta una cachiporra bajo el vestido. De unos treinta centímetros. Le asoma por el escote. Qué amistoso es este país de mierda. Mejor será que me largue lo antes posible de este vestíbulo y me meta en mi cuarto. Nunca volveré a dejar la puerta abierta. Verá la cama toda revuelta. El resultado del sueño que tuve anoche. Soñé que Clarance Vine había abierto la nueva sucursal en el primer piso de la Central Station. La gente llevaba sus cadáveres en camillas. Desde el Mississippi y Boston. Trenes cargados

de muertos. Desde Bronxville, Crestwood y Tuckahoe. Equipos de enterradores en uniforme de fútbol bajando por la rampa de la calle Cuarenta y dos. Vine lanzando órdenes a través de un megáfono desde la galería de la avenida Vanderbilt. Dirigiendo el operativo: los cadáveres se depositaban en enormes hileras y él miraba con sus prismáticos. La música de órgano atronaba bajo la inmensa bóveda celeste. Y yo estaba allí. Exhibiéndome con el último grito de la moda. Con mi sombrero blando. Los viajeros, con sus diarios bajo el brazo, permanecían inmóviles, mudos, cagados de miedo. Me alegré de ver a Vine. Me acerqué a él. Lo abracé amistosamente desde atrás. Le dije en mi mejor norteamericano: Cómo te va, muchacho. Él me dijo: Hola, muchacho, qué buena sorpresa, todo anda bien, estupendamente bien, si tienes ganas de embalsamar, elígete un buen cadáver.

Christian se vuelve para cerrar la puerta del dormitorio. La señora Grotz mete el pie entre la puerta y el marco y empuja con el cuerpo para abrirla. Christian la cierra de un envión. Se oye caer un objeto pesado. Christian corre el cerrojo. Los puños de la señora Grotz golpean los paneles de caoba. Bienvenido a la Calle de los Locos.

—¡Qué ha venido a hacer en mi casa! ¡No quiero avivados aquí! ¿Me oye? Salga de aquí o llamo a la policía. ¡Degenerado de mierda!

Un estrépito contra la puerta. Saltan algunos tornillos del cerrojo. Otro hombro empuja. El gruñido de un perro. La puerta cede y empieza a abrirse despacio. El brazo a cuadros del hombre que amontona la nieve en la calle. Con un sorprendente envión conseguido mediante la ayuda de un pie apoyado contra la pared, Christian vuelve a cerrar la puerta de golpe. Una exclamación sofocada de la señora Grotz: el zapato de tacón muy alto ha quedado atrapado y se aplasta. Lástima que haya conseguido sacar el pie a tiempo. Pregúntenle a ese pelotudo del saco a cuadros cuándo lo castraron y qué le queda ahora. Oigo el sonido de una sirena que se acerca por la calle.

—Degenerado. Espérese a que lo agarre mi otro sobrino, Piernas Rotas Vinnie.

El aliento de la señora Grotz huele a ajo. Lástima que esa maravillosa planta bulbosa impregne algunas bocas. Da aroma a las palabras venenosas. Para esta población el embalsamamiento es la peste de la justicia. La sirena enmudece. Puertas de automóviles que se abren y se cierran en la calle. La policía. Me acusarán de travesti, de poseer un manual de ciencia funeraria. Ruido de fuertes pisadas en las escaleras. Voces del otro lado de la puerta.

—Arréstenlo. Hace brujerías. Es un degenerado.

—Calma, señora. ¿Qué pasa aquí? ¡Abra la puerta!

Se viste con ropa de mujer.

—No se agite, señora. ¿Está armado?

—¡Qué sé yo! Pero tengo hemorroides desde que vino a vivir aquí.

—¿No vio si tenía un revólver o un cuchillo?

—Vi que tiene unas fotos asquerosas de gente muerta. Todos desnudos. Se les ven las pelotas.

—Está bien, señora, ya suponemos qué clase de tipo será. ¡Abra la puerta! ¡Es el último aviso!

Christian abre la puerta. Cuatro cabezas esperan en la oscuridad. Un perro gruñe dispuesto a saltar. Dos uniformes, dos gorras azules. A nadie le importa un carajo que me haya quedado viudo. Un revólver apuntándome. Me pegarán un tiro antes de que tenga tiempo de gritar. Levanto las manos. Tengo la bragueta abierta. Un delito más: exhibicionismo. Mientras otras pelotas humanas yacen inmóviles en una página ilustrada. Las bocas cosidas en el estudio de Vine serán un alivio después de esto.

—Ahora díganos qué pasa.

—Aquí lo tienen. Allí están los vestidos de mujer. En la valija. Por la voz me di cuenta de que se vestía de mujer.

—Señora, déjenos hablar. Baje las manos. Qué tiene que decir, muchacho.

—Son los vestidos de mi mujer.

—¿Dónde está su mujer?

—Está muerta.

—¡Él la mató!

—¿Quiere callarse la boca, señora? Y usted explique cómo es eso de que está muerta.

—No hay nada que explicar, está muerta.

—No se haga el vivo.

—No me hago el vivo. Y ella está muerta. La enterraron hace una semana. Esa ropa era de ella.

—Muy bien. Veamos eso de las fotos obscenas. ¿Dónde están?

—Creo que allí.

—Usted cree...

—Bueno, es un manual de ciencia funeraria.

—¿Usted trabaja en una funeraria?

—Sí. Tengo esa santa vocación.

—Qué me cuenta... ¿Y cómo es que vive en un lugar así?

—Todos los funebreros que conocemos viven en Park Avenue.

—¡Arréstenlo!

—Por última vez, señora, cállese la boca o la arrestaremos usted. Lo que dice este tipo es perfectamente normal. Al menos para esta comisaría. ¿Puede probar lo que afirma? Ese nombre que está en la tarjeta sobre la puerta, Cornelius Christian, ¿es el suyo?

—Sí.

—Para qué nos habrán llamado... Bueno, ya no importa. Ahora todos cierren el pico y dejen de armar lío. Señora, ¿tiene teléfono?

—Sí. Hay que pagar para usarlo.

—Muy bien. ¿A quién podemos llamar para que confirme su versión, muchacho?

—A la Funeraria Vine.

—¿Se refiere a Clarance? ¿Clarance Vine?

—Sí. Y llegaré tarde a mi trabajo.

—¿Así que trabaja para Vine? Estuve en su barrio en una época. Conozco muy bien a Clarance Vine. Un tipo formidable. El negocio le va tan bien que abrirá la cuarta sucursal, en el lado este. Tendrá cinco pisos subterráneos. Será algo impresionante. Qué casualidad... Bueno, señora, este barullo se acabó.

—¿No pueden arrestarlo?

—Claro que no.

—Pero es un funebrero.

—Sí, señora.

—Debería vivir con otros funebreros. No en una casa con personas normales.

—Eso no es asunto nuestro, señora.

—Este hijo de puta puede estar enfermo. Siempre toqueteando cadáveres...

—Cuide su lenguaje, señora. Cálmese o se meterá en líos. Si quiere quejarse, llame al Departamento de Salud Pública. Así es como ocurren los crímenes. Alégrese de que no sea un encantador de serpientes con un montón de cobras bajo la cama. ¿Y por qué no hace tirar sal sobre el hielo en la escalera de la entrada?

—Mi sobrino Angelo se encargará de eso.

—¡Eh!, ¿de quién es esta cachiporra?

El contingente se va. Los pies han dejado charcos de nieve derretida en el suelo. Christian se pone el abrigo de tweed gris y toma su manual. Baja rápidamente la escalera. Pasa frente a la cara grasienta y socarrona de la señora Grotz, que espía desde su puerta. Es agradable saber por qué la gente lo odia a uno. Por qué dicen: Hijo de puta. Aquí está Angelo, el hermano de Piernas Rotas Vinnie. Cuatro ojos brillantes y castaños; dos pertenecen al perro. Angelo mira mientras sigue amontonando nieve. Los policías están en el auto de la brigada. Uno de ellos llama con la mano. Otro escribe en una libreta. Baja la ventanilla. Es demasiado tarde, tendré que tomar un taxi.

—Eh, señor Christian, venga, suba. Lo llevamos. Vamos en su dirección.

Christian salta sobre la nieve derretida de la cuneta. Se sienta en el asiento posterior. Una voz anuncia entre los ruidos parásitos de la radio: Vayan a la esquina de la Quinta avenida y la calle Cincuenta. Un hombre amenaza con tirarse a la Quinta avenida desde el piso dieciséis. Aviso a todas las brigadas.

Sirenas aullando. El auto policial sale como un rayo. Corre por el camino sinuoso y cubierto de nieve que atraviesa el parque. Toma por la Quinta avenida. Una mujer envuelta en pieles se vuelve para mirar mientras su caniche con abrigo de visón levanta una pata para mear. Me gusta que me echen una o dos miradas mientras pasamos. Es difícil que se fijen en uno, a menos que suene una sirena como esta. Ese tipo que quiere tirarse del piso dieciséis puede ser un buen cliente. Habría que retirarlo de la calle. Salvo que esté en el piso dieciséis de una casa de muñecas. Quizá se incruste en el techo de un automóvil. O aterrice sobre cinco transeúntes. Un coche de bomberos. Banderas que flamean. Justo al frente.

—Bueno, señor Christian... Si ese tipo salta dejará la calle hecha un asco. Linda misión esta. Dele saludos de Dick a Clarance Vine. Usted debería mudarse.

La calle transversal hacia el este. Aquí está la marquesina verde. Cubierta de una capa de nieve. Los ómnibus arrojan lluvias de nieve sucia. El furgón de Vine en la entrada de servicio. La calle está vacía. Con la excepción de un solitario que camina con la cabeza gacha, protegiendo bajo el abrigo un enorme sobre marrón. El comercio continúa. Nieve en el tren elevado que pasa rugiendo. Entro. Calor reconfortante. La nieve se derrite dentro de mi zapato.

—¿Qué estuvo haciendo, Christian? Llega tarde.

—Discúlpeme, señor Vine. La dueña de la casa donde vivo quiso echarme porque se dio cuenta de que trabajo en una funeraria. Prejuicio profesional. Llamó a la policía. Uno que se llama Dick le dejó saludos.

Vine es un rostro oscuro plantado en medio de su alfombra amarillo canario. Una perla en la corbata. Restriega los pulgares contra los índices curvados. Parece a punto de cortarme la cabeza, despedirme, mandarme la cuenta del entierro de mi mujer. Mientras yo absorbo este calor delicioso. Por primera vez tengo un empleo. En esta nueva tierra de oportunidades como para que se le paren a uno los pelos y quizá el pito.

—Está bien. Que no vuelva a suceder. Lamento parecer enojado, pero hay escasez de personal. Fritz tiene ahora pulmonía doble. Y mi radio de onda corta dice que hay alguien a punto de tirarse en la Quinta avenida. Si sigue la nieve y se amontona todavía más, habrá muchos otros casos. Saltan de las ventanas como el pororó de una sartén caliente. Ocurre siempre que hay un temporal de nieve.

—Le pido disculpas, señor Vine. Le aseguro que no volverá a ocurrir.

—Está bien. Ahora manos a la obra. Tenemos dos clientes. La señorita Musk se ha hecho cargo de la suite número dos, la familia Brennan. Para la suite número cuatro tendrá usted que acudir a todo

su tacto. Es la familia Sourpuss.[2]

Pero nada de qué preocuparse. El cortejo saldrá dentro de media hora. Va a Greenlawn. La familia Sourpuss tiene un mausoleo. Creo que usted podrá tomar el asunto en sus manos.

—Creo que sí.

—Charlie, el chofer, sabrá qué hacer en el cementerio. Quítese el abrigo. Séquese los zapatos. Péinese. Haga las cosas con calma. En el lado derecho de la puerta está el control de la temperatura. Aunque esté bien, finja ajustarlo. Produce a la gente la sensación de que se ocupan de ella. Preséntese como mi ayudante a la señora Sourpuss: no puede confundirla, es la rubia. El extinto era un gran fabricante de ropa femenina. Nadie se mojará los pies con las lágrimas. Yo me ocuparé de las flores. Usted vaya con Charlie y el ataúd.

Una rubia de negro. El otro día la vi pasar en el vestíbulo. Está sentada, leyendo una revista de modas que apoya en el regazo. Dos caballeros de pie en cada rincón del cuarto. Y este que está cerca de mí, en el vano de la puerta, me mira de arriba abajo. Una mujer madura arrodillada junto al ataúd, con la cabeza inclinada. El extinto, vestido con un traje azul marino. Lo vi en el laboratorio cuando me desmayé. Ahora parece veinte años menor. Lleva anteojos y, Dios santo, una corbata de Eton. Miro el termostato. Perdón, señor. Un grado menos de lo que debería ser. Y la luz verde es quizá demasiado fuerte. La música suena como una polca muy lenta. Otro paso adelante. La mujer debía tener la mitad de la edad del muerto. Tiene un montón de pulseras de oro en ambas muñecas. Y un brillante como un garbanzo en el dedo. ¿Será correcto que me siente? Mejor no lo haré. Qué piernas tiene esta fulana. Medias negras que brillan en la luz esmeralda. Me presento.

—Perdón. Soy el señor Christian, ayudante del señor Vine. ¿Todo está bien? ¿Puedo serle útil en algo?

—Bueno..., sí. ¿Quiere traerme un paquete de Kools?

—¿Perdón?

—Kools.

—¿Qué es eso?

—Cigarrillos.

—Oh, sí, desde luego.

—Póngalos en la cuenta.

Christian corre por la calle. Unos pasos más y ya llego. La estatua mugrienta de un piel roja de cigarrería con la mano a modo de visera sobre los ojos, mirando hacia los enrejados y las vigas entrecruzadas del tren elevado. Grito “Kools” al vendedor por sobre el estrépito del tren que pasa y me da un atado. Mentolados. Con una cajita de fósforos gratis. En Europa hay que pagarlos. El hombre cree que debo estar chiflado para salir así, sin abrigo. En este momento me siento

bien. Me han reanimado el aire limpio por la nieve y la gente que he visto en la calle. Algunas con piernas estupendas. Me han hecho sentir esperanzas. Quizá sirva para el trabajo, aunque no llegue a ser un campeón. Quizá hasta pueda dar alguna lección a Vine en materia de pompa y circunstancia si puedo elegir gente de cierto nivel social. Tendré mi propia banda de músicos vieneses. Y tal vez dos tipos con espadas y armaduras montando guardia a la entrada. En una funeraria de ocho pisos subterráneos. Pensar que hace apenas una hora no era más que un degenerado. Un funebrero apestoso.

—Señora.

—Gracias. Es muy amable de su parte, joven. Se lo agradezco mucho.

—Me alegra serle útil en algo, señora.

—Soy la señora Sourpuss. Supongo que ya se habrá enterado de todo por los diarios.

—Me temo que no sé nada, señora.

—Fue algo atroz. Usted no es de Nueva York, ¿no es cierto?

—No, no por el momento.

—Ya lo imaginé. Tiene acento inglés.

—Gracias.

—¿Cómo es posible que un muchacho tan simpático como usted trabaje en semejante lugar?

—Bueno, señora, es cuestión de vocación, como suele decirse...

—Tiene vocación. Para esto.

—Sí. Es algo para lo que me siento destinado. Espero progresar. Tal vez algún día sea dueño de mi propio establecimiento.

—Es sorprendente que tenga ambiciones tan poco atractivas.

—Quiero ayudar a la gente. Mi profesión me da la oportunidad de hacerlo.

—Habla como el señor Vine.

—Me halaga oír eso.

—¿No se harta de estar metido aquí dentro?

—Señora: dar consuelo a los afligidos, a quienes están sumidos en el dolor, es algo que me permite alcanzar la paz espiritual.

—Vamos, está bromeando. Pero habla con un acento muy lindo. Sírvase un cigarrillo.

—No fumo, muchas gracias. Permítame, por favor.

Christian toma el encendedor que la señora Sourpuss tiene en la mano enguantada de negro. Sobre la cual caen las cascadas de pulseras de oro. La línea del mentón es firme. La piel rubia y suave. Los ojos de un celeste verdoso. Me acerco. Hacia su perfume. Ojos más azules que verdes. Recuerdo el momento en que llegué, esta mañana. Esperaba encontrarme con el hedor a formol. Si hubiera desayunado habría vomitado. Sobre la alfombra amarillo canario. El encendedor es

pesado. Debe ser de oro puro. Había un resplandor de mierda que caía sobre mí desde los cielos. Sobre todo desde el techo del cuarto que alquilo. Y de repente, siento esta poderosa erección. En medio de una visión de las piernas de un deudo. Es como un clamor que me ensordece.

—Quiero preguntarle algo, señor Christian... ¡Caramba, qué manos tan lindas y delicadas tiene usted! ¿Me acompañará al cementerio?

—Desde luego.

—Me gustaría que fuera en mi automóvil. Quisiera tener a alguien con quien hablar.

—Le preguntaré al señor Vine. Estoy seguro de que no habrá inconveniente. Nos complace ofrecer toda la ayuda que podemos.

En esa luz esmeralda de night club, Christian alza las cejas. Se retira tímidamente. Se detiene un momento bajo la luz del vestíbulo para mirarse las manos. Sí. Son estupendas. Si no espero un momento y pienso en algo para que se me baje esta vehemente perpendicularidad, Clarance pensará que me tiro lances con los deudos. Y tiene razón. Esta es una buena vida. Ser amo y señor de los muertos. Lo único que puede detenerme ahora es el fracaso.

O
que la muerte
se pase
de moda

Notas

[2]

Sourpuss: persona desabrida y poco amistosa. (N. del T.)

6

El automóvil de la señora era gris. Con ventanillas redondas en la parte trasera. Como los ojos de buey de un barco. Una larga antena saliendo desde el techo nevado. Dentro, una alfombra de brillante piel oscura. Eché una última mirada al señor Sourpuss. Su compostura y su calvicie eran enormes. Colorete en las mejillas rechonchas. Labios sellados. De lo contrario le habría preguntado cómo.

Mientras íbamos por la calle Cincuenta y siete la señora Sourpuss canturreó la polca. Mientras volvía la cabeza para mirar las vidrieras de una casa de modas. Cuando nuestras miradas se encontraban sonreía. El tipo que había estado junto al termostato se quedó mirando la calle mientras los otros dos me veían subir a la limusina. Y el chofer de la señora Sourpuss, sin dejar de mascar chicle, dijo algo inaudible y desagradable mientras cerraba la puerta detrás de mí.

El tránsito avanza despacio sobre la nieve cada vez más profunda. Autos abandonados como colinas blancas. El cielo oscurecido por las nubes. Los remolcadores arrastran el transatlántico de chimeneas rojas hacia la punta del muelle. Más allá de las aguas oscuras del Hudson, la montaña rusa del parque de diversiones sobre la alta colina de piedra. Fui una vez allí, después de las regatas de junio de la universidad. Entonces esta era mi ciudad. Ahora pertenece a Vine. Se quedó mirándome cuando le anuncié que la señora Sourpuss quería que la acompañara. Esperé su respuesta. Vine estaba sentado. El escritorio cubierto de planos y diseños arquitectónicos, sujetos en una punta por un librito negro que decía en letras rojas Guía social de Nueva York. Ahora que ha descubierto que no figuro en ella, sin duda me dirá: Qué se ha creído, cómo se atreve a tomarse confianza con los deudos. Pero Vine bajó los ojos hacia sus papeles. Está bien, Christian. Y dijo: La radio ha informado que la tormenta de nieve es muy fuerte, Christian. Asegúrese de que Charlie ha puesto cadenas en todos los automóviles. Y Charlie abrió los ojos agradablemente cuando me acerqué a él. Y dijo: Señor Christian, qué anda haciendo por aquí. Le dije, trabajo en esta casa. Y dijo: Dios santo.

La señora Sourpuss fumaba Kool tras Kool. Yo se los encendía con su encendedor. La señora echaba el humo bajo las grandes alas de su sombrero negro. Se inclinaba hacia adelante para arrojar la ceniza en un cenicero que había en la madera de nogal, en el respaldo del asiento del chofer. La señora Sourpuss hablaba con el chofer a través de un micrófono que parecía un colador de té. El chofer se llamaba Glen. Me echaba miradas siniestras desde el espejo. En un momento

dado, mientras prolongaba su sonrisa socarrona, embistió el coche fúnebre. Charlie bajó sacudiendo el puño y aullando.

—¡Pedazo de animal! ¿Adónde mira cuando maneja? Pudo matar al difunto.

—La señora Sourpuss rio tapándose la boca con la mano. Y se volvió hacia mí clavando los ojos en mi regazo cubierto con la manta de piel.

—¿Practica deportes, señor Christian?

—A veces me pongo los guantes. Solía boxear.

—Qué interesante.

—Le aseguro que sé cómo defenderme.

—Pero sería terrible que le ocurriera algo en las manos. ¿Le gustan los libros y la música?

—Me gustan los libros.

—Lo supuse. Se le ve en la cara.

Cruzábamos el puente sobre las aguas donde el East River se mezcla con el Hudson. Salíamos de la isla de Manhattan. Llegábamos al Bronx. La señora Sourpuss se quitó el sombrero y echó hacia atrás la cabeza. Abrió la boca e hizo girar la lengua contra el interior de cada mejilla. Echó la ceniza en el cenicero y aspiró una larga bocanada. Frente a nosotros, su marido. En un ataúd forrado de satén blanco y cubierto de coronas y flores. Mi propio dolor ha desaparecido. Pensé que nunca se iría. Hasta que se fue.

—¿Cómo es su nombre de pila? No puedo seguir llamándolo señor Christian.

—Cornelius.

—Sus padres debían ser muy anticuados para ponerle semejante nombre.

—Eran inmigrantes. Quedé huérfano muy joven.

—Oh, qué pena.

Los autos se apartan de los coches fúnebres en las rutas. Se apresuran hacia sus casas en el temporal. Casas construidas sobre montículos rocosos donde vive gente que parece protegida de la vida. Tras los vidrios acogedores de las ventanas. En cuartos absurdos. Refrigeradores llenos de helados, aceitunas, queso. Las tajadas de boloña y roast beef ya listas para que las apilen entre las rebanadas de pan de centeno bien untadas de mayonesa. Sentados en el gran sofá de la sala. Hunden los dientes en toda esa comida y la bajan con gaseosas. Un buen fuego. Los radiadores de la calefacción zumban por toda la casa.

—¿Dónde estamos, Cornelius? ¿Cuánto falta?

—No mucho, señora.

—Hágame el favor de acabar con eso de señora. Me hace sentir vieja.

—Perdón.

—Me llamo Fanny. ¿Dónde estamos?

—Este es el Bronx.

—No parece el Bronx.

—Es el Bronx. Aquí hay bosques, ciervos, peces, ratas almizcleras, zarigüeyas, búhos, víboras.

—No sabía que este lugar fuera así. ¿Cuándo piensan civilizarlo? Eh, espero que no lo haya ofendido con lo que dije.

—No, por favor.

—Sí, lo ofendí.

—Me crié en el Bronx.

—No me diga. Aquí hay más bosques. Como usted me dijo.

—En el cementerio hay un lago con patos.

—No me diga.

El cortejo sube la colina sinuosa a través de los bosques. La limusina gris sin cadenas patina sobre el hielo. Otros dos automóviles detrás. Nubes blancas se elevan del caño de escape del coche fúnebre. En el mismo lugar donde esperé con Helen esperamos ahora a que las luces del semáforo se pongan verdes. En mi viejo, romántico Bronx. Alguna vez fui un chico que acababa de mudarse desde Brooklyn. Me hice amigo de otro chico que se llamaba Billy. Su madre acababa de morir. Me invitó a probar los guantes de boxeo que le habían regalado para Navidad. Su padre nos miraba desde su butaca en la primera fila: la escalera del sótano. Yo pensé que el chico estaría demasiado triste como para pelear. Pero me rompió el alma a trompadas.

—¿Qué es eso, Cornelius?

—La última parada del tren elevado.

—¿Y allí, donde dice Wickies, hay un bar?

—Sí.

La señora Sourpuss tomó un billete de diez dólares nuevecito y crujiente de su brillante cartera negra. Alzó las cejas, tomó el micrófono y ordenó a Glen que se detuviera. El coche fúnebre cruzaba la ancha avenida, seguido por los otros dos automóviles. Un hombre de uniforme gris le indicaba que se detuvieran apenas pasados los portones.

—Usted, que es un encanto, Cornelius, ¿no iría a comprarme una botella de whisky?

—Desde luego. ¿Qué clase prefiere?

—Canadiense.

Bajo desde esta estructura siniestra. Las veces que habré subido y bajado del tren. Es como una casa sobre pilares, llena de ventanas. El final de la línea o el comienzo, si uno va hacia la ciudad. El tipo que atiende el bar, con la camisa arremangada. Viajeros inclinados sobre sus copas en el bar circular. Del tocadiscos automático sale una

melodía con campanillas: un viaje en trineo a través de la nieve. Un cliente dice: Eso es lo que vamos a necesitar si esta tormenta sigue una hora más.

Afuera la nieve cae cada vez más espesa. Los hilos telefónicos se arquean a lo largo de la solitaria avenida norte. Del otro lado de la calle los altos rieles de hierro negro. Y más allá, los techados de los grandes mausoleos de mármol. Algunos grises, de granito. Cipreses y arces invernales, robles y hayas. Cubriendo toda esa muerte acumulada. Una muerte fría, blanca, solitaria. La señora Sourpuss abre un panel en la madera del auto.

—Tómese un trago, Cornelius. Allá afuera debe hacer un frío terrible.

—No, muchas gracias. No bebo cuando estoy de servicio.

—A esto llama usted estar de servicio.

—No.

—Bueno, entonces echémonos un trago.

—Preferiría no tomar nada.

—Vamos, anímese. ¿O creyó que iba a estar hecha un mar de lágrimas?

—Supongo que algunos deudos se muestran más tristes que otros.

—No me venga con esas. La mayoría están bien contentos. A menos que el muerto sea un chico o algo por el estilo.

—Sírvase el vuelto.

—Guárdeselo. Es suyo.

—Lo lamento, pero no puedo aceptar semejante cosa.

Creo que dentro de un minuto voy a condecorarlo. Usted es tan correcto que me ataca los nervios. Guárdese esa plata.

—Bueno, muchísimas gracias.

—De nada. Bueno, a su salud.

Fanny echa hacia atrás la cabeza; la nuez sube y baja mientras traga el whisky. Me muero de ganas de verle otra vez las piernas con las medias negras. Vine no dijo nada acerca de las propinas. Como parte de mis fabulosos emolumentos. Para usar una palabra anticuada. Se la diré a Vine para que enriquezca su vocabulario. Fanny apenas necesitó dos frases y una propina fenomenal para hacerme olvidar toda una vida de amor propio. Ahora tengo casi siete dólares más. Solo por hacerle un mandado. Me alcanzará para comprarme sándwiches de salchicha y bebidas durante muchos viajes en el ferry. Y todavía me quedará para comprarme una pizza.

—Cornelius, usted es fuerte, ¿no es cierto? No permita que nadie me toque.

Ahora quiere saber si soy un Sansón. Glen vuelve a sonreír desde el espejo retrovisor. Nos llevará hasta la puerta del mausoleo de los Sourpuss. Sacudiendo los líquidos de los muertos. Los ayudantes

saldrán a la disparada. Y me dará la oportunidad de parar un momento para contar mi dinero.

—En una época estuve casada con un jugador de fútbol, Cornelius. Podía sostenerme sobre su cabeza con la palma de la mano. Pero era incapaz de ganar un centavo. Lloró como un chico cuando lo dejé. Creo que fue a parar a un manicomio. Trató de matarme cuando le dije que no quería volver con él. Si está esperándome, Cornelius, dele una trompada.

Un camino sinuoso que sube y baja entre estos paisajes. Pasamos frente a la estatua de un chico de pantalones cortos, sentado en un banco con las piernas cruzadas. Tiene un clavel rojo en la mano. Yo estaba vestido así cuando perdí mi primera pelea. Me hicieron repetir un grado por idiota. Y pensé que podría vencer al segundo de los chicos más guapos de la clase. Se había puesto libros debajo del pulóver y me lastiamé los puños. Cuando me tiró contra un cerco de un puñetazo me puse a llorar. Y ahora la señora Sourpuss quiere que me voltee a un tipo que debe ser fuerte como un caballo.

—Le diré la verdad, señora Sourpuss. Soy bastante atlético. Pero ese tipo, su primer marido...

—Era mi segundo marido.

—Bueno, su segundo marido. Debe ser un tipo grandote. ¿De veras cree que estará esperándola? A nosotros nos gusta ayudar a nuestros clientes en la medida de lo posible. Pero creo que en esta ocasión necesitaré que me ayuden a mí.

—He venido con tres detectives privados. Pero no quiero que haya tiros.

—Tiros. Señora Sourpuss, esta es una ceremonia muy solemne. Los cementerios tienen leyes propias. Si hay tiros me despedirán. En muchos entierros se producen corridas y empujones. Pero el señor Vine se indignaría si se dispararan tiros.

Fuimos por este lado con Helen. Las tumbas de precios económicos. Hilera tras hilera. Y por este camino hacia donde los dientes quizá estén desparramados como dados sobre la tumba. Si las balas no han roto antes los premolares de todos los ayudantes. Aquí los edificios se alzan en toda su nevada elegancia. Detrás de cualquiera de ellos puede ocultarse el segundo marido de la señora Sourpuss. Apuntando con su fusil de mira telescópica. Y el resto del equipo de fútbol se lanzará a la carga con sus hachas indias. Las cosas no han cambiado mucho en este viejo terreno de caza indio. Al frente, ocho hombres de uniformes verdes. Un sendero cubierto por un toldo. La bóveda de un mausoleo sostenida por columnas y con ventanales góticos adornados de vitrales. Junto a la entrada hay cedros. El cortejo se ha detenido. Caramba. Otros dos automóviles se han sumado al grupo.

Sé que Clarance me diría que debo usar mi propio criterio. Me arrojaré al suelo de este vehículo. Cuando termine la matanza, llevaré a los sobrevivientes al hospital. Y Charlie le llevará los muertos a Vine.

—Señora Sourpuss, no quiero parecer descortés, pero antes de bajar... ¿Ve a su marido por alguna parte? ¿En aquel auto? Hay alguien sentado en él. Antes de bajar tenemos que asegurarnos. Por su propio bien, señora.

—La mandíbula de Willie es como de manteca. Dele un buen tortazo. ¿Tiene miedo, Cornelius?

—No, no tengo miedo. Pero estoy fuera de práctica. Creo que debería hablar con alguna autoridad del cementerio. Por si se produce algún desafortunado incidente que estropee la dignidad de la ocasión. Aquí no se permite que ocurran estas cosas.

Charlie lucha con el picaporte de la puerta del coche fúnebre. Que Glen, el de la cara sonriente, atascó cuando embistió al coche fúnebre. Si Vine estuviera aquí, pondría el grito en el cielo. Charlie hace palanca con una llave inglesa. Y acaba cayéndose de culo en la nieve. El empleado del cementerio frunce el ceño. Este podría ser mi primer y último entierro. Ahora hay tres hombres tirando de la puerta. Zas. Otro al suelo. El empleado del cementerio parece furioso. Ahora son cuatro los que tiran. Un chirrido. Se abrió. La puerta entera está torcida. Fanny me aprieta la mano. Cuando salga de este auto, tendré que taparme la bragueta.

—Mire, Cornelius. Qué conjunto de patanes.

Los ayudantes llevan las flores con los brazos extendidos. Otros seis con capas verdes sacan el ataúd del coche y lo cargan hábilmente sobre los hombros. Charlie mira. Tiene la cara pálida y los copos de nieve se le prenden de los mechones grises. En ese cartelito dice Avenida del Paraíso. Debería decir Arroyo de la Mierda. Fanny se retoca el maquillaje. Cierra la polvera de oro. El aroma del polvo me sube hasta la nariz. Ya vamos. Primero la vanidad. Antes que la violencia.

—Dígame si lo ve, señora Sourpuss.

—¿A quién?

—A Willie.

—No se preocupe. Si ha venido lo verá enseguida. Mide como dos metros.

La señora Sourpuss con botas de lluvia de tacones altos. Christian tiene escalofríos. Nos paramos bajo el toldo que se parece al que hay a la entrada de la funeraria. Dejé mi abrigo en la oficina. Aquí al aire libre el perfume de Fanny es más intenso. Sus piernas negras contra el blanco. Todos esperan. Un grupo extraño baja de los otros dos automóviles. Cuatro mujeres con vestidos negros y largos crespones.

Tres hombres muy morenos, uno con una túnica flotante. Tres detectives, dos al final de la escalera y uno del otro lado del camino.

—¿Quiénes son esas personas de negro, señora Sourpuss?

—Campesinos. Parientes de mi marido. Les dejé que vinieran a divertirse un rato. Porque es lo único que pienso dejarles. Un hato de inmigrantes. Deberían volverse a Bulgaria.

Le tomo el codo envuelto en pieles. El viento se cuela a través de mi tweed. Siento el roce de su teta derecha. Pero el viento enfría mi perpendicularidad. Se levanta cada vez que Fanny se levanta. Los escalones bien barridos. Es el momento de decirle algo amable. Antes de que explote cualquier conducta improcedente.

—Está usted muy bonita, señora Sourpuss.

—Eso debe decírselo a todas sus clientas.

Interior frío y mohoso. Olor a cemento y yeso. Estuve a punto de contestar a la señora Sourpuss. Que ella es la primera clienta que he tenido. Permanece tiesa y pegada a mí. Mientras el grupo de inmigrantes se acerca. El barbudo alto de la túnica negra lleva un altarcito. En los vitrales hay ángeles femeninos con guirnaldas, arrodillados. Debajo de uno de ellos dice Pax Vobiscum. Todo lo que sé es que me convendrá volver al club atlético donde aprendí a boxear, para ponerme otra vez en forma. Las tragedias ocurren de golpe.

Como cuando uno mira el reloj exactamente en el momento en que se para. Eso es cuando suena la campana junto con un buen puñetazo en la cabeza y empieza el primer round. Los golpes bajos están permitidos. Así nadie puede estar seguro de sus pelotas. En este momento las mías están encogidas de miedo. Bajo una protuberancia muy rígida. Una perpendicularidad en honor de Fanny.

Sigue cayendo la nieve del cielo encapotado. Las barredoras mecánicas limpian los caminos del cementerio. En su hermético ataúd, forrado de plomo, el señor Sourpuss descansará tras una placa de mármol rosado. Mientras los inmigrantes musitan plegarias. Y nosotros bajamos las escaleras. Siento una palmada en el brazo. Aprieto el puño derecho. Lo mejor será liquidar a ese Willie de un buen puñetazo en el estómago. Estoy asombrado de mi valentía. Pero era Charlie, que me preguntaba con su voz triste y suave si regresaré con él en el coche fúnebre. Digo que sí. La señora Sourpuss dice que no. Helado de frío me dejo llevar a su automóvil. Me aprieta la rodilla con la mano.

—Pobre muchacho. Le voy a frotar las manos.

Y el pobre, viejo Charlie. Lleva tanta tristeza en sus ojos castaños como para fundar un banco de dolor. Se quedó distribuyendo propinas mientras nosotros nos íbamos. Atravesando esos caminos ondulados. Con una cama y una chimenea, uno de esos mausoleos sería un lugar

estupendo para vivir. Con los portones cerrados durante la noche. Para poder salir y pasear en la paz del ocaso. Con botas para la nieve. En medio de toda esa belleza. A salvo de las viejas que alquilan cuartos. Patinaje sobre hielo en este lago congelado. Hay que evitar ese agujero en el centro, donde están posados los patos y los gansos. Un puentecito de piedra. Un arrendajo azul vuela chillando y se posa en la rama de un árbol. Allí, después de una zona de pequeñas lápidas y más allá del cerco, el frente rojo del cuartel de bomberos. Debe ser tibio y acogedor. Cuando era estudiante secundario me gané unos centavos cortando la hierba a lo largo de esta avenida.

Me sentía como un peluquero cortando el pelo verde de los muertos.

—Señora Sourpuss, si bajo aquí, puedo tomar el tren.

—¿No piensa seguir conmigo?

—Bueno, no sé adónde va usted. Quizá el señor Vine me necesita en la ciudad.

—Lo esperan los fiambres.

—Nosotros no usamos esa palabra.

—Nosotros. ¿Quiénes son "nosotros"?

—Bueno, el señor Vine. Y también yo, quizá. Preferimos usar la palabra difunto fuera del estudio y la palabra cadáver en el estudio.

—Y también yo, quizá... Usted dice eso de una manera... Me encanta su acento. Tómese un trago de whisky, Cornelius. Estoy bromeando. Usted tiene la cara más linda y más inocente que he visto en mi vida.

—No soy tan inocente.

—Vamos, tómese un trago. Es el último que queda. ¿Nunca se permite el lujo de hacer lo que se le antoja? Es tan serio... Tiene que divertirse alguna vez en la vida.

—Bueno, he tenido un montón de problemas.

—Todo el mundo tiene problemas. Míreme a mí. Acabo de enterrar a mi marido. Es inútil luchar. Hay que aguantarse. Bueno, Glen, acérquese a la derecha.

Paramos en este puente. Abajo pasan los trenes y corren los autos y el río Bronx. La señora Sourpuss hace sonar la botella de whisky contra el borde del vaso, sirviéndose el último trago. Ese hijo de puta de Glen se habrá tomado el resto. Habrá bajado el vidrio que lo separa de la parte trasera y se habrá echado unos buenos tragos. Acaba de lanzarme una de sus miradas obscenas. Mientras esperamos. Frente a la estación. A través de la ventanilla como ojo de buey leo "New York Central". Línea hacia el sur. Abajo, el techo bamboleante de un tren que se acerca. Rugiendo hacia Connecticut. Llevando a los padres de regreso a sus familias. Quejándose de lo mejor de todo. Que el dinero puede comprar. He cruzado un océano para volver entre esta gente

que es como un muro ciego. Todos tienen miedo de mirar a través de sus ojos. O de que un destello de emoción salte de sus caras congeladas. Aterrorizados de que un dedo los señale y alguien diga: Usted, usted es culpable. O de pensar. Que todo ese mundo está lleno de mierda.

—Usted no tiene abrigo, Cornelius. Se va a morir de frío.

—Hay una sala de espera.

—Mire qué tormenta.

—Los trenes siguen andando.

—Pero mire allá, en la colina, qué simpático restaurante. Me muero de ganas de comerme un sándwich de pollo. Puede telefonear al señor Vine desde allí. ¿Ha almorzado?

—No.

—Bueno, vamos. Debe haber un gremio de empleados de funerarias. Puede armar un buen lío a Vine si no le da una hora para el almuerzo.

—Está bien.

—Glen, vamos a aquel restaurante. Cómprese algo para comer y espere en la playa de estacionamiento.

En el tibio interior tintinean los vasos. Un bar circular. Hay uno en cada entrada del cementerio. Los deudos pueden ahogar sus penas. Música de órgano. Unos cuantos parroquianos. Barra de bronce para los pies. Dos ventanas miran hacia la nieve que cae. Entran más clientes por una puerta lateral. Damas de honor vestidas de rosa y una muchacha morena con traje de novia blanco. Se dirigen hacia el comedor y la pista de baile, en la parte trasera. Mientras sigo a la señora Sourpuss con sus botas de tacones altos. A través de las suaves luces de colores que atraviesan la penumbra. El mozo de cara redonda se inclina para tomar un vaso y limpiar el cenicero. En esta tarde de invierno. Mi primer día de trabajo en el nuevo mundo. Una viuda rubia vestida de negro del otro lado del mantel. Pide dos sándwiches de pollo, una botella de cerveza, whisky y soda. El mozo asiente.

—Está bien, señora.

Fanny Sourpuss de pie. Apoya la palma de las manos bajo los pechos y se alisa el ceñido vestido sobre el vientre. Aspira largamente. Saca pecho. Levanta las cejas. Toma la cartera. Y agitando las pestañas me sonríe.

—Perdóneme, Cornelius. Voy a empolvarme la nariz.

Sobre la mesa un libro de cuero negro. Cantos dorados y como cierre un minúsculo corazón de oro. Junto a él, un diario doblado. La señora Sourpuss los trajo del automóvil. Echo una mirada al diario en esta luz tenue. Un titular. “Perros salvajes atacan a un hombre en Bronx”. Otro. “Un hombre se arroja a la calle”. Y la nota necrológica.

Harry Z. Sourpuss, 67, inmigrante búlgaro cuyas técnicas en el rubro de la costura revolucionaron la industria norteamericana del vestido, murió el jueves a consecuencia de un ataque cardíaco. Era un pobre afilador de cuchillos ambulante antes de fundar el imperio comercial nacional que lo hizo millonario. Construyó el edificio Sourpuss, cuyo techo es una réplica de la catedral Nevski, en Sofía. Harry Z. Sourpuss era también un benefactor y prestó apoyo a muchas causas búlgaras. Los servicios fúnebres tendrán lugar el lunes, a las 11, en la Funeraria Vine. Los restos serán trasladados a Greenlaw. Harry Z. Sourpuss deja a su viuda, Fanny Jackson de Sourpuss, y a dos hermanos, Sheldon e Izaak.

Christian abre otro diario doblado. El Wall Street Journal. Un titular que cubre tres columnas. “Fundador de la Sourpuss Corporation demandado por su esposa. Batalla en los tribunales”. Dios santo, será mejor que vuelva a doblar este diario. Todo el mundo tiene problemas. Hasta los ricos. Con esos labios tan suaves y maternales. Cómo es capaz de demandar a nadie. Con esa mirada tan agradable. El pelo echado hacia atrás despejando su cara amplia y el cutis pecoso bajo los polvos. Cuando se pone furiosa debe sacar las garras como un tigre. Hasta que consigue lo que quiere. Y vuelve a sonreír.

El mozo pone los sándwiches y las bebidas sobre la mesa. Christian le desliza el billete de cinco dólares que recibió como propina. Es bastante plata como para comprarse ropa interior. Cinco pares de calcetines. La bragueta de mis calzoncillos está podrida. Tengo agujeros en el dedo gordo y en el talón de mis calcetines. Esta mañana caminé por la funeraria casi sin levantar los pies para que mis pantalones no revelaran ese minúsculo sol naciente de carne. Que denuncia al mundo la existencia de muchos otros jirones ocultos.

—Vete de aquí y déjame en paz. Estoy acompañada.

Christian levanta los ojos. Un gigante rubio que mira desde un casco azul y dorado. Un enorme abrigo gris con nieve derritiéndose sobre los hombros. Permanece detrás de la señora Sourpuss, que apenas le llega al hombro.

—¿Con quién estás? ¿Quién es usted?

—Estoy con la señora Sourpuss.

—Entonces le voy a romper los dientes. Porque no me gusta que esté con ella.

Christian se pone de pie lentamente, empujando hacia atrás la silla. Levantando los brazos a ambos lados. Es asombroso lo rápido que puede latir el corazón. Encorva los hombros. Para adquirir la inmediata, si no perdurable, apariencia de un gorila entre las sombras. Willie, que es capaz de levantar un culo en el aire con la palma de la mano, tiene la misma expresión socarrona de Glen. Ahora se dibuja

una sonrisa en sus labios. Los débiles despiertan en los fuertes un apetito feroz. Este ya se muere de ganas de romperme el alma.

—Eh, muchacho, ¿usted practica jiujitsu o algo por el estilo? Se necesita mucha fuerza para voltearme.

—No practico jiujitsu. Pero si no deja en paz a esta dama, lo parto por la mitad.

—¡No me diga! Bueno, dé un paso más y veremos quién parte a quién.

—Por favor, Cornelius, espere, que llamaré al encargado. Oh, Dios, no...

Christian da la vuelta a la mesa. Se acerca a Willie. Cuya sonrisa crece cuando las manos de Christian se adelantan hacia las solapas de su abrigo. Willie extiende sus manazas. Súbitamente, Cornelius aferra los dedos de Willie y con un veloz movimiento se los retuerce y se los dobla hacia atrás hasta las muñecas. Willie se para en puntas de pie con un jadeo de dolor.

—Bueno, mamarracho, ¿va a dejar en paz a esta dama?

—Cuidado, enano, me está rompiendo los dedos.

—Cállese.

—Cuando me suelte, lo mato.

—Cállese, le dije. Una palabra más y le romperé la muñeca en un segundo. Arrodíllese.

—No puedo. Me quedaré sin dedos.

—Al suelo, vamos, al suelo.

—Sí, sí, enseguida. Por favor, me está rompiendo los dedos, me los ha roto.

—Ahora eche atrás la cabeza. Bien atrás.

—¿Qué quiere hacerme? Por Dios, ¿qué le hice yo?

—Se presentó ante mí sin autorización.

—¿Quién es usted? ¿Un campeón en jiujitsu?

—Soy valiente y fuerte. La próxima vez le romperé el cuello, le anudaré los tobillos como una corbata y lo mandaré al departamento de Salud Pública como regalo.

—Está bien, me ha liquidado.

—Cuando se lo permita, junte las manos y rece. Si se levanta, lo parto en dos.

Christian suelta los dedos de Willie. La mano cae fláccida y temblorosa. Willie mira hacia el suelo. Después mira a Christian, que le devuelve la mirada sin perder su actitud de gorila, con las piernas muy abiertas. Ante la puerta hay una multitud de curiosos. Alguien ha dicho: Si necesitan un médico, mis honorarios son diez dólares. Glen atisba por encima de un hombro y se quita el cigarro de la boca. El encargado se abre paso.

—Eh, qué pasa aquí. Acaben con esto.

Christian aparta a la silenciosa señora Sourpuss y la guía tomándola por el codo. Entre los invitados a la boda que se apretujan. Hacia el bar circular, junto al vestuario, donde el mozo tomó el abrigo de Fanny. Junto a la entrada lateral, al pasar frente a una máquina para vender cigarrillos, Fanny mete unas monedas en la ranura para comprar un atado. Salimos al aire gélido. Me echo una feroz meada contra una mata indefensa. Y cruzo la playa de estacionamiento nevada. Fanny me atrae hacia la blandura de sus pieles. Glen trota detrás de nosotros.

—¿Ese era Willie, señora Sourpuss?

—Sí, era Willie.

—Caramba, nunca me imaginé que alguien pudiera hacer semejante cosa. Venga por este lado, señor Christian. Aquí la nieve está pisoteada. Le abriré esa otra puerta.

La señora Sourpuss inclina la cabeza y entra en la limusina gris con ojos de buey. Tengo el impío deseo de meter la mano entre las telas exquisitas que deben adornarla bajo el abrigo de visón. Y cuando llegara al fondo, quisiera tomar un buen puñado de ese vibrante culo. Mientras Glen me mantiene la puerta abierta. Entro. Oyendo las palabras de Glen: Sí, señor, sí, señor Christian. Y es entonces cuando uno piensa.

La felicidad
es
un gato enorme
con un ratón
en medio kilómetro cuadrado
de linóleo

7

Estoy de pie sobre la espesa alfombra marrón de Fanny Sourpuss. Aquí es donde vive, en un piso duodécimo, en la zona este de la ciudad. El teléfono suena sin cesar. Tengo un vaso muy alto lleno de whisky y soda burbujeante con cubos de hielo que se entrechocan. Este inmenso departamento lleno de mesas de mármol y de íconos. Las ventanas dan hacia el techo de pizarra barrido por el viento de una embajada, su bandera flameando en la nieve y la oscuridad.

El amistoso Glen, formando hilos de chicle entre las mandíbulas, nos trajo a la ciudad bajo el tren elevado. Por la avenida empedrada y con vías de tranvía que se llama White Plains. Pasábamos frente a montones de nieve apilada contra las fachadas oscurecidas de las tiendas y sobre las escaleras y los porches. Automóviles estacionados y sepultados bajo la nieve alineados en calles vacías, blancas, yermas. La gran limusina patinó al cruzar un puente yendo hacia Manhattan. Luces de lanchas en el río y bordes de hielo en la playa. La mano de la señora Sourpuss buscando la mía bajo la manta de piel. Y mientras estacionábamos frente a una marquesina helada en el gran cañón de Park Avenue, Fanny dijo: Suba a tomar algo caliente. Un portero irlandés, de uniforme gris con botas altas, nos guió por el vestíbulo de lajas blancas y negras hacia el ascensor.

—Hay que dar gracias a Dios de que haya podido usted regresar sana y salva del entierro de su marido, señora Sourpuss.

—Sí. Le presento a mi sobrino, el señor Peabody.

Una paloma se acurruca y agita las alas en el alféizar nevado de la ventana. La tibia suavidad de este lugar. Mira hacia la tormenta de nieve. Hacia otras ventanas iluminadas. La ciudad se ha detenido. Yo no habría sido capaz de abandonar a un deudo que sufre. Perdidos como estábamos en la nevisca. Créame, señor Vine, era en alguna parte del querido y olvidado Bronx, al este de Eastchester. Donde los prisioneros entierran los brazos y piernas amputados y a los muertos sin parientes. Le aseguro, Clarance, que pensé sinceramente en todo el dinero que usted estaba perdiendo.

—¿No tiene ganas de comer algo con el whisky? Puedo darle ensalada de papas. No sea tímido. Considérese en su propia casa.

Christian se sienta frente al piano de cola negro. Toca una melodía triste. Arriba y abajo por el más suave de los teclados. Mirando hacia el perro lanudo de cerámica blanca. Fanny va y viene con su vestido largo color verde. Oigo que grita a alguien y después un portazo. Vuelve con una bandeja. La pone sobre la mesita del café, ante un

sofá. Rebanadas de pan negro; en diferentes cazuelitas blancas, rizos de manteca, aceitunas, queso suizo, papas fritas, leberwurst, boloña, salame.

—Vamos, coma, Cornelius. Qué espera.

Me mira bajo sus pestañas, ahora más largas. Una cadena de eslabones de plata en torno a la cintura. Sandalias doradas y un lazo de satén negro que le retiene el pelo en la nuca. Se arrodilla en el suelo. Sigue mirándome desde allí. Resplandeciente en su rubia y hábil belleza. Mientras como un sándwich de boloña con queso suizo. Unidos con mostaza. Engullidos con una cascada de aceitunas.

—Qué hambre tenía, muchacho. ¿No le molesta si me quedo aquí, mirándolo?

—No.

—¿Siempre ha sido tan valiente?

—Sí.

—¿Cómo llegó a hacerse tan duro?

—No lo sé.

—Creo que nunca he conocido a nadie como usted. Mientras lo miraba tocar el piano pensé... Tocaba con tanta elegancia. Con tanta facilidad. Usted tiene algo más que coraje. No puedo entender por qué se ha metido en esa funeraria. Hay cientos de lugares más apropiados para un tipo de su clase. Hablaré con mi abogado.

—Señora Sourpuss...

—Siempre tan formal.

—Lo soy cuando hablo de mi oficio. Trabajar en una funeraria es un medio para ofrecer protección. Tanto a los vivos como a los muertos. Es algo que nos acerca mucho a los demás. Algo que dignifica. Hasta diría que es algo que llega a la categoría de arte. Además, la muerte es una pausa renovadora en la vida de los otros.

—En eso estoy de acuerdo.

—Y me permite conocer a alguien como usted. Créame cuando se lo digo, señora Sourpuss; conozco las verdaderas lágrimas de la muerte: no corren por las mejillas.

—Dios santo... Pensar que estoy sentada aquí. Con un funebrero. No me interprete mal, no tengo nada contra su oficio. Pero es realmente el colmo. Mi teléfono está descolgado. Porque todos los tipos que conozco me llaman sin parar. Quieren venirse enseguida. Para que yo pueda apoyar la cabeza en sus hombros. Y mírenme aquí. Harry estiró la pata. Y yo estoy con el hombre que lo enterró.

—No hice más que ayudar. Y espero no estar imponiendo mi presencia.

—Qué va a imponer... Me protegió. Un tipo tan grande como Willie... Eso lo humillará por el resto de su vida. Era lo único que sabía hacer. Plantarse firme y decir le voy a romper el alma. Con las

manos limpias.

La señora Sourpuss pincha una aceituna. La lame con la punta de la lengua. Después la envuelve en los labios y la absorbe. Para masticarla y tragarla con el whisky con soda. Se sienta sobre una cadera, apoyándose con una mano. El grueso diamante ovalado que tiene en el dedo arroja destellos azules y relámpagos blancos. Ahora levanta un pie y golpea la suela de mi zapato con su sandalia. La luz de la lámpara se proyecta en abanico sobre la pared. El rojo, dorado, azul de los íconos en marcos de oro. Cruces en alto. Cabezas de santos. Fotografías y dibujos de la catedral de Nevski. Y tengo la bragueta de los calzoncillos podrida.

—Qué departamento tan agradable.

—Harry recibía una renta por este edificio. Renta que ahora es mía, según mi abogado. Derribé un montón de paredes que su primera mujer había hecho construir. A ella le daba por los pájaros. Tenía un gusto espantoso. Llamé a dos maricones para que cambiaran la decoración. Vinieron revoloteando con géneros nuevos. Pusieron esas cerámicas blancas y azules en torno a la chimenea. Creo que son bastante bonitas. Esas bolas de vidrio verde que ve colgando allí, sostenían redes de pescar. Lo llaman el "estilo de puerto". Los tipos decían que en esa época se usaba la tela en las paredes. En esa época. Vaya a saber uno qué época. Un mes después me dijeron que se acercaba la primavera y que nadie que fuera realmente alguien era capaz de conservar las paredes de invierno. Les di carta blanca. Sacaron todo el revoque y dejaron los ladrillos al aire. Eso duró un verano. Hasta que llegó el otoño y me dijeron que se usaba la madera sin lustrar en las paredes. Al fin, saqué todas esas porquerías de las paredes, las hice revocar de nuevo y las hice pintar de anaranjado.

—Es muy agradable.

—Sírvase más whisky, Cornelius.

—Gracias. ¿Le sirvo a usted?

—Sí. Lléneme el vaso. Supongo que tengo lo que todas las chicas querrían tener. Siempre supe que estaba hecha para la vida de lujo. En todo caso, me espantaba la vida que llevaba mi madre: planchaba en el sótano. Y subía para poner el mejor mantel en la mesa para las cenas de los domingos. Me aburría a muerte. Desde que tuve cinco años quise escaparme. Me casé y me divorcié a los dieciséis. Volví a casarme a los diecisiete. Me lo pasaba metida en un cuchitril, mientras Willie se rompía la nariz jugando al fútbol para ganarse unos dólares. No salíamos nunca. No quería que nadie me viera ni que tuviera amigos. Hasta que una tarde, exactamente a las tres, muerta de aburrimiento, estaba sentada leyendo una revista. Recuerdo todo lo que había sobre la mesa. Una caja de higos. Un vaso de leche. Leía que si uno come remolacha, la orina se vuelve rosada. Esa era la

diversión más grande que podía esperar. Así que me comí dos remolachas que traté de pelar. Y una caja de bizcochos. Después volví la página. Vi un montón de tipos con un barco en una isla tropical que era propiedad de un solo individuo. El tipo tenía su propia cancha de golf y su hidroavión privado. Y todas esas chicas tomando cócteles en la playa. Y dije: A la mierda con todo esto, me largo de aquí y me voy a ese lugar. Sin perder un minuto. Lo hice. Y aquí me tiene, mandando al diablo todas las preocupaciones. Por lo menos, de ahora en adelante. No bien solucione algunos problemas. Nunca sé cuándo corro peligro. Como esta tarde. Cuando se fueron los detectives apareció Willie. Los detectives me cuestan cien dólares por día. Pero es barato, comparado con lo que gastaba Harry. Mantenía a una docena de putas en una docena de suites lujosísimas en unos ocho estados. En este mismo instante esas fulanas tienen que dejar los hoteles. Llamé a cada una personalmente. Para darles la buena noticia. La farra se les terminó. Todas a la calle. Porque ahora soy la única que cuenta. Y le aseguro que... Pero para qué le cuento estas cosas. Qué puede saber de esto una criatura como usted. Pero me parece que algo sabe. Por la manera en que me mira, sentado allí. Ojalá fuera huérfana como usted.

La señora Sourpuss se levanta. Cambia el disco. En el estéreo, cuyo mueble dice Stromberg Carlson en elegantes letras aplicadas. Gimen las mandolinas. La señora Sourpuss levanta los brazos, moviendo las caderas. Mira a Christian, que tiene en la boca la mitad del sándwich que acaba de prepararse. Mientras la señora Sourpuss adelanta la mano izquierda, la derecha retrocede y después la izquierda vuelve a adelantarse como una serpiente. No sé qué hacer con un sándwich en la boca. Seguir masticando. Al ritmo de la música.

—Dígame una cosa, Cornelius... No sé mucho acerca de usted. ¿No será casado, por casualidad?

—No.

—En todo caso, es un poco tarde para llamar a su mujer. Quién es capaz de quedarse esperando al lado del teléfono... hay que vivir la propia vida. Eso es lo único que importa. Buscar la manera de pasar la tarde. Ir a patinar sobre hielo a Rockefeller Center. Pero cada vez que una mira hacia arriba, se da cuenta de que la mitad del público es de detectives. Vigilan a las chicas que hacen piruetas sobre el hielo. ¿Quiere bailar, Cornelius?

Christian mastica un buen bocado de salame con un toque de ajo. La piel se me ha enroscado en torno a dos molares. Cada visillo de las ventanas tiene una argolla que cuelga para que meta uno el dedo en ella y tire. Qué lejos estamos del lado oeste de la ciudad. Del otro lado del parque, en estos momentos un montón ondulado de nieve. Aquí la gente tiene dinero. Dinero que sale de unas bóvedas secretas, ocultas

en las entrañas de estas estructuras gigantescas. Para que la gente pueda darse la gran vida. En la madurez de su carne. Cuando le dejan a uno contemplar todo este esplendor es muy difícil olvidarlo. Al llegar aquí, uno se siente tímido, como al empezar un nuevo curso en la escuela. Un chico llega con el aroma de los cuadernos nuevos y susurrantes, husmeando la dulzura que surge de las páginas. Todos esos renglones vacíos. Los llenará con un lápiz recién afilado. Ha tirado los cuadernos del año anterior. Otra oportunidad. Y quizá no me dejen volver por ser tonto.

—Ay, Cornelius. No es que me importe mucho, pero tengo una uña encarnada en este pie. Si quiere, puede pisarme el otro.

—Perdón, no sé bailar.

—Vamos, lo hace muy bien.

Siento sus caderas verdes que se mueven, los huesos que giran en ella. Carne y cartílagos vivos bajo mi mano. En este infierno anaranjado. He desaparecido del mundo. Donde nadie sabía que estaba, de todos modos. Bien abrigado aquí. Sus brazos me ciñen. Su aliento huele a manzanas. Su garganta a perfume. Las largas pestañas hacen que sus ojos parezcan más grandes. Todos esos tipos que la llaman por teléfono. Quizá estén viniendo hacia aquí en sus trineos, con las pelotas tintineando. Que vengan a buscarme cuando quieran. Me encontrarán lleno hasta el cogote de boloña y hasta el culo de aceitunas. Con los botones de mi bragueta estallando. Y mi mástil afuera.

—Cornelius, usted tiene un poco de todo.

—¿Cómo dice?

—Usted sería el marido ideal para una buena chica. Tiene tanta distinción... Una vez seguí un curso de elocución. Pero creo que sueno mejor hablando con naturalidad, sobre todo cuando tomo unos cuantos tragos. ¿Lo asusto?

—No.

—Vamos, no me dirá que toda la gente a quien se le ha muerto alguien se conduce como yo. Bailar después de enterrar a un marido...

—Bueno, no es la conducta habitual de los deudos.

—Desde que tengo uso de razón, me di cuenta de que era diferente de los demás. Los vecinos de mis padres, en el barrio donde vivíamos... Lo único en que pensaban era en la mierda que eran. Ellos eran como eran y yo era como era. Y sabía que yo era una mierda en serio. Pensaba que todo el mundo tenía que darse cuenta de la diferencia. Pero basta. A qué hablar de esas cosas ahora. Eh, por qué no dice algo. Dice sí, dice no, dice discúlpeme. Pero en realidad no dice nada. Óigame: ¿por casualidad...? No quiero preguntar cosas de mal gusto, pero... ¿Usted embalsamó a Harry? Si no tiene ganas no me lo diga.

—Yo trabajo en el frente de la casa.

—Suena como si vendiera entradas para un cine o algo por el estilo.

—No embalsamé a su marido.

—Oh, bueno, se lo pregunté porque..., usted sabe, uno cree que las manos de alguien han hecho algo y piensa qué carajo han hecho esas manos y quizá... Bueno, soy un poco quisquillosa y desearía que sus manos no hubieran hecho ciertas cosas. Tomemos un trago. Tenemos que darnos una fiesta. Necesito un poco de acción. ¡Vamos a destruir esta pocilga!

La señora Sourpuss toma un objeto ovalado de cristal con un cisne tallado. Lo arroja contra la pared sobre el tocadiscos y los pedazos caen sobre el disco.

—Vamos, Cornelius, no se quede parado ahí. Por Dios, ¿no ve que estoy destrozando esta pocilga? Ayúdeme.

—Señora Sourpuss, esas cosas tienen mucho valor.

—Ya lo sé. Vendí mi culo por ellas. Tiene razón: valen mucho. ¿No cree que mi culo vale mucho? Es el culo más valioso de Nueva York. Vale millones. Millones.

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Está perfectamente de acuerdo... Qué simpático. Al fin ha dicho algo. Bueno, me alegra que esté de acuerdo. Pero ahora le diré algo, Cornelius. Lo interesante de tener un culo que vale millones es venderlo por millones. Vendí el mío por millones y tengo millones. Pero todavía conservo el culo. Creo que podré venderlo por más millones. Esa es la cosa. Más millones. Ahora, ¡adelante! ¡A destrozar esta pocilga! Hace años que quiero librarme de esos íconos de porquería. Tome ese. Y ese otro. Reviéntele los ojos a ese obispo hijo de puta. A quién se creerá que está bendiciendo... Vamos, arránquele los ojos a este otro.

—Señora Sourpuss, me gustaría mucho ayudarla a destrozar su casa, pero...

—Bueno, adelante entonces.

—... Si el señor Vine supiera que fui a la casa de un deudo e hice trizas su departamento, destrozando cuadros y poniéndolo todo patas arriba, bueno..., no creo que lo aprobase.

—Si no le gusta, le compraré el negocio.

—El señor Vine es bastante caro.

—No para mí. Puedo comprarlo cuando se me antoje. Eh, ¿qué se propone? ¿Quiere arruinarme la fiesta? Cuando obligó a Willie a arrodillarse tenía más cojones.

—Cuando es necesario puedo ser un tipo muy duro, pero por lo general soy terriblemente tímido.

—Muy bien, sea terriblemente tímido mientras yo destrozo este

inmundo escritorio francés o lo que sea, esta porquería del siglo dieciocho llena de ridículas flores incrustadas que esa barrigona tetuda, la primera mujer de Harry, compró por diecisiete mil dólares. Mire cómo mando al diablo este cisne asqueroso.

El cisne de cristal se hace añicos en medio de la mesa. Saltan al suelo un libro, un jarrón, un salero. Estos destrozos cuestan todo el dinero que yo podría ganar en mi vida. Y ella me mira con los ojos agrandados de placer.

—Bueno, qué le parece. Pruebe usted ahora.

—Señora Sourpuss, creo que debería irme.

—No pensará dejarme sola.

—Será mejor que me vaya a mi casa.

—No se vaya. No, por favor, no se vaya.

—Tengo que trabajar y con esta nieve tendré que levantarme temprano.

—No tengo a nadie. A nadie. Soy tan desgraciada. Nunca tuve lo que quise. Antes de que sea demasiado vieja... Oh, Dios, estoy llorando. Estoy llorando. Soy una estúpida sentimental. No quería que las cosas fueran así. Hace apenas un mes creí que me estaba muriendo. Y todos los amigos de mierda que tenía esperaban que así fuera. Cuando me di cuenta, juré que no me moriría para no darles el gusto. Oh, Dios, estoy llorando. No se vaya. Se lo suplico, Cornelius, no me deje sola. Haré cualquier cosa para que no me deje.

—No la dejaré.

—Acérquese. Venga, por favor. Desde el minuto en que se me acercó, en la funeraria, lo deseé. Usted me dijo que estaba allí para ayudarme. Yo podría conseguir a quien quisiera. A cualquier tipo que se me antoje. ¿No está contento de que lo desee?

—Bueno, sí. Me alegra de que me tenga usted simpatía, señora Sourpuss.

—¡Basta! No vuelva a llamarme señora Sourpuss. Me llamo Fanny Jackson. La reina. No vuelva a llamarme señora Sourpuss nunca más. Nunca.

—Está bien.

—Béseme. ¡Vamos, béseme, por favor!

La señora Sourpuss en puntas de pie con sus sandalias doradas. Y con su dedo dolorido por la uña encarnada y un callo. Fanny echa los brazos al cuello de Christian. Viuda y viudo. Entrelazados. Chillidos y zumbidos del tocadiscos. Los labios de Fanny son un suave durazno que se parte. Yendo muy hondo. Hundiéndome. Pequeñas fisuras. Toda la gente espera. En el silencio de la nieve. Hasta que se derrita. Entonces podrán recoger sus pedacitos de papel y sus sobres. Y volver a salir. Se pasan las mañanas y las tardes vagabundeando de las letrinas a los surtidores de agua. A través de millares y millares de

pisos. Construidos sobre el suelo donde nací. En esta ciudad por donde iba a la escuela helado de frío. Permanecía con los ojos muy abiertos y lleno de mansedumbre, pensando que podía extender la mano y tocar el mundo sin que a nadie le importara. Y los chicos me excluían de sus juegos. Y una vez. Solo una vez. Un hombre fue bueno conmigo. Cuando caminaba sobre mis piernecitas con el alma perturbada y temerosa. Bien vestido por primera vez en mi vida. Con el pelo peinado, la cara lavada y vestido con un traje de marinero. De pie en un pedazo roto de la acera. Ese hombre de altura imponente se acercó, me sonrió desde su altura, me palmeó la cabeza con suavidad y dulzura. Y todo un mundo nuevo se abrió ante mí. Desde entonces siempre he buscado esa sonrisa. Señora Sourpuss, sé muy bien lo que usted siente. El corazón derrocha sus diamantes, que siguen derramándose por algún tiempo. Hasta que lleguen otras codicias. Cuando los años endurecen el corazón. Las lágrimas se secan. Hay que retener los momentos preciosos. Una escalera muy firme a través de rostros y almas envenenados. Con mis cuarenta y nueve dólares no podría pagarme un vuelo en una pulga que aterrizara en ese culo tuyo que vale un millón de dólares. Pero si ese culo estuviera muerto, podría ir a parar a las manos de Vine. Que lo palparía gratuitamente. En esa casa hay toda clase de gangas. Vamos, vamos hacia allí. Donde los culos están muertos.

—Oh, Cornelius, cómo me gusta tu boca. Eres un niño. Mi nene querido. Nunca he podido tener un nene y tú eres el que siempre esperé. Sí, lo eres, de veras. Habla. Vamos. Habla de una vez. Di: Fanny.

—No sé qué decir.

—Fanny, Fanny, carajo. Dime Fanny. Solo una vez. Por favor.

—Fanny.

—Al fin. ¿Te dolió?

—No.

—Perdóname por estas lágrimas. Me han mojado toda la cara. No tienen nada que ver con las lágrimas de la muerte. Son las lágrimas de la gente dura como yo. ¡Dios santo, tengo que acostarme contigo! Vine, tu patrón, dice que está dispuesto a dar a sus clientes todo lo que necesitan. Por eso no puedes irte. Si te vas presentaré una queja. Y si no sacas enseguida eso que tienes en la bragueta. Ahora mismo.

Fanny cuelga como una ropa vacía del pecho de Christian, con la boca abierta, los dientes brillando, los brazos flojos. Se ha quitado las sandalias. Aúlla una sirena. Un coche de bomberos en la calle. Fanny debió ser como un paquete que los tipos pagaban fortunas por desenvolver. Envoltura tras envoltura. Para llenarle de oro la caja fuerte.

—Ven, mi fuerte, mi dulce enterrador. Entiérramela.

Besa
esas mejillas
que
están vivas

8

El cielo azul resplandece en la mañana. Viento fuerte y frío. Sopla y silba más allá de las ventanas. La cabeza de Fanny descansa sobre la almohada. Su mano está extendida, con la palma hacia el techo. Tiene la boca muy abierta; la garganta y la nariz absorben los ronquidos. Una tenue oscuridad en la raíz del pelo rubio.

Miedo y frío. Por la hendidura de una ventana se cuela una brisa sobre el radiador, que resuena y tintinea por el calor. La nariz y la boca secas. Clarance debe estar de pie sobre su alfombra amarillo canario. Como un almirante en el puente de mando de su nave. Mientras yo debería pasar el lampazo por las cubiertas. Compareceré ante la corte marcial por llegar tarde a la guardia. Me escabulliré de aquí mientras Fanny sigue durmiendo. Uno de sus pies asoma por debajo de las mantas. Anoche las revolvimos todas. A trabajar antes de que me quede sin empleo.

Christian en un cuarto de baño de mármol rosa, poniéndose los pantalones sobre los faldones oscilantes de la camisa. He lavado mis calzoncillos en el lavabo de la señora Sourpuss. Los calzoncillos se atascaron en el desagüe y el lavabo se inundó. El agua se derramó por el suelo. Que todavía está mojado. Tuve que meter el brazo hasta el hombro en el agua para sacar esos malditos andrajos. En mitad de la noche me desperté varias veces. En este cuarto de espejos. Una de esas veces estaba bañado en sudor frío. Se oía el tono de ocupado del teléfono bajo la cama. Fanny me había dicho: Me gustaría que te quedaras conmigo, mi nene. Te aseguro que lo pasarías muy bien junto a mí. Tienes un instrumento maravilloso que late. Y que todavía estaba metido dentro de ella cuando me quedé dormido. Y me desperté. En mi sueño, Fanny era un cadáver helado tendido sobre una de las mesas. Uno de los ayudantes de Vine me daba un lubricante del armario de las drogas. Me decía use esto, señor Christian, le será útil. Y los dientes de Fanny estaban secos y su lengua muerta. Colgando a un lado de la boca. Un par de fríos brazos anudados en torno a mi cuello. Hasta que se oyeron de nuevo las sirenas de los bomberos. Entonces Fanny se convirtió en Helen. Y me abracé a mí mismo.

Cierro la puerta muy despacio. Atravieso este salón en puntas de pie. Oigo a alguien en el otro extremo. Allí, en la sala anaranjada. Donde la señora Sourpuss empezó a romper objetos. Me deslizo por este vestíbulo. Mesa de espejos, jarrón con flores de plástico. Aprieto el botón blanco. Oigo el ascensor que sube. Qué lo impulsará a uno a escapar con tanta prisa. Del horror de la vida. Para volver al oficio de

la muerte. Que quizá me espere en el frío de la calle.

—Buenos días, señor Peabody. Nunca ha habido en esta ciudad una tormenta de nieve como esta. ¿Se ha enterado del incendio de anoche? Justo a la vuelta de la esquina. Pasaron dos coches de bomberos. Hay siete bomberos heridos. Dos personas quedaron atrapadas por el fuego. Supongo que no pensará salir así.

—Sí.

—No podrá caminar siquiera dos cuadras. Sin botas ni abrigo.

—Me gusta el aire fresco.

—Entonces usted es todo un valiente.

Christian salta de huella en huella por la acera cubierta de nieve. Corre por los trechos despejados. Salta sobre los montones acumulados en las esquinas. Trata de llegar cuanto antes. Pasa frente a todos los perros que orinan vigilados por los porteros frente a las suntuosas entradas de Park Avenue. Con cuarenta y cinco minutos de retraso. Los lazos de los dos zapatos sin anudar. Las manos demasiado frías y envaradas para anudarlos. Que Vine diga lo que quiera. Lo haré explayarse sobre su tema preferido: el de su vida. Se me empaparán los zapatos. El pito y las pelotas se me congelarán. Se me llenará de escarcha la cara.

Vine está de pie con las piernas separadas en el centro mismo del vestíbulo. Su sitio predilecto. Las manos unidas tras la espalda. Un ojo estrábico. Moviendo nerviosamente los labios. Entro violentamente por las dobles puertas oscilantes del frente, que empujo al mismo tiempo.

—Dónde diablos ha estado. Mire qué hora es.

—La culpa es de la tormenta, señor Vine. No estoy acostumbrado a este tiempo.

—Ese no es motivo para andar corriendo con esa facha. Métase en mi oficina. Antes de que alguien lo vea.

El pelo de Vine parece más tieso que de costumbre. La señorita Musk mira desde la puerta de su oficina. Trato de hacerle un saludo con la mano. Para obtener un poco de amistad como retribución. Pero tengo el brazo paralizado de frío. Sobre el escritorio de Vine, un vaso de cartón con café caliente. Los planos de los arquitectos están enrollados en el suelo.

—Bueno, ahora explíqueme. Ayer faltó a sus obligaciones y esta mañana también. ¿Dónde demonios se cree que está, en un parque de diversiones? ¿Por qué no volvió aquí ayer?

—Señor Vine, la señora Sourpuss estaba aterrorizada. Temía que la mataran.

—Parecía muy bien cuando salió de aquí. Hasta la vi leyendo una revista.

—Bueno, las cosas empeoraron en el cementerio.

—Charlie dijo que todo marchó según lo planeado y que usted se fue con la señora Sourpuss.

—Ella me lo pidió. Estaba angustiada.

—Christian, una vez que el cadáver ha sido enterrado y usted pasa el portal del cementerio, sus obligaciones para con los deudos terminan. ¿Y qué diablos significa esta manera de presentarse así? Con los cordones de los zapatos sin anudar, sin abrigo y, carajo, con dos botones de menos. Lo considero una ofensa personal.

—Está bien, señor Vine, lo comprendo, puede considerarse ofendido.

—Así que me comprende... Puedo considerarme ofendido. Le aseguro que lo estoy. Presentarse en semejante estado en mi establecimiento... Podría perder toda una generación de clientes. ¿Por qué no volvió aquí anoche? Le advertí que cuando hay tormentas de nieve aumenta el porcentaje de suicidios. ¿No lo sabía?

—Sí.

—Y bien, ¿qué diablos estuvo haciendo, entonces?

—Por favor, no grite, señor Vine. Sé que he llegado tarde. Sé que estoy hecho un desastre. Sé que tiene usted entre manos un montón de suicidios. Pero también yo soy una víctima.

—Basta de tonterías. ¿Por quién me ha tomado? Póngase a trabajar enseguida. ¿Cómo quiere terminar? ¿Vendiendo salchichas calientes por la calle? En esta calle hay mucho lugar para eso, si prefiere ese trabajo. Pero no me resigno a ver a alguien como usted arruinándose la vida de ese modo. Le he dado una oportunidad en esta casa. Le he asignado una tarea de cierta responsabilidad. ¡Y cómo me responde!

—Por favor, señor Vine, no me despida.

—Deme un motivo para que le mantenga el puesto.

—Salvé la vida a la señora Sourpuss. Alguien la atacó.

—Charlie no me dijo una sola palabra acerca de eso.

—Ocurrió después.

—¿Cuándo?

—Cuando salimos del cementerio. Hubo una pelea.

—No entiendo cómo. Usted estaba en el automóvil.

—Bueno, fue así... Quiero decir, el tipo pudo haber atacado fuera, en la nieve. Pero atacó dentro.

—¿Dentro del auto?

—No.

—¿Dónde?

—En un edificio.

—Basta de insensateces, Christian. Quiero que me explique con claridad qué pasó. Y ahora mismo. O lo despido en el acto.

—Oh, señor Vine, qué difícil es. Estábamos en una especie de bar.

—Un bar.

—Por favor, señor Vine, usted repite esa palabra de una manera que me pone nervioso. Bueno, quizá no fuera un bar. La arquitectura era de estilo sureño...

—Dentro de dos segundos, Christian, voy a telefonear a la señora Sourpuss.

—Por favor, eso no es necesario. Le contaré cómo pasó todo exactamente. Cuando el marido se apareció de golpe...

—Me permito recordarle que el marido estaba en su ataúd, Christian.

—Este era el segundo marido. El que tuvo antes del que enterramos.

—Se refiere usted al difunto.

—Sí. Bueno, la señora Sourpuss se había puesto en un estado terrible por la muerte de su marido.

—No me venga con esas.

—Es cierto, señor Vine, estaba realmente descompuesta. Me suplicó que le comprara una botella de whisky. Tomó unos cuantos tragos. La ayudé a subir la escalera. Procuré que conservara la dignidad. Puede preguntárselo a Charlie. No hubo nada indecoroso. Pero la señora Sourpuss me dijo: Por favor, no me deje sola. Señor Vine, usted sabe que soy nuevo en esto. Quería hacer las cosas lo mejor que podía. Pensé que debía acudir a mi propio criterio.

—Pero no para terminar en un bar. El señor Sourpuss era un multimillonario. Quizá hubiera periodistas en ese lugar. Eso podría arruinarme. Un miembro de mi personal en un bar con el pariente más cercano del difunto. Carajo, podría arruinarme del todo.

—No se enoje, señor Vine.

—Que no me enoje. Me quedé esperándolo. Anoche mandé un automóvil a la casa donde vive y la dueña le escupió en la cara al chofer. No bien oyó mencionar su nombre. Y no quiere que me enoje.

—Bueno, está bien. Despídame. Pagaré como pueda el entierro de Helen. Barreré la nieve en las calles. Pero le diré una cosa, señor Vine: recobrará hasta el último centavo que le debo. Me vine corriendo hasta aquí. Sin abrigo y con un frío de morirse. Quería empezar a trabajar lo antes posible.

—Siéntese, Christian. Siéntese. Y ahora escúcheme. Necesito tener confianza en la gente. Hice todo lo posible para darle una oportunidad. Porque usted es una de las personas de mejor categoría que he conocido. Pero mire cómo se ha venido esta mañana. Me ha defraudado. Dos veces.

El brillo sombrío de los ojos de Vine. Miran el mundo que hay más allá de ellos. Su reinado. Permanece de pie en el vestíbulo, esperando. Uno tras otro, los habitantes del mundo se convierten en ciudadanos de ese reino. A las manos de Vine confían su carne. Cada uno ungido

por su tristeza. Cada uno envuelto en suave satén a la luz de los cirios y bajo el resplandor verde.

—Cornelius, cuando vuelvo a casa es de noche. Me siento ante la mesa de la cocina. Es de porcelana, está toda cuarteada. En la mesa hay una jarra de leche y un pedazo de pastel. A veces mi hija deja de hacer los deberes y se me acerca. Yo pienso en lo que ha ocurrido durante el día. Ella se apoya en mi hombro. Siento su pelo en mi mejilla. Me recuerda a su madre. Cuando estaba cocinando, y yo me acercaba para darle un beso. Siempre tenía un poco de harina en la nariz. Esa mujer era mi vida entera. Todos los días lloro por dentro, recordándola. Preparaba la masa para los pasteles en esa mesa. Y al apoyar mi mano donde sé que ella apoyaba la suya... Cómo quise a esa mujer, cómo la quise.

Los ojos de Vine se llenan de lágrimas. Vuelve la cabeza inclinada. Se apoya en el borde del escritorio. Con los dedos separados. Cada uña resplandeciente con su media luna blanca. La suave tela del traje tensa en su espalda. En la calle los chirridos de la barredora de nieve. Una ráfaga de música.

—Discúlpeme, Christian. A veces no puedo resistirlo. No sé qué hacer con usted. Si le hago más preguntas, sé que las respuestas serán cada vez peores. Me gustaría que fuéramos amigos. No solo porque ambos hemos perdido al ser más querido, y eso es un vínculo entre nosotros, sino también porque presiento un gran futuro en usted. Este negocio que dirijo... Es mi vida entera. Me levanto a las seis de la mañana. Recorro cada una de mis sucursales. Para comprobar si no ha habido un incendio o algún otro problema. No termino hasta la noche, muy tarde. ¿Y ve ese paquete? Allí está mi almuerzo. Sándwiches que me preparo antes de meterme en la cama. Me gané mis primeras monedas cuando enterré un pájaro que se le había muerto a un amigo mío. Le cobré siete centavos. Hasta le di a elegir entre una caja de cigarros y una caja de zapatos. Eligió la más barata, la de zapatos. La pinté de negro y la forré con algodón teñido con el añil para la ropa que usaba mi madre. Es esto lo único para lo que he sentido vocación en la vida.

—¿Puedo tomar un poco de café, señor Vine?

—Desde luego. Hay mucho. Y mandaré comprar más si lo necesita.

—Gracias. Muchas gracias.

—De nada, Christian.

Vine levanta el receptor del teléfono, que ha sonado. Lo sostiene con el hombro contra el oído. Con una mano sostiene un anotador y con la otra escribe. Los breves, dulces murmullos de su voz. Y la señorita Musk ante la puerta. El mismo vestido marrón, el pelo levantado en la nuca. Me sonríe con frialdad. Esta mañana nadie parece quererme demasiado. Si pierdo mi empleo, pediré un préstamo

a la señorita Musk. Casi me metió la lengua hasta la garganta. Será más amistosa que un banco.

Vine cuelga el receptor. Escribe unas palabras más en el anotador. La señorita Musk se inclina hacia adelante, la mano en el picaporte. Tiene orejas pequeñas. Resaltan los músculos en sus pantorrillas. Camina en puntas de pie sobre los altos tacones de sus zapatos de cuero. De chico yo creía que esa era la mejor manera de correr. Hasta que me fui de boca al suelo.

—Lamento interrumpir su conversación con el señor Christian, señor Vine. Pero en la sucursal oeste ya no queda nada.

—Querrá usted decir que todas las habitaciones están reservadas, señorita Musk.

—Sí, eso mismo. Quieren saber si podemos recibir a dos más, sin problemas faciales. A partir de las siete de la tarde.

—Christian, ¿está libre esta noche?

—Sí, absolutamente libre.

—Muy bien. Recíbalos, señorita Musk. El entierro de Mario será a las dos y media. Habrá problemas al cruzar South Queens. Tendré que ir yo a la sucursal oeste.

—Entendido, señor Vine. Saldré a comer un bocado a eso de las cinco. O si el señor Christian lo prefiere, puedo traer algo para nosotros dos.

—¿Está de acuerdo, Christian? No habrá tiempo para almorzar.

—Sí, señor.

—Llévese a Cornelius, señorita Musk. Vea qué puede hacer con sus zapatos. Esos pantalones necesitan un planchado, además.

—Muy bien, señor Vine. ¿Quiere acompañarme, señor Christian?

—Tiene que trabajar duro, Cornelius.

—Sí, señor. Sí, señor Vine.

La señorita Musk hace una seña a Christian, que la sigue. Tragando el café. Pasan frente a la oficina de la señorita Musk. Y frente a la capilla. En la entrada hay una mujer con un pañuelo en la cara. Tiene los ojos y la nariz rojos. Un velo negro sobre el pelo negro. Tras ella un hombre que le apoya una mano en el hombro. En los asientos de la capilla un grupo de niños. Tres monjas arrodilladas en el último banco. Pasan otras dos caras dolientes, con los ojos muy abiertos y llenos de miedo. Seguimos. De nuevo esta puerta que da a los cadáveres. Y los matafuegos. Cómo puedo decir a la señorita Musk que no me lleve ahí dentro. Pero entramos por otra puerta.

—Por aquí, señor Christian. Ya habrá estado aquí.

—No.

—¿Se siente bien?

—Sí, perfectamente bien.

—Este es el depósito. El vestuario comunica con el cuarto de

embalsamamiento por ese corredor. El señor Vine siempre mantiene cerrada con llave esta puerta. Los deudos suelen llevarse lo que no está bien guardado. Destornillaron todos los pomos de cristal antiguo que teníamos en las puertas. ¿Tiene alguna preferencia en cuanto al tejido de sus calcetines?

—Lana, si es posible.

—Tenemos seda también, por si le gusta más.

—No, prefiero la lana.

La falda de la señorita Musk se levanta sobre sus piernas musculosas cuando se inclina sobre un cajón muy grande. Lo ha abierto en un mueble con compartimientos que ocupa toda la pared. Hay dos ataúdes abiertos sobre sus caballetes. Uno está forrado de color púrpura, el otro de color carmesí. Zapatos, camisas, trajes. La señorita Musk busca un par de calcetines. Qué momento para tener otra erección. Sin ropa interior que me permita disimular. No podré ocultárselo.

—Estos le irán bien. ¿Qué número calza?

—Cuarenta y dos. Horma ancha.

La señorita Musk me da un par de zapatos negros. Más bien puntiagudos. Adornados con esos agujeritos tan elegantes. Del tipo que usan los ejecutivos en la escalada del progreso para pisotear los dedos de los que le siguen. Me inclino ligeramente. No debe advertir mi protuberancia. Un órgano. Lo tomaría como un insulto. Cuando para mí es la dicha.

—Siéntese, señor Christian.

—Gracias.

—Quítese los zapatos. Y deme la chaqueta. Veré si encuentro dos botones que hagan juego.

Christian se quita los zapatos. Musk busca los botones. Me he puesto los calcetines viejos en el bolsillo. Me producen una agradable sensación fría y húmeda. Cuando uno se levanta a una mujer desconocida... Mi órgano necesita otra experiencia. Los globos de su trasero. Redondeces como para tragar saliva. Oigo el ruido de unos martillazos. Y de una sierra. Vine ha convertido su funeraria en una industria pesada.

—¿Cómo le quedan los zapatos?

—Muy bien.

—Tome. Los botones no son exactamente iguales, pero casi no se nota la diferencia. Quítese los pantalones.

—¿Cómo?

—¿No quiere que se los planche?

—Creo que están bien.

—El señor Vine exige que la raya esté perfecta.

—Pero son de tweed. Las rodilleras son de rigueur.

—No sé qué rigor es ese, pero al señor Vine le gusta la raya perfecta. Solo me llevará un minuto.

—Señorita Musk, todo lo que tengo debajo son los faldones de la camisa. Esta mañana salí a trabajar con tanto apuro que olvidé la ropa interior.

—No se preocupe. No tengo prejuicios. Sin duda usted supuso que los tendría...

Christian se pone de pie y se desabotona los pantalones. La señorita Musk se vuelve. Se aclara la garganta, mientras cierra cajones y acomoda zapatos. El faldón de la camisa de Cornelius cubriendo su protuberancia. La señorita Musk toma los pantalones que le tiende. Me mira directamente a los ojos. Tiene la piel cubierta de suave vello, como un durazno. Mi pito tieso y desnudo tiene la piel lisa.

—Señorita Musk, quiero agradecerle todo lo que hace por mí.

—No es nada.

—Supongo que le gustará su trabajo.

—Sí. Es tan interesante. Y es un gran privilegio trabajar para un hombre como el señor Vine.

La señorita Musk baja una tabla de planchar de la pared. Mete el enchufe en las dos órbitas minúsculas del tomacorriente. Plancha una pernera del pantalón. Se quita la pulsera de oro. Con una botella rocía un trapo con agua.

—¿Qué hacía antes de trabajar aquí?

—Quise ser modelo. Pero supongo que no era bastante atractiva. Decían que de cuerpo estaba bien, pero no de cara. Entonces volví a la universidad.

—Creo que es usted muy atractiva.

—Bueno, gracias.

—Y muy atlética.

—Sí. Las materias que prefería eran instrucción cívica y educación física. Era capitana del equipo de animadoras en los partidos de fútbol y después fui bastonera. Gané el campeonato de malabarismo del Bronx y el trofeo que el señor Vine daba todos los años.

—¿De veras?

—Y me ofreció un puesto. Nunca lo he lamentado. La gente importante que uno conoce aquí... El difunto que está en la suite número tres murió asesinado por su mujer, que lo mató con un tablón. Salió en todos los diarios. Ella pesaba apenas cuarenta y ocho kilos y él más de noventa. No sé cómo pudo hacerlo. Y en la suite número dos, junto a la capilla, está ese muchacho asesinado por una pandilla. Era de buena familia. La pandilla lo apuñaló. En la cara y el cuerpo. Veintidós puñaladas. El señor Vine lo preparó. Se lo mostraré. Está maravilloso. No podrá darse cuenta de cuáles son los sitios por donde entró el cuchillo. Espere un minuto a que se sequen sus pantalones.

La señorita Musk cuelga los pantalones de Christian sobre un caballete de ataúd. Se pone de nuevo la pulsera. Vuelve la cara hacia mí. Estoy sentado, con el faldón de la camisa enarbolado. Como la nariz respingada de la señorita Musk. Mueve ligeramente los hombros. Mientras avanza para cerrar con llave la puerta detrás de nosotros.

—Señor Christian, no me gustaría que entrara alguien mientras usted está así. Podría hacerse una idea equivocada. Puede entrar cualquier persona. Con el barullo que tenemos hoy...

—¿Puedo preguntarle algo, señorita Musk?

—Desde luego.

—Espero que no se ofenda.

—Oh, no me ofenderé.

—¿Quiere abrazarme?

—¡Vaya pregunta! No es que me ofenda, pero no sé si puedo responder a semejante pregunta.

—Entonces no quiere abrazarme.

—Estamos en horas de trabajo. Y es un poco atrevido de su parte. Además, apenas lo conozco.

—Si me abraza, me conocerá mejor.

—Bueno, yo no me excito tan fácilmente.

—Solo le pedí un gesto de amistad.

—Usted va muy rápido... ¿Cómo sabe que soy capaz de hacer esas cosas?

—¿Qué cosas?

—Abrazar.

—¿Es capaz?

—Eso es problema mío.

—Nada más que un gesto de ternura, un coqueteo mientras se secan los pantalones.

—No creo que debiera tomarse tanta confianza, así como está, desvestido. Sé que a veces las chicas son muy atrevidas, pero yo no soy de esa clase, aunque no tengo prejuicios. Pero no estoy ofendida.

—Entonces no se quede tan lejos.

—Tengo que mantenerme alejada. Mis responsabilidades...

—Admiro sus dedos. Son tan finos... Y esa piel aterciopelada. En sus brazos, en su cara. Por favor, ¿podría tocársela? Por favor.

—No es más que el vello rubio.

—Por favor, acérquese.

—Ni siquiera me ha invitado a salir.

—Me gustaría mucho hacerlo. Acérquese. Solo quiero tocarla.

—Estoy comprometida.

—¿Su novio trabaja en una funeraria?

—No, es vendedor. Me parece que es usted un caradura. Nunca creí que fuera capaz de esto.

—Señorita Musk, soy huérfano. Y un mimo, una caricia pura y sin pecado puede aliviarme mucho de la horrible tristeza que siento a veces.

—Bueno, lamento que sea huérfano, pero todo el mundo se siente muy triste a veces. La gente no consigue enseguida lo que necesita. Estoy muy sorprendida. No habría esperado esto de una persona tan culta y recién llegada de Europa como usted. Y utilizar la muerte de su mujer me parece una treta repugnante. Era una de las difuntas más hermosas que he visto. Discúlpeme. Pero esta es mi manera de ver las cosas. Creo que debe ponerse los pantalones.

—Esta ciudad está en contra de mí.

—No, nada de eso. No será así si se conduce usted bien. Y por favor, no crea que no me halaga lo que me ha dicho. Me gustaría hacer lo que me pidió si nos conociéramos mejor. El señor Vine dice que es usted muy inteligente. Y que tiene un gran porvenir por delante y llegará a ocupar una posición muy elevada.

—Para tirarme a la calle.

—No sea cínico.

—¿Cuál es su nombre de pila, señorita Musk?

—Elaine. Mis amigos me llaman Melocotón.

—Ah, Melocotón, por lo menos hágame una caricia en la mejilla.

—Vamos a llegar a un acuerdo. Ante todo, quiero que no siga aprovechándose de la muerte de su mujer. Y después...

—¿Y después?

—Después... No sé. ¡Dios santo, qué hora se ha hecho! Tengo que volver al trabajo.

Con los pantalones planchados miré las filas de escolares que entraban en la Funeraria Vine. La señorita Musk los organizó en tandas a lo largo de la tarde. Gente en el vestíbulo, fumando. Un chirrido en la puerta del baño, cada vez que se cerraba y se abría. La señorita Musk encontró una lata y aceité las bisagras. Me sonrió. Mi instrumento se enardeció de nuevo. Entonces dos niños se acercaron.

—Señor, ¿podemos pedirle algo?

—Sí.

—Trajimos esta planta y queríamos ponerla junto al cajón de nuestro amigo, el que está muerto ahí, pero no nos dejan. ¿Podría ponerla en alguna parte? Todo está lleno de rosas. Nuestra planta no es tan linda. Pero no teníamos dinero para comprar flores.

—Bueno, chicos. Vengan conmigo.

Christian entra en la suite. El chico muerto con las manos cruzadas. Entre ellas las cuentas de un rosario. Tenues marcas rosadas en la cara. Por donde entró el cuchillo. La tapa del ataúd blanco abierta bajo una corona de helechos. Los cirios ardiendo. Una almohada de flores. Una cabecita rubia de pelo ondulado. Christian

quita el papel que envuelve la planta y la deposita en el centro del altar con mantel verde.

—Ya está, chicos.

—Gracias, señor. Era nuestro mejor amigo. No tenemos rencor contra los que lo mataron. Está muerto. De qué serviría... Pero queremos que la policía los agarre. Y les dé su merecido.

Cae la oscuridad. Vine deja su oficina. Se lleva sus rollos de planos. La señorita Musk le mantiene abiertas las puertas oscilantes. He controlado la temperatura y he acomodado a la gente en sus suites. Les he tomado los abrigos para colgarlos en el pequeño vestuario. Un par de personas me han dado propina. He leído el diario durante una larga visita a la letrina. Y allí me he quedado pensando en los pensamientos que pueblan todos mis sueños. El momento de mi llegada a este mundo nuevo. El momento en que volaría cantando sobre los inmensos caminos, con los brazos en cruz, bañado por el sol. Una tierra sembrada de dinero. Llenándome los bolsillos y proclamando mi alegría. Subiendo al cielo, rico y poderoso. En vez de estar sentado aquí, defecando, desamparado. Mirando los mosaicos blancos y negros. En este cubículo con paredes de acero gris. Deseando que la señorita Musk se arrodille y se la ponga en la boca. Pero todo el mundo quiere soplar en su propio cuerno y no en el de los demás. Por dulce y alegre que sea la melodía que los demás saben producir.

Los autos que pasan hacen crujir el hielo. La gente se aleja en la noche fría. Llevándose su tristeza a sus hogares y al sueño. Esperé hasta las diez, muerto de hambre. Por fin la señorita Musk volvió trayendo comida. En una gran bolsa de papel marrón. La esperé sentado en una silla con el respaldo apoyado en la pared. Las manos cruzadas sobre las piernas. Me lamí los labios cuando ella fue retirando los pulcros paquetes blancos. Los sacó de sus envolturas de papel impermeable. Arrollados de jamón de Virginia y semillas de alcaravea. Café caliente y bollos de canela. Dos pickles y bandejitas de cartón con ensalada de papas.

—Espero que le guste lo que he traído. Vaya, qué día hemos tenido. Hace un frío terrible afuera. Ocho grados bajo cero. Los deudos no deberían quedarse hasta tan tarde. He cerrado la puerta del frente. Bueno, qué le parece... ahora suena el timbre de emergencia. Iré a ver quién es. Sírvase.

Algo extraño. Me pongo de pie. En el preciso instante en que disfrutaba de un buen bocado que se me atasca en la garganta cuando lo trago. Echo una mirada. Entran dos policías. Se quitan cortésmente las gorras, preguntan algo. La señorita Musk me señala. Muevo mis pelotas hacia el lado izquierdo de los pantalones. Tengo ganas de orinar. Los tres se vuelven hacia mí. Dios santo, qué habré hecho

ahora. Aparte de la sugerencia carnal de un abrazo. Justo ahora que empezaba a sentirme como en mi casa. Ya me gustaban de veras los susurros contenidos, los gemidos extraños. El dolor, la paz, la quietud. Los uniformes azules se acercan.

—¿Usted es Cornelius Christian?

—Sí.

—Somos oficiales de policía. No intente hacer nada. Levante las manos.

—¿Cómo dice?

—Está arrestado bajo sospecha de asesinato. Pálpalo, Joe.

Christian levanta despacio las manos. La señorita Musk se ha quedado con la boca abierta. A espaldas de Christian, el oficial lo palpa de arriba abajo. Y le hurga en los bolsillos. De uno de los cuales saca mis calcetines todavía húmedos. Un deudo sale de una suite. Su cabeza inclinada se endereza y el pañuelo se aparta de su cara. Basta cualquier incidente imprevisto para que el dolor se olvide. Cuando unos caen prisioneros, otros se liberan. Y mírenme ahora.

Mientras
murmuro
que Dios
me ayude

9

La sirena del coche de la policía aúlla por las calles heladas.

Estaciona frente a una comisaría de ladrillo rojo. En el lado oeste de la ciudad. En el interior, escritorios y policías en mangas de camisa. Pasamos una puerta muy marrón. Los barrotes de los calabozos.

Christian se sienta en una litera. Con una frazada y una almohada. Frente a él, un hombre acostado con las manos unidas tras la cabeza, murmurando suavemente: Hijo de puta, y con los ojos clavados en el techo. Joe, un policía que aporreaba la máquina de escribir, sacudió la cabeza y me ofreció un cigarrillo mientras yo, sentado frente a su escritorio, respondía a sus preguntas. Dijo: Cómo es posible que un tipo presentable y de aspecto decente como usted mate a alguien.

Y justo antes de medianoche. En mi segundo día de trabajo. En la cárcel, acusado de asesinato. Dijeron que mis huellas digitales estaban por todo el departamento. Pregunté qué departamento. Ya lo sabe, muchacho. Un tipo tan elegante como usted matando a gente con un revólver tan barato. Esta pesadilla me hace estallar el cerebro. El cuerpo suave y flexible de la señora Sourpuss acribillado a balazos. El portero me vio llegar y salir. Ella parecía viva cuando la dejé roncando en su cama. Me preguntan por qué lo hice. Ojalá fuera el señor Peabody y no yo mismo.

Una voz enérgica que se acerca por el corredor. Las palabras del poder serenas y lentas que ya me son familiares. Las llaves abren el calabozo. Entra el señor Vine.

Cornelius de pie. En correcta posición de firmes, los brazos bien pegados a ambos lados del cuerpo. Clarance Vine tiene un abrigo con solapas de raso negro. Una bufanda de seda blanca fluye desde su cuello. Guantes negros doblados en sus manos; las mejillas rojas, los ojos llenos de lágrimas.

—Christian. Cuándo sentará cabeza.

—Soy inocente.

—Cálmese.

—Yo no maté a la señora Sourpuss. Lo juro. Estaba dormida cuando me fui de su casa.

—¿Qué quiere decir con eso de que la señora Sourpuss estaba dormida?

—Lo estaba. Tenía un aspecto perfectamente normal.

—Un minuto, Christian. Vamos a poner las cosas en claro.

—Lo único que vi fue un pie de ella que salía por debajo de las mantas.

—Comprendo. Un pie que salía. Por debajo de las mantas. Bueno, qué interesante. ¿Y dónde estaba usted?

—De pie junto a ella. Había ido al cuarto de baño para vestirme sin despertarla.

—Ya entiendo. Todo un caballero de alcoba. Qué historia tan fascinante, Christian.

—Oí a alguien en el otro extremo del salón cuando me iba. Quizá fuera Willie que iba a vengarse.

—Bueno, espero que también yo pueda vengarme de que me hayan despertado justo cuando me había dormido. No conozco a Willie, pero, por suerte para usted, conozco al capitán de esta comisaría. De lo contrario, usted habría tenido que pasar la noche aquí.

—¿Me dejarán ir?

—Eso es lo que dice el sargento.

—¿Por qué? ¿Han encontrado al asesino?

—Lo detuvieron hace veinte minutos, en Brooklyn.

—¡Gracias a Dios! ¿Quién fue?

—El sobrino. Todavía le están tomando declaración. Y entre paréntesis, Christian, la víctima fue cierta señora Grotz.

Miércoles por la mañana. Durante toda esta semana he llegado al trabajo con diecinueve minutos de anticipación. Habrían sido veinte si cada mañana no hubiera perdido un minuto alegrándome en silencio frente a la puerta de la señora Grotz. En esta ciudad, aún hay cabida para los puros de espíritu. Después de mi arresto, Clarance Vine me llevó a comer y me convidó con dos chocolates calientes y dos pedazos de tarta de limón. También me espetó una conferencia sobre la vida disipada y la silla eléctrica. Y cuando bajé del taxi me dijo: Christian, quizá hubiesen debido retenerlo por otro delito. Ladrón de corazones.

Esa noche me quedé acostado, tomándome con las manos los órganos de la regeneración. Pensando en la silla eléctrica. Que según Vine no es un espectáculo grato de ver ni de oler. Pero nunca falta gente en el tren a Sing Sing que va a disfrutar de ese espectáculo. Fotografías de los clientes anteriores en la pared. Algunos de ellos son tipos de buena facha. Como habría sido usted, Christian, si se hubiera sentado en la silla. Descargan los voltios. Al principio una ración generosa. Con el objeto de liquidar al tipo instantáneamente. Después quinientos voltios cada medio minuto durante los dos minutos siguientes. Para suprimir las crispaciones del cuerpo. Si la cosa no resulta, hacen la autopsia para descubrir el motivo. Un tipo salió vivo dos veces. No había tomado el agua necesaria como para conducir la electricidad. Que hace arder la médula vertebral. Y el corazón está caliente cuando lo sacan. Al principio, tiene un aspecto suave y normal, pero enseguida se encoge, la sangre se oscurece y el corazón se pone duro. No ha de ser agradable si la gente aún tiene sensibilidad

después de la muerte.

La señorita Musk juntó las manos en silencio cuando regresé. Se puso en puntas de pie en su traje azul marino. Dijo: Dios santo, el señor Vine no quería creerlo cuando le dije que lo habían arrestado. A partir de entonces me llevó los más exquisitos manjares para las meriendas que compartíamos en su escritorio. Y me mostró sus fotografías en el diario, de la época en que era campeona de bastoneras. Con botas, calzas y una suave faldita de satén. Me dijo que le gustaba el traje que yo había comprado en Brooks Brothers. Donde uno de los caballeros vendedores observó confidencialmente que yo era uno de los pocos clientes cuyo cuerpo se adaptaba a la perfección a los trajes de la casa.

Y el sábado por la tarde. Estaba sentado a solas después de contar cuatro veces mi salario de la semana. Hojeando la Guía social. Ni siquiera un solo Christian mencionado entre los prestigiosos nombres que inspiran temor reverencial. Entre los cuales me gustaría estar bien arraigado. Nacido en Brooklyn, educado en el Bronx y enaltecido hasta esa lista. Con la dirección de un yate anclado en las Bahamas. Y una ristra de clubes bautizados con mi nombre. Al cartero de la mañana se le doblan las rodillas bajo el peso de la bolsa llena de invitaciones. Para jugar al tenis y para cenar con los titanes de la industria. Mientras me sonreían tiernamente sus mujeres de vida disipada que patinan sobre hielo y tienen caras con operaciones de cirugía plástica.

Sonó el teléfono. La voz dijo: Por favor, puedo hablar con el señor Christian. Dije: Él habla. Ella dijo: Se me ocurrió llamarlo, soy Fanny. ¿Cómo le ha ido?

—Estuve en la cárcel, acusado de asesinato.

—¿Tan pronto?

—No era culpable.

—Bueno, ¿por qué no viene a visitarme? Digamos el lunes, a eso de las ocho.

El domingo me lavé los calcetines, la camisa y los calzoncillos, y los colgué de una cuerda a través del cuarto frío. Los inquilinos chillan desde sus puertas. Se quejan de que no hay calefacción. Y el lunes tuve un día ocupado. Primero con el ataúd forrado de carmesí. Después con el forrado de púrpura. Vine aullaba cada vez que yo sonreía: Manténgase serio, Christian, que si no estropea la imagen. Muy cómodo con la cabeza apoyada en una mullida almohada. La señorita Musk empolvándome la cara y acomodándome el pelo con los dedos. El fotógrafo, detrás de la cámara y bajo el paño negro, sostiene el flash y dice: No se mueva, ahora, listo.

Vine me pagó diez dólares extra por posar. Dijo que yo tenía condiciones increíbles para posar como cadáver. Dije: Mil gracias. Y la

señorita Musk me ayudó a salir del cajón y me apretó la mano para reconfortarme. Su novio la llevó al Radio Center Music Hall y después a bailar a un night club. Espié por un resquicio de la cortina de Vine cuando el tipo le abrió la puerta del auto. Por el coche que tiene y el pulcro sombrero que lleva comprendí que el individuo no es capaz de soportar una trompada en el estómago. Que yo le daría gratis.

Y una tarde, antes de eso. Me estaba tomando un respiro después de ocuparme de una rica madre italiana cuyo obeso hijo había muerto en un accidente de auto. Y que tras permanecer un rato sentada entre convulsiones y sollozos, se precipitaba a besar al gordo en el ataúd, arruinándole el delicado trabajo de cosmética. Al fin la señorita Musk la llevó al baño privado. Mientras, me quedé leyendo el diario de la tarde en su oficina. Y pensé en el brillante de Fanny, grande como un ombligo. Los pies en un sillón, el codo en la rodilla y la mejilla en la palma de la mano. Palpé los minúsculos pechos plateados del trofeo ganado por la señorita Musk como bastonera y con la inscripción: "Donado por la Funeraria Vine". Oí pasos. Y dije: Qué tal, Melocotón, cuándo me va a dar ese abrazo. En el silencio que perduraba volví la cabeza.

—Oh, discúlpeme, señor Vine. Creí que era la señorita Musk.

—Christian, a veces usted se pasa de la raya. ¿Se da cuenta?

—Sí, señor Vine.

—Con la puerta abierta y parado ahí, como si estuviera en la pista de carreras.

—Discúlpeme.

Vine dijo además: Ahora que el aire está más tibio y la nieve se derrite, habrá mucha neumonía y gripe. Y el agua goteaba por los escalones de la entrada a la casa de la señora Grotz. Invadida por una serie de parientes lejanos que estudiaban la propiedad. Miré desde la puerta por encima de la cabeza del abogado jorobado que vino a cobrarme el alquiler. Y un individuo orejudo y moreno sugirió que le diera la llave de mi cuarto para que pudiera mirarlo con comodidad. Le dije tranquilamente a través de una abertura de la puerta y en mi acento más refinado: Váyase a la mierda y lárguese de aquí. Antes de que salga yo. Y lo corte en pedazos para tirarlo a las gaviotas. Y le rompa la cabeza. Y le meta un lanzallamas encendido en el culo. Un enema como para un elefante.

El lunes fue el día de cielo más azul. Por las calles corría un aire lleno de aromas. Lo sentía en el dorso de las orejas mientras iba hacia el parque. Corriendo hacia mi trabajo. Ahorrándome el dinero del ómnibus. Y manteniéndome en forma para cumplir las amenazas que hacía. En nombre de la justicia inmediata. Pasé junto al lago. Arrojé un par de piedras a los patos. Subí una loma rocosa y atravesé el espacio abierto que llaman The Green. Que está lleno de maleza

blancuzca y barro marrón, y nunca es verde. Bajé las escaleras del zoológico, más allá de la jaula de los osos. Las focas emergiendo y hundiéndose en el agua, yendo de un extremo al otro. El camello orinando. La cebra con el miembro en erección. Y los globos de colores de los chicos atrapados en los árboles. Yo seguía hacia la Quinta avenida. Caminando lleno de brío. Con tentaciones de decir un alegre: Como le va, a cada transeúnte. Una señal evidente de que uno ha salido del manicomio para tomar aire. Una matrona se mostró ofendida ante el espectáculo de mi alegría. Susurré: Qué clase de estimulantes usa para mantenerse, señora.

Christian corta por la calle Cincuenta y seis y por la Siete. Tránsito incesante. Riqueza deslumbrante que parece surgir del suelo. Vidrieras con cortinas y alhajas que centellean. Aguardando a las damas. Que bajan de sus limusinas. Eligen sus diamantes por las mañanas. Y se sientan bajo las máscaras de belleza por las tardes. Hombres de manos velludas toman un mechón de pelo teñido de rubio y lo convierten en un rizo que se destaca sobre la piel bronceada en Miami. Imponentes monumentos con ventanas suben hasta el cielo. Donde pálidas palomas sueltan ínfimas inmundicias que se estrellan contra balcones y alféizares. En los interiores, el encanto de la pulcritud. Algún día me ocultaré en esos monumentos para compartir el misterio de la riqueza. Con espacio suficiente para estornudar y tirarme pedos en paz.

Esta mañana la señorita Musk llevaba un vestido muy ceñido, de color rosa. En una de las suites había un conocido agente de publicidad teatral. Monté guardia ante la puerta de la suite con mi mejor actitud y mi expresión más cuidada. En cualquier momento podrían descubrirme. Y en lugar de estar prisionero en ese lugar, me lanzarían al estrellato en una película. Un papel de galán rudo que destroza corazones. Con un inmenso sueldo que todas las semanas me llevarían en una carretilla. Y la señorita Musk bailó valses yendo y viniendo por la alfombra amarillo canario, exhibiendo sus conspicuos pezones tras la tela rosa. El culo se le agitaba como una bandera durante un huracán. Ondulando en el mástil que crecía en mí y que me obligó a sentarme. Pero nadie fue a ver al difunto de crespo pelo gris, salvo un rabino con túnica y una anciana y escuálida esposa que cojeaba apoyada en un bastón con la ayuda del portero de su edificio. Pero el féretro estaba cubierto de coronas. De Jimmy y la banda. De Tally en gira. De Zeke el Zepelín Humano. De Perth Amboy.

Ayudé a la señorita Musk a preparar el ataúd. Con una guirnalda de muguetes. A las siete de la tarde estábamos a solas con ese difunto dueño de la fama. Y sus órbitas hundidas. Y su ancha nariz redonda. La señorita Musk se arrodilló, aún soñando con ser descubierta y haciendo una lista de los nombres que le parecían famosos. Le puse una mano sobre el hombro. Se volvió, me miró y sonrió. Los dientes

centelleando en su ilusión de estrellato. No sé qué me impulsó a hacerlo. Salvo mi debilitado sentido del humor. Para ungir a la señorita Musk con la fama. Me acerqué al cajón y tomé la mano del difunto, que tenía un gran diamante en un dedo. La levanté rígida en el aire y la puse donde había estado la mía. En la espalda de la señorita Musk. Y me fui en silencio caminando en puntas de pie. Los dejé así juntos. Listos para la publicidad.

Christian toma un vaso de papel del surtidor de agua. Aprieta con el pie el pedal de la flamante máquina incrustada con mosaicos de terracota en la pared del vestíbulo. En el momento en que entra Clarance Vine con el abrigo abierto y con un portafolios pequeño en la mano.

—¿Cómo andan las cosas, Cornelius? ¿El señor O'Shawnessy ha recibido muchas visitas? Estaba muy relacionado en el ámbito del teatro.

—No, señor Vine.

—Vaya, esto le caerá muy mal a la mujer. Me dijo que él tenía muchos amigos. Estoy agotado, Cornelius. Esos hijos de puta amenazan con una huelga. Y casi todos los empleados de esta ciudad están alla, en el terreno del nuevo edificio, con la mano tendida. Me gustaría darles las chucherías que ellos les dieron a los indios cuando les compraron la isla de Manhattan.

De la suite de O'Shawnessy llega un largo alarido que hiela la sangre en las venas. Las cejas de Vine se juntan. Parece el choque de dos acorazados en el mar. Los pelos se me erizan en la nuca. Y se nos revuelven las tripas.

—¡Qué diablos es eso, Christian!

—No sé.

Vine arroja el portafolios sobre la mesa. Christian lo sigue por el corredor y entra en la verde penumbra de la suite de Isidore O'Shawnessy. La señorita Musk está tendida en el suelo. Totalmente despatarrada. La boca abierta. El vestido rosa subido hasta los muslos musculosos. Las medias sostenidas por portaligas de un rojo chillón. El brazo del difunto cuelga a un lado del ataúd. Los dedos se hunden entre los muguetes.

Que emanan
su fragancia
cuando todo
lo que necesitamos
es oler
sales de amoníaco

10

Con una súbita decisión en esa atmósfera emocional, Cornelius Christian salió de la Funeraria Vine a la carrera. Fue volando por las calles transversales. Salió un instante de las sombras para una nerviosa meada en un hotel. Atravesó las puertas giratorias de bronce protegidas por curvos y brillantes cristales. El número cuatro de la calle Cincuenta y cinco. Un enorme edificio gris de piedras apiladas unas sobre otras.

—El baño de caballeros está a su derecha, señor, bajando las escaleras.

Este es un tipo que sabe cómo dirigirse a un hombre con aspecto de caballero. En los malos momentos lo mejor que puedo hacer es aparentar que soy un ejecutivo neófito.

Y cuando alguien se acerca para indicarme el camino... Dios todopoderoso, qué alivio. No tengo que darle una trompada. Practiqué sentado frente al escritorio de la señorita Musk. Me construí un imperio de funerarias con autoservicio a precios reducidos. Con crematorios a electricidad. Voltios y amperios de dolor. El jugo de los corazones ardientes.

Y Charlie entró en la oficina y dijo: Cornelius, qué bien queda usted ahí.

Cruzo y doblo por la Quinta avenida. Paso frente a esta iglesia de piedra marrón. En el interior, una tenue música de órgano. He escrito para reincorporarme al Game Club.

Porque cada día que pasa soy más rico. Dólar tras dólar. Ya les enseñaré un par de cosas a esos que se dan aires de celebridades internacionales, quiénes se creerán que son, exhibiéndose en el vestíbulo de este hotel.

La Quinta avenida y la calle Cincuenta. Esta ciudad es el emporio de la riqueza. Me pongo tan nervioso que tengo ganas de orinar de nuevo. Espero que cambie la luz roja del semáforo. Miro en el interior de un cesto de desperdicios. Han tirado un libro. Cómo tomar decisiones ventajosas en una época de continua crisis económica. En lugar de, supongo, Decisiones angustiadas en épocas de terror mercantil.

—¡Oh, qué espectáculo delicioso! Señor, ¿me permite tomar una fotografía a su hija?

Un hombre con una cámara detiene a otro hombre que lleva de la mano a una niña de impermeable y paraguas floreado. Todos encantados en el instante en que el flash brilla. Un momento

brevísimo. El mundo sabe que estamos aquí. Transitando por él. Súbitamente ha reparado en nosotros. El grato reconocimiento de un segundo. Para consolarnos en las horas de tristeza.

Christian camina en torno al surtidor de agua iluminado por focos bajo las ramas de los algodoneros. Pasa entre filas de limusinas ronroneantes. Sube los escalones alfombrados de púrpura junto a la gente que baja hacia los automóviles que esperan. Empapados de refinamiento. Su dinero es más bello que la belleza. Vine me dijo: Christian, ¿sabe qué es lo que se está comiendo esta ciudad? ¿Además de la envidia y los negocios sucios? Las cucarachas.

En el baño de caballeros, rodeado de espejos. Orino en la porcelana que burbujea. Doy la propina al cuidador. Que ha hecho girar la canilla para llenar el lavabo y me ha desplegado una toalla. Y un hijo de puta ha entrado y le ha dado una propina mucho mayor. Por nada. Salvo quizá para contar las gotas que sacude de su pene. Todo lo cual lo convierte en un tipo muy importante. Uno de esos individuos tan bien vestidos y con tanto empaque que para perfeccionar hasta el máximo su engreimiento solo habría que darles un sonoro bofetón en la gorda mejilla patilluda. Quizá eso les enseñaría un poco de humildad. Christian se pasea frente al elegante salón donde tocan los músicos. Detrás de las palmeras. Más allá de las columnas de mármol. Un grupo de mujeres chillonas esperan turno para entrar. Tienen la piel bronceada y cubierta de oro y de brillantes. Un fruto maduro para los ladrones. Para que les arranquen las joyas de los cuerpos rechonchos y lustrosos. Entro en este otro salón. Paso frente al quiosco de los diarios, los libros, las golosinas, las revistas y el chicle. Puertas de ascensores abriéndose y cerrándose. Teléfono sonando en el mostrador de la recepción. Todos vestidos como se viste Clarance. Y diciendo: Sí, con cara muy comprensiva. Alguien me toca. Oh, tan suavemente, en el hombro. Como deposité la mano muerta sobre la señorita Musk. Me vuelvo para ver esa cara. Radiante bajo el pelo color paja.

—Discúlpeme, pero ¿no es usted Cornelius Christian? Sí, eres tú. No podía creerlo. ¿Te acuerdas de mí? Soy Charlotte Graves. Te he venido siguiendo desde la calle Cincuenta y siete, donde aquel hombre tomó la fotografía de la niña. Esperé hasta tener el valor de hablarte.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

—Qué buen aspecto tienes. Y qué distinguido. Me impresionó tanto verte. Debe hacer cinco o siete años... ¿Cuándo volviste?

—El mes pasado.

—Qué acento... Me parece hermoso. ¿Qué haces ahora? ¿Te quedas aquí?

—Tengo un empleo.

—Debe ser muy importante.

—Soy un ostiario[3]
ejecutivo.
—No sé qué es, pero suena como algo muy especial.
—No está mal.
—Oh, Dios, yo no soy nadie todavía. Ni siquiera fui a la universidad. Qué alegría verte. He oído decir que te casaste.
—Mi mujer murió.
—Oh, Dios, lo siento.
—Ya me he recuperado. Me gustaría volver a verte. ¿Dónde vives?
—Sigo en el Bronx. En la misma casa. Paseaba por Lexington, mirando vidrieras. Iba a encontrarme con una amiga. Vamos al cine.
—¿Puedo llamarte?
—Me encantaría. Ahora tengo que irme. Es tarde y tengo las entradas. Dios, me alegro de haberme atrevido. Hasta esperé que salieras del baño. Todo el tiempo me decía: No puede ser él... De pronto pensé: Sí, es él. Ahora tienes un aspecto tan viril. Bueno, basta de adulaciones. Mi número está en la guía. Adiós. Llámame, por favor.

Ahora sigo hacia el este. Después de mentir o poco más o menos a la primera chica que me quiso. Corto por el comienzo del parque. Donde acechan los merodeadores de la noche. Veloces para taparle a uno la cabeza con una bolsa o apoyar un puñal en la garganta. Si es que antes no lo derriban a uno al suelo de un golpe por detrás. Me vuelvo para mirar. Brillan las luces en el vestíbulo donde encontré a Charlotte Graves. Los grandes edificios humillan a los edificios pequeños. Crecen muy alto y sacan el pecho imponente cubierto de ventanas y miran con desprecio los techos pequeños y sucios que tienen a sus pies. Será mejor que te largues enseguida de aquí. Antes de que mi sombra te aplaste del todo.

Un cartel clavado en un árbol:

perro diabético necesita tomar remedios.
urgente. por favor, llamar a butterfield 8297.
preguntar por julia.

Sigo por Park Avenue. Donde los rascacielos con capiteles se detienen al final del gran cañón. Hasta que llegue uno más alto y le ordene retirarse. Charlotte Graves. Cuántas sonrisas me hizo hace años. Cuando me estremecía ante la idea de invitarla a salir. Porque ningún muchacho la había convidado hasta ese momento. Y yo tenía ya tres amiguitas. Todas puras ante los ojos de Dios. Aún no había sacudido mi puño frente a ellas.

Dos cuadras más. Portero uniformado de azul ante esa entrada. Metiéndose un mondadientes en la boca. El número de edificio en la marquesina. La lluvia golpea sobre él. Giro a la izquierda sobre el

pavimento de cemento. Entro en este vestíbulo con paneles. El señor Kelly. Sentado frente a la gran chimenea de mármol. Contemplando las vetas blancas y negras del piso de mármol. Soñando en su trono.

—Ah, buenas noches, señor Peabody. Parece que se viene la primavera. Este chaparrón es de los que alejan el invierno. Dentro de poco ya estaremos friendo huevos en cada esquina. Va a visitar a su tía, ¿no es cierto?

—¿Cómo?

—A su tía, la señora Sourpuss. Ahí es donde va usted, si no me equivoco.

Un sillón de cuero y un escritorio pequeño en un rincón. Del tipo que usan los empresarios. Kelly abre las puertas del ascensor. Su cara de luna llena roja y su cabeza calva. Camina ligeramente encorvado. Vuelve la cabeza para verme de lado mientras cierra la puerta plegadiza de acero.

—Ha pasado algo curioso. Un asesinato en esta misma calle. La noche antes del incendio. Su tía, la señora Sourpuss, se había ido unas pocas horas antes. Al aeropuerto, para volar a Miami. Y de repente vino un detective para preguntarme si no había visto a nadie sospechoso. Por aquí no pasa nadie con aire sospechoso. Al tipo le pegaron tres tiros en la cabeza mientras se afeitaba. El juez dijo que se cortó con la navaja al caer. En esta ciudad uno nunca sabe cuándo está a salvo. Ni siquiera en el cuarto de baño. Así son las cosas.

La señora Sourpuss. Sonriente en su largo vestido blanco y flotante. Doy un paso atrás cuando abre la puerta. Un velo blanco en torno a su cara bronceada. Los dulces ojos de largas pestañas me dan la bienvenida. En cada brazo un nuevo juego de alhajas. Tintinean cuando me toma el abrigo de tweed gris. Lo cuelga de una percha entre otros abrigos en un enorme placard repleto de pieles. El infierno anaranjado ahora es blanco. Los íconos han desaparecido. Reemplazados por dibujos de pájaros. Sobre la mesa baja, una revista deportiva. Y un recipiente de cristal lleno con los brillantes ojitos del caviar.

—En estos momentos estoy loca por el blanco, Cornelius. Y no tomo otra cosa que champagne. ¿No quieres una copa?

La señora Sourpuss toma de un balde de hielo junto al sillón una botella que chorrea, con una servilleta anudada en el cuello. Llena dos copas.

—Bueno, ¿cómo anda el negocio?

—Muy bien.

—¿No tuvieron un cliente que vivía frente a esta casa?

—No lo creo.

—Vivía justo en el piso de enfrente. Lo asesinaron. Creo que fue su mujer. Tiene en la terraza una perrera para sus ocho caniches. Ella lo

liquidó. El tipo no se había enfriado del todo cuando ya la vi tomando cerveza con un muchacho. Los dos en paños menores. Tengo unos prismáticos tan poderosos que hubiera podido contar los pelos del pecho del tipo. Quizá esté allí esta noche. Bueno, ¿cómo estás?

—Muy bien.

—¿Y cómo está Vine?

—El señor Vine está muy bien.

—Acabo de pagarle la cuenta. Antes hice que mis detectives averiguaran. La cuenta era tan alta... ¿Sabes qué me dijeron? El tipo es de una honradez increíble. Debe estar enfermo. O chiflado. Pero no tan chiflado. Supongo que sabrás que tiene intereses en una compañía de demolición y desratización.

—No.

—Pues es así. Y nadie ha podido probar nada en contra suya. Tu señor Vine está a salvo de cualquier sospecha.

—Bueno, creo que eso es cierto.

—Y yo creo que eso son tonterías. Vine extermina ratas, pulgas y cucarachas de un edificio. Después extermina a la gente. Y después demuele el edificio entero. Y empieza otra vez de nuevo. Hasta es viudo. Ese tipo planea muy bien las cosas. Bueno, ¿cómo estás? ¿Cómo están esas hermosas manos blancas y delicadas? ¿Te gusta esta alfombra que encargué especialmente para que haga juego con tus manos? Ni siquiera me has dado un abrazo o un beso. Casi me muerde una serpiente cascabel gigante en la cancha de golf de Miami. No habrías vuelto a verme nunca más. ¿No te habría dado un poquitito de tristeza? Vamos, tómate el champagne. Estoy esperando a que me digas algo agradable. Pero tengo que arreglar una cuenta contigo. ¿Así que ese fue el primer día que trabajabas para Vine? Me dieron ganas de matarte. Qué manera de decirme mentiras.

—No entiendo.

—No entiendo... Qué modo tan raro de pronunciar. ¿Por qué no hablas como la gente?

—Siempre he hablado así.

—Tonterías. ¿Sabes qué creo que eres? Creo que eres un farsante.

Christian se pone de pie con la cara color ceniza. Los puños y los dientes apretados. Respira hondo. La gente se acerca a nosotros. Posa sus ojos en nosotros para contemplar nuestro espíritu puro y lleno de amor. Y entonces nos araña con odio. Es la marca que nos dejan. En estos paraísos de rascacielos.

—Eh, ¿qué haces, Cornelius?

—Me voy.

—¿Por qué? ¿Por lo que dije?

—Sí.

—Vamos, ¿en serio?

—Adiós.

—Eh, vuelve aquí, estaba bromeando. ¡Vaya, qué sensible eres!

—¡Claro que soy sensible! A mí nadie me habla así.

—Está bien, a ti nadie te habla así. Si quieres que te pida perdón, te lo pido. Eres como la pólvora.

—¡Te aseguro que sí! No soy una de esas lauchas asustadas que corren por esta ciudad. Yo hago frente y peleo.

—Está bien, está bien. Tú haces frente y peleas. Te creo. A mí no necesitas probármelo. Siéntate. Por favor. Me siento como si me hubieran vapuleado. Yo también soy sensible. Alguien dice que es funebrero. Lo creo. Después me pongo en sus manos. Y vaya si me he puesto en tus manos, muchacho...

—Soy un funebrero. Te ofrecí mis servicios profesionales. Aunque no era más que un principiante.

—Así que eres un principiante. ¡Vaya con el principiante! Con esa linda carita triste que tienes llegarás muy lejos. Vamos, por favor. Siéntate. Te pido perdón. Pero no puedes hacer frente y luchar contra todo. A veces hay que seguir otras tácticas. Todo el mundo lo hace. Eso no significa que uno sea un estúpido. Vamos. No pongas esa cara tan seria. Eres un chico tan buenmozo...

—No soy un chico.

—Está bien, señor Christian. ¿Puedo poner un poco de música? Te aseguro que he hecho llorar a hombres muy fuertes. Tipos que creían que podían llevarme por la nariz. Hombres con mucha más experiencia que tú. No eran porteros con pretensiones.

Christian se vuelve. La rodilla empuja el almohadón blanco y suave del sofá y lo hace caer al suelo. Lo recoge y lo arroja por encima del piano. La señora Sourpuss baja la tapa del tocadiscos. Una lenta sonrisa mordaz en su rostro. El hondo sollozo trémulo de un violonchelo. Christian está en el vestíbulo abriendo la puerta del placard. En el interior se enciende una luz. Sobre todos esos abrigos de zorro, visón, castor, leopardo y quizá hasta ardilla y oso polar. Tomo el mío. Tejido con lana de ovejas de las Hébridas. Un largo viaje de regreso. Hacia el salado viento del mar que lavó y rizó estas fibras. Balando entre los brezos de las colinas. Una dulzura que da fuerza. Hebras de la vida que tiemblan. Telaraña. Que te envolvió en una frágil quietud.

—Espera un minuto, Cornelius. Me gustas y te respeto. Aclaremos esto de una vez.

—¿Qué hay que aclarar?

—Por qué nos peleamos. Puedo ayudarte mucho. Trabajas en una funeraria que es una mierda. Con todos esos necrófagos. Quiero hacer algo por ti.

—¿Con quién crees que estás hablando? Nadie hace nada por mí.

—Está bien, está bien. Nadie hace nada por ti. Pero dime qué tiene de malo ser vicepresidente de una compañía o algo por el estilo. Dímelo.

—A mí nadie me compra. Y Vine no es un necrófago.

—Oye, tengo una idea. Comamos un poco de caviar. Tú y yo solitos. Y tomemos un poco de champagne. Así es como viven en Europa. Lo preparé todo para ti. Para darte una sorpresa. Música culta. Limones. Tostadas envueltas en una servilleta. Hasta fui al lado oeste para comprar una manteca especial. Y de repente empezamos a pelearnos como dos idiotas. Vamos. Quítate el abrigo. Ya veo que eres un tipo que no se achica. Está bien, tengo que adaptarme. Es que todavía no sé cómo tratarte. Pero basta ya. Estoy aprendiendo. Vamos. Mira.

La señora Sourpuss se arrodilla y baja la frente hacia el suelo. El vestido blanco fluye sobre la alfombra oriental redonda, de tono dorado. Después vuelve lentamente la cabeza para mirar hacia arriba. Hacia Christian. Por entre los rizos de su pelo rubio.

—Ponte de pie sobre mí. Vamos, te lo digo en serio.

Cornelius mira la figura prosternada. Una sacerdotisa a punto de que la consagren. Para cocinar, barrer, hacer el amor y adorar. El pene se yergue ahora sobre ella. Tengo ganas de abofetearla. Sería un buen ejercicio hacer equilibrio sobre sus mejillas. Caminar sobre la larga cuerda floja. Más allá de mi modesto salario.

—¡Eh, tus zapatos me lastiman! Eres pesado.

Christian se baja de la pista de patinaje que es el trasero resistente de la señora Sourpuss. Había puesto un pie sobre cada sólido globo. Mientras sus manos procuraban aferrar mis tobillos.

—No te dije que me mataras. Solo que te pararas sobre mí. Con delicadeza. Con un pie a la vez. Será mejor que te quites los zapatos. Y el abrigo.

Christian se quita los zapatos. Eran de un muerto. Pero siguen caminando en este mundo de vivos. Y en aquel frío y ventoso mausoleo, cuando levantaban al multimillonario Sourpuss para meterlo en su nicho, creo que la oí decir: Ahí va ese asqueroso de mierda. Me apretó el brazo y se estremeció. Es una lástima que la señora Sourpuss no pueda sentir tristeza. Ahora que heredó todo su dinero, la pondré todavía más contenta. Y tendrá un par de pies para que la pisen.

—Así es mejor. Y qué agradable es. Mi amo. Mi amo querido. Desde ahora, cada vez que diga una tontería me convertiré en tu esclava. Lo juro. Ya lo verás.

Llegan ruidos de la calle. Bocinazos. Chirridos de cubertas. Sirenas que aúllan por las avenidas. El zumbido de un avión. Es difícil oír un violonchelo o alguien que camine en puntas de pie a mis espaldas.

Sigo a la señora Sourpuss reclinado entre sus brazos. De regreso a esta claridad alabastrina. Hacia el sofá. Me pone un almohadón bajo la cabeza. Se arrodilla a mis pies. Me quita los calcetines. Tomándome los talones con la mano.

—Hmm, tus pies. Perdón. Tus pies son preciosos. Largos, finos y delicados como tus manos. Los salpicaré con un poco de champagne. Para que tengan mejor gusto. Voy a comerte.

La señora Sourpuss envuelve suavemente con sus labios cada dedo. El pulgar me hace cosquillas. Los chupa delicadamente. Ahora me lame los tobillos. Sus manos suben para desprenderme el cinturón. Cierro los ojos ante el resplandor de sus brillantes. Me baja el cierre de la bragueta. Estos calzoncillos están intactos. Y tienen colores alegres, además. A rayas como de caramelo. Quizá las pruebe. Me los va bajando. Empiezo a quitarme la chaqueta. Ella dice: No, amo. Déjame hacerlo. Soy tu esclava. Déjame servirte. No te muevas. Soy india. Voy a comerte, am, am. Me has comprado en el mercado de esclavos. Soy negra. Y hasta polaca. Una esclava de mierda. Hago lo que mi gran jefe fuerte y maravilloso quiere. Me lo como.

El violonchelo solloza. Compré un retazo de tela color chocolate con galones amarillos y rojos. Parecía una decoración para una tienda india y la colgué en la pared. Sobre los remolinos de polvo que se levantan de las grietas del suelo. Y me quedé casi hasta medianoche escuchando la radio. Una sinfonía que se diluía. Una voz suave murmuró algo acerca de las preocupaciones y pesares que envenenan el día y que al llegar la noche pliegan sus tiendas como los árabes y desaparecen. Y quizá sus sombras avanzan con la muerte. Recogiendo a las esposas amadas. Dulces corazones detenidos por corazones amargos. Yo tuve una mujer. Para construirme una vida con ella. En la misma cama, entre preocupaciones y noches de insomnio. Hombro contra hombro. Hasta que el de ella fue destruyéndose. Me dejó esperándola. Frente al camarote del doctor. El buque enorme gemía con su silbato entre la niebla del océano. La blanca dureza de tu cuerpo huesudo que yo golpeaba. Para que me dejaras entrar. Para gritar en tu interior mis promesas de cielo azul. Ven a mi país, te decía. Hacia las frambuesas y las calabazas y los desfiles de julio. Ven a las playas desiertas por donde yo solía correr kilómetros sobre la dura arena. A través de un yermo, cerca de una ensenada. Encarcelado en el buque. Yo era anfibio. Partía hacia el mar. Zarpaba al romper el día. Para que un caparazón marino me limpiara la inmundicia de la piel, en lugar de esta boca lasciva. Plata en el pelo de la señora Sourpuss. Me lame las rodillas y los muslos. Y chupa. Como un cocinero en nuestro barco. Un caballero de Virginia que nos cocinaba al carbón las tajadas de carne robada. Y horneaba esponjosos bizcochos dorados en los atardeceres y después pasaba de mano en

mano su álbum de recortes donde se veían cuerpos desnudos conectados con otros cuerpos desnudos en una avalancha de orificios. Toda la tripulación adquiría apetitosas erecciones. Que el cocinero comía sin sal, una tras otra, arrodillado en la cocina. De acuerdo con el rango. Mientras se hacían furiosas apuestas. Sobre cuántos miembros podía tragar el cocinero. Inclusive los engullidos en una segunda ración. El primer oficial contaba y dijo que la suma final era de veintitrés o, en términos marineros, dos brazas y un cuarto de falos. Era un buque feliz. Que se posaba alegremente sobre las olas. Hasta que el primer oficial que llevaba la cuenta y estaba monstruosamente dotado y tenía varias condecoraciones rompió un vaso sanguíneo en la garganta del cocinero. Y el pobre cocinero, incapaz ya de poner más miembros en su boca intentó poner el suyo en el trasero de un incomprensivo maquinista que andaba siempre con la Biblia y dormía en la litera de abajo. El cocinero navegaba a través de una abertura bordada con seda en la hamaca de lona. Toda la tripulación suplicó al maquinista predicador que permitiera al cocinero disfrutar de su simple deleite lubricado. Eso aseguraba la buena comida para todos. Y el buen movimiento del émbolo en las máquinas del buque. Mientras se curaba la garganta del cocinero. Como la mano de la señora Sourpuss. Su suave roce. Tan suave sobre las cuerdas de arpa tendidas a través de mi cerebro. La música que producen hace surgir un día lleno de sol y de aromas. En plena mar. El contramaestre silba y levanta el ancla. Mi rango es tan bajo. Me asciendo a mí mismo. A almirante. Con los dientes brillantes y la piel curtida por la sal y el sol. Mi cordaje tenso como las minúsculas arrugas que irradian desde los ojos de la señora Sourpuss. Me besa. Cada una de mis joyas ovoides. Ahora su boca se redondeaba. Los labios se detienen a mitad de camino en mi mástil. Para mirarme y ver cómo la miro. Dos estanques gemelos de aguas azules verdosas. Mojo un dedo en ellas. Y lo pruebo. Dulce como la miel. Suave como una canción. Que cantaban en el Annapolis Glee Club. Me hacía llorar. Aún deben cantarla en algún lugar. En su blanco y azul. Y quizá sentirán el contacto de otros labios. De nuevas bocas recién iniciadas. Princesas encaramadas en pedestales. Cuyas madres se estremecerán de sollozos. Pensar que sus hijas eran capaces de hacer semejantes cosas. Por un guardia marina. Que canta.

Cuando encuentres
a un amigo
que sea bueno y fiel
móntalo
antes de que
él te monte

a ti

Notas

3

Del latín ostiarius: portero. (N. del T.)

11

Cuatro botellas de champagne de tapón rosado. Que bebemos acompañadas con tostadas, limón y caviar. Entre copa y copa, Fanny Sourpuss iba a gatas con las nalgas al aire sobre la alfombra de largos pelos blancos hacia las ventanas de Park Avenue para mirar con sus prismáticos el espectáculo que estaban dando con las nalgas al aire la asesina y su amigo en el departamento de enfrente. A través de la cortina corrida a medias.

Christian gesticula desnudo sobre la mesa baja. Al ritmo de las campanadas de un reloj francés que da la hora haciendo resonar melodiosos tubos en el interior de su caja con adornos dorados y coronada por dos querubines montados sobre dos machos cabríos cornudos. Suplicando a Dios que sea misericordioso con mi romántico Bronx. Benditos sean los que viven y mueren allí. Hacia el norte, más allá de catorce puentes y tres túneles. Bajo los techos alquitranados. En edificios donde zigzaguean las escaleras de incendio. Amontonadas en las colinas, colmenas de ladrillos grises y marrones. Atestados de italianos, irlandeses, judíos y negros.

Es tan amistoso sentirse en la cama con otro ser humano. Hasta que Fanny despierta con los pezones tiesos en sus pechos, sudando y jadeando. Dice que ha tenido una pesadilla. Se le había caído el pelo. Enciende la luz. Se pasa la mano por la frente. Un oscuro rastrojo en sus axilas. Se vuelve boca abajo. Un lunar muy grande en su espalda. Habla con la voz sofocada por la almohada. Dice que tuvo seis abortos. Durante tres años vivió yendo y viniendo. Haciendo planes cuando no podía tomar trenes. Arriba y abajo por la costa del este como un yoyó. Ganando dinero a las cartas en los clubes de automovilistas y acostándose con toda clase de tipos por sumas muy altas. Cada vez que se enamoraba de alguno, el individuo la largaba como si hubiera sido una caja vacía de cereales para el desayuno. Hasta que un día, en medio de su desesperación, mientras tomaba una ducha fría, se le iluminó la mente. Se apostó en la escalera del hotel más lujoso de Palm Beach. La brisa marina agitando su delgada falda blanca contra las piernas recién bronceadas, el pelo flotando sobre sus hombros. Y un rico hijo de puta apareció en el camino circular de la entrada conduciendo su flamante convertible amarillo azafrán. En el instante en que la vio chocó contra la parte posterior de una inmensa limusina negra. Se aplastó el cigarro contra la cara. Ella le sonrió. Ese era el señor Sourpuss.

—No tardé mucho en abrirle la billetera y los pantalones. Y sus

abogados entablaron juicio de divorcio contra su primera mujer. Esa harpía de mente retorcida tenía las garras clavadas en sus bienes y te aseguro que arañaba fuerte. Trató de que me arrestaran. Echó azúcar en el tanque de nafta y pintó puta con grandes letras rojas en la parte trasera de mi auto deportivo blanco. Husmeó por todo mi departamento. Le arranqué de un mordisco el lóbulo de la oreja izquierda y le di un tortazo cuando se me prendió de las mechas en el vestíbulo del Waldorf Astoria. Esa tipa no descansa. Todavía sigue demandándome. Cornelius, a veces me siento tan desgraciada. ¿Sabes que creyeron que tendrían que extirparme los pechos? Les dije que no. Dentro de mí hay una madre. Y tengo pechos tan lindos. ¿No te parece?

Fanny se sienta en la cama, exhibiendo los pechos redondos de pezones rosados. Entre ellos hay pecas. Dos rollos de grasa en torno al vientre. Le pregunto si todavía es mi esclava. Dice: Déjate de idioteces, me duele la cabeza.

A la mañana siguiente la cabeza me estallaba y me temblaban las rodillas. Desperté en la penumbra del cuarto de espejos. Miré por la ventana. Pozos de ventilación y tubos de chimeneas fijos en paredes tiznadas y sin sol. Los vidrios mugrientos de otras ventanas. Muy abajo, maullaba un gato. Fui a tientas, desnudo, en busca del teléfono. Y con la boca seca cambié de rumbo en busca de jugo de pomelo. Para mojarme la lengua y poder moverla de nuevo. Creí ver el perfil de Glen reflejado en un espejo mientras tomaba una botella de un armario. Al pasar por el largo vestíbulo. Para espiar a través de una puerta giratoria que había en su extremo. Encontré a una dama morena de brazos gordos sentada frente a la mesa de la cocina con una taza de café, una revista abierta y medio bizcocho de canela metido en la boca. Derribó el café al levantarse y echarse hacia atrás. El brazo extendido para detenerme, como si yo hubiera sido un perro a punto de saltar y morder. Sus vastos pechos colgando bajo el uniforme azul de cuello blanco, su dedo señalando mis detalles particulares mientras gritaba: ¡No se me acerque!

Disqué en el teléfono de la sala bajo un toldo de toalla rosada. Desparramados por el suelo, botellas de champagne y almohadones y páginas rotas de la revista deportiva. Todo yace en paz la noche anterior y súbitamente las cosas le saltan a uno en la cara durante la mañana. Las doce y cuarto. Hablé con Fritz. Que no creía que yo estuviera mortalmente enfermo. Con escalofríos y dolor en la cabeza y los miembros. Esperando a un médico. Un termómetro en el culo. Un estetoscopio en una de mis pelotas. Para comprobar si está a punto de explotar. Mi médico de cabecera aseguró que al día siguiente estaría bien. Fritz dijo: A mí me parece que hoy estás bien. Dejé pasar un minuto en un silencio terrible. Me tomé todo el tiempo necesario para

tragarme el insulto. Lo digerí bajo una ducha helada. Hora de irme.

Vestido con mis joyas ovoides y mi espíritu por los suelos. El ascensorista era ahora un caballero de aspecto etíope. Me dijo que el señor Kelly estaba en su turno de descanso. Vi a Glen sentado en la limusina gris estacionada, leyendo un diario. Agaché la cabeza y doblé la esquina hacia el oeste, cruzando Madison y la Quinta. Bajé los escalones grises al frente del edificio de la administración del Zoológico. Seguí por un sendero sinuoso bajo un puente de piedra. Graffiti en los arcos. Fanny la recibe por la oreja. Fanny la chupa. Y Fanny Sourpuss me come. Me dijo que no tenía ninguna meta en el mundo. Todo lo que poseía es lo que los demás desean. Dinero.

El sol derrite la nieve en esta tarde de jueves. Aspiro bocanadas de aire. Para desintoxicarme del alcohol. Me siento tan pequeño bajo las distantes montañas con ventanas que me rodean apuntando al cielo. Subir a ellas y ser rico. Desanudar los cordones de los zapatos de todos esos tipos de grandes culos grises. Sentados tras sus escritorios en cada piso, tomando decisiones para echarme a la calle. Marchitas hierbas invernales crecen entre las grietas de esas rocas grises de canto rodado. Allá abajo, tras las banderas que flamean, la pista de patinaje sobre hielo. En la cima de esa colina juegan a las damas y al ajedrez. Y oigo la música de una calesita. El aire es suave. Los niños gritan y juegan.

Cornelius Christian sube enérgicamente la escalera del Game Club. Una chapa de bronce dice: Privado. Entro como si fuera el dueño del lugar. El hombre de uniforme gris me pregunta si soy socio. Sí. Soy un cómico Christian caucásico. De la raza humana.

Solía pasar por aquí hace muchos años. Caminando tranquilamente sobre los pisos de mármol para dejar mi abrigo en el vestuario. El cortés caballero que saluda tras el mostrador. Con todas sus perchas y ganchos y tickets. Los sillones de cuero verde donde se sientan las señoras Sourpuss. Piernas perfumadas, cruzadas bajo las pieles. Esperando a sus maridos, que están en los baños turcos. Para que el mundo los reverencie por la noche.

—Por aquí, señor. El ascensor siguiente.

El hombre de guantes blancos me señala las puertas de bronce resplandecientes. Las luces del tablero suben y bajan. Quinto, por favor. Todos tan corteses y afables. Frente a mí una reja, una jaula, un hombre en ella. Pone mi billetera y mi dinero suelto en un sobre marrón. Lo desliza en la abrochadora. Aprieta. Como los muslos de Fanny. Aprietan. Cuando yo estoy entre ellos. Hasta que se apartan.

Voy entre la penumbra de las filas de armarios con nombres y números. El empleado dice: Aquí tiene uno bueno. Junto al pasillo principal. Con su voz profunda me vende zapatillas de goma, suspensores, pantalones cortos y remeras. Atravesado por una flecha

roja, el emblema del club. Me desvisto entre los armarios color verde oscuro. Hacía lo mismo tantos años atrás. Miro por la ventana, más allá de las copas de los árboles. Los autos zigzaguean en los senderos sinuosos a través del parque. Y de noche, cuando las luces se encienden en todo ese paisaje gris. Para bajar el cielo hasta la tierra. Con todos esos asaltos y asesinatos. Pero uno mira desde las ventanas protegido y al calor.

Los ruidos del deporte. Más allá de un largo corredor. El choque de la pelota contra la paleta. Los pies que golpean el suelo al correr. Las rodillas que crujen al doblarse. Entro por esta puerta. En las paredes hay fotografías de luchadores musculosos; otros sonrientes pero a punto de golpear. Entran atletas. Donde otros temen aventurarse. A causa de los puños. Un hombre rubio tras un escritorio. Inclinado sobre los diarios de la tarde. Se vuelve lentamente para mirarme. Frunce el ceño. Deja el diario. Y grita.

—¡Bueno, esta sí que es una sorpresa! ¡Nada menos que Cornelius Christian! ¿Dónde has estado metido todos estos años?

—En Europa.

—¡No me digas! Esa sí que es una noticia. Qué alegría verte de nuevo aquí. Tienes un aspecto formidable. Qué me cuentas. Nada menos que Europa. Parece que se han avivado por allá.

—Así lo creo.

—Eso está bien. Siguen descargando a todos esos atrasados en este país. Pero qué sorpresa. Deben haber pasado tres o cuatro años.

—Siete.

—Qué te parece... Siete años. Por aquí siempre viene el almirante. Y todos los capitanes. Los jueces. Los alcaldes. Los actores. Los industriales. Trato de venderles mis antigüedades. Son un montón de imbéciles. No quieren comprar mis Sheraton y mis Chippendale. No entienden esas palabras. Son los mejores muebles auténticos que he fabricado en mi taller del Bronx. Pero Cornelius, muchacho, tienes un aspecto formidable. Es bueno mantenerse en forma. Con los crímenes que hay en esta ciudad. Es una locura. Ni siquiera un criminal decente está seguro. Ahora asesinan hasta en el subterráneo. Uno tiene suerte si vuelve a su casa con vida. También ocurre de día. ¿Y qué andas haciendo, Cornelius? ¿Tienes empleo?

—Sí.

—¿En qué trabajas?

—Digamos que hago relaciones públicas para un establecimiento.

—Relaciones públicas. Invitas a la gente con cerveza. Mándame una invitación.

—Desde luego.

—Bueno, campeón, ha sido una alegría verte.

En este cuarto de piso verde. En el cual entran un almirante y un

juez. Resuenan los puñetazos contra las bolsas de arena. Campanas y sirenas de los coches de bombero en la calle. Mi corazón se ha entibiado. Gracias al primer hombre que se ha alegrado de verme. Con sus chispeantes ojos celestes. Su redondo vientre feliz. Ahuyenta la soledad. Instaura la esperanza. En mí, que rezaba fervorosamente. Oh mundo querido, oye mi ínfima voz. Déjame decir siquiera una queja. Antes de que me ordenes callar.

—Eh, almirante, ¿se acuerda de Cornelius Christian?

—No.

—¡Cómo no lo recuerda! Cornelius Christian. El Bombardero del Bronx. Campeón de peso mediano. El mejor gancho de izquierda y el mejor cross de derecha.

—No, no lo recuerdo. Pero tendría que afeitarse.

—¿Cómo? ¿Afeitarse?

—No sé para qué está dejándose la barba.

—Eh, almirante, no se está dejando barba. Se afeita todos los días.

—Así será. Pero la barba crecida es un insulto para las mujeres.

—¿Qué te parece eso, Cornelius? La barba es un insulto para las mujeres. Quizá el juez extienda una orden de arresto contra ti. Pero tal vez les guste el pelo allá, en Europa. A las norteamericanas no les gusta el pelo. ¿Tú qué opinas, Cornelius?

—Las norteamericanas son artículos de consumo.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso, Cornelius? ¿Quieres decir que puedes comprarlas y venderlas? ¿Como al ganado? ¿Para ganar plata?

—Sí.

—Bueno, qué les parece... Será mejor que me vaya a mi casa y les cuente esto a mis hijas.

O'Rourke parado con las manos en las caderas. Una bata a cuadros hasta las rodillas. Una toalla en torno al cuello. Sube al ring con el almirante. Mientras me voy en puntas de pie. Los puños golpean los costados y pasan rozando las narices. El olor dulzón del sudor y las toallas esponjosas y tibias. La mejor ropa interior. En este edificio no hay la menor huella de suciedad bajo las uñas. Me pasé la noche reteniendo un pedo. Para que Fanny no lo oliera. En cambio, ella se tiró uno. Debe creer que soy una jirafa. Que saborea las meadas de las demás. Sus miembros todavía pesan sobre mí. Siento que aún me ciñen mientras bajo las escaleras grises. Dijo que las mujeres siempre la odiaron. Y odia a las mujeres. Y sacudía la cabeza frente a la ventana. Dejó los prismáticos y dijo: No puedo enfocar bien. Justo cuando la escena se estaba poniendo interesante en el departamento de enfrente. Me preguntó: ¿Qué pasa ahora? Y le dije un montón de mentiras obscenas.

Atravieso estas puertas giratorias negras. Más olor a toallas y

alcohol para friegas. Pasillos de armarios en el vestuario. Cada uno con su calzador. La cara enorme de la balanza. Me subo a ella y la flecha indica setenta y siete. Un vaso de agua azul lleno de peines. Un frasco de fijador para el pelo. Lavabos y espejos. Paredes y piso de mosaicos. Hombres desnudos, otros envueltos en toallas. Fanny dijo que las primeras pelotas que vio eran las de su padre y aunque lo quería mucho le repugnaron. Y después dijo: Pero me gustan las tuyas. Brillan cuando las aprieto. Y por qué no me das una sorpresa, Cornelius. Algo importante. Para que me sienta querida. Piensa en algo. Algo que sea de veras maravilloso. Para que pueda soñar con ello. Porque todo el mundo quiere estafarme, Cornelius, no tengo a nadie en quien confiar. Tú no me quieres por el dinero, ¿no es cierto? ¿Entiendes lo que quiero decir? Necesito tener a alguien junto a mí. No puedo estar sola. Porque la gente que está sola es carne para los tiburones.

Christian se envuelve en una toalla. Entra en esa enorme sala de techo abovedado donde centellea la piscina de agua verde. Mira la hora por encima del hombro. Apenas más de las tres. Hay caballeros reclinados y envueltos en sábanas bajo el follaje de las palmeras. Leen, hablan, fuman y duermen. Nombres ilustres en las guías. Las manos bien cuidadas toman los tubos de los teléfonos. Para citar a mujeres y hacer negocios por toda la ciudad. Para organizar chanchullos. Para pisotear a los demás. Para representar papeles que producen dinero.

Un pequeño cuadrante en la pared indica cuarenta y ocho grados. Empujo la puerta de bronce y vidrio. Entro en una caverna llena de vapor. Como la isla de Man. Cuando las luces brillan a lo largo de la costa. Y desoladas sirenas suenan en la niebla. Me siento en un banco de madera y oigo voces entre el vapor. Sí, había bajado cinco kilos. Me fui a Miami y volví con siete de más. Qué le voy a hacer, tengo que comer. Ojalá descubran la manera de quitar las calorías de la comida, así no tendremos necesidad de matarnos de hambre.

Christian hace una almohada con una toalla para acostarse en la caliente bruma. Mira el techo blanco desde el banco. Calor y quietud. Los músculos se distienden. Gotas de dulce sudor. El vapor entra en los pulmones. Llegué a esta ciudad colmado de una explosiva esperanza. Para encontrar que todo se volvía en contra de mí. Hasta que se alzaron los duros muros grises de la lucha. Y todos mis pesares retrocedieron. Apilados como rascacielos en el corazón. Pero puede llegar cualquiera. Para derribarlos. Sus restos esparcidos por toda el alma. Y los que empujan tienen los dientes con emplomaduras, las narices y las orejas con operaciones de cirugía plástica. Para adquirir mejor aspecto. De esa manera pueden meterse en nuestra vida sonriendo a nuestro portero al entrar. He visto un cartel que decía: No pierda la oportunidad de trabajar en la zona céntrica. Otra calumnia

contra Brooklyn y mi querido Bronx. Cuyos ciudadanos salen los subterráneos para vender a los personajes su interminable provisión diaria de camisas, zapatos y jabones. A los personajes que usan los gruesos anillos de sus universidades y tienen el aire de regresar a los suburbios elegantes donde viven tragando cócteles en los bares de los trenes que se mecen sobre las vías. Y aquí los bronceados socios del club eligen sus asientos en los bancos y beben agua helada y cerveza en vasos de papel. El siseo del vapor que entra en la cámara del baño turco. Tengo que levantarme y gritar victoria. Parado sobre un barril lleno de dólares. Es todo lo que me hace falta para lograr una meta y una posición en la vida. Puesto que ya tengo todo un depósito de otras maravillosas cualidades. Quizá solo me falte el agujero del culo de Fanny, que titila como una estrella. Las pequeñas arrugas como rayos de luces celestiales. Que siguen resplandeciendo mientras el mundo se oscurece. Cuando llega el miedo. Y las madres huyen con sus hijos. Cuando ven a los monos juguetones que hacen indecencias en el zoológico. Los rojos penes erectos. Dirigiéndose hacia los brillantes traseros rojos. En cualquier jaula de cualquier zoológico. Otra vez a través del vapor. Dice que necesitaría adquirir un aspecto más maduro, porque ha triunfado demasiado joven.

Después de una ducha y un rato de natación, Christian elige una reposera. Envuelto en toallas y sábanas al borde de la piscina. Los nadadores van y vienen. Aleteando como peces al doblar en cada extremo de la piscina. Levantando espuma. Algunos tipos se detienen para palmear a otros tipos en la rodilla y hablar. Eh, John, qué tal. Me alegro de verte. Cómo van las cosas. Y a todos les van bien. Estupendamente bien. Suena una voz a mi lado.

—Perdón. ¿Está ocupado?

—No.

—¿No le molesta que le hable? Oh, no se preocupe, puede decirme que me calle cuando quiera. Soy jefe de compras de una tienda. ¿Cuál es su nombre? Si no le importa que le hable. ¿No lo molesto? Puede decirme que me calle cuando quiera. Veo que usted es muy atlético. ¿Le molesta que le pregunte su nombre? Sin ninguna mala intención.

—Si no le importa, prefiero no decírselo.

—Oh, no, no me importa. Pero no tiene nada de malo saber el nombre de una persona. Solo el nombre de pila. Podría usted decírmelo. Puede mandarme callar cuando le dé la gana.

—¿Podría mandarlo callar ahora mismo?

—Oh, claro que sí. No me importa. Algunas personas se creen mejores que otras. Por la manera que usted tiene de hablar se da uno cuenta. Y si creen que son mejores, eso es cosa de ellos. Por lo menos podría decirme en qué trabaja.

—Soy funebrero. Corto con el bisturí, remodelo caras e inyecto

líquido en los cadáveres.

—Bueno, ha sido un placer conocerlo y conversar un rato con usted. Uno nunca sabe cuándo puede encontrarse con gente que lleva una vida muy diferente.

El caballero se levanta y se va. En la otra reposera hay una figura reclinada, con la cabeza envuelta en toallas, un agujerito para respirar. Creo haber visto antes la mano que levanta lentamente los pliegues de tela blanca. Oigo la voz antes de ver la cara. Un sonido que conozco muy bien. Por su tono comprensivo, generoso, ecuánime. Cualidades a las que apelo con todo el corazón.

—¿Sabe una cosa, Cornelius? Usted me desconcierta totalmente. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Puedo explicárselo todo, señor Vine.

Hasta el motivo
por el cual
a veces
la luna
cambia de forma
como lo hace

12

Todos los días de la semana que siguió fueron de temperatura y brisas muy agradables. Cada mañana, en la calle donde vivo, ante la escalera de otra casa de ladrillos, estaba mi amigo de mejillas regordetas escapado del manicomio, el que había conocido en el ómnibus y el ferry. Sonreía hacia mi ventana. Cuando yo tomaba mi botella de leche. Y se abría el abrigo. Exhibía un gran cartel blnco y azul.

la felicidad es una caléndula

El martes lo saludé con la mano. Llevaba su gorra gris y su larga bufanda gris en torno al cuello. Retrocedió hasta la entrada de la casa de ladrillos. Con una gran sonrisa abrió un lado de su abrigo. Exhibiendo una palabra. Después con una carcajada abrió el otro lado. Justo en el momento en que la muchacha que veo desvestirse salía recelosa de su casa. Para verme saludar a ese amistoso maníaco de los lemas.

ya nunca más

Esta mañana mi encuentro con el señor Vine fue como para revolverme las tripas. Después de ordenarme junto a la piscina que me afeitara y me fuera volando a la funeraria. Y me quedara allí hasta que se fuera el último cliente. Y regresara a la mañana siguiente a las nueve en punto. Me quedé allí parado en la alfombra frente a su escritorio. Procurando ser lo más correcto que pudiera. Hasta sentí la tentación de decir: Ya nunca más. Pero en cambio saludé nerviosamente. Y él dijo: Vamos, descanse, Christian.

Me paré con las piernas abiertas y las manos tomadas tras la espalda. Sorprendentemente militar, si no naval. Y en el silencio preliminar exclamé:

—Por Dios, señor Vine, ya sé que me lo merezco.

—¿Qué se merece?

—Que me cubra de insultos.

—¿Usted cree que lo único que debería hacer yo es cubrirlo de insultos?

—Quizá merezca algo peor. No tengo ninguna excusa que darle por lo de ayer. No sé por qué no vine a trabajar.

—Bueno, yo lo sé. Se pasó la noche en la cama con la señora

Sourpuss.

—Oh, no, señor Vine, eso no es cierto. Qué acusación terrible... Lo que hice fue ir y venir en el ferry hasta medianoche. Había llevado mi manual de embalsamamiento. Estaba estudiando. Me pesqué un resfrío y a la mañana siguiente me sentía morir.

—Se sentía morir... Ahora se sentirá peor. Porque sé dónde estuvo. Porque esa rubia y opulenta señora Sourpuss me hizo vigilar por sus detectives. Lo cual significa que a mi vez la hice vigilar. Y puedo decirle una cosa. Esto no me gusta nada. ¿Me oye? No me gusta nada.

—Muy bien, señor Vine. Me tiene en sus manos. Pero le diré una cosa también yo. Cuando la señora Sourpuss me dijo lo que había hecho, me pareció algo muy feo.

—¡Qué mierda le pasa a usted, Christian! ¿Nunca sentará cabeza? ¿Es pedirle demasiado que no falte a su trabajo?

—No, señor Vine.

—¿Por qué se empeña en ponerme furioso? Oí lo que dijo a ese tipo en la piscina. Esa no es una manera de hablar conveniente para una persona que trabaja en mi casa. Dios santo, no sé por qué lo hago. Pero le daré la última oportunidad. Le aseguro que será la última. Si vuelve a dar un mal paso, ya no tendremos ninguna conversación como esta.

—Gracias, señor Vine. Gracias. Muchísimas gracias.

—No me dé las gracias. Prepare de inmediato la suite número uno. Quiero que la revise centímetro por centímetro. Los arreglos florales especiales. Las vitrinas. Las luces, el baño, todo. Vamos a tener el primer velatorio doble en todo Nueva York.

—¿De veras?

—Sí. Un doble entierro. El señor y la señora Jenkins. Ella figura como Esme en las coronas y él como Putsie. Si se preocupara más de su trabajo habría visto las fotografías en la primera página del Daily News. Un olmo enorme cayó sobre la casa donde vivían, en Astoria.

—Oh, es terrible.

—En cuanto leí la noticia, salí disparado. Fui a la Compañía de Gasolina Edison, donde trabajaba Jenkins. Fue un golpe de suerte. A la hija le gustó mi idea. Era una pareja que se adoraba. Vivieron felices treinta años en esa zona. Es trágico que el árbol que vieron crecer con tanto cariño junto a su casita los aplastara a los dos en la cama.

—Es terrible lo que puede hacer la naturaleza, señor Vine. El árbol debió aplastarlos de manera atroz.

—En el tórax y la zona lumbar. El daño facial es escaso. Hemos reconstruido la cavidad pleural. Si hubiera estado aquí, habría aprendido algo, Christian. Pero no sé... Estas tragedias lo hacen pensar a uno. Hasta las cosas que más queremos pueden matarnos. Pero en esta ciudad casi todos los homicidios son actos de justicia. En el

noventa y nueve por ciento de los casos es lo que la gente se merece por su grosería. Eso es lo que ocasiona los asesinatos, Christian. La descortesía. Y quizá debería decirle algo. Pocos días después del entierro de su mujer lo vi por casualidad. Salía de Saks, en la Quinta avenida. Le abrió la puerta a una negra muy gorda que salía cargada de paquetes. Y después sostuvo la puerta. Pasaron muchas personas. Y ninguna se molestó en darle las gracias. Pero usted siguió allí. Demasiado cortés para soltar la puerta y que le diera a alguien en la cara. Decidí no darme a conocer. Pero tenía ganas de acercarme y estrecharle la mano.

—No recuerdo nada de eso, señor Vine. ¿Está seguro de que era yo?

—Era usted. Mi memoria para las caras vivas o muertas es casi infalible. Y hablando de caras... Esas fotografías que le tomamos en los ataúdes está produciendo resultados. Un empresario fúnebre de Rochester dijo que nunca había visto semejante dignidad, tanto en los ataúdes como en el difunto mismo. Hemos tenido un aumento de clientela del cincuenta por ciento desde que imprimimos los folletos con las fotografías.

—Me alegro mucho, señor Vine.

—Se lo he dicho muchas veces, Christian, usted podría tener un futuro honorable trabajando conmigo.

Los tics de Vine en el cuello y los hombros. Sus puños de una blancura deslumbrante. Una perla en su corbata negra con las flechas rojas del Game Club. Acaba de cortarse el pelo. Extiende los brazos sobre el escritorio. Junta las manos y cruza los dedos manicurados. Se inclina hacia adelante. Su voz suave y solemne.

—Christian, cada vez que llego aquí por la mañana, entro en la paz y en el silencio. La música que me hace soñar. La gente con su dolor. Todo eso me rodea. Es como si mi propia muerte me consolara cada día que vivo. La gente abre el corazón a su dolor. Mientras un cuerpo yace junto a ellos. La vida ha huido de él. A veces devorada por una esposa insaciable. Mi felicidad es devolver a las caras estragadas algo de su infantil inocencia, algunos de sus sueños y aspiraciones. Borrar las huellas de la preocupación. La vejez en torno a los ojos. A veces los veo como a niños. Y más de una vez he llorado. La tristeza es un jardín privado. Entre altos muros de piedra. Y nunca lo abandonaré.

—Entiendo, señor Vine.

—No creo que me entienda, Christian. Ojalá fuera cierto. El día que me entienda abrazará por completo su vocación.

—Me parece que a usted le gustaría que trabajara en el estudio.

—Así es, Christian.

—Bueno, si a usted le parece bien... Con la condición de trabajar completamente solo. Con mis propios difuntos.

—Le daré esa oportunidad.

—De acuerdo, señor Vine.

—A propósito, Christian, no sabía que usted fuera socio del Game Club.

—Me inscribieron gratuitamente por mi actuación en el boxeo. Cuando era estudiante.

—¿Así que sabe boxear?

—Sí, señor.

—Me ofrezco para servirle de sparring alguna vez, Christian. Boxeaba un poco cuando estaba en la Marina.

—Cuando usted quiera, señor.

—Siempre que no sea en horas de trabajo. Y no es por espíritu antideportivo. Usted es un hombre con muchas habilidades, Christian. Todo lo que le pido, y no me parece demasiado, es que cumpla con sus obligaciones. ¿Es capaz de hacerlo?

—Sí, soy capaz. Sé que soy capaz.

—Bien.

El miércoles enterramos a la pareja de difuntos despachados a la eternidad por el olmo. Fritz, con el pelo negro peinado con raya al medio, me daba órdenes como si hubiera tenido miedo de que algún día yo pudiera sacarle el puesto. Al toser se sacudía y le silbaban los bronquios. Un buen anuncio para el entierro. No se ocupó para nada de los deudos y se lo pasó apoyado contra el guardabarros de una limusina. Antes de partir hacia Astoria, fui a la oficina de la señorita Musk para robarle unos cuantos pañuelos de papel. Me pescó con las manos en la masa. Su piel de durazno se puso roja como un tomate rojo. Se había depilado las cejas para adquirir el aire de un bajorrelieve egipcio. Llevaba un collar de perlas falsas. Yo tenía en la mano un paquete de pañuelos y ella chupaba el extremo de un lápiz. La cola frontal me creció. Pero su voz me la volvió a su tamaño natural.

—Esa broma que me hizo fue asquerosa.

—No sé de qué me habla, señorita Musk.

—Sabe muy bien de qué hablo. No soy una soplona, pero si lo niega y se roba mis pañuelos, iré a contárselo enseguida al señor Vine. Y ya sabe lo que significa eso.

—Está bien. Es cierto.

—¿Por qué? Lo único que quiero saber es por qué.

—No sé. Para que ese difunto tan importante en el teatro le diera buena suerte. Su mano estaba junto a usted. Me pareció que podía divertirla.

—Eso le pareció cómico...

—Bueno, todo es tan lúgubre aquí, señorita Musk.

—Cuando se lo conté a mi novio, se puso tan furioso que quería

venir a darle una trompada.

—Señorita Musk, será mejor que le advierta a su novio que boxeo muy bien.

—Vendrá con los guantes de boxeo.

—No me importa con lo que venga. Lo que sé es que saldrá por la pared.

—Vaya, usted es un tipo muy duro, ¿no es cierto?

—Así es. Lo soy cuando es necesario.

—Bueno, cuando pienso en lo que me hizo llego a la conclusión de que no me tiene ninguna simpatía. Y podía haberme pedido a mí los pañuelos.

—No es cierto, señorita Musk. Le tengo mucha simpatía. Y le ruego que me disculpe. No pensé que le importaran tanto estos pañuelos.

—Me imagino que usted pensó que mi vestido era demasiado ceñido aquella tarde.

—Oh, no. Usted tiene una figura estupenda.

—¿Lo dice en serio?

—Sí.

—Está bien. Espero que de hoy en adelante nos entendamos mejor. Y quiero que jure ahora mismo que no volverá a hacer nada semejante.

—Lo juro.

El velatorio de la pareja de difuntos, entre un montón de fotógrafos. Cuando por fin cerramos el enorme ataúd de dos plazas, los funebreros visitantes estudiaban el forro hermético especial de la tapa. Las cámaras iban y venían y centelleaban los flashes. Clarance ofrecía bebidas en su oficina, sonriente y halagado por las felicitaciones de sus colegas. Hasta la señorita Musk me tomó del brazo y me dijo: Estoy muy emocionada. Su mano se detuvo un momento en mi brazo. Nos miramos a los ojos. Ella dijo: El señor Vine llegará a la cumbre. Y nosotros lo acompañaremos sin que pueda detenernos ninguna de esas horribles ordenanzas sobre edificación y salud pública y delimitación de zonas.

Este triunfante miércoles, un Christian particularmente testicular se inclinó hacia la señorita Musk. Tendiendo la mano sobre su escritorio para pellizcarle la nariz. Ella cerró los ojos y le ofreció los labios. En el momento en que Fritz estaba refunfuñando. Y me envió a la disparada a la suite de Esme y Putsie Jenkins. Cuya hija trataba de firmar un contrato por la historia de su vida. Entre los relámpagos de los flashes. Y los clientes de las demás suites que se asomaban curiosos. La atmósfera se puso irrespirable. Vine tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia la publicidad. Hasta que por fin levantó las manos y dijo: Basta.

A las tres de la tarde estábamos listos para partir. Nos dimos las

manos con los colegas visitantes. Un periodista hasta me preguntó mi nombre. Éramos un grupo muy alegre. Me lo pasé tomando agua helada y haciendo nerviosas meadas. De pronto me encontré con Clarance de pie junto a mí. Los dos orinando. Dijo: Ojalá fuera más habitual que los esposos murieran al mismo tiempo. Podríamos imitar a los que fabrican toallas y batas de baño con las inscripciones "de él", "de ella".

A las tres y cinco rugían las motocicletas de la policía frente al edificio. La fila de limusinas se prolongaba por la calle y daba la vuelta a la esquina bajo el tren elevado. Hasta el encargado del depósito que hay enfrente sacó su silla y se puso a mirar. De pronto lo vi allí, apoyado contra la maciza pared de ladrillos rojos del depósito. Esperaba que yo saliera. Con sus mejillas regordetas. Abriéndose de golpe el abrigo con su habitual sonrisa. Y una inscripción flamante.

larga vida a los fornicadores

El sol poniente proyectaba sombras hacia el este. La caravana de autos cruzaba el puente de Queensboro. Frente a los techos oscuros de las fábricas. Un cigarro de tierra flotando en el East River. Lo llaman Welfare Island. Los camiones entran en ese edificio y un ascensor los baja hasta la isla. Una comunidad de hospitales. Instituciones de caridad y correccionales. Un hogar para recreo de los indigentes. Para los ancianos y los ciegos y los enfermos crónicos. Para los mentalmente perturbados. Y los que se mueren sin remedio. Y en otra época fue un agradable y pacífico lugar para apacentar cerdos.

Vine dijo que nunca había organizado un entierro como ese. Un mensaje de congratulación del alcalde. Cinco motociclistas de la policía abriendo camino. Entre ellos el jefe de policía de Astoria. Charlie y yo en el coche de las coronas. Pasábamos frente a los carteles que indicaban Maspeth, Flatbush y Ozone Park. Charlie, lleno de información, me dijo que hacia el norte había una granja china que cultivaba legumbres chinas. Dejamos atrás las fábricas de gas. Hombres alineados en las calles. Con los sombreros y las gorras en la mano. En el cielo los aviones que despegaban del aeropuerto cercano. Allá, en el gris East River, Riker's Island. Charlie me dijo que las tres cuartas partes de la isla se hicieron con las excavaciones de los subterráneos. Y recordé cuando yo era niño. Cuando sin duda miraba a través de esas tierras. Enviado desde Brooklyn por mi tío. Llevando de la mano a mi hermano menor. Para ir a vivir en la parte trasera de una casa. Con una madre adoptiva y un padre adoptivo y una hermanita y un hermanito adoptivos. Me orinaba en la cama. Y por las mañanas la mujer me gritaba. Aquel verano todo mi consuelo fue asomarme por las noches por mi ventana del Bronx. Esperando que

estallaran en el aire los primeros fuegos de artificio. De la Feria Mundial. Una esfera y una torre como un miembro viril. Una erección en Flushing Meadow Park. Me la imaginaba como un lugar verde lleno de leche y miel, y con gente de todo el mundo caminando aquí y allá con ángeles posados en los brazos y pegajosos chupetines de todos los gustos en la boca. Todas las noches tardaba en dormirme porque mi hermano menor me preguntaba sin cesar por qué no venían nuestros padres. Me decía: Por favor, hermano, tráelos. Tenía que dejar la ventana para ir a tomarle la mano. Y a veces, en las oscuras tardes tormentosas y llenas de relámpagos, se arrodillaba y con la cara mojada de lágrimas suplicaba a Dios que le devolviera a su mamá, si es que no quería devolverle a su papá.

Durante el entierro cayó granizo. Vine frunció el ceño cuando las piedras rebotaron contra el enorme ataúd. El zumbido de los motores de los automóviles por el Boulevard Astoria. Un paisaje yermo de lápidas. Tramos de hierba gris marchita. Un solo mausoleo en una elevación. Ojalá muera lentamente cuando me llegue la hora, así podré saber dónde irá a parar mi vida. Cuando uno se cae muerto de golpe, nunca sabe en qué cementerio lo enterrarán.

Esa noche, en el estudio, me puse un broche de colgar ropa en la nariz. Y George me dio la primera lección de embalsamamiento. Manos entalcadas en guantes de goma gruesa. Me dijo que tuviera cuidado con los tajos. Con mi guardapolvo blanco y los ojos desorbitados miré a una muchacha de veintitrés años. Muerta de pulmonía doble. La espesa cabellera negra, los pezones marchitos en el pecho chato. El vello púbico recién afeitado para una operación. Tenderme sobre ella. Poseerla por última vez antes de su entierro. Para arrancar quizá un destello de vida del frío azul en sus ojos, el color de un pájaro. Levanté sus hombros huesudos mientras George deslizaba debajo de ella un paño espeso y depositaba suavemente sus brazos. No había huellas de dolor en su rostro cuando abrimos una incisión justo sobre la clavícula. El tejido oscuro de la carótida contra la blancura de la tráquea. Arriba, en el tragaluz, la noche oscura. Y la luz eléctrica fluyendo por el cuerpo de alabastro. Debió huir de la vida en puntas de pie. Desde el lecho de un hospital. Con un anillo de oro en el dedo. Que dice Mount Saint Ursula.

Esa noche fui por la calle Cincuenta y siete y doblé a la derecha y subí la minúscula colina del autoservicio. Di a la cajera un billete y arrojó al hueco de su mostrador de mármol un puñado de monedas. Aspiré largamente el aire mientras caminaba por la oscuridad de la Quinta avenida para despertarme el apetito. Fui y vine estudiando la consistencia de la carne entre el pan en los sándwiches encerrados en los tabernáculos de vidrio. Pensé en toda mi juventud llena de momentos como estos. Cuando metía las monedas en las ranuras para

abrir las portezuelas de todos los pasteles y donas que quería. Y demostrarle a mi hermano menor que era un mago.

Cornelius Christian se sienta junto a la ventana, con un sándwich de jamón y lechuga. Un vaso de leche fría en la mano y un pedazo de pastel de moras en un plato de gruesa hojalata. Polvo de talco bajo mis uñas. Después de mi día de trabajo más largo. Y la vida de esa muchacha fluyendo sin cesar en mi mente. Alguna vez hubo una sonrisa en su rostro. Llevaba los libros a la escuela. Bebía de la botella de gaseosa. Compraba fiambres para su madre. Y trabajar sobre su cuerpo fue como trabajar sobre un pedazo de carne. Cortar la grasa de un bife. Por una paga extra de diez dólares semanales. Me estremecí al atravesarle la parte superior de la nariz. Entre ambos ojos. George me enseñó cómo ordenar la cavidad craneana. Ahora estoy sentado frente a esta mesa. Veo como muertos los rostros vivos que pasan por la calle.

Y todos miran hacia mi ventana. Con quién podré volver a casarme. Dónde podré vivir. Qué jardín verde podré encontrar. En este yermo de carteles luminosos y voces aullantes que ordenan comprar. Desprendo las minúsculas y dulces moras de mi pastel. Mojo mis labios de leche. Cae de la canillita cuando uno pone el vaso debajo y deposita la moneda en la ranura. Para lavar las dos lágrimas saladas que se deslizan hasta mi boca. Dios, no permitas que muera. Solo, desconocido. Barrido de las calles. Ahogado por mis sueños. No identificado en una mesa de la morgue. Sirviendo de práctica para los estudiantes de embalsamamiento. O disecado en una facultad de Medicina. Mis vendas usadas como bandas elásticas. O apilado en la lancha que va por el East River. Junto con otros centenares. Junto con todas esas piernas y manos sueltas y esos brazos amputados. Los prisioneros cavarán mi tumba. Y pondrán una cruz de granito. Una inscripción: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios”. Y yo gritaré. Por Dios, soy Cornelius Christian. Ya nunca más viudo.

El hombre sentado del otro lado de la mesa levanta apresuradamente su plato de puré de papas, zanahorias, salchicha y salsa. Se aparta, mientras los demás parroquianos miran. Y Cornelius da puñetazos sobre la mesa. Los utensilios saltan. El hombre regresa a la carrera en busca de su sombrero achatado. El tipo de sombrero que usa la gente que cree que va a alguna parte. Busco de dónde asirme porque siento que voy a estrellarme. Sin ninguna noche en la cual dormir. Defendiéndome con puños minúsculos contra una ciudad inmensa, gris, enemiga. Nadie se detiene siquiera un instante para escuchar una palabra. Las carreteras se devanan infinitas. Espérenme. Y nadie me oye. Corro por Broadway entre los transeúntes, mendigando un saludo. Una sonrisa de cualquier rostro. Despacio

ahora. Porque el caballo puede desbocarse para siempre. Una vez que lo lanzamos al galope. Allí donde mi tío nos envió a mi hermano y a mí, un verano. Muertos de miedo, con el corazón saltándosenos por la boca en el camino a Mount Kisco. En el enorme tren que atronaba.

Perlas de sudor en la frente de Christian. Apoya la cabeza en una mano. Al salir por la puerta giratoria la gente se detiene un instante para mirarlo. Cuando encuentro los ojos de esa gente, los apartan rápidamente. Ayúdenme. Y todos me responden con el trémulo reflejo de su propio miedo.

Un anciano se acerca arrastrando los pies y se sienta ante la mesa de Christian. Deposita lentamente sobre la mesa su plato y su taza de café. Y otro plato con un pedazo de torta de coco, blanca en la superficie y con ananá en el centro. La estudié antes de decidirme por el pastel de moras. El anciano aparta la bandeja y toma el azúcar. La mesa oscila. Y el anciano me mira.

—¿Qué me dice de esto? Inventan una bomba. Mandan cohetes a la Luna. Pero no saben cómo hacer para que una mesa se esté firme.

Christian se detiene para mirar en el vidriera de enfrente todos esos pianos brillantes. Y sigo a pie el resto del camino hasta mi casa. Hacia ese agujero de cucarachas donde vivo. El viejo que compartió mi mesa dijo que tres veces por semana venía a pie desde Astoria. No conocía a los Jenkins, pero leyó su tragedia en los diarios. Como vivía muy retirado, nunca se metía en los asuntos de los demás. Había sido guardabarreras. Jugaba al ajedrez en el parque durante los veranos. Pero solo con hombres que tenían aire de caballeros.

—Como usted parece serlo, señor.

Noche tras noche, Christian llamó a Fanny desde un nuevo teléfono instalado en el vestíbulo. Nadie contestó. El único ser humano que me visitaba o llamaba a mi puerta era el jorobado que me cobraba el alquiler. Hasta mi amigo el de las mejillas regordetas estuvo ausente toda una semana. Reapareció una mañana, despertando a todos los habitantes de la calle. Se paseaba bajo mi ventana tocando una corneta y empujando un cochecito con la bandera israelí a rayas blancas y azules y con la estrella azul de seis puntas. Me pasaba casi las noches enteras estudiando de punta a punta, con ojos legañosos, el manual de embalsamamiento. Por las mañanas me sentaba exhausto en la cama, tomándome la cabeza con las manos y sin saber qué hacer. Envuelto en mi desesperación cuando bajaba a comprar el diario. Mi confianza desaparecía lentamente. Tendría que pasarme el resto de la vida insertando tubos en cadáveres. Por fin, una mañana, cuando volvía al estudio después de orinar en el baño, George me dijo:

—Aquí lo tienes, Cornelius. Una cortesía del señor Vine: tu primer difunto. Te pertenece exclusivamente.

Un hombre de hirsuto pelo gris. Sesenta y cinco años. Dueño de

dos tiendas de artículos a precios reducidos. Los hombros escuálidos. Espectáculo triste de ver. La cara de mejillas hundidas y surcada de arrugas. Y cuando ya me había puesto los guantes para empezar, Fanny telefoneó. Me dijo que había estado en Utah. Le dije: Discúlpame, pero estoy ocupado. Y antes de que pudiera agregar: Estoy desesperado por verte. Por abrazar un cuerpo tibio y estremecido, por apoyar mi cara y mis mejillas contra unos pechos. Por oler el sudor, en vez del tufo pesado y pegajoso de la muerte. Por oír una voz saliendo desde una boca. En vez de una bocanada de gas pútrido. Antes de que pudiera decir nada, hubo un clic y un silencio del otro lado de la línea.

George dijo que el difunto tenía bajo porcentaje de humedad. Debía reducir la dosis de formaldehído y procurar que no se secara demasiado. Resucité los contornos de la cara inyectando crema en las comisuras de los labios y en los párpados. Un jeringazo abundante para hinchar las órbitas hundidas. La juventud volvía a sus mejillas a medida que se abultaban. Las masajeé y las moldeé para darles un aire de perpleja diversión. Que es la expresión que todos tendrían si pudieran verse a sí mismos muertos. Como me he visto yo durante los últimos días. George apretaba los labios. Sacudía la cabeza como Vine. Y permanecía junto a mí.

—Sí. Sí. Quizá se le haya ido un poco la mano con el color. Y la expresión es demasiado animada. Pero no está mal, Cornelius. Tal vez un exceso de relleno en las mejillas. Pero no está mal por ser la primera prueba.

La señorita Musk me ayudó a arreglar la suite. Me dijo que echaba de menos mis ocurrencias graciosas, ahora que yo trabajaba en el estudio. Esa noche nos fuimos juntos al depósito. Me dijo cuánto admiraba mi labor. Entre uno y otro asalto amoroso. Y entre las llamadas de su novio. El nombre del difunto era Herbert. Su mujer se llamaba Harriet. No era una muerte doble. Porque ella estaba bien viva. Llegó acompañada de otras seis socias de su club de bridge. Todas con capas de piel y estolas en torno al cuello. Ceñidos vestidos negros y rosas blancas en el escote. Les hice una profunda inclinación. Buenas tardes, señoras. A cada una. Me siguió el golpeteo de los tacones altos. Las guié hasta los asientos que yo había dispuesto en forma de media luna. Las bocas charlaban, los corsés crujían, las manos enjoyadas acariciaban las carteras de cuero negro. Apreté el botón de la música. Pensé que a Herbert le habría gustado un movimiento en andante. Agregaría una leve nota de elegancia. Y la atmósfera adquiriría un matiz que enorgullecería a Clarance.

En un rincón, Christian corta una hoja seca de una de las palmeras que Vine acaba de instalar en cada suite. Mientras tiene en la mano el muerto follaje, la señorita Musk aparece en el vano de la puerta. Con

la velocidad con que lo atrapan a uno los tentáculos del mundo. Y uno se retuerce y corta y amputa. Y se libera para sentir un furor nuevo. Y ese viejo del autoservicio que me dijo ese cumplido que me hacía tanta falta. Para encenderme un cirio de esperanza. Levanté la cabeza para respirar de nuevo. En medio de un sueño en que me acosté con Fanny hasta la mañana y que dejó consecuencias en mi ropa interior. Árboles con brotes verdes. La alta ciudad inclinándose hacia la primavera. Me gustaría ir a un picnic al borde de un lago o en un prado. Un grito sofocado. Se prolonga. Aumenta de tono. Llega a ser un aullido. De inmensa protesta.

Christian cruza la mullida alfombra verde oscuro. Hasta el medio de esa pista. Un ataúd forrado de satén rosa entre una espuma de helechos. Dos cirios a ambos extremos del féretro. Harriet lleva un cinturón de plata que ciñe su vientre prominente. Va y viene entre sus amigas señalando a Herbert. Y después a Christian. A ese afectuoso, servicial Christian.

—Eh, ¿qué diablos ha ocurrido? ¿Qué es esto? Ese no es mi Herbert. ¿Qué le hicieron?

—No entiendo, señora.

—Lo han convertido en un mocoso. Miren la facha que tiene.

—Señora, ¿hemos hecho algo inconveniente?

—¡Inconveniente! ¡Me pregunta si han hecho algo inconveniente! ¡Qué diablos le hicieron! Lo han arreglado como si fuera una prostituta. Debería parecer muerto. Muerto y viejo como era.

—Señora, la preparación era de lujo.

—¡De lujo! ¿Esto es de lujo para ustedes? Parece la cara de un payaso gordo. Y lo llaman de lujo. Para mí, es un crimen.

—Por favor, señora, baje la voz. Hay otros deudos en la casa.

—Así que hay otros deudos. ¿Y usted cree que yo tengo a otro Herbie?

—Siéntese, por favor, señora.

—Que me siente. Tengo un ataque de nervios por lo que he visto. Y quiere que me siente. Debería demandarlo. No reconozco a mi marido. Llego de la calle y encuentro a un desconocido. Y quiere que me siente.

—Muy bien, quédese de pie si lo desea, señora.

—Sonia, tú viste a Herbie cuando murió. Tú viste qué cara tenía. Y mira la que tiene ahora. Le diré algo, señor.

—Christian.

—Y encima me hace bromas.

—No, señora, ese es mi nombre.

—Se lo merece. Mientras mi abogado no se lo cambie por el de Bancarrota.

—Por favor, señora. Sin duda habrá algo que podamos hacer.

—¡Qué puede hacer! Dígamelo. Quitarle todo lo que le ha metido en la cara. Hacer que vuelva a parecer viejo cuando ya lo ha desfigurado para que parezca un muchacho. Margie, tú lo ves, ¿no es cierto?

—Por favor, señora, se lo suplico.

—Me lo suplica. Eso es lo que me ofrece. Suplicarme. No quiero este cuerpo. No pienso enterrarlo. Quédese con él.

—Oh, por favor, señora, soy el responsable...

—¿Usted?

—Sí.

Christian de pie, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo. Los labios crispados. Temblando de pies a cabeza. Harriet vuelve a señalar con el brazo. La estola le resbala de los hombros. Christian la recoge. Harriet la rechaza de un manotazo.

—¡Conque fue usted quien hizo esto! A mi Herbie. ¡Fue usted quien lo hizo!

—Procuré trabajar lo mejor posible.

—¡Y pintó a mi marido como a una muñeca barata! ¡Qué le hizo a su piel! Antes era normal. Esto es un insulto a una viuda. Margie, tú eres testigo de lo que dice este hombre.

—Podemos devolverle el dinero.

—Devolverme el dinero. Oye esto, Margie. Este tipo dice que pueden devolverme el dinero. ¿Qué casa es esta, una tienda de artículos fallados?

—Sí, es eso. Y la voy a llenar de formaldehído y la venderé como a un monstruo si no se calla la boca enseguida, puta de mierda.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué es lo que ha dicho? A una viuda. Frente a su querido esposo. ¿Han oído lo que ha dicho?

Christian sale como un rayo de la suite en penumbra. Pasa frente a la señorita Musk, que se está mordiendo la mano casi entera. Atraviesa por última vez esta alfombra amarillo canario. Con toda la energía de que soy capaz. He hecho un buen trabajo. Sudando como un esclavo. He lavado con champú y he peinado cabello por cabello. He lustrado cada uña. Hasta he recurrido a una de mis propias corbatas a cuadros. Toda esta historia es como para echarse a llorar. Las horas de trabajo. La esperanza y la expectativa. De que los clientes acudieran a montones. Llenos de dolor. Con los corazones destrozados por el recuerdo de un rostro estragado por la vida. E iluminado a último momento por un resplandor de juventud. Una pirueta final en el silencio de la paz. Un destello de bienaventuranza.

En
esta
ciudad

enemiga

13

Christian camina rápidamente hacia el oeste, los faldones del abrigo al viento. Por la prostibularia avenida Lexington, el amplio bulevar de Park y los elegantes emporios de Madison. Entre la gente que inunda la pálida, gris Quinta avenida. Ráfagas de aire frío desde las calles transversales. Soplan sobre Brooklyn. A través de los barrotes de cárceles y manicomios. Tras los cuales miran los perturbados ojos prisioneros.

Paso frente a las vidrieras donde Vine dijo que me vio. Cortés y paciente. Ahora hay un hombre sacudiendo una lata. Frente a él un perro lazarillo sentado sobre una alfombra. Cuelgan los faroles de la calle, dos lágrimas enormes sobre los carteles. Prohibido estacionar, prohibido descargar a los vehículos comerciales. Cuando todo este mundo no es más que un río incesante de gente en venta. Charlie me dijo: Cuando me jubile quiero dirigir uno de esas canchas de golf en miniatura. Un dólar el balde de pelotas. Y a juntar el dinero. Un balde gratis para los que acierten en el blanco. La gente se queda el día entero tratando de acertar. Me dijo que todo el mundo puede ingeniárselas para ganar un dólar. Hasta vendiendo su sangre o su pelo.

Las cuatro y media en el reloj detrás de ese vidriera. Donde chicas con uniformes azules sonríen a los pasajeros de los aviones. Muy pronto, Vine hará la habitual visita de inspección de la tarde. Cuando mi ganso ya esté cocinado. Y ante las fauces de todas las socias del club de bridge de Harriet. Sé que soy un buen embalsamador. Quizá demasiado avanzado para las personas reaccionarias y sin los criterios culturales necesarios para apreciar mi actualizada experiencia creadora. Veo cielorrasos con adornos dorados. Tras esas ventanas abiertas en los macizos muros de piedra podría demorarme mientras me afeito para acudir a una cita en la ciudad. Nacido para una vida rica y de buen pedigree. Todos los días un nuevo orinal de jade. Pero lo único que puedo hacer es seguir caminando. Moviéndome sin cesar. Con la esperanza de poder dar alguna vez un golpe maestro.

Christian pasa frente a las escaleras alfombradas de rojo de este hotel monumental. Y frente a una entrada del subterráneo por la cual nunca se ve subir ni bajar a nadie. Se detiene esperando la luz verde del semáforo. En una acera donde han puesto plantas y un alegre toldo a rayas para los clientes de un café que fuman grandes cigarros. Una mujer con un peinado imponente. No estaría mal para mi repertorio de estilos para difuntas. Y luego su esposo pondría el grito

en el cielo. Usted ha preparado a mi mujer como para un concurso de belleza. Tiene razón, señor. Es una campeona. En un concurso de fiambres.

Christian se cubre la cara con las manos. Se frota las sienes. Espera a que la luz verde dé la orden de avanzar. Metido hasta los tobillos en la difamación. Luchando por mi vida mientras avanzo por esta calle. Un bar y una farmacia al pie de este alto hotel marrón. Al borde del río de transeúntes una muchacha de pelo moreno. Me sonríe. La brisa le abre el impermeable blanco y muestra su vestido floreado. Un paraguas azul en su mano enguantada de blanco. Cuando pasa, la ráfaga de su perfume por encima del tufo del tránsito. La he oído susurrar un tenue hola. Se detiene en el cordón de la acera. Para volverse y mirar. Avanza, se detiene, se vuelve, mira. Con otra sonrisa.

Christian inmóvil. Ella podría irse. Si no reacciono. Alguien con quien hablar. Un cerebro y un alma todavía vivos. Para buscar el amor y la felicidad en montones de sueños. Para que sus ojos derramen fe sobre mí. Por mi nobleza. Se ha apartado de la multitud. Me gastaré el dinero del alquiler y quizá hasta la lleve a cenar. En uno de esos bares con acogedores reservados. Donde cubren con salsa las gruesas rebanadas de roast beef. Que se acompañan con cascadas de cerveza.

Su nombre era Carlotta. Con suaves labios brillantes color borravino. Le dije: ¿Puedo invitarla a tomar un trago? Bajó frente a mí los tres escalones y atravesó las puertas giratorias de un bar en penumbra. Jugueteando con las perlas rojas y azules que llevaba en torno al cuello. La camarera dijo: Qué van a servirse. Dije: La señorita tomará un whisky y yo un ginger ale.

—Usted no puede tomar un ginger ale.

—¿Por qué no?

—Porque tiene que tomar algo más fuerte.

Christian tomó un ginger ale y Carlotta dos whiskys. El rojo de las uñas como gotas de sangre. Echó el whisky sobre los cubos de hielo y cruzó las piernas.

—Si me permite la pregunta, ¿a qué se dedica?

—Soy piloto de aviación.

—¿De veras?

—Sí. Acabo de llegar de Europa.

—Me pareció que tenía una voz rara. ¿No me convida con un cigarrillo?

La vendedora de cigarrillos aparece meneándose con su bandeja. Carlotta toma un paquete y desenvuelve el celofán. Christian tiende un dólar. Le contestan gracias pero no le dan el vuelto. Tengo que dominarme. No debo dejarme llevar otra vez por la rabia. En esta ciudad, cuando uno deja que algo se le escape de la mano ya no lo consigue nunca más. Inclusive la belleza de esta muchacha minúscula

de piel olivácea y grandes ojos castaños. No hay más remedio que meter la mano en el bolsillo y gastar. Y precisamente esta semana ya tengo casi pagada la mitad de lo que debo por Helen.

—Debe ser estupendo pasarse la vida volando por el mundo.

—Sí. ¿Y usted a qué se dedica?

—No le entiendo.

—Bueno, no sé, de dónde es usted...

—No sé si debo responder a esas preguntas.

—Por qué no.

—Antes invíteme con otro trago.

Christian pide más bebida. Carlotta la apura de un trago. Un pájaro tras el bar hunde sin cesar el pico en el agua. En momentos de crisis hay que mantenerse sobrio y valiente. Y enloquecerse de preocupación.

—Vengo del interior. Geneva. Está en la punta del lago. Pero qué le importa de dónde vengo.

—Adónde va, entonces.

—A mi cuarto. No puedo perder tanto tiempo. Son veinte dólares la hora. Por diez dólares más, le hago cualquier cosa.

Sombras enormes se espesan en la penumbra. Un rotundo caballero se acerca a la mesa. Al oír la exclamación angustiada de Christian. Que se convierte en rabia cuando la camarera planta de un manotazo la cuenta de doce dólares en la mesa. Salgo de un fiasco sin gastar un centavo y me meto en otro para que me roben. Busco el amor y pierdo mi dinero. Será mejor que me levante despacio. Mientras el forzudo frunce el ceño. Moviendo sus hombros de aplanadora. Adelantando la mandíbula. Curvando el labio superior. Para demostrarme que es un tipo duro.

—Eh, ha venido a hacerse el vivo.

—No. Solo soy un ciudadano pacífico.

—Aquí nadie viene a armar líos. Porque si se hace el vivo, lo paramos en seco. Ahora pague esa cuenta y lárguese de aquí antes de que le rompa la cabeza.

Los ojos de Christian recorren velozmente el cuerpo. Para comprobar si hay el bulto de un revólver. Es una suerte que yo tenga aspecto de hombre débil. La gente cree que puede derribarme de un soplido y ahorrarse las balas. Las sombras de los clientes se inclinan sobre las bebidas. Espejos tras los estantes de botellas. En el bar, bancos para revolearlos en el aire y ceniceros para arrojar. Luces de neón rojas y verdes al fondo de la oscuridad. Santa Madre de Dios, ayúdame en nombre de los viejos tiempos. Porque una madre adoptiva me hizo católico. Te suplico que no me dejes caer en otro abismo. Porque Vine tiene razón, la grosería es lo que ocasiona todos los crímenes en esta ciudad. Oigo la voz de Carlotta.

—Este hijo de puta me dijo que era piloto de aviación. Y es un pobre infeliz.

—Está bien, aviadorcito. Ya oyó lo que dije. Pague. Y mueva los pies. Largo de aquí.

—No.

—Se lo diré una vez más. Pague y lárguese.

—Y yo le diré otra cosa. Tóqueme y le haré saltar los sesos del cráneo.

—Eh, a quién cree que va a tomar el pelo, muchacho.

El amplio caballero llama por encima del hombro al barman en mangas de camisa, que acude corriendo. Christian hace una finta con la izquierda y da un paso atrás. El amplio caballero avanza. Con una mano tendida como una garra y la otra dispuesta a asestar un puñetazo. La camarera derrama las bebidas al usar la bandeja como escudo. Los clientes se vuelven. Un tocadiscos automático con una voz que canta. Los maníes crujen bajo los pies. Hace un instante estaban en un recipiente sobre la mesa. Oh, la delicia de volver al dichoso cuarto de embalsamamiento para hundir cánulas en los cuerpos. El puño del amplio caballero pasa rozándome la nariz. Y da contra Carlotta, que se ha puesto de pie y vuelve a sentarse con un gemido. La camarera chilla.

—Tony, Tony, el ojo se le ha caído al suelo.

Tony mira hacia abajo. El segundo necesario para que Christian le levante de nuevo la cabeza. Mediante un gancho de derecha impulsado en una curva de extraña lentitud que surge desde las rodillas dobladas de Christian. Aterriza en la mandíbula de Tony. Le hace volver la cabeza y lo levanta unos centímetros del suelo. Tony cae de espaldas. La cabeza choca contra la curvatura del bar de roble y los brazos se extienden para descansar en paz, una mano en una escupidera y la otra con la palma hacia arriba sobre la barra de bronce. La sofocada exclamación del barman, que se para en seco. Y retrocede lentamente levantando las manos. A medida que Christian se le aproxima. Con los puños colgando a ambos lados del cuerpo y en el extremo de los brazos.

—No me golpee, señor. A partir de este momento estoy de su lado. Lo único que quería era mantener este lugar en calma.

La camarera mira hacia el suelo, las manos crispadas en sus mejillas. Una voz aúlla en el bar: Llamen a un médico, mantengan caliente el ojo, así podrán metérselo de nuevo. En el extremo de un brazo un dedo que se agita señala a Christian.

—Ese fue el tipo que lo hizo. Le hizo saltar el ojo a la chica.

El barman, impecables ligas en cada manga, adquiere valor. Levanta también el dedo para asumir la representación de la justicia. Solo que retrocediendo dos pasos para asumir la representación de la

seguridad personal. Mientras levanta las manos demasiado alto y demasiado tarde para impedir la llegada del puño derecho de Christian, que zarpa silencioso en una curva amplia y baja para caer con ruido ahogado bajo el corazón del individuo. Una especie de relámpago que estalla en su pulmón derecho. Fósforos, cigarrillos y lápices saltan desde el bolsillo de su camisa. El barman se inclina hacia adelante, permanece suspendido sobre una tempestad de derechas e izquierdas y al fin se desploma de cara sobre su propio vómito.

Dos clientes saltan sobre el bar. Otro sale corriendo hacia la letrina. Otro baja de su banco, el sombrero echado atrás en su cabeza sudada, los labios apretados y el ceño fruncido mientras tiende un puño hacia Christian. La cara de ojos legañosos recibe un bofetón dado con el revés de la mano por Christian. Un sombrero vuela. Mientras Cornelius da un salto sobre los escalones frente a un cliente que se ha quedado hasta el final del espectáculo y que procura palmearle la espalda al verlo pasar.

—¡Usted sí que es un campeón! No he visto trompadas semejantes desde Sugar Ray.

Christian gira a la derecha, aprovecha la ventaja de una breve pendiente y echa a correr. Zigzagueando por la calle en penumbra. No hay que ofrecer fácil blanco a las balas, si es que llegan. Y si no, siempre podré recurrir al ejercicio extra. Huyendo de estas fauces del horror. De estos templos de la avaricia. No ha habido avaricia peor que la mía esta noche. Antes de acabar muerto me uniré a los pacifistas. Si es preciso me pasearé como un buen chico, sosteniendo los carteles de la paz. Gritando: Basta de romper pelotas, reventar ojos, patear culos, basta de violencia y de guerra. Porque puedes estar seguro, Cornelius, de que hasta el mismo Christian está deseando terminar con todos estos derramamientos de sangre.

Me deslizo por la entrada posterior del Game Club, que está agradablemente situada en la sombra. Una placa de mármol en el baño de caballeros dice: No se lleve esto como se ha llevado todo lo demás porque le romperán la cabeza. Me quedo un rato en la letrina para recuperar el aliento y el aspecto normal. La tempestad ha pasado. Me peino ante el espejo. Me enjabono ligeramente la cara. Salgo al vestíbulo de mármol. Observo con cautela por si descubro a Vine. Cruzo el vestíbulo. Estoy disfrutando de unas vacaciones. Gracias a los insolentes y los descarados. Gracias a la sórdida grosería de la gente. En momentos en que desarrollo mi solitaria estrategia. Para ascender honorablemente. Hacia la suculenta ganancia, hacia el precioso dinero. Y la paz personal. Tengo que poner en marcha mi astucia.

El barman de pelo gris ondulado. Se me acerca al ritmo de sus zapatones y con ojos brillantes para inquirir con voz melodiosa qué

voy a tomar. En este cuarto de techo bajo y suavemente iluminado. Caballos y jaurías saltan en un mural sobre las botellas, tras el bar. Quiero cerveza. Por favor. En un vaso grande y frío. Me la llevo dorada y espumosa hacia una mesa de roble junto a la ventana. Firmo y anoto mi número de socio. En una ficha rosada.

Una mesa larga. Dos chefs de altos sombreros blancos la presiden sobre un gran trozo de roast beef y un jamón. Afilan cuchillos. Cortan rebanadas humeantes.

Las depositan delicadamente sobre las rebanadas de pan. Elijo un pickle y como un poco de ensalada de papas. Son gratis. Para los que nunca tienen hambre. Reponen mi energía. Estoy sentado mirando a través del limpio cristal de esta ventana hacia las luces que cambian. En esta ciudad como una catedral. Donde resuenan los tubos de los rascacielos-órganos. La tragedia y el dolor. A flor de piel en las sempiternas sonrisas idiotizadas. A lo largo de la Quinta avenida. Y voy a sentarme en las piedras barridas por el viento. Para tocar el arpa de los grandes cables tendidos entre los arcos góticos del puente de Brooklyn. Una trémula música, solemne y dolorosa. Para todos los que están allá abajo oyendo desde su triste deambular callejero. Si es que el estrépito, los bocinazos, los estampidos callan alguna vez. Óiganme tocar. Melodioso en esta quietud. Huérfano de padres y de esposa. Cornelius Bronx y Christian Brooklyn. Las uñas rasgan los cables que zumban. Mis manos, que a Fanny Sourpuss le parecían tan delicadas. Cuando no se crispan en dos duros puños justicieros. Ya hace meses. Las gaviotas chillaban sobre la playa. Los remolcadores arrastraban el gran barco. Cuando yo volvía a mi patria por el océano invernal. Todos los rostros que esperaban miraban hacia arriba. Y aun en medio de mi dolor pensé que me necesitaban. Seguro del pequeño equipaje de belleza que ansiaba ofrecerles. Para despertar los ojos que me miraban, así como animé los de Charlotte Graves. Los primeros que me quisieron. Cuando yo era un chico. Y Charlotte me dijo: Qué buen aspecto tienes y qué distinguido. Esperé que me dijera: Estás estupendo, has cambiado de manera asombrosa. Qué maravilla tenerte aquí de regreso. Pero los encontré transformados. Sin amor. Matando tiempo en su terror. Traidores contra cualquier voz llena de valor.

El mozo sirve a Christian cerveza tras cerveza. Hasta que llega el momento de ponerse de pie. Murmurando el código recién aprendido. Mientras limpiábamos nuestros instrumentos, George me dijo que eran muchos los crímenes impunes que dejaban sus restos sobre las mesas de nuestro estudio. Crímenes cometidos no por violencia, sino por lujuria, codicia y hasta júbilo. Y Clarance Vine dijo: Solo la muerte es nuestro ámbito. Y nosotros ofrecemos consuelo. Y vivimos mientras los demás mueren.

Christian bebe una última cerveza en el bar. El salón ahora está

lleno de deportistas con chaquetas a rayas y un alegre grupo de ágiles jugadores de bádminton. Frente a las mesas unos cuantos graduados de las clases de defensa personal. Entrenados para enfrentarse a los peligros del trayecto entre las puertas de sus casas y sus limusinas. Saben escabullirse y saltar antes de que los drogadictos y los matones los asalten. Hay que golpear al atacante en la cabeza y patearle los dientes con la punta del zapato. Y en cuanto a mí. Si al menos pudiera encontrar a alguien a quien deslumbrar. Sin tener que romperle el alma a trompadas. Bajo la escalera de mármol marrón. Miro la fotografía de un esgrimista en la pared. Una tranquila imagen de autodominio y dignidad. Para dar ánimo al que sale. A través de estas puertas giratorias de bronce. Hacia un cadáver helado. Sobre el cual pueda extasiarme.

Camino hacia el oeste bajo las marquesinas iluminadas. Hombres altos y gordos siguen a mujeres altas y esbeltas. La cancha de juego de todas las Fanny Sourpuss. Sentadas en las sillas de los comedores como cerezas en un pastel que todos codician. Ahora voy hacia el norte por la Quinta avenida. Más marquesinas. Que conducen a los palacios de los ricos. Doblo hacia el este. Entre las sombras de las casas de piedra gris. Y me encuentro frente a un espacio abierto en el cielo. Un alto cerco de madera en torno a una enorme excavación. Algunas rejas para que pueda uno mirar hacia abajo, cada vez más hacia abajo. Montones de roca dinamitada. Armazones de acero. Una solitaria excavadora. Cinco pisos que se hunden en una lóbrega y atronadora oscuridad. Carpinteros con cascos rojos martillean. Bajo la luz de los focos eléctricos. Hombres doblando alambres y cortando acero. Una grúa inmensa que se eleva al cielo desde una cabina. Y un cartel negro. En el centro del cual hay cuatro grandes letras doradas.

vine

Christian se detiene en otra esquina. La corriente de autos inmovilizada por un embotellamiento. Una larga limusina negro zumba en la espera. Un caballero gris arrellanado en el lujoso tapizado. Las piernas cruzadas muestran los tobillos y las medias de seda negra. Los puños de la camisa cerrados con gemelos de oro. Su pálida mano ofrece a sus labios un martini helado. Espectáculo frente al cual se desmorona del todo la sordidez de mi propio mundo. Miro hacia las ventanas de Fanny Sourpuss en busca de consuelo. Una de ellas, flanqueada por pilares y rematada por una cornisa, está tenuemente iluminada. La cortina está entreabierta. Fanny me dijo que podía encumbrarme. Hacerme vicepresidente de una compañía. Con muchos automóviles y choferes para manejarlos. Y yo podría sentarme tranquilamente y cruzarme de brazos. Apenas entrevisto en

medio del humo. Me dijo que tenía condiciones para llevar esa vida. Tonterías.

El portero de servicio es el señor Kelly. Me dice: Hola, señor Peabody. Mientras subimos en el ascensor dice: Hace mucho tiempo que no lo veo por aquí. Salgo al palier. Aprieto el perlado botón del timbre y espero. Antes de cerrar las puertas el señor Kelly me dice: Su tía está en casa. Ha regresado por la tarde. El chofer la trajo con montones de paquetes porque había estado de compras. Christian vuelve a apretar el botón. Y llama a la puerta. Silencio en el departamento. Después, un crujido del otro lado de la puerta. Y yo sigo esperando sin que nadie quiera verme. La gente se harta de las caras que ya conoce y se precipita en busca de otras nuevas. Siempre es fácil encontrarlas. Me aterroriza detenerme a pensar. Qué lucha terrible y agotadora ha sido la vida.

Christian golpea con los puños los paneles blancos de la puerta. Y grita. Abre de una vez, Fanny, ya sé que estás en casa. Entonces aparece su rostro. Atisbando por una abertura y junto a la elegante cadena de estilo antiguo que retiene la puerta. Me mira de arriba abajo.

—Estás borracho.

—Sí, como una cuba.

—Y yo estoy ocupada. Adiós.

La puerta se cierra. La cadena se corre. Otro momento de irremediable angustia estampado en mi pasaporte. A todos los interesados. Niéguese al portador la posibilidad de tocar el culo a nadie. Impídasele cualquier ayuda legal y garantícensele toda clase de dificultades. Y aun de ofensas. Dos nudillos se hinchan rápidamente en mi mano. Fanny está en la casa. Quiero hacerla explotar de lujuria. Cuando era chico hacía muchas porquerías en sótanos, pasillos y terrenos baldíos. Las chicas frente a las cuales meneaba mi miembro me decían: ¿Quieres ver lo que yo tengo? Siempre les contestaba que sí. Por pura caballerosidad.

Cornelius retrocede. Apunta. El centro del panel de la puerta. Cuántos recuerdos hondamente conmovedores se han perdido en mí. Con la mano derecha me acaricio el puño lastimado de la izquierda. Usaré mi hombro sano ahora. Me ha cerrado la puerta en la cara. Después de atraerme con todos sus tentadores cebos. Después de paladear mis canapés ovoides. Y de beberse el jugo de las generaciones. Mi cosecha es muy abundante.

Cornelius atraviesa el palier. Pasa junto a las flores de plástico. Bajo el techo blanco. Las puertas se han abierto de golpe y Fanny Sourpuss con un vestido largo de seda dorada retrocede. Mientras yo vuelo adelante. Cruzo el hall. Atravieso la puerta como una flecha y entro en la sala. Justo a tiempo para ver que Glen, en calzoncillos y

con los pantalones a la rastra, se escabulle en la cocina.

—Ya lo agarro. Ahora verá.

—Déjalo en paz, Cornelius. Estás borracho.

—Sí, carajo, estoy borracho. Y le romperé el alma a Glen.

—Voy a llamar a la policía.

—No te muevas.

—Espera un momento, Cornelius. Qué derecho tienes a meterte en mi departamento sin que nadie te invite.

—Tengo derecho.

—No tienes una mierda.

—Sí, lo tengo. Y voy a romperle el alma a ese Glen. Qué se ha creído, pasearse por el departamento en calzoncillos. Es un desvergonzado.

—Ja, ja. Miren quién habla.

—¿Qué estaba haciendo?

—Lo mismo que tú cuando viniste aquí.

—Eres una puta barata.

—¡Vaya! Qué opinión tan interesante. ¿Conque soy una puta barata? Te informo que soy la más cara de las putas. Y no tengo precio para ti. Por eso me conseguiste gratis. ¿Qué te ha pasado en la mano?

—No te importa.

—Santo Dios. Te llamo por teléfono y me contestas como si fuera una pobre diabla. Y ahora te presentas de golpe como si fueras mi dueño.

—No has estado en la ciudad.

—Me fui a esquiar. No me mires así, como si hubiera hecho otra cosa, además. Porque desde luego que hice otras cosas. Puedo conseguir todos los tipos que quiera. Y quiero muchos. Existe un nombre para lo que yo soy. Soy ninfómana.

Christian inclina lentamente la cabeza. Sus puños se distienden. Fanny lo mira. Dos grandes lágrimas brotan de los ojos de Christian. Las lágrimas caen, rebotan contra la punta de los zapatos, se hunden en la alfombra.

—Oh, Dios santo, Cornelius. Qué demonios te pasa. Oh, Jesús. Es terrible lo que me estás haciendo. Eres el hijo de puta más imprevisible que he conocido. Ahora ya no puedo decir nada para negar lo que he dicho. Es que me pusiste furiosa. Por favor. Te pido que me perdones. ¿Eso significa algo para ti? ¿Qué más quieres que te diga? No todos podemos ser como tú. Ni siquiera estoy segura de que quisiera serlo. Oh, querido. Por favor. Déjame hacer algo. Quisiera abrazarte. Por favor. Déjame echarte los brazos al cuello. Lo necesito tanto... Porque creo que tú me necesitas.

Tú

minúsculo
hombrecito

14

Pasé la noche acostado junto a un cuerpo que posee parte de la fortuna que uno siente bajo los pies al caminar por el pavimento de esta ciudad. Me despertó un sonido de campanas. Fanny con ceñidos jeans me llevó el desayuno. La bandeja cargada frente a sus pechos desnudos. Dijo que tenía que asistir a una reunión de directorio. Y se vistió mientras yo me acurrucaba en la cama con la cabeza estallándome y bebiéndome vaso tras vaso de jugo de pomelo de una lata gigantesca. Después acometí valientemente un plato de largas y delgadas rebanadas de tocino, panecillos tostados, jalea de uva y café. Defequé como un ángel, desde las estrellas. Y me duché con jabón perfumado, cantando.

Fanny volvió a la una de la tarde. Su mirada de preocupación. Se detuvo en el vano de la puerta, vestida con un impecable traje marrón y se quitó de golpe la capa negra. Venas azules bajo su piel. Permanecí sentado oyendo las campanadas de una iglesia en el cuarto blanco. Pensaba en Europa. Una criada negra como el ébano empezó a pasar la aspiradora eléctrica. Fanny dijo: Larguémonos de aquí. Es un día tan lindo.

Nos tendimos en la playa gris. Grandes olas rompiendo sobre la arena. Gaviotas hundiendo los picos en la espuma. Fanny había dicho que hacía años que no viajaba en subterráneo. Y que no tenía ganas de meterse ahí. Dije: Está bien, no nos metamos y caminemos por la calle. Ella corrió tras de mí con los ojos centelleantes. Con su puño duro y pequeño me golpeó el brazo provocándome un calambre. El hombro se me aflojó con un dolor desintegrador. Al fin bajamos riendo a la rugiente oscuridad del subterráneo. Yo miraba sus ojos ansiosos y vigilantes fijos en la infinita procesión de gente. Mujeres gordas arrebujadas en sus abrigos. Viejos con el cierre de las chaquetas subido hasta el cuello, los calcetines blancos en los zapatos deformados, mirando a través de sus sueños. Un rabino vestido de negro llevando de la mano a un niño de ojos inmensos. Una fotografía de Miss Subterráneo. Con la misma sonrisa de la señorita Musk. Cuando sabe que le miro el hermoso cuerpo a través del vestido. Afuera bajo el sol. Cruzamos las islas de Jamaica Bay. La mugre de las ventanillas del tren. Casuchas en los pantanos y las ensenadas fangosas. Humo desde los montones de basura. Y cuando llegamos a la última parada, a través de extraños pavimentos, nos dirigimos hacia el océano. Por una calle entre grises casas vacías. Cuando caminábamos sobre la costanera de tablones, Fanny me llevaba del brazo y me

abrazaba. La brisa fragante le alisaba el pelo. Cuando nos tendimos sobre la arena se aferró a mí. Aviones que subían desde el aeropuerto y bajaban. Barcos en el horizonte. La tibieza del sol. El aire con olor a mar. Las olas rompiendo. Tomando las manos de Fanny, Cornelius dijo:

—Este podrá ser el culo del mundo, pero hace años que no paso un día tan delicioso como este. No sé qué ocurrirá, pero siempre me alegraré de haberte conocido.

Tendidos en la arena hasta el oscurecer. La mano de Fanny jugueteando con mi amistosa cola frontal. Lo cual me hacía ladrar y morderle la garganta. Mientras ella movía su rubia cabeza y con sus labios y su lengua arrancaba trinos a mi flauta. Mis manos metidas bajo su capa. Entibiadas por la desbordante opulencia de sus pechos. Allí, en la penumbra gris de la playa. Bajo carteles que anunciaban natillas heladas, tiendas de regalos, palacios de la pizza y cigarros. Cuando yo era chico tenía miedo de los tiburones bajo el agua. Que una vez convirtieron la blanca piel de un niño en pedazos sanguinolentos. Tiro de los calzones de Fanny. El chico murió mientras la gente chillaba y salía corriendo entre las olas. Suavidad y tibieza entre las piernas de Fanny. Dios santo, hazme ganar. Da una oportunidad a este aprendiz de funebrero sin trabajo. Recuerda ahora las buenas obras que hice. Cuando distribuía justicia por los jardines de todos aquellos infames hipócritas que eran mis vecinos. Que gritaban y me mostraban los puños cuando yo no era más que un niño indefenso amante de la diversión. Durante el verano, arrojaba tomates contra el alambre tejido de las ventanas para decorar a los hombres que los viernes jugaban al bridge. Gente con la maldad impresa en la cara y que eran ratas asquerosas condenadas a sufrir. Planeábamos correrías con otro amigo nocturno. Aquí, en la tierra. Sobre todo los sábados por la noche. Cuando nos poníamos tres pares de calcetines y arrancábamos cada planta y cada mata de un jardín para trasplantarlas al jardín vecino. Las rosas de Miller que se abrían el sábado por la mañana aparecían en el jardín de Duffy. Y las dalias de Duffy exhibían sus colores en los canteros de Miller. El domingo por la mañana los dos fruncían el ceño mirando por encima de sus periódicos. Sin saber a quién mostrarle los puños. Los dos propietarios de la tierra, los dos pilares de la comunidad en mangas de camisa, las manos en la cintura, estudiando el problema. Mientras yo pasaba frente a sus cercos caminando tranquilamente hacia la iglesia. Al fin, después de muchos gritos y mucha cavilación, los dos se demandaron mutuamente. Yo era el cerebro de esos operativos nocturnos. Fanny procuraba arrancarme la última gota. Oprimiendo mis frutos ovoides. Para beber mi blanca savia. Gimiendo a medida que subía la escala del placer. El viento oscuro soplando sobre nuestras cabezas. Y el frío que

aumentaba con la marea. Las luces de un transatlántico en viaje a Europa. El resplandor rosado del sol en las alas de un avión que volaba sobre las aguas, cambiando el ritmo del motor al acercarse a tierra. Aquí fue donde me emborraché por primera vez. Había venido con un grupo de otros muchachos. Desde el Bronx. Días enteros nadando en la playa y gimiendo por las noches a causa de las quemaduras del sol. Frente a un bar en la esquina de las calles Tercera y Cien conocí a una belleza de pelo moreno. Venía del este, de Manhattan. Después un policía me vio tambaleándome por la costanera de tablones y dijo que era una vergüenza, un muchacho de mi edad borracho.

Fanny y yo nos detuvimos en un drugstore. Con un letrero de cristal con letras negras y doradas que decía Farmacia. Nos sentamos frente a una mesa con mantel de plástico amarillo. Un hombre de chaqueta blanca y bigotes castaños nos sirvió dos chocolates calientes cubiertos con una doble ración de crema. A un lado de cada plato dos bizcochos. Con su acento ordinario nos llamó señor y señora y nos hizo inclinaciones y nos dio dos cucharas limpias y depositó entre nosotros dos un vaso con pajitas de colores. Nos llevó el aparato con las servilletas de papel y dijo: ¿Los señores están servidos? Buen provecho. Fanny sonreía y me tomaba la mano con la suya donde centelleaban los brillantes. La suave y fina muñeca cargada de oro. Lejos de todo, allí, en Far Rockaway.

Durante toda esa semana no trabajé y me pasé las mañanas en la cama. Desayunaba con una bandeja de plata que tenía un ciervo grabado. Leía la clara y elegante tipografía del Wall Street Journal. El estruendo de los preciosos lingotes que amontonaban con palas. Los vastos monopolios. Las silenciosas ganancias monstruosas. Parte de las cuales se entregaban directamente al domicilio de Fanny. Mientras yo bebía café y deslizaba tajadas de salame y boloña entre doradas rebanadas de pan judío de centeno untadas con manteca. Que masticaba con ímpetu. Y a las doce, cuando salía a la calle, el señor Kelly me decía: Buenos días, señor Peabody. Y me indicaba cuál era el porcentaje de presión barométrica. Después de lo cual, sin asomo de inocencia, solía tirarse un pedo.

Iba hacia la tienda del lustrabotas y me sentaba en uno de sus tronos. El hombrecillo calvo, con la piel marchita en las manos y los brazos. Cada mañana daba un paso atrás para estudiar el cuero. Cuando la inspiración lo arrebataba, tomaba rápidamente los tarros de pomada elegidos. Y yo salía de allí cada vez con un nuevo matiz brillando en mis zapatos. Mi nariz y mis oídos seguían el olor del humo o el ruido de las sirenas que doblaban las esquinas. Una vez creí que había llegado el fin del mundo. Doce coches policiales confluyeron por las calles. Para rodear a un viejo gris que murmuraba

en una lengua báltica y empujaba un cochecito con un tostador casero de pretzels. La policía anotó su largo nombre y se llevó en un camión el ingenioso y humeante artefacto. El viejo se quedó mirando con lágrimas en los ojos. Y un hombre junto a mí me dijo:

—¿Qué me dice usted de esto? Podrían arrestar a una docena de los delincuentes que saquean esta ciudad, y en cambio impiden que un pobre tipo se gane la vida.

A eso de las cuatro de la tarde me iba al Game Club. Me entrenaba en dos o tres rounds verbales y pugilísticos con O'Rourke. Cada día tenía menos miedo de encontrarme con Vine. Hasta que una tarde, mientras estaba echado de espaldas en la cámara de vapor, pensando en toda la corriente de dinero que fluía por los secretos conductos de este país en los cuales no tengo licencia para pescar, un ordenanza se me acercó y me dijo: Señor Christian, hay una carta muy importante para usted en la recepción. Pensé que el comité de admisión de socios había resuelto expulsarme. Por corrupción moral y actitudes escandalosas en Far Rockaway. Sin duda me habrían visto alimentando con mis jugos a la susodicha Fanny Sourpuss.

Me entregaron un largo sobre blanco sobre el mostrador de mármol. En el vestíbulo crepuscular, donde había unos cuantos caballeros maduros, obvios dueños de yates. Fui a sentarme en un sillón de cuero verde, tras una columna, para romper el sobre y leer. La nítida escritura decía:

Estimado Cornelius:

Entiendo muy bien sus escrúpulos para presentarse en la antigua sucursal. Sé que en el pasado ha cometido usted algunos deslices poco plausibles; pero aunque no merezca usted una medalla por su discreción, admito que no tiene toda la culpa de su último delito. Me considero tan culpable como usted mismo. He procurado inútilmente ponerme en contacto con usted en su casa. Espero que esta carta llegue a sus manos. Deseo que venga a verme. Estaré en la sucursal del lado oeste todos los días, desde las diez de la mañana hasta la una de la tarde. Le ruego que complazca mi pedido.

Con un afectuoso saludo,

Clarance Vine

P.D. Su deuda de doscientos cuarenta y tres dólares con veintiún centavos queda cancelada.

C. V.

Una noche me desperté. Había soñado que Vine dirigía un entierro

aéreo. Un avión-coche fúnebre, un avión para las flores y más aviones para transportar a los deudos a un aeropuerto rodeado por un cementerio. La lámpara junto a la cabecera de Fanny estaba encendida. Por sobre los bordes de mi almohada pude ver su cara, hundida en su propia y mullida almohada. Tenía los ojos fijos en el techo y las lágrimas inundaban sus mejillas. Extendí una mano para tocarle un brazo y preguntarle qué le pasaba. Pero no lo hice. Por temor a tocar algo profundamente intocable en el secreto remanso de su dolor. La expresión de su cara decía que Fanny corría tras algo que no podría alcanzar. El día anterior nos habíamos encontrado con unas personas que la conocían y agitaron la mano al salir del cuarto con paneles de roble donde Fanny y yo nos habíamos encontrado para tomar unas copas, después de mi incursión por el club. Sacudieron los brazos sonriendo y Fanny miró directamente a través de ellos.

Llevé a Fanny a pasear a Grand Central Station. Abrazados en el minúsculo mundo donde protegíamos nuestras vidas. Le dije: ¿Por qué no tomamos un tren cualquiera? Después de que vaya a orinar. Subí hasta el enorme baño de caballeros. Elegí uno de los compartimientos de mármol. Tres caballeros de pie uno junto a otro, con los ojos muy abiertos, y sacudiendo sus tiesos miembros con sus manos. Se lo conté a Fanny en el tren. Cuando me recobré de la impresión. Ella me dijo: Ojalá lo hubiera visto. Su sueño era ser poseída por sus tres gargantas, mientras sostenía además otros dos miembros, uno en cada mano. Así tendría la sensación de ser una especie de mártir. Y me hizo retorcer de celos mientras íbamos hacia Mount Kisco. Caminamos por la ciudad. Después salimos a las afueras. Me alivió no encontrarme en ningún momento con cuatro tipos juntos. Pero todos nos miraban desde los autos al pasar. Le mostré la casa de madera blanca donde nos mandaban a mi hermana menor y a mí a pasar los veranos. El lago donde nadábamos y pegábamos a las pobres ranas de ojos saltones que croaban pacíficamente en el agua. Siempre salen a mirar cuando uno toma sol.

En el camino de regreso la policía local nos detuvo por vagancia. Fanny exhibió dieciséis billetes de cien dólares. Y entonces nos detuvieron por robo. Tres llamadas telefónicas para localizar al abogado de Fanny, se disculparon y nos dejaron ir. Dijeron que alguien oyó mi acento y tuvo sospechas de que fuera un espía.

Mientras el tren iba retumbando hacia la ciudad, empezó a llover. Vi una cara que conocía desde chico, en el Bronx. El guarda que nos marcó los boletos y se condujo como si nunca me hubiera visto antes. Era un hijo único a quien sus padres le daban todo. Hasta un diente postizo para reemplazar al que le rompí durante una pelea. Lo vi alejarse por el pasillo, de regreso hacia el pasado, en su uniforme azul de guarda. Sus padres lo mimaban como a un príncipe. Después el

azar de la vida se encargó de él.

Fanny me compró un par de guantes de gamuza. Y por las noches se arrodillaba junto a la pequeña mesa redonda del comedor ofreciendo el espectáculo de sus joyas y sus amplias faldas. Mientras yo arremetía contra jugosos y gruesos bifes e indefensos montículos de espinacas a la crema. Cada vez con menos dinero en el bolsillo. Cada vez más dueño de Fanny. Nuestros cuerpos se adosaban en la cama. En sudorosos crescendos. A través de los interludios musicales de la radio. Yo daba desnudo mis propios recitales de piano. Mientras, Fanny se encargaba de mi miembro, logrando que un movimiento lento de la música que tocaban mis manos se acelerara hasta un ritmo increíble. Blando o duro, mi miembro muy pocas veces estaba fuera de su boca. A menos que estuviera en alguna otra parte de ella. Y el repentino arresto de la asesina, que presenciamos una noche. La mujer que mató a su amante de seis tiros en la columna vertebral. El resplandor de luces rojas, los uniformes azules desapareciendo en el edificio, las ambulancias y los coches de la policía llevándose a todos. Y antes de que nos acostáramos, la asesina ya estaba libre bajo fianza. Regresando triunfalmente en su gigantesca limusina con chofer.

Esa mañana, Fanny me ajustó el nudo de la corbata y me dijo: Chiquito querido, ponte los guantes y deja que Glen te lleve a la sucursal de Vine. Debes hacerlo. Por favor, Cornelius, te dará mucha seguridad ir en un automóvil con chofer. Pero fui caminando. Haciendo relumbrar mis zapatos lustrados. Gloriosamente obstinado hasta el final. Fui acercándome al presuntuoso imperio de ladrillo amarillo. Cinco pisos. Laureles de adorno en grandes tiestos a la entrada. Vestíbulo alfombrado de marrón. Ni una nota de verde por ninguna parte. Un hombre con pince nez y bigotes retorcidos y engomados me dijo: ¿En qué puedo servirle?

—He venido a ver al señor Vine.

—En este momento está ocupado. ¿Quiere decirme su nombre, por favor?

—Cornelius Christian.

—Ah, en ese caso, señor Christian, creo que al señor Vine le interesará saber que está usted aquí. He oído hablar mucho de usted. Encantado de conocerlo. Mi nombre es Nathaniel Hardwicke. Si quiere excusarme un instante. Siéntese, por favor. Allí tiene algo para leer si le agrada.

Este tipo sería capaz de enterrar a alguien con ambas manos atadas a la espalda. Pantalones a rayas y chaqué. Al hablar casi junta las manos como si rezara. Palabras suaves y sedantes. Atraen a la gente. Dan ganas de pedirle perdón por estar vivo.

El señor Hardwicke se inclina para dejar paso a Christian hacia el ascensor. Dos pisos arriba. Pasamos frente a una muchacha sonriente

que también se inclina. Dios santo, otro de los trofeos de Vine en su escritorio. Doblamos hacia la derecha por un corredor donde se alinean fotografías de entierros de celebridades. Una sala de espera llena de siemprevivas. Una puerta de gruesos paneles que dice: privado. Nathaniel la abre. Un cuarto muy grande. Clarance está sentado tras un imponente escritorio de caoba en forma de media luna. Como siempre, inmaculado en su traje oscuro. Está en un rincón flanqueado por dos ventanas. Tres caballeros con grandes cigarros sentados frente a él. Una enormidad con cara de criatura desbordando del sillón. Otro de cara vagamente familiar, con la cabeza y la mandíbula vendadas, de voz ronca, anteojos negros y un perímetro considerable. El tercero de nariz ganchuda y perímetro aún mayor.

—Perdón, caballeros. Espero que me permitan presentarles a mi socio. ¿Puedo pedirle que se siente con nosotros?

—Desde luego. Como estábamos diciéndole, es un placer comprobar que usted dirige un establecimiento con un personal tan distinguido. Por eso mismo hemos venido a verlo. Podemos ofrecerle toda clase de servicios. Sin duda usted los necesita. Y nosotros estamos dispuestos a prestárselos.

—Mi establecimiento dispone de todo lo que es preciso, caballeros.

—Muy bien, lo entendemos. Pero ¿qué negocio no necesita más clientes?... Nosotros podemos impulsar sus operaciones, ¿no es cierto, Zeke?

—Claro, Tony. Podemos ofrecerle un chorro o una avalancha, según lo que desee el señor Vine.

—Zeke opera en muchas zonas, señor Vine. Por ejemplo, en los grandes hoteles. En algunos de ellos suele morir un huésped por semana. Sobre un promedio de diez o quince hoteles, usted puede asegurarse una provisión segura de doce cadáveres. Eliminando unos pocos que no tienen plata. Elegimos muy bien nuestro material.

—Caballeros, en mi establecimiento no hay escasez de difuntos.

—Muy bien, muy bien, lo dije solo por si le hacían falta. Pero quizá usted no disponga del mejor servicio sanitario. Nuestras tarifas para retirar los residuos son muy moderadas. Y con el mayor respeto. ¿No es cierto, Zeke?

—Es cierto, Tony. Retiramos los desechos con el mayor respeto. Y a tarifas moderadas.

—Ya dispongo de un excelente recolector de residuos.

—Entendido. Pero sigo creyendo que usted podría beneficiarse con nuestros servicios. Usted sabe... Pienso en ese lugar que está usted inaugurando. Permítame decirle una cosa, señor Vine: usted es un hombre de éxito. El amigo Zeke ha estado haciendo cálculos. Cuando nos encontramos con un hombre de éxito, sabemos que siempre tenemos algo que ofrecerle. Para que nada interrumpa su actividad.

Por ejemplo, protección especial contra incendios. Imagínese qué incendio podría haber en este lugar. Este no es un edificio nuevo.

—Tengo seguros contra incendios, caballeros.

—Ya sabemos que está asegurado. ¿No es cierto, Carmine?

—Así es.

—En lo que nosotros pensábamos era en la manera de evitar que se interrumpa el ritmo de sus actividades. Eso es lo que nos preocupa. Usted entiende.

—A mí eso no me preocupa, señores.

—Perdón, señor Vine. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego.

—Mírenos bien. Este es Zeke. Algunas personas piensan que es feo; lo llaman Barril. Pero tiene una hermosa casa en Flatbush. Con vecinos de los que se enorgullece. Tiene un hijo que estudia abogacía y una hija que va a un buen colegio. Como sus dos hijas, señor Vine.

—¿Qué quiere decir con eso de "como mis dos hijas"?

—Nada, nada, créame. Usted sabe que en estos días hay crímenes por todas partes. Y nosotros somos los pilares de la comunidad. Debemos mantenernos unidos. Carmine es un ejemplo para su vecindario. Sus amigos lo llaman el Tano Flaco. Les gusta bromear. Pero le tienen verdadero afecto: es un buen hombre de familia de Hoboken. No queremos ofender a nadie, señor Vine. Usted entiende... Eso era lo único que queríamos decirle. Solo quería preguntarle esto: ¿Usted cree que siendo hombres de negocios malgastaríamos su tiempo y el nuestro si no estuviéramos seguros de que podemos servirle de algo, ayudarlo? ¿Ofrecerle un servicio realmente honesto? Pienso en esas necesidades repentinas de que hablan ustedes, los que se dedican al negocio de la funeraria. Una necesidad que nadie preveía hasta que se presenta de repente. Y aquí estamos nosotros. Dispuestos a ayudar. Un préstamo, por ejemplo. Y si se trata de un préstamo importante, tanto mejor. Un préstamo enorme. Bueno, como le decía, aquí estamos nosotros. ¿No es cierto, Zeke?

—Así es.

—Bueno, y ahora hablemos de su ayudante.

—Mi socio.

—Perdón, eso quise decir. Su socio. ¿Cuál es su nombre, muchacho? Juraría que lo conozco de alguna parte.

—Me llamo Peabody.

Tony se quita el cigarro de la boca, se lleva la mano a la mandíbula vendada. Ladea su enorme cabeza con su par de ojos minúsculos y hundidos. Se limpia un poco de ceniza caída sobre su monstruosa rodilla.

—Es curioso. Tengo la impresión de conocer su cara. De todos modos, su nombre suena como si usted fuera alguien, ja, ja, señor

Peabody. Pero fuera de bromas. Sin duda usted entiende bien lo que estamos explicando al señor Vine. ¿Juega al béisbol?

—No.

—¿Al fútbol?

—No. Estoy en contra de los deportes violentos.

—Debe jugar al ping pong.

—Tampoco.

—Me imagino que los hombres como usted y el señor Vine han de estar muy ocupados. Pero los deportes son la grandeza de este país. En fin, no queremos robarle más tiempo. Pero quiero que usted sepa que nosotros estamos al corriente de ciertas cosas, señor Vine. Por ejemplo, sabemos cuándo puede haber un entierro importante. Realmente importante. De unos veinte mil dólares, por ejemplo. Dígame a quién se le ocurriría perder semejante oportunidad. En seis meses podemos ofrecerle cinco de esos casos. ¿No es cierto, Zeke?

—Así es.

—Y nuestra comisión sería mínima. Un cinco por ciento. Es realmente muy poco. En una operación como esa... Y a salvo de todo riesgo. Por ejemplo, estamos al corriente del juicio que esa mujer le está haciendo porque sostiene que transformaron a su marido en una prostituta. Es algo horrible. Nadie quiere semejante clase de publicidad para su negocio. Podemos evitarla muy bien si explicamos al abogado de esa fulana los líos en que se meterá si sigue adelante con el asunto. Nosotros ofrecemos total garantía de que nadie lo molestará, señor Vine. ¿No es la pura verdad, Zeke?

—La pura verdad.

Clarance Vine sonreía con calma. Tony se quita los anteojos negros y los limpia. Zeke desborda el sillón. El inmenso cogote de toro parece estallar en el cuello blanco y almidonado de la camisa. Una cadena de oro cruza el chaleco marrón claro. En él todo sobresale. Rodillas, codos, ojos. El sillón cruje y chilla cuando se mueve. Carmine se lustra las uñas en su manga azul. Extiende los dedos a la luz de la ventana y sopla levemente cada uña. A cada instante vuelve la cabeza para mirar una fotografía en la que Vine estrecha la mano del alcalde de Nueva York.

—Bueno, señor Vine, señor Peabody. Les agradezco que nos hayan concedido su valioso tiempo. Espero que esta conversación de hoy lo convenza de la ventaja de aceptar nuestros servicios para ganar una buena suma extra. Lleven a sus esposas a pasar el fin de semana en Miami. Conozco el mejor hotel. No tienen más que ir y decir que el Gordo Tony los manda. No les costará un centavo.

—El señor Peabody y yo somos viudos.

—Oh, lo lamento. Es una lástima. Bueno, tratándose de dos hombres de aspecto tan distinguido como ustedes... Qué chica no

estaría orgullosa de entrar con ustedes en cualquier hotel de Miami Beach.

—Le agradezco todo lo que nos ha dicho, señor...

—North. Tony North.

—Señor North.

—Y estos son los señores East y West. Es fácil de recordar. En todo sentido.

—Bueno, les agradezco su visita, señores.

—El placer es nuestro, créame. Hasta pronto, señor Peabody. Ha sido muy grato que pudiera acompañarnos. Sigo creyendo que lo conozco de alguna parte. Por casualidad, ¿usted no ha sido piloto de aviación?

—No. Apenas si sé andar en bicicleta.

Tony se pone de pie en su traje azul, ajustándose los anteojos negros. Zeke lo imita. Y el sillón entero sigue su ejemplo: las cuatro patas salen tras su trasero. Tony y el Tano Flaco se apresuran a liberarlo. Tiran de las patas y los brazos del elegante sillón antiguo. Mientras Barril Zeke se agarra al borde del escritorio de Vine. Una pata se suelta. Tony cae hacia adelante. Rompiendo el vidrio de la fotografía de Vine con el alcalde.

—Oh, discúlpeme por este destrozo, señor Vine. Eh, Zeke, qué diablos te pasa. ¿No te diste cuenta de que no podías sentarte en ese sillón?

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me quede parado en todos los sitios adonde voy?

—No. Quiero que mires bien antes de sentarte.

—Señor Vine, le haremos arreglar esa fotografía y mañana le mandaremos dos sillones nuevos.

—Bueno, no sé si sabrán que ese sillón es Luis xiv.

—Loui... Conocemos a un Loui que hace muebles por aquí, en la avenida. No se preocupe. Un sillón exactamente igual a este. Estará listo para mañana.

—Eh, vamos, Tony. No te quedes hablando de sillones nuevos. Sácame este de encima.

El trasero de Zeke acuñado. La tela de los pantalones a punto de estallar sobre los muslos. Un tirón. Zeke grita: No me maten. El sillón se zafa. El suelo tiembla. Clarance Vine se seca la frente con un pañuelo de seda color verde oscuro. Y los tres caballeros de la brújula recogen sus cigarros del cenicero, se los meten de nuevo en la boca y agitan las manos para despedirse.

—Mucho gusto en conocerlo, señor. Se me ha olvidado su nombre. Tenía un bonito sonido.

—Peabody.

—Ah, sí, Peabody. Seguro que lo conozco de alguna parte. Y

perdón por el estropicio, señor Vine.

Clarance se inclina sobre su sillón dorado. Contempla el respaldo roto y la pata suelta. Sacude la cabeza.

—Bueno, Cornelius. Aunque no sé si debo llamarlo señor Peabody. Acaba de ver lo que a veces se describe como músculos. Flexionados en uno de mis sillones. Siéntese. Me alegra que haya decidido venir a verme.

—Esos tipos tratan de extorsionarlo, señor Vine.

—Si los dejo. Pero no creo que los deje. De todos modos, hay algo que puedo decirle: la gente quiere meterse en este negocio como si fuera una fábrica de chorizos. A nadie le importa un pito la muerte.

—Señor Vine, lamento mucho lo que ha ocurrido. ¿Es verdad que la señora Silver lo ha demandado?

—Aquí está la carta de su abogado. Pero no se preocupe por esto. Es asunto mío.

Christian se inclina hacia adelante. La luz del sol se refleja en el papel blanco que tiembla en su mano. Una punzada de dolor en las entrañas. La sirena de un coche de bomberos que pasa por la calle:

Muy señor nuestro:

Nos dirigimos a usted en representación de la señora Silver, con relación al grave atropello (en adelante denominado El Atropello) de que fue objeto durante el velatorio de su difunto esposo Herbert, quien, como es sabido por muchas personas, ocupó durante muchos años una honrosa posición en el ámbito comercial de esta ciudad.

El Atropello ocasionó un grave daño moral a la señora Silver y provocó una extensa erupción de verrugas en su cuerpo. Consideramos responsables a su establecimiento y a su empleado Cornelius Christian, que preparó los restos mortales del señor Silver.

Por otro lado, con relación al Atropello, la señora Silver se ha quejado de la manera desdeñosa en que fue tratada durante la entrevista que mantuvo con usted con el objeto de solucionar el problema para satisfacción de todos. No logramos entender las razones por las cuales usted se negó a sancionar a su empleado y a obligarlo a disculparse ante la señora Silver. La frase “la llenaré de formaldehído” fue una directa amenaza de ocasionarle graves daños corporales y espirituales, hasta el extremo de hacer peligrar su vida. El insulto “la venderé como a un monstruo”, unido a otras palabras demasiado ofensivas para ser repetidas aquí, han reducido a mi cliente a una incapacidad total. Por otro lado, la erupción que cubre su cuerpo la ha obligado a retirarse del mundo exterior.

¿Qué diablos —sí, uso la palabra “diablos”— se propone usted sometiendo a esa clase de ultrajes a personas inocentes que velan los restos de sus seres queridos? Estamos seguros de que usted no deseará

que la contienda legal motivada por este suceso siga su curso rodeada de la publicidad concomitante. En ese caso mi cliente, para compensar sus prolongados y arduos sufrimientos, dará por terminado este episodio mediante un pago adecuado por los daños y perjuicios recibidos.

Lo saludan con su consideración más distinguida,

Wartberg & Blitz

—Ha sido toda culpa mía, señor Vine. Oh, Dios, habría dado un brazo por no perjudicarlo en sus negocios...

—Lo sé, Cornelius, lo sé. Pero pudo ocurrirle a cualquiera. Usted trabajó con alma y vida para hacer las cosas del mejor modo posible. George me lo dijo. Y por todo agradecimiento recibió una tanda de los reproches más injustos. Entiendo su reacción, Cornelius.

Los ojos de Vine. Lo atraviesan a uno. Son capaces de ver cada partícula viva o muerta de un cuerpo. Conocen cada pensamiento, tanto los cómicos como los tristes, tanto los serios como los alegres.

—Entre paréntesis, Cornelius... Si no le importa decírmelo, ¿cómo diablos puedo hacer para librarme de ese tipo que se pasea con un cartelón frente a la sucursal del lado este? Dice que es amigo suyo y que está esperándolo. Cada día se aparece con una inscripción nueva. Está bien, entiendo... Usted prefiere que deje en paz a ese viejo.

—Me temo que sí, señor Vine.

—Comprendo. En este mundo quedan pocas cosas gratas que inspiren cariño. Como la forma de una oreja. La oreja de una mujer hermosa que sabemos condenada a destruirse. Le deseo suerte, Christian. Tengo el presentimiento de que algún día su nombre estará en todas las bocas. Y espero que entonces pueda decir sin pecar de presuntuoso que hemos sido amigos. No sé, Christian. Pero eso es lo más valioso para mí.

En todos
los oscuros momentos
irreversibles
en los cuales
ha de vivir el coraje
si la vida
no ha de morir

15

Cornelius Christian se aleja de la sucursal oeste del señor Vine caminando por la calle. Mira el resplandor del sol que se derrama sobre esta larga avenida populosa. Camiones y ómnibus detenidos por las luces del semáforo. Me paro junto a la multitud que se amontona esperando para cruzar la calle.

Christian se detiene en la acera. Una enorme foto sonriente de un hombre sentado y encadenado a un huevo. Tras los cristales de un banco. Sobre el cual flamea la bandera de este país, roja, blanca y azul con estrellas y franjas. Sobre las cabezas que pasan decoradas con caras. En las cuales Vine asegura que puede leer la trayectoria de una vida entera. Durante el período secundario de flaccidez que sucede al rigor mortis. Aquí hay un autoservicio. Tomaré un poco de leche y comeré un pedazo de pastel mientras me preocupo. Pensando qué haré para conseguir otro empleo.

Una mano sucia y tostada por el sol sobre el brazo de Christian. Un transeúnte andrajoso, el abrigo cerrado hasta el cuello y fuera de él una corbata manchada de sopa con algunas franjas claras. Los zapatos deformados y rotos. Cuando habla muestra encías de color rojo oscuro que sostienen dientes amarillos.

—Eh, muchacho, ¿no le sobra una moneda?

—No, lo siento.

—Una moneda. Eh, vamos, ayúdeme.

—La necesito para mí.

—Bueno, al menos es franco. Pero tengo que conseguir una moneda.

—Para qué.

—Para tomar una taza de café.

—Lo lamento.

—Muchacho, es una obra de caridad. Lo hará sentirse mucho mejor.

—Ya me siento bastante bien.

—Muchacho, si tuviera algo para darle se lo daría.

—Está bien. Cuénteme la historia de su vida.

—¿Para qué?

—Porque se la pagaré.

—¿Quién le dijo que estoy en venta?

—¿Quiere una moneda o no?

—La historia de mi vida cuesta más que eso.

—Está bien, dos monedas.

—Muchacho, ¿para qué quiere saber la historia de mi vida?

—Para qué quiere dos monedas.

—Para pagarme una taza de café y un bizcocho.

—Bueno, yo quiero saber la historia de su vida para que se me pongan los pelos de punta.

—Usted debe ser un pervertido. Pero por lo que me pide tiene que pagarme un dólar.

—Le daré medio dólar.

—¿Qué? ¿Cincuenta centavos por la historia de toda mi vida? Si vale una fortuna.

—Adiós, entonces.

—Eh, espere un momento, muchacho. Deme veinticinco centavos y le diré dónde nací.

—No. Quiero la historia entera.

—Me llevará una hora contársela.

—Tengo tiempo.

—No puedo contársela aquí, en medio de toda la gente.

—Está bien. Entremos en el bar. Le pago una taza de café.

—Eh, muchacho, si entro allí con usted y tomamos una taza de café me perderé todas las monedas que podrían darme los tipos que no me pedirían la historia de mi vida. Tiene que ser razonable. Tiene que pagarme el tiempo perdido y los gastos generales.

—Arriésguese.

—Muchacho, con el tipo de vida que llevo, arriesgarme es como tirarme por el Gran Cañón con un nudo corredizo en el cuello. ¿Qué diablos le pasa? ¿Para qué quiere la historia de mi vida?

—Todavía no lo sé. Me estoy arriesgando.

—Muchacho, le haré una propuesta. Sea un buen tipo y deme esa moneda que le pedí. Y mañana nos encontraremos aquí a la misma hora.

Christian le mira los ojos. Apenas necesitan un retoque. Sería fácil rellenarle las mejillas. Un buen champú, una peinada, una afeitada al ras y quedaría espléndido en su ataúd. Después unas plañideras... Quizá saliera corriendo una cucaracha de su cuerpo. George me contó que una vez vio una escapando por el borde de la mesa de embalsamar. A Vine le dio un ataque de furia y empezó a romper frascos contra el mármol de la mesa sin acertarle a la cucaracha. Lo único que consiguió fue llenarse de formol.

—Eh, mire lo que está pasando, mientras charlo con usted. Las limosnas que estaré perdiéndome... Toda esta gente que pasa y que podría darme hasta veinticinco centavos... Y yo estoy aquí parado sin ganar plata y hablando con usted. Una buena manera de arruinarme.

—Quiere decir que no está en la ruina.

—Un minuto, muchacho. No tengo por qué hablarle de mis

finanzas.

—Por qué no.

—Dios mío, ya me he perdido dos docenas de posibilidades. ¿Se da cuenta? Imagine que no le he pedido nada. ¿Qué le parece si le doy una moneda, usted se va por su lado y yo por el mío? ¿No es una buena idea?

—Muy bien.

—Carajo, esto es una locura. Qué clase de mundo sería este si todos fueran como usted. Aquí tiene. Tómela.

—Gracias.

—¡No me dé las gracias! ¡Gracias a usted!

Christian se desliza la moneda en el chaleco de tweed oscuro. Pasa frente a una verdulería. Los ajíes verdes, los carnosos tomates rojos y amarillos, las berenjenas purpúreas, las frutas apiladas en la calle. Se compra una manzana. Con una moneda. La otra es para un llamado telefónico.

Christian entra en una farmacia. Armarios de vidrio atestados de arriba abajo. Olores a jabón, pastas dentífricas y polvos en sus brillantes envolturas. Un hombre de bigotes con chaqueta blanca. Sonríe tras sus anteojos. Dichoso frente al escaparate donde mezcla las drogas. De su depósito de sabiduría. Los clientes entran con la tez amarilla, el tipo receta una píldora azul y los clientes salen de color verde. Ayuda a absorber los rayos solares. Ahora está explicando algo a una mujer que examina un cepillo de dientes: el año pasado los dentistas decían que hay que cepillarse de arriba abajo, este año dicen que hay que hacerlo solo de abajo hacia arriba; lo mejor será cepillarse en círculo hasta que se decidan.

En la cabina telefónica, Christian recorre los nombres con el índice. Anota el número en el reverso de la tarjeta comercial de Vine. Mete la moneda en la ranura, oye el ruido que produce al caer dentro de la caja negra. La campanilla suena muy lejos, allá en las colinas del Bronx, al norte de la ciudad, donde empiezan los bosques y el verde. Al otro extremo de kilómetros de cable. Hola. Hola.

—¿Puedo hablar con la señorita Graves, por favor? Charlotte Graves.

—Con ella habla.

—Soy Cornelius Christian.

—¡Hola, qué sorpresa tan agradable! Es asombroso, hace apenas un minuto estaba pensando en ti. En el primer muchacho que me invitó a salir.

—¿Puedo invitarte de nuevo? Esta noche.

—Oh, me encantaría, pero tengo que ir a una reunión.

—Ah.

—Espera... ¿Por qué no vamos juntos?

—¿No será una impertinencia?

—Nada de eso. Ven, por favor. Puedo llevar a quien quiera.

—Muy bien.

—¿Por qué no pasas a buscarme? Mi casa queda en el camino. Tú recuerdas dónde vivo.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—A las ocho. Tengo muchas ganas de verte, Cornelius. Ha sido una sorpresa maravillosa saber de ti. Caes como llovido del cielo.

—Muy bien. Hasta luego, entonces.

—Hasta luego.

Ahora camino por una calle. Tengo que matar tiempo. Hasta las ocho. Llenaré las horas vacías con Fanny. Estará esperando que regrese. Sentiré cierto espasmo de temor. Como me ocurrió cuando ella volvió a hablarme de todos los penes que se metía a la vez en la boca. De su deseo de tener a todos los tipos al mismo tiempo. De su histérico éxtasis y su supremo estremecimiento. Los líquidos suaves y blancos chorreando entre sus manos. Entrando y saliendo de cada garganta suya. Esa mirada triste y cansada en su rostro elegante. Dos ojos velados flotando en su piel serena con el brillo sedoso del esperma.

Cornelius Christian cruza la calle hacia Central Park. Mira hacia abajo y ve todas las tapitas de botella incrustadas en el asfalto. Dos gordas ardillas grises se trepan a un árbol perseguidas por un perro. Este inmenso país. Tantas incitaciones al apetito. Tantos insultos monstruosos a la delicadeza de espíritu. Dirigirse a cada mujer con aspecto decente sentada en cada uno de los bancos. Y preguntarle con impecable cortesía: ¿Puedo utilizar su entrada de servicio, señora? Vengo del supermercado. Para entregarle un paquete fenomenal.

Subo lentamente el camino sinuoso hacia la cumbre de esta colina de roca. Las manos tomadas tras la espalda. El sol me calienta la cara. Hombres silenciosos en torno a las mesas de ajedrez de cemento. Los labios apretados, los dedos jugueteando al borde de los tableros inundados por la lucha y la muerte. Un jugador dispuesto a derrotar a un sombrío oponente: el hombre que me consideró todo un caballero cuando estábamos en el autoservicio. Envuelto en mi fatalidad. En un mar de dolor silencioso. Una sola palabra de consuelo podría salvarme de morir ahogado.

Al pie de otra breve colina de roca, madres y padres y niños en la calesita. Chicos y chicas montando en los caballitos de madera. La gran plataforma gira al ritmo de la música de organito. Dos o tres padres procuran hacer una cabalgada a hurtadillas. Estoy aquí, libre para siempre del negocio de las funerarias. Ya he hecho bastante por Vine al no pedirle que me reponga en el empleo. Camino por aquí lleno de nostalgias. Con una erección. Pienso en las suaves alfombras

sobre las cuales camina la tristeza. Las redondas, frescas mejillas del trasero de la señorita Musk. Entre las cuales hundí despiadadamente mi mástil. Sin nada que decir después del orgasmo. Salvo: Tenemos que hacerlo de nuevo muy pronto.

El carillón del zoológico da las cuatro. Olores almizcleños y rugidos aislados de los grandes felinos. El guardián con su aire de insoportable autosuficiencia en su desteñido uniforme verde, apoyado contra la pared. Acaba de barrer toda la mierda. Después de que el tigre ha devorado su carne. Las campanas del reloj de la torre tocan su melodía para un auditorio de niños con globos. Junto a ellos me siento vivo y en paz. Hasta que algún hijo de puta sale de entre las sombras para decir que tiene una ganga que ofrecer: un éxtasis oral por cinco dólares. Y cuando uno se precipita a consumar, el individuo echa una zancadilla, corta los pantalones con una navaja y se lleva la billetera. Santo Dios. Tengo que luchar. Abrirme paso con las uñas a través de todas las cabezas y los cerebros grises, los penes encogidos y las pelotas arrugadas, los traseros chatos y los vientres fláccidos. Quién me dijo que no. Que no podía correr como un loco por la planicie. Donde los dólares se amontonan como las hojas del otoño. Una mullida alfombra bajo los pies. Dólares que caen por todas partes.

Christian avanza lentamente hacia el este en el fragante y azul esplendor de la tarde. Entra en una casa de mármol llena de cuadros. Un impecable caballero con una cadena de oro para el reloj y vestido a la última moda. Esta galería de arte donde la gente entra husmeando la ganancia y examinando contornos y colores. Trazados por inocentes hijos de puta que buscan la belleza. Vendida a la codiciosa estima de los viejos y ricos coños. Con mi mejor acento murmuro:

—Mierda.

—¿Cómo dijo, señor?

—He dicho mierda.

—Eso pensé que dijo, señor.

—Pues no se equivocó, eso he dicho.

—¿Puedo preguntarle si se refiere usted a algún cuadro en particular, señor? En ese caso, quizá pueda serle de alguna ayuda. ¿Sabe usted? Estoy totalmente de acuerdo, con una o dos excepciones.

Este individuo sonriente avanza sobre el mármol con un traje marrón de corte impecable. Para guiar a Christian por la galería. Como si yo usara un orinal de platino para mear. Debe creer que figuro en el Quién es quién. O en el suplemento del monstruoso volumen Quién no es. Abre puertas con espejos hacia recintos privados. Tesoros majestuosamente apoyados contra paredes cubiertas con tapicerías. Esperando mi aprobación. El temblor del reconocimiento. Dios, qué pintura estupenda.

De vuelta en la calle. Nuevo anhelo de elegancia. Hombre con

mujeres para su uso exclusivo. Instaladas en Park Avenue. Fanny Sourpuss y sus pálidos miembros. Pasan una madre y una hija de mirada tranquila. Lo cual significa un marido y un padre que se rompen el lomo en alguna parte. Las cabezas de la gente nimbadas por la luz del sol ondulan como campos de flores. Cuando uno no las mira demasiado de cerca. Y les ve las caras de vampiros.

Aquí está. El edificio de Vine crece. Piso tras piso. Seis hombres con cascos rojos. En torno a un largo camión de dieciséis ruedas. Con toscos zapatos amarillos. Sostienen y guían cuerdas con las manos enguantadas. Un inmenso tanque sube en el aire. Clarance lo usará como depósito de formaldehído. En las profundidades afeitará a los cadáveres en sillones de peluquero. Como si la vida no importara en absoluto. Y no importa. Cuando nos levantamos la tapa de los sesos. Y lo comprendemos todo. O bien cuando esperamos algún tiempo. Vivos. Y quizá alguien nos sonríe. Y como respuesta, lo matamos de un tiro. Para mantener el ritmo de la muerte. Y acabar con la cortesía.

Christian se abre paso entre los transeúntes. Que se detienen para mirar hacia arriba. Nadie sabe que conozco a Vine. Personalmente. Y cuando Dios nos da una palmadita en el hombro. Estoy dispuesto. A bautizar este nuevo edificio. Y a embalsamar un cadáver sobre una de esas vigas. Las tuberías colgando como algas marinas. Y yo calculando el sitio donde insertar mi cánula. Ahora me encargaré de usted, señora. Descanse ese trasero. Boca abajo, dos mejillas arriba. Desnudo difunto. Una manera de revolucionar la industria.

La vidriera de un delicatessen. Caviar y quesos. Manjares que Fanny escogió para que yo los devorara. Las primeras horas que he tenido de paz absoluta en este nuevo mundo. Observo a un hombre que pasa con un perro. Es de una raza que conocí en mi niñez. La misma raza de un perro que saltó sobre mi cachorro y lo mordió. Y el asqueroso del dueño se reía.

Christian se mete en la entrada de una casa para observar a ese hombre vestido con un traje de liviana franela gris que lleva a su rizado perro azul con una elegante correa trenzada. El hombre espera para cruzar la calle. Una mujer se mete en un auto y lo pone en marcha. El auto ruge y súbitamente adquiere vida y movimiento. Choca contra otro auto estacionado frente a él y rebota hacia atrás, con el motor a toda marcha, aplastando el frente de un tercer auto que está detrás. Yo entro aún más en la casa. Como todo buen neoyorquino. El hombre con el perro azul rizado sacude el puño. Grita improperios ante la ventanilla de la mujer que está fuera de sí por el pánico. La mujer pide ayuda en silencio. El hombre del perro, gritando y con las manos alzadas, va hacia el frente del auto que la mujer ha chocado precisamente en el instante en que ella avanza de nuevo con un chillido de las cubiertas contra el asfalto. Otro topetazo contra el

auto verde claro, que pasa por encima del hombre con el traje gris. Y del perro azul: ambos caídos, cada uno en su propio charco de sangre. Después de ese tumulto automovilístico. Llegan coches de bomberos, ambulancias, autos de la policía. Un grupo de fuertes ciudadanos levantan el auto. Un médico sacude la cabeza sobre el hombre y el perro muertos. Atrapados por las fauces de una justicia azarosa. En de pocos meses, Clarance podría haberse encargado de ellos. Justo al otro lado de la calle. En un doble ataúd para amo y perro.

Súbitamente la tarde se pone melancólica. Resuelvo ir a golpear bolsas de arena entre los tufos atléticos del Game Club. El almirante tirándose pedos, mientras practica su gancho de izquierda en espiral, que paraliza. Tomo un vaso de cerveza después de una ducha con jabón marfileño. Camino hacia el este. Entre hombres y mujeres cubiertos de pieles y de oro. Bajo al subterráneo de Lexington. Las horas de más tránsito en que se amontonan las caras fatigadas. Cada uno echando su aliento sobre los demás. Las manos de alguien procurando abrirme la bragueta. Hábiles dedos bajo el prepucio. Viaje hasta el Bronx sin saber a quién trompear. Por el delito de tomar en préstamo mis partes privadas sin permiso.

Última parada en la estación que mira hacia la cancha de golf y los bosques. Bajo la escalera de hierro y espero en la cola del ómnibus. Un rostro. Un par de ojos celestes. Una muchacha que se sentaba frente a mí en mi aula. La quise. Durante dos meses enteros. Me tentaba a mí mismo pensando que quizá podría tenerla como amiga todo el tiempo que se me antojara. Pero lo único que hicimos fue sonreímos. Y ahora está a nueve años de distancia.

Christian tira de la cuerda para parar el ómnibus. En la esquina siguiente una gran estación de servicio y un bar. Canchas para jugar a la herradura y al tejo tras los árboles. Aquí terminaban los desfiles el 4 de Julio. Aquí traía a pasear a mi hermano menor y le compraba un helado. Por esta avenida arbolada. Pasando frente a las casas donde vivían mis amigos. Los que amenazaban con dar una trompada en el ojo a los matones que no me dejaban jugar al béisbol y al hockey. Ellos me daban toda la esperanza que yo era capaz de contener. Me pasaba el día yendo y viniendo entre las casas de la gente que se había encargado de nosotros. Esperando que una mano nos arrebatara a mí y a mi hermano, que no dejaba de llorar. Para llevarnos hacia otros corazones desconocidos y fríos, hacia otros colchones inhóspitos. En casa de gente que nos ordenaba llamarlos tío y tía. Porque nos consideraban unos animalitos recogidos de la calle.

Las mismas aceras de pizarra. Con las marcas hechas por los vagabundos. En el cemento de esta esquina está garabateado el nombre de mi mejor amigo. Es todo lo que queda de él. Desde una fría Navidad. Llamaron por teléfono y dijeron que había muerto. Fui a la

iglesia y me senté al fondo, más allá de los cantos y el incienso. Pensaba en el verano y en las hojas de los arces. Y en cómo crecen, convirtiendo las calles en túneles. Y si uno muere, se va al cielo, donde están los aviones y todo es blanco y azul. Y es rojo y dorado. Tuvieron que traer a mi amigo desde Miami y los meses del sol. Del lugar donde los grandes insectos golpean contra las ventanas y donde las canchas de golf tienen un césped esponjoso. Lo cargaron en el tren para el solitario viaje nocturno, envuelto en una bandera. Cubriendo su fría sonrisa rubia. Entonces había el mismo pavimento sobre el duro suelo de piedra. Los sitios donde los chicos jugaban a las bolitas. Los que eran católicos iban siempre juntos. Y los monaguillos frente al altar, tratando de tocar a Dios. Robando manzanas y cerezas los sábados. Adorando al Espíritu Santo los domingos. Por las noches nos sentábamos junto a los ríos y patinábamos en los lagos a la luz de la luna. Y cada verano nos tostábamos al sol y nos perseguíamos entre las olas. Y mi amigo estaba en el tren que cruzaba Virginia a través de Emporia, en esa chata tierra a nivel del mar. Por Maryland y las colinas verde oscuro. Y después Newark, donde, más allá de los pantanos, están esas cosas blancas que brillan en la noche. Y hay un túnel infinito que pasa bajo el río y desde el cual se sale a unas plataformas. Desde allí llevaron a mi amigo hasta un furgón en una cureña, acompañado por un soldado que rendía honores. Las tristes luces y la alegre bandera. Alguien lo esperaba. Para llevarlo de regreso al Bronx. Durante el último mes de guerra. Hace tantos años. Los bosques donde poníamos trampas, cazábamos ardillas y atrapábamos víboras por la cola. De un roble colgaba un alto columpio que nunca me atreví a probar. Todo era verde bajo el sol desbordante. Las chicas se pasaban las noches conversando con sus novios junto a los cercos. Nos lavábamos las orejas y nos lustrábamos la cara, el pelo y los zapatos hasta que resplandecían. E íbamos a lugares donde decíamos: Hola, qué bueno es estar todos juntos. Un juego que jugábamos con los corazones y los dedos. Y mi amigo se había ido durante la guerra a un sitio donde no había árboles y las vidas de la gente se amontonaban unas sobre otras, unas junto a otras, en cuartos de mosaicos grises, con pisadas de extraños en el silencio. Era un día triste y frío. Fui en auto por la avenida bajo el rugiente tren elevado. Y estacioné en una calle lateral lúgubre y gris. Pregunté al hombre apostado frente a la puerta y me dijo con mucha suavidad: El teniente está en la suite número siete, a su derecha, por el corredor. Su nombre en un cartelito negro, con esas letras blancas movibles que pueden cambiarse para todos los que van llegando. Nos dimos las manos y nos saludamos con todos los demás amigos. Algunos sonreían tras sus ojos arrugados y decían: Qué alegría verte. Me arrodillé junto al ataúd para rezar. Los corazones más santos siempre están muertos. Sí, él me había

dado una trompada en la boca cuando yo llevaba un aparato corrector en los dientes y me había aplastado mi avioncito. Y yo había querido a su hermana. Ahora él estaba bajo un vidrio que yo no quería mirar. A la mañana siguiente, misa y ataúd y gente saliendo al frío terrible. Y una larga fila de automóviles negros yendo hacia el norte, hacia el cementerio que llamaban las puertas del cielo. Yo iba en el último auto con sus amigas, que se sonaban las narices. Por la carretera y la colina, pasando frente a un quiosco de salchichas. Las últimas hojas doradas agitándose en las ramas y blancas islas de nieve espaciadas entre los árboles. La marquesina verde y los rollos de falso césped que tienden sobre el fango. Los enterradores tras las lápidas, poniéndose chaquetas y gorras, una larga y pesada hilera de manos europeas pendiendo al borde de las telas impermeabilizadas. Soldados en fila, un súbito estallido en el cielo y el clarín con sus notas fúnebres que se perdían en el valle y que el eco devolvía desde las colinas. Las amigas del muerto lloraban y una de ellas gritó y se la llevaron. Después se arrodilló hundiendo sus medias de nailon en el fango. Y todos nos pusimos a rezar y a decirnos cosas a nosotros mismos.

Cosas como
prometo
prometo

16

Tres escalones de ladrillo. Una puerta de tela metálica para el verano. Deformada durante el invierno. Penumbra tras las persianas. Toco el timbre de la casa de Charlotte Graves. Me inclino para mirar por la ventana. Veo un recuerdo de paredes rojas y un ataúd negro. La puerta de tela metálica se abre hacia fuera y la puerta de caoba con cortinas se abre hacia dentro. La amplia sonrisa de Charlotte Graves.

—Hola, adelante. Has llegado temprano. Todavía no estoy lista. ¿Quieres quitarte los guantes?

—Sí.

—Qué lindos son.

—Gamuza francesa. Son muy suaves.

La sala con su alfombra azul y sus sofás marrones. Como hace tantos años. Cuando las madres decían: Usted cae por aquí como si esto fuera la estación del tren. Una foto de Charlotte en el día de su graduación, de pie entre las demás chicas con túnicas blancas. Al borde del matrimonio. O al filo del abismo hacia su destino de solterona.

—Déjame que te mire. ¡Cómo se nota que has vivido, Cornelius! Ya sé, parece una estupidez decirlo. Pero es que yo no he vivido. ¿Quieres una cerveza?

—Sí, gracias.

—Enseguida te la traigo. Estoy tan contenta de verte que no sé para dónde correr... Me acabo de lavar la cabeza. Y se me ha secado muy mal. Es que usé una mala marca de cerveza para enjuagármela. Eh, mamá, ha llegado Cornelius Christian.

Me estremezco al oír que grita mi nombre y dice que he llegado. A este lugar de casas y calles que conozco desde siempre. Desde los veranos en que me levantaba a las ocho todas las mañanas. Para correr por la acera con mis zapatos puntiagudos sin cordones. Para ir a cortar el césped en el cementerio. Y ahorrar dinero. Para invitar a una chica rica y trepar a su mundo deslumbrante. Tan alejado del mío, el de los huérfanos y los pobres. Yo valía tanto como cualquier otro. Pero no podía probarlo.

—Hola, cómo estás, Cornelius. Qué buen aspecto tienes. No has cambiado nada.

—Muchas gracias.

—Quizá haya cambiado tu manera de hablar. Charlotte me ha tenido lavando y planchando toda la ropa que tiene. Parece que nunca hubiera salido con un muchacho.

Los ojos sonrientes y bondadosos de la señora Graves. Qué gusto da ser mirado por ellos. Siempre deseé que hubiera sido mi madre. Me pregunto qué dolor habrá padecido. Se le ha puesto el pelo gris. Siempre me recibió con alegría en la placidez de su amistosa belleza. En otras casas yo tenía que esperar siempre en los vestíbulos. Pero ella me invitaba a entrar. Me daba un vaso de gaseosa y bizcochos en una bandeja.

Un bocinazo frente a la casa. Charlotte guía a Christian. Lo presenta. Este es Cornelius Christian, Freda y Joan. Este es Stan, este es Marty. Todos tienen los brazos echados sobre el respaldo de los asientos en este automóvil aerodinámico azul oscuro que ronronea.

El suave murmullo del motor y el quejido de las ruedas al doblar las esquinas. Las voces alegres y despreocupadas. Hablan de las universidades donde se graduaron. Con el título de personas alegres. Y yo miro por la ventanilla, más allá de la nariz respingada de una chica, hacia la luz que cae sobre el césped. Desde otro mundo. Aquí repartía diarios. Por todas estas calles. Y mientras tanto pensaba que algún día sería millonario. Con una biblioteca llena de libros encuadernados. Todas las tardes cargado de diarios. Que doblaba con un movimiento rápido y arrojaba a las entradas grises de las casas. A veces, a través de una ventana abierta, para reírme un rato. Cosa que me hacía falta.

Christian estrujado entre suaves caderas. Esta noche de primavera. El perfume de Charlotte. Dulce y profundo. Todos los sueños que amé. Un sonido. El mundo recién nacido de la nieve sobre las ramas. La luz de una ventana en el invierno cuando la tomaba de la mano. Todos esos pensamientos que me acompañaban en las noches. En confiados susurros. La esperanza de tener algún día una casa con techo de pizarra entre los árboles. Aquí está el almacén donde pescaba una botella de gaseosa entre los cubitos de hielo flotantes y saludaba a mi rival en el reparto de diarios. A lo largo de este camino fronterizo recogía fresas, uvas, y robaba duraznos. Los viernes recogía mi paga. Casi todos me decían vuelve mañana. Me parecía injusto, pero volvía mi triste cara murmurando: No son más que quince centavos. Cada vez que tocaba un timbre, inclusive los que hacían sonar un carillón, me sentía como cometiendo un crimen. Y se sumaban las semanas que me debían. Adentro todos estaban sentados al calor, leyendo, en el aroma de los bifes y la pizza. Y yo saltaba sobre mis pies helados, los labios paspados de frío. Tenía miedo de morirme. Pero el sol en aquellos caminos tranquilos, bajo los árboles, junto al río. La verde hierba, las colinas y los puentes arqueados sobre las vías del ferrocarril. Ahora pasamos por la calle donde está la gran casa de ladrillos con la entrada lateral. Donde aquella dama me abrió la puerta el día de pago, vestida con un traje de baño negro. Casi me

muero de susto cuando me hizo entrar. Eran las cuatro de la tarde en medio de un silencio tremendo. Esperé en el vestíbulo, mientras ella cerraba la puerta e iba en busca de su cartera. El traje de baño chorreaba agua. Me dijo: No tienes por qué irte enseguida. Te daré jugo de cereza. Me tomó del brazo y me retuvo, clavándome los ojos, lamiéndose los labios. Me decía una y otra vez que tenía cuarenta años. Y yo contestaba: Me debe treinta centavos por los diarios de dos semanas. Me dio medio dólar. Tomé la gran moneda con la campana rajada en el reverso y busqué el vuelto en el bolsillo. Ella me abrió la bragueta y me sacó el pene. Que derramó su loción sobre el piso. Y la dama dijo: Qué chico más sucio, me has estropeado la alfombra, lárgate enseguida de aquí. Qué injusta es la gente cuando ya ha conseguido lo que quiere.

Este camino sombreado por donde avanzamos. Estas voces suaves, animadas, que no conocen el dolor. Entre las casas más viejas y antiguas los blancos cubos de las recién construidas. Y esa que veo ahora. Con su gran porche gris. Era de una chica italiana que estaba en mi clase. Era grande. De pecho y de corazón. Me preguntó si no me sentía muy mal por ser huérfano. Y me dijo que si iba a su casa cuando sus padres no estuvieran me daría gelatina y helado. Nunca fui porque jamás estaba seguro de inspirar simpatía. Cometí muchos errores. Me metí en líos. Por eso iba solo por las calles. Con mis diarios. Tocando timbres, llamando a las puertas. Para decir: Págueme, por favor. Y las caras con los ojos de acabar de almorzar se asomaban sin atreverse a negarse. Yo anotaba “pagado” en mi libreta y procuraba derrochar simpatía para convencerlos de que eso no era el fin del mundo. Pero algunos desalmados me llamaban mentiroso y vago. Decían que me pasaba la vida durmiendo bajo los árboles y llamando a las puertas y silbando en los vestíbulos. Yo murmuraba algo acerca de la libertad y ellos me gritaban: No vuelvas más. Y me daban un portazo en la cara. Me alejaba y las jóvenes lágrimas se mezclaban con la desesperación. Ya se arrepentirán cuando me encuentren en Nochebuena escuálido y descalzo, muerto en la nieve. Un domingo, en el amanecer de un oscuro invierno, escribí en la primera página de los diarios: ¿Qué opina de la gente que maltrata a un niño? El domingo recorrí lentamente las calles. Desde todas las ventanas me observaban caras enfurecidas. Y un hombre me sacudió el puño desde un porche, diciendo que me rompería la cabeza. Lleno de energía y de miedo le dije que se fuera a la mierda. Y escapé.

Charlotte Graves toca la mano enguantada de Christian. Y sonríe. Mientras el auto se desliza por los caminos sinuosos. Y entra en un sendero. Más allá de los arbustos podados y el césped, una casa con varios tejados sobre las altas ventanas. Reflejos de luz sobre el follaje de los árboles. Una entrada como de un castillo. Ruidos de puertas de

coche que se abren. Saludos entusiastas. Sigo a Charlotte, que camina con sus piernas esbeltas. Sobre la alfombra mullida. Hasta que alguien la detiene tomándola del brazo. Y yo bajo los escalones hacia un amplio cuarto. Una gran chimenea. Y un tipo moreno, de camisa amarilla.

—Hola. No sé si lo conozco.

—Me llamo Cornelius Christian.

—Mi nombre es Stan Mott. Mucho gusto. Esa de pelo rubio es mi madre. El de pelo gris es mi padre. Elija lo que quiera.

—¿Cómo?

—Una cerveza o lo que se le antoje. A propósito, usted me parece bastante divertido.

—Gracias.

Christian retrocede hasta una pared. Junto a la chimenea de mármol. Un cuadro de una nave con las velas hinchadas en un tormentoso mar azul verdoso. Más allá de una arcada, un comedor imponente. La mesa cubierta de fuentes de plata. Charlotte tenía los pechos más grandes que cualquiera de las demás chicas. La llevé tres veces al cine y la convidé con tres jugos de ananá antes de tocárselos. Después me sentí como un canalla.

El padre canoso de Stan con la camisa arremangada hasta el codo. Tuesta un panecillo en el fuego con un largo tenedor. Pesca una salchicha humeante de una olla con agua hirviendo.

—Tome. ¿Quiere mostaza?

—Sí, por favor. Gracias.

—¿Quién es usted, hijo?

—No soy tan viejo como para ser hijo suyo. Pero mi nombre es Cornelius Christian.

—Ajá. Bueno, yo soy tan viejo como para ser padre de Stan. Muy bueno su chiste. Siempre estoy dispuesto a bromear con los amigos de Stan, pero nunca tengo la oportunidad. Me gustaría ver a los jóvenes con más frecuencia. Uno corre el riesgo de volverse anticuado si no anda con los jóvenes. Hola, ¿cómo estás, Charlotte?

—Hola, señor Mott.

—No me llames señor Mott. Acabo de decirle a este joven que nunca tengo oportunidad de charlar con ustedes, los jóvenes. Cada día estás más linda. Como tu madre. Estuve a punto de casarme con la madre de esta chica. Fue la muchacha más bonita de su época. Pero no me hizo caso.

La reunión va creciendo. La música atruena. Entran más caras alegres. Las muchachas esperan ofreciendo con estudiada coquetería la llave y la cerradura del amor. Declaman frases obvias, los ojos encendidos por el fulgor de la moda, los tobillos encaramados sobre zapatos de piel de cabra. Y toda otra clase de calzado. Mientras el

señor Mott embelesa a su público de dos.

—Cuando uno se olvida de cuándo fue la última vez que vio una cara bonita, es porque se está poniendo viejo.

—Usted trata de halagarme, señor Mott. Este muchacho, Cornelius, es un viejo amigo. Acaba de volver de Europa. Ha estado viviendo allí.

—¿De veras? Hace mucho que no voy a Europa. Pero aquellas europeas... Son algo formidable. París, Londres... ¡Qué mujeres! No sé qué es lo que tienen. Pero lo tienen. Usted entiende lo que quiero decir, Cornelius.

—Creo que sí, señor.

—Señor Mott, Cornelius se casó. Su mujer ha muerto.

—Oh, cuánto lo lamento. Aquí hay otro panecillo tostado, sírvase otra salchicha. ¿Y en qué ocupas tu tiempo, Charlotte? ¿Has ido a esquiar este año?

—Yo trabajo, señor Mott. Usted me habla como si yo fuera una dama ociosa. Trabajo cuarenta y nueve semanas por año.

—Bueno, pues yo trabajo cincuenta y dos. Mi médico se lo pasa diciéndome: Calma, Jim, si sigues así, no durarás mucho. Por eso me estoy tomando las cosas con calma. He rebajado a dieciséis mis dieciocho horas diarias. Tengo que hacer lo que dice el médico. ¿Este año irás a visitarnos a los lagos, Charlotte?

—Espero que sí, señor Mott.

—Así me gusta, muchacha. Lleva a este amigo tuyo. Yo procuraré irme por unos cuantos días. El año pasado empecé a ver una manchita colorada. Ni bien fui a los lagos, desapareció. Pero volvió en cuanto regresé. Y la tengo siempre delante, esa manchita de porquería... Justo delante; ahora la veo sobre el ángulo de la chimenea. En cuanto trato de mirarla para saber qué es, se desliza a través de mi campo de visión. Ahora se está yendo. Hacia el otro lado del cuarto. Se lo pasa moviéndose y no consigo retenerla. Pero siempre vuelve, una y otra vez... Ningún médico sabe qué cuernos es. Y eso que he consultado a los mejores de la costa este.

—Debe ser muy molesto, señor Mott. La causa ha de ser el exceso de trabajo o algo por el estilo.

—Tengo que seguir fabricando bujías, Charlotte. Pero eso es lo que dicen los médicos. Fui a consultar a uno que me aseguró que me curaría con un tratamiento muy especial. Hay que acostarse y tararear. El tipo me puso una máscara sobre la cara. Le dije: Espero que sepa lo que hace. Así que tarareé dentro de la máscara y empezaron a pasar luces de colores frente a mis ojos. Y sonaron campanas. Creí que estaba en el cielo. Pero en cuanto me llegó la cuenta, supe que seguía en la tierra. Pero vayan, muchachos, no se queden perdiendo el tiempo con un vejestorio como yo. Diviértanse. Aquí estoy para servirlos. Ustedes dos son mis clientes especiales esta

noche, así que vuelvan cuando quieran más.

El tímido perfil de Charlotte Graves. Asoma por entre su largo pelo flotante. Permanece inmóvil un momento, con las manos juntas y mirando al suelo. Una chica del vecindario. Pura y serena. Mientras yo fumaba cigarrillos y peroraba con mi sucia filosofía de albañal. Un día salí para la escuela, el viento helado contra mis piernas. Vi a mi madre adoptiva con sus sucios rizos rubios y sus rollos de blanca gordura encaramada sobre mi padre adoptivo en su dormitorio. Los vi al pasar, por un resquicio de la puerta. El aliento me salió con tanta prisa de la boca que tuve que tapármela. Estaba tan ansioso por mirar que no sabía qué mirar. Todos los libros puercos que leía decían que era así como se tenían hijos. Ellos tenían un hijo al que una vez di una paliza. Porque hizo llorar a mi hermanito. Y mis padres adoptivos me llamaron a la cocina. Ellos sentados, yo de pie. Me dijeron que acabaría en la cárcel. Un sábado a la tarde mi tío llegó de Rockaway. Todos se sentaron en el jardincito, detrás de la casa. Mi tío tenía unas manazas enormes y tomó una libreta de su abrigo raído y les extendió un cheque.

—¿Sabes una cosa, Cornelius? No sé por qué lo digo, pero me siento orgullosa de ti. El señor Mott te ha contado muchas cosas de él mismo. Como si fueras un viejo amigo suyo.

—En este palacio tan vulgar de nuevo rico, el señor Mott podría comprarme y venderme.

—Por favor, Cornelius, alguien podría oírte. Cómo se te ocurre decir semejante cosa. Estoy asombrada... Bailemos.

Charlotte lleva a Christian de la mano. El brillo de su pelo rubio pajizo. A través de un salón. Por este inmenso interior laberíntico. Tuve un amigo en cuya casa había una rampa para la ropa sucia. Iba desde el cuarto de baño hasta el sótano. Fue la primera maravilla del mundo que vi. Ahora bajamos unas escaleras. Hacia un cuarto alargado. Los pisos de pino bien lustrados, para bailar. Un gran tocadiscos mecánico con su abanico de colores giratorios. En las paredes, fotografías de jugadores de béisbol y fútbol. Y una del señor Mott en una cancha de golf, bajo una palmera. Parejas que se sacuden, se agachan y giran mientras bailan. Y se paran de golpe. En el momento en que se oye un fuerte chasquido y salta un chispazo azul de electricidad. Las luces se apagan. Un chillido femenino. Una risita nerviosa. Silencio. Y voces en la oscuridad.

—Ha pasado algo con el tocadiscos.

—Ha pasado algo con la casa.

—Larguémonos de aquí.

Una luz que baja por las escaleras. Más luces a medida que se encienden fósforos. La imperturbable pregunta del señor Mott: ¿Qué ha pasado? Un tipo con zapatos de dos colores y esponjosos calcetines

blancos. Se vuelve hacia su amiga de flequillo rubio y nariz respingada.

—Eso sí que es tener autoridad. Mira cómo maneja la situación el señor Mott. A ese hombre nada lo desconcierta. Las personas importantes se reconocen por la rapidez con que toman decisiones.

El señor Mott apunta con su linterna hacia el tocadiscos mecánico. Se pone en cuclillas para mirar tras el monstruo musical. La luz de la casa vuelve a encenderse de golpe. En el instante en que el trasero del señor Mott vuela por el aire y aterriza en el centro de la habitación. Queda tendido de espaldas, gimiendo. El tipo de los zapatos de dos colores se mantiene firme.

—¡Qué te parece esto! ¿Quieres decirme dónde está el refugio antiaéreo? La electricidad trepó por la pared como si hubiera estado viva. Te aseguro que la vi.

Unas cuantas personas en torno al señor Mott. Que alza la mano lentamente para pasársela por la frente. Una desbandada de muchachos que se atropellan en la escalera. Chillidos y trompadas. Más golpes contra las puertas del ascensor.

—Esto se está poniendo feo...

—Mantengan la calma.

—¡Allá arriba es fácil decirlo! ¡Por qué no bajan aquí, a ver si mantienen la calma!

Las luces han vuelto. Stan junto a su padre tirado en el suelo. Mientras los demás vuelven y deambulan lentamente por el cuarto. Va formándose un grupo en torno al señor Mott. Stan extiende un brazo.

—Atrás todos, atrás todos. Está bien. Eh, papá, ¿qué te ha ocurrido?

—Estoy bien, ayúdame a levantarme. Tráeme un poco de coñac. Del bueno, el que está en la caja fuerte. Qué mierda habrá pasado con ese maldito tocadiscos. Salgan todos de aquí antes de que esa cosa mate a alguien. Ya ha pasado todo, muchachos, estoy bien. Me salvé raspando. Ha sido una de esas ocasiones en que uno pone a prueba su capacidad de enfrentar una emergencia. Creo que aprobé el examen.

—¡Y cómo lo aprobó, señor Mott!

—Es como si mi vida entera hubiera transcurrido como un relámpago delante de mí. Las épocas en que iba a pescar y a nadar y a divertirme con la pandilla... Ustedes, muchachos, deberían conocer esta experiencia.

—Señor Mott, ha de ser algo parecido al estallido de una bomba.

—Así es, Ted. Por eso todos sentimos la necesidad de pasar por este tipo de experiencia cuando le llega a nuestro hijo el turno de marchar al holocausto: es una amenaza que puede surgir en cualquier momento. Tengo una cinta grabada con los ruidos de la guerra. Si quieren oírla alguna vez... Si tuviera más tiempo, la oiría con más

frecuencia. Pero ahora perdónenme, muchachos. Estoy bien. Pero voy a meterme en la cama. Hay algo que no anda bien..., ya no puedo ver en ninguna parte la manchita colorada.

Stan ayuda a su padre a caminar hacia la puerta corrediza. El señor Mott se vuelve para saludar con la mano. La puerta se abre. Con un zumbido y un clic. El señor Mott se ha ido. Hacia arriba. En su ascensor.

Terry se frota las manos. Stan abre una lata de cerveza.

—Ánimo, muchachos. Ha sido un percance sin importancia. Que no arruine la fiesta.

—Tu padre es un tipo valiente, Stan. Qué bien tomó la cosa.

—Sí, Terry. Es un fenómeno.

—No perdió la cabeza en ningún momento. Y consiguió tranquilizar a todo el mundo.

—Sí, en el momento en que todos se atropellaban en la escalera.

—Pudo haber ocurrido una escena de pánico, Stan.

—Bueno, pero no ha pasado nada.

—Sí, es cierto, Stan. Pero tienes que admitir que fue gracias a la sangre fría de tu padre. Ojalá yo tuviera un padre como él.

—Sí, Terry, ya lo sé.

—Bueno, Stan, la verdad es que fue impresionante el modo en que tomó la situación en sus manos.

—Por qué no me tomas esto con las tuyas.

—¡Quién ha dicho eso!

He sido
yo
manada
de
imbéciles

17

La primera luz del amanecer. La esquina de las calles Cinco y Cincuenta y siete. Cornelius Christian sentado sobre una bomba de agua para incendios cuya boca sale de la pared de piedra donde dice "Manufacturing Trust Building". Una cuadra más lejos avanza un transeúnte solitario. Pasa la barredora mecánica, insecto gris que arroja chorros de agua y hace girar un enorme cepillo por las alcantarillas. Cambian las luces del semáforo. Verde, amarillo y rojo. Y una brisa esparce mis sueños abandonados en la calle.

Charlotte me dijo que estaba borracho y me había conducido como un grosero. Con gente que solo quería ser amable. Insinué que era funebrero. Dispuesto a embalsamar a sus papás. Exhaustos caballos de tiro, enmudecidos después de aullar como locos en sus pesadillas. Que engendran hijos para que se críen como dioses. Y lleguen a ser tan honrados y valientes como canallas y cobardes han sido sus papás.

Charlotte tenía lágrimas en los ojos cuando la dejé en la entrada de su casa.

—Oh, Cornelius. No lo dices en serio. Este país no es así.

Me incliné para besarla. La rocé apenas con los labios. Y corrí gritando. La nación necesita un rey. Salté por encima de un cerco y corrí al azar entre césped y matas. Detuve un automóvil en la avenida empedrada de guijarros que atraviesa los bosques. Dije que me había tirado de un avión. El paracaídas estaba atrapado en un árbol. Y había caído sobre un matorral. El tipo estaba tan entusiasmado con mi historia que hacía girar el volante sin cesar. Me dijo que yo podría vender mi historia como argumento de cine. Si alargaba un poco el argumento. Él podría ser mi representante. Hasta que le informé que aborrecía la codicia y el oportunismo craso. Y me contestó que en ese momento no iba por mi camino.

Subí la escalera hacia el tren elevado. Que domina el bar donde compré la botella de whisky a Fanny. Me encontré con otro borracho que salía tambaleándose de su automóvil. Hablaba entre dientes y señalaba con el dedo. Me dijo: Ahora mismo me voy allá. Le pregunté dónde era allá y cuándo era ahora. Balbuceó que allá era allá y ahora era ahora. Y no cabía duda. Todas las lápidas y los mausoleos blancos al fondo de ese paisaje donde mi Helen está enterrada. Este borracho es el único vagabundo que esta noche sabe lo que hace. Y volviendo a la fiesta del señor Mott: Terry me dijo que Stan estaba a punto de casarse. Porque una chica le dijo, cuando él estaba encima de ella: Sigue, puedes acabarme adentro. Quedó embarazada. Y se buscó un

abogado. Mientras el papá de Stan ponía el grito en el cielo. Y mandó a la chica a París y a una gira por todas las casas de modas. La chica volvió tres meses después, mejor vestida, con la barriga hinchada y con dos abogados. Ahora quería irse a Venecia. Y lo único que yo quería de chico era que me llevaran a un rodeo.

Estoy sentado aquí, exhausto y harapiento. Frente a la enorme exhibición de diamantes y collares en las vidrieras. En este sitio donde, a horas razonables de la mañana, Fanny y sus congéneres emergen de sus baños de espuma. Cubiertas de polvos, empapadas de perfumes, meneándose al pasar frente a los detectives de ojos entrecerrados que vigilan la puerta cuando entran a comprarse una esmeralda antes del almuerzo. El único pasajero que iba conmigo en el tren me preguntó si no necesitaba un médico. Mi problema es mental, le dije. Y cuando se dirigió hacia la puerta, lo tranquilicé. Le dije que estaba bien. Que volvía de un baile de beneficencia en el campo. Mi chofer se había roto una pierna al correr tras de mí con mi glucosa. Garabateé un autógrafo en el tren que se bamboleaba. El tipo lo miró y dijo: Nunca he oído su nombre, señor, pero me guardaré esto.

Christian con un mechón de pelo en la mano. Se lo echa sobre el ojo izquierdo. El transeúnte solitario se acerca. Se detiene, me mira. Sin duda entiende muy bien lo que me pasa. Sabe que quiero que alguien me lleve al rodeo. Da un paso. Se detiene y se vuelve para mirar de nuevo.

—Vago de mierda.

Christian mira hacia arriba. En esta soledad de la Quinta avenida, cualquiera pensaría que este imbécil sería capaz de un sentimiento amistoso. Hacia la tristeza que emana de mí. Un ex embalsamador en busca de empleo. Solo en el mundo, dejo vagar la mirada por este desfiladero alfombrado de asfalto. Observo a tres gorriones que revolotean al borde de un cesto de papeles. Pero no. El tipo frunce la nariz con cara de asco y tuerce la boca. Estoy demasiado cansado para ponerme a dar lecciones a este país. Lecciones de buenas maneras matutinas al aire libre.

—Usted debe ser uno de esos inmundos homosexuales. Los vagos como usted están arruinando este barrio decente. Hace un buen rato que lo vengo mirando.

El tipo se envalentona cada vez más a medida que se aleja. Si le grito algo de mi demente repertorio de insultos, el individuo saldrá corriendo en el acto. Costaría mucho alcanzarlo. Pero valdría la pena ladrarle. Sería para él una buena oportunidad de ponerse fuera del alcance de mis fauces carnívoras. Agacho la cabeza apesadumbrado. Un ardid para que se sienta todavía más seguro. El pobre infeliz caerá inocentemente en la trampa. Y entonces le daré un abrazo que no olvidará jamás.

Christian se aprieta la frente con los puños. El hombre vuelve a detenerse, mira hacia atrás, regresa. Se acerca lentamente a Christian, que exagera su aire de abandono. El hombre se para a pocos centímetros de él. Acércate más, grosero indecente. Así podré saltar sobre ti. Doy un breve gemido. Exhalo el aroma de los desechos humanos. El tipo se aproxima para saborearlo.

—Es una vergüenza. Un individuo como usted sentado frente a un edificio lujoso como este. Vestido de esa manera. Vago asqueroso.

Christian salta como un resorte. Con dos pies y dos manos. Atrapa a ese árbitro social de la Quinta avenida. Que se sofoca mientras el vigoroso Christian le retuerce un brazo detrás de la espalda haciéndolo inclinar cara al suelo. Siempre me ha gustado emplear esta llave. Da a la víctima la oportunidad de reflexionar antes de que le rompa el culo.

—¿Qué hace? ¡No me mate!

—Pobre diablo repulsivo, ¿cómo se atreve a abordarme cuando estoy tomando aire, entregado a mi soñadora imaginación en esta hermosa avenida?

—¡Ay, qué dolor! ¡Cuidado, que estoy enfermo de la espalda! ¿Qué es usted, un actor, muchacho?

—Soy un príncipe huérfano.

—¿Qué manera de hablar es esa?

—Ahora dígame de qué trabaja, antes de que lo prive a patadas de los derechos humanos.

—Uy, parece un político. No soy más que taxista. Lo juro por Dios, muchacho. No soy más que eso. Solo taxista. No le hago mal a nadie.

—Ha violado mi intimidad.

—Le juro que no le hago mal a nadie. No sabía que usted fuera una persona celosa de su intimidad. Por favor, no me mate. Usted debe ser actor, muchacho. Tiene que serlo. Llévese mi dinero. Solo tengo trece dólares. Lléveselos. Pero no me mate.

—¿Y usted cree que lo único que haré es matarlo?

—¡Oh, creí que usted era un vago inofensivo! ¡Nunca pensé que fuera un criminal!

—Usted quiere decir un señor.

—Sí, señor. Un señor.

—Ha dicho que soy un homosexual.

—Oh, no, eso fue antes de darme cuenta de que usted es un criminal, señor.

—¿Cuándo fue la última vez que juró lealtad a su país?

—Por favor, señor, no quiero meterme en política. Déjeme ir. Estoy enfermo del corazón.

—Ahora voy a enseñarle buenos modales, gusano de mierda. Nunca se atreva a abrir la boca delante de un caballero que está

descansando.

—No, no, no, no despegaré los labios. Y usted no es un criminal.

—Entonces soy un homosexual.

—No, no, no. Eso fue algo que se me pasó por la cabeza y lo dije sin pensarlo.

—Bueno, la verdad es que soy homosexual, gusano.

—Estupendo, muchacho. Por eso se lo dije. Debería haber más homosexuales. Creo que mi yerno es homosexual. Yo lo tolero por mi hija. Tengo dos nietos muy lindos, pero lo único que oigo de mi hija y de su marido es: Dame, dame, dame.

—¿Y usted se la da a los dos?

—Por favor, no me diga esas cosas. ¡Por qué no me deja ir! Le prometo que no diré una palabra de que me han asaltado. Dentro de media hora empieza mi turno. En el garaje se preguntarán qué me ha pasado si no llego a hora.

—Repita lo que voy a decirle.

—Lo que usted quiera, muchacho.

—Soy un hijo de puta desorbitado y delirante.

—Uy, qué difícil. ¿No puedo decir que soy un gusano de mierda?

—No.

—Muchacho, tenga lástima de mí, por favor. ¿Qué tiene en la mano, un cuchillo?

—Voy a castrarlo.

—Por favor... No entiendo, habla como un profesor universitario y al mismo tiempo dice unas cosas que no puedo creer.

—Se las repetiré. Voy a castrarlo. Arrodíllese. Ponga las manos detrás de la espalda. Si se mueve, le clavaré el cuchillo en la espina dorsal. Hasta que no sepa qué hacen sus piernas cuando salga corriendo para salvar la vida. Un solo movimiento y lo mato en vez de castrarlo. Así habrá uno menos como usted en este mundo. Y será un lugar más agradable. Para que pueda vivir en él la gente agradable.

—Oh, Dios lo perdone por todo lo que está haciéndome, muchacho.

—Cállese. Una palabra más, un movimiento más y le corto el cuello. Ahora mire adelante, hacia el edificio. No mueva los ojos.

Christian retrocede en puntas de pie. Y se aleja rápidamente por la Quinta avenida. Un automóvil que pasa aminora la marcha para observar al disciplinante; después acelera con un chirrido de cubiertas contra el asfalto. El hombre sigue arrodillado. Temblando de espanto. De pronto da un alarido terrible y grita: No, no, mientras se apoya con las manos en el suelo y se vuelve para mirar el cielo del amanecer sobre la Quinta avenida. Desde el cual puede caer un puñal.

Christian corre hacia el norte, con los ojos lagrimeando en el viento. Dobla la esquina de una gran juguetería. Osos y trenes en la

vidriera. Cuántas tristes Navidades pasé. Mis juguetes ya estaban rotos antes de que les diera cuerda. Mientras que mis padres adoptivos regalaban a sus hijos juguetes que llevaba un día entero romper.

Aquí está la marquesina. La enorme puerta de hierro y cristal no está cerrada con llave. La empujo. El portero de turno, un individuo de piel oscura, duerme despatarrado. Se restriega los ojos y salta del gran sillón del vestíbulo. Al verme se queda sin aliento. Tiene un calcetín amarillo y el otro azul. Uno se queda bizco al mirarlos.

—Eh, qué manera de entrar es esa. ¿Esto es un asalto?

—No, no se ponga nervioso. Voy al departamento de la señora Sourpuss.

—Bueno. Como para no ponerse nervioso... Si hasta roban a la gente cuando está arrodillada en la iglesia. ¿La señora Sourpuss lo espera? ¿A esta hora de la mañana?

—Sí.

—Será mejor que la llame.

—Ni se le ocurra.

—Tengo que cumplir con mi deber. Podrían despedirme.

—Podrían matarlo...

—Eh, ¿quién es usted, señor?

—Soy el señor Peabody.

—¡Usted es el señor Peabody! Kelly siempre habla de usted.

—Sí.

—Empezáramos por ahí. Usted fue quien liquidó a ese tipo... El jugador de fútbol que estuvo casado con la señora Sourpuss. Glen se lo contó a Kelly. Y el tipo era dos veces más grande que usted. Me contaron que lo hizo arrodillarse y pedir perdón como a un chico. Usted no parece tan fuerte. ¿Cómo pudo hacer semejante cosa?

—No fue difícil.

—¿Podría ensayar conmigo? De verdad, usted no parece tan grande.

—Agárreme. Cuando quiera y por donde quiera.

—Muy bien. ¿Me deja probar una llave?

El portero se abotona el uniforme. Pasa el brazo en torno al cuello de Christian, desde atrás, y le aprieta la garganta.

—Qué me dice ahora, señor Peabody. Trate de soltarse. Ja, ja. No es tan fácil.

El portero sale despedido, los pies en el aire. Aterriza de espaldas en medio del vestíbulo de lajas blancas y negras. Se incorpora lentamente, apoyándose en ambas manos. Nadie nos cree cuando anhelamos que el mundo viva en paz. Hay que romperles el alma a todos.

El portero cojea hacia el ascensor. Dice: Caramba, usted sí que me ha hecho volar. Mientras lleva a Christian en el ascensor y lo deposita

en el piso de Fanny. En su vestíbulo. Recuerdo la primera vez que oí esta palabra. Creí que era lo que tenían las mujeres. Y que invitaban a los hombres a entrar allí. Cuando los hombres se casaban con ellas, después de graduarse. En la escuela tuve amigos como Pitt y Meager. Jugábamos a la mancha y al escondite. Un día vencí a Meager. Porque era tan grandote. Le hice sangrar la nariz. El maestro me obligó a confesarlo. Meager hablaba mucho conmigo. Pitt estaba de acuerdo cuando Meager decía que aunque yo no lo demostrara, era un tipo inteligente. Me dieron el papel de Scrooge[4]

en la representación y Meager se enfurruñó y dijo que no quería actuar. La chica a quien yo quería era el ángel. Pitt me enfureció cuando la tocó al apagarse las luces. La chica llevaba alas de hada y una varita mágica. Durante un ensayo me sentaba al final del salón con el ángel a mi lado. Ella dijo: Córrete y déjame sentarme a mí también. Y me quedé allí, con la esperanza de que todos se dieran cuenta de que ella estaba junto a mí. Antes de ese día, ella siempre me echaba de su lado. Usaba zapatos blancos que siempre estaban limpios. Y cuando yo miraba por encima de su hombro para ver cómo escribía, me decía que no me copiara. Tenía ojos pardos y pelo rojizo. Cuando la observaba me decía: Deja de mirarme y no te metas conmigo. Una vez estaba saltando a la cuerda con otras chicas de nuestra clase y me detuve para mirarlas. Y ella dijo: Si no dejas de molestar nos vamos todas. Solo cuando me dieron un papel estelar en la representación del colegio fue amable conmigo. Pero desde entonces nadie volvió a ofrecerme un papel protagónico.

La puerta se abre. Fanny en su larga y abundante lingerie. Pliegues de gasa azul flotan en torno a ella cuando me vuelve la espalda. La sigo a través del vestíbulo hacia el salón blanco. Sobre una mesa una lámpara con querubines y hojas de porcelana. Ya tengo una expresión lista en la cara para contestar a su voz ronca, que me dice casi en un susurro:

—Dónde diablos has estado, hijo de puta.

—Fuera.

—¿Qué te pasó?

—Nada.

—Tienes la ropa hecha jirones. Esperé toda la tarde. Llamé a la oficina de Vine y me dijeron que te fuiste de allí al mediodía.

—Salí a dar una caminata.

—Una caminata. ¿Para qué?

—¿No se puede tener un poco de intimidad?

—Así que quieres intimidad. Para aparecerte por aquí a las cinco de la mañana como si nada fuera. Lárgate de esta casa si quieres un poco de intimidad.

—Muy bien.

Christian se pone de pie. Camina con aire digno hacia el vestíbulo. Pasa frente a un mapa en la pared que no había advertido antes. Es una isla. Aprieta el botón perlado. Por última vez. Siente los ojos de Fanny a sus espaldas. Que se vaya al diablo. Esto se acabó para siempre. Saldré de nuevo al mundo descortés. Precisamente cuando necesito camisas de seda, almohadas mullidas, pechos suaves sobre los cuales apoyar la cabeza y lánguidos brazos que me abracen. Desayunos de jugo de pomelo, tocino crocante y tostadas doradas.

—Vuelve. No quiero que te vayas.

Christian regresa. Seguido por Fanny, que cierra la puerta. Se sienta y toma una revista de modas. Fanny permanece de pie, da un largo suspiro, con las manos en las caderas y el ceño fruncido.

—Por Dios, no sabes lo que es estar preocupado por alguien, preguntarse dónde está, si le habrá ocurrido algo. ¿No lo entiendes? ¿No sabes qué suplicio puede ser? ¿Dónde has estado?

—Me perdí en Staten Island.

—No me vengas con esos cuentos.

—Me voy.

—Muchacho, uno de estos días te dejaré ir y no te pediré que vuelvas. Sería capaz de matarte. Sin duda te acostaste con un coño barato. Como esa señorita Musk, que andaba moviendo el culo por toda la funeraria.

Fanny se hunde con un suspiro en su enorme sofá blanco. Christian vuelve lentamente las páginas de la revista con fotos de mujeres en traje de noche y cubiertas de joyas. Entre las páginas, una fotografía vieja y suelta. Desleída y con los bordes rotos. Es de un hombre de pie en una escalera. Tiene una campana en la mano y una rueda en un marco de madera colgándole del hombro. Orejas que sobresalen de la gorra tejida. Christian tiende la fotografía.

—¿Quién es?

—Mi marido. Era afilador de cuchillos ambulante. Empezó desde cero.

—Ahora sientes que se haya muerto.

—Quizá.

—Lo entiendo.

—Tenía la delicadeza de avisarme cuando pasaba la noche fuera de casa.

—Para acostarse con chicas en doce hoteles diferentes.

—Se merecía ese lujo, lindo muchachito.

—No me llames lindo muchachito.

—Lindo muchachito.

—No me llames lindo muchachito.

—Sería capaz de matarte.

—En esta ciudad hay mucha gente que ha tratado de hacerlo.

Christian toma su billetera de suave cuero negro. Toma dos fotos. Una es de cuerpo entero. La otra es un primer plano. De Cornelius tendido con aire angelical en un ataúd de Vine. Se pone de pie y se acerca a Fanny para ponérselas frente a la cara.

—Mira. Soy yo. Muerto.

Una expresión de terror en los ojos de Fanny, que hace caer las fotos de un manotazo.

—Saca de aquí esas fotos inmundas.

Cornelius las recoge. Las guarda de nuevo en su billetera. Se vuelve y camina hacia la pared. Para observar un pájaro que cuelga de las patas cabeza abajo con su plumaje azul, gris y negro. Dice "Ave del Paraíso del príncipe Rudolph".

—Oh, Dios, Cornelius, perdóname. Es que esas fotos me asustan. No sé por qué, pero desde hace algún tiempo la cabeza me da vueltas. Me siento tan sola en este agujero... ¿Por qué no me llevaste contigo? Eres tan joven... Y yo tan desgraciada. Cuando pienso que en otras épocas solo pensaba en casarme con un viejo lleno de plata. Para que se muriera y yo quedara muy rica.

—Lo conseguiste. Eres rica.

—Soy rica.

—¿Qué te pasa, entonces?

—Tú. Te apareces por aquí para sacarte las ganas y después te largas. ¿No quieres casarte conmigo?

—¿Cómo?

—¿Es lo único que se te ocurre contestar?

Las manos de Fanny Sourpuss, llenas de brillantes, se crispan y se hunden en el tapizado del sofá. A través de la luz de la madrugada mira a Cornelius Christian. Tres disparos en la calle. Y un cuarto. Fanny salta sobre sus pies, temblando y con los puños apretados.

—¡Qué ha sido eso, Cornelius!

—Balazos.

—Es tan temprano.

—Balazos matutinos.

—Ha sido allí mismo, en la calle.

—Sí, en esta calle.

Fanny cruza la alfombra haciendo flotar su negligée. El pelo sobre los hombros. Sería como casarse con una cárcel. Para hacer lo que ella ordene. Por el dinero con el que ella se casó.

—Oh, Dios, hay tres tipos muertos. Tres tipos.

Fanny se aprieta contra Christian y los dos se arrodillan para mirar. Ella se vuelve para besarlo en el cuello. Mientras las sirenas convergen desde todas las distantes calles vacías. Una brisa mueve la cortina en la ventana abierta. Once coches de la policía verdes y blancos. Las luces rojas girando. El portero de Fanny se frota el lugar

donde golpeó contra el suelo y habla con los uniformes azules. Tres cabezas revueltas y tres pijamas asoman por las ventanas de la embajada. Uno de ellos mira hacia arriba. Lo saludo con la mano. Y el tipo no parece creer que es un gesto divertido o amistoso.

En la luz de la madrugada las ambulancias se llevan los cuerpos. Los tristes ojos de Fanny me observan mientras me desvisto para meterme en la cama. Aún se oyen sirenas lejanas. Después de un día tan largo. En esta siniestra ciudad de sobresaltos. Donde hay extraños que duermen despiertos del otro lado de la pared. Y mueren para siempre y desaparecen en un segundo. De todas las mentes y todos los recuerdos. Sin dejar el menor rastro. Derribaron el edificio donde murió nuestra madre. Y mi hermanito y yo murmurábamos que se había ido con Dios. Ella tosía durante toda la noche. Mi tío de Rockaway la besó en el ataúd. Le corrían lágrimas por la cara. Sus parientes lo apartaron y él seguía sollozando, abrazándose con sus propios brazos. Mi madre tenía rizos rubios. Era tan delgada, con venas salientes y azules. Las manos de Fanny unidas sobre la sábana que le cubre los pechos. En cuanto vea mi miembro empezará a mover los labios. Me estremezco al pensar que mi madre también estaba acostada así. Sin mi padre, que era una sombra gris oscura. Colgaba el sombrero y el abrigo en un gancho de la puerta. La última vez que lo vi fue cuando llegó con una botella de whisky al cuarto donde nuestra madre vivía congelada, con un fogón en medio del cuarto. Secaba la ropa sobre el tubo que salía por un agujero de la ventana. Que daba a una pared que podíamos tocar con la mano. Oí cuando mi tío dijo a mi madre que papá tenía la sangre llena de alcohol. Y le dijo: Te quiero mucho, Nan. Después nos llevó a mi hermano y a mí a comprarnos trajes nuevos, negros y de pantalones cortos. Y zapatos también negros y muy brillantes. Yo me quedé parado en la escalera de la funeraria. A la vuelta del mercado de alhajas al aire libre. Quería que todos vieran lo bien vestido que estaba. El único que se fijó en mí fue un viejo chino de coleta. Me dio un caramelo muy raro. Fanny tiembla cuándo me acerco a ella. Cierra los ojos. Se pone una mano sobre el pelo. Casarme con ella y ser rico. Permanecer libre y ser pobre. El dinero era algo que nadie había tenido nunca en mi casa. Hasta que mi tío nos envió a un lugar donde había aire limpio y bosques para jugar. Meager se hizo amigo mío cuando murió su madre. Me enseñó a ser valiente. Contra el mundo hostil que nos rodeaba. Donde todas eran mentiras. Le conté que había puesto una moneda en una de esas máquinas donde hay una pequeña grúa para recoger una armónica y lo único que pesqué fue una barra de chocolate malteado. En vez de ir a la escuela jugábamos en un edificio abandonado. Su padre estaba ausente; era un ingeniero que trabajaba en los postes telefónicos. Después de la escuela, Meager se preparaba

un plato de tallarines. Y lavaba el plato cuando terminaba. Decía que rezar era una pérdida de tiempo. Que las monjas ponían las velas no precisamente en el altar. Y los curas se metían la mano debajo de la sotana. Por eso andaban siempre con unos pañuelos blancos tan grandes. Me dijo que en la escuela yo tenía fama de tonto pero él sabía que era muy inteligente. Fumábamos cigarrillos en el sótano de una fábrica abandonada. Meager cruzaba las piernas y decía que a él nadie iba a darle órdenes nunca. Ni los maestros. Ni los policías. Ni cualquier otra persona. Se peinaba hacia atrás, con raya al medio. Decía que yo era pequeño, pero el mejor peleador que había visto nunca. Que mis trompadas eran tan rápidas que nadie las veía venir. Me habló de acostarse con chicas. Había que tirarlas al suelo entre la maleza. Para eso estaban hechas. Además debían limpiar la casa y lavar los platos mientras uno se sentaba en un sillón cómodo sin hacer nada. Y tenían que quedarse con la boca cerrada hasta que a uno se le antojara que dijeran algo. Pero las chicas andaban siempre a la pesca de muchachos ricos para no tener que hacer nada. Salvo ir y venir por la casa con una taza de café. Su padre pagaba a una ex enfermera para que limpiara la casa. Meager hizo un agujero en el altillo que daba al cuarto de baño. Los sábados la mirábamos cuando flotaba en la bañera. Cuando el agua le mojaba los pelos entre las piernas. Meager me explicaba que esa era la ranura donde uno la metía. Después empezamos a visitar a tipos que tenían hermanas y Meager hacía agujeros en los altillos para espiar. Y todos se sentaban en rueda, masturbándose. En todos los altillos de la vecindad. Una lluvia de esperma. Hasta que la madre de alguien se dio un baño. Y hubo una pelea. El chico dijo: No dejaré que espíen a mi madre. Meager por poco lo ahoga pasándole el brazo por el cuello. Pelearon hasta que el yeso del cielorraso cayó sobre la bañera donde estaba la madre. Salimos de la casa y corrimos dos kilómetros. Nos escondimos en los bosques. El padre del chico salió a buscarnos en su automóvil. Meager dijo que la madre le había gustado porque las tenía muy grandes. Y que era una suerte que no tuviéramos madre. Porque si nos acostábamos con ellas tendríamos hijos que serían hermanos nuestros. Las mejillas de Fanny se ahuecan. Las chicas solían limpiarse la boca después de besarme. Porque yo no las atraía demasiado. Pero Meager decía que me iría muy bien en la oscuridad cuando festejáramos nuestra graduación. Nadie sabría qué pierna o qué pecho tendría en la boca. En el diccionario eso se llamaba perversión. Fanny tiende la mano. Ese ademán lujoso con que toma mis joyas ovoides con sus propios dedos enjoyados. Aceptar a esta mujer por legítima esposa. Una mujer que va a la peluquería todos los días. Y que compró un edificio que fue el primero con ascensores dobles en Nueva York. Y que vende una cuadra entera de edificios de departamentos. Y es

dueña de seis fábricas de productos textiles. Tener y retener. Cada día más rica. Mientras el miembro se me va gastando. Hasta que la muerte nos separe. Y mi miembro se vaya al cielo. Donde la riqueza ya no sirve de nada en la felicidad absoluta. Mientras que en la tierra puede salvarnos del infierno en que vivimos. Tómame, gime Fanny. Durante los ardientes meses del verano se acostaba desnuda en el dormitorio de la escuela. Preguntándose qué estarían haciendo los ricos. Me contó que dejaba las ventanas abiertas. Podía oír al viejo Pribble que suplicaba a su esposa que lo dejara acostarse con ella, a pocos metros de distancia, entre las casas. Cornelius, cuando yo era muy chica un viejo inmundo me puso la mano debajo de la falda. Yo necesitaba que todos me quisieran. Traté de matarme. Me corté las venas. Si te hubiera conocido hace trece años. Antes de convertirme en la ruina que soy. Quise matarme porque pensé que no podía existir nada bueno. Y si no existía, no valía la pena vivir. Me sentía como abandonada en una estación de tren vacía. Cuando se han ido los trenes y los pasajeros.

Christian pasa los labios por el cuello de Fanny Sourpuss. Parte de mí mismo está dentro de ella. En una suave envoltura. El mundo de Fanny agoniza mientras el mío vive. Las piernas de una mujer son lo último que emprende el camino de la vejez. Cornelius, escúchame. Con dinero puedes comprarte todo lo que quieras. El amor o una operación de cirugía plástica. Puedes dormir hasta las diez de la mañana o hasta las dos de la tarde. Sabes que en mi caja fuerte hay montones de acciones y bonos que pagan dividendos. Y siempre te queda un revólver para pegarte un tiro si no lo pagan. He tenido tantos de esos malditos abogados... No sé cuáles son peores: ellos o los parientes que me extorsionan. Los mismos que antes de ser rica me llamaban prostituta. Ahora quieren que les compre silos y les financie operaciones en el culo. Te necesito, Cornelius. Una muchacha no puede estar sola en el mundo.

Donde
la codicia
espera
y sonríe

Notas

[4]

Ebenezer Scrooge, personaje de Un cuento de Navidad, de Charles Dickens. Es el típico avaro. (N. del T.)

18

Frente a la ventana de Christian, el verde profundo de las hojas de un árbol bajo el resplandor del sol. La brisa las agita hasta fines de junio. Los daneses festejan el Día de la Constitución, los suecos se reúnen en el parque para un festival de danzas folclóricas. Y un grupo angelical de chicos bailan por las aceras arrancando las antenas de radio de los automóviles estacionados.

Fanny me ha echado de su departamento por quinta vez. Y me he puesto a leer un libro sobre técnicas para encontrar trabajo. Con su voz chillona y cortés el jorobado me ha dicho a través de la puerta que me respeta como caballero, pero que por favor le pague el alquiler. Y un par de groseros cobradores enviados por la compañía de navegación me han dicho que romperán la puerta a patadas.

Christian desayuna en los autoservicios con tazas de café a medio terminar y bizcochos robados a la gente que se levanta para ir a otra mesa en busca de ketchup. Hasta que al fin exagerando su acento irlandés consigue que el almacenero irlandés de la esquina le fíe. Elige diarios de los mejores tachos de basura y se sienta a leer frente a la ventana. Hay mañanas muy agitadas, cuando los encantadores muchachos del vecindario arrojan montones de basura en la escalera de mi casa y ladrillos a través del tragaluz del portero, que sale a la calle sacudiendo el puño. De cuando en cuando el viejo escapado del manicomio se aparece vestido con pantalones cortos y gorra de béisbol, exhibiendo un nuevo cartel.

al polvo volverás

Una mañana llena de fragancias un individuo me detuvo frente a mi casa en el momento en que yo procuraba eructar y estornudar a la vez. Por el interés que puso en cerciorarse de mi identidad, pensé que me buscaría por alguno de los tantos concursos a que me había presentado. Pero no bien se enteró de que era yo, me entregó una citación judicial. Debía presentarme ante el tribunal el martes a las diez.

Con una camisa limpia y calcetines sin agujeros, Christian sale, para ir a nadar en la piscina del Game Club. Se limpia la suciedad de los talones con un gran cepillo de cerdas suaves y un jabón con olor a pino. Los socios deambulan semejantes a morsas con sus rollos de grasa. Podrían resistir semanas enteras sin comer. Estaba acostado, envuelto en tres toallas que me cubrían ese conjunto de piel y huesos

en que iba transformándome cuando me anunciaron un llamado telefónico.

—¿Cornelius?

—Sí.

—Soy Charlotte Graves. Espero no haberte molestado. ¿Cómo estás?

—En la miseria.

—¡Oh! ¿Qué te sucede?

—Necesito un empleo.

—¿Por qué no vas a ver al señor Mott?

Vestido, cuidadosamente peinado, Christian baja de a tres los escalones del subterráneo. El rugido de los trenes es como para hacer saltar la tapa de los sesos. Frente a Christian está sentado un caballero negro. Sube y baja los hombros, se golpea las rodillas con los puños mientras canta: Allí voy, allí voy, ilumínenme el camino, voy a reventar el mundo, voy a hacerlo volar, que nadie me detenga porque allí voy.

Y allí va Christian. Sube la oscura escalera, avanza por una calle estrecha y en penumbra. Se detiene frente a un imponente edificio color pardo. Mira hacia las nubes que pasan en lo alto y siente que el mundo está a punto de desplomarse sobre él. Grabadas en la piedra, sobre la batería de puertas de bronce, la inmensa palabra mott sobrevolada por un águila. El vestíbulo de mármol rosado. En la pared un tablero indicador. Y los ratones humanos que se deslizan con sus portafolios.

Christian sube en el ascensor. Sale a un pavimento alfombrado de marrón. Cuadros de escenas campestres, suaves colinas y vallados. Caballos que saltan sobre cercos. Christian se acerca al escritorio de la recepcionista en medio de esa pulcra serenidad.

—¿En qué puedo servirlo, señor?

—Oh, vengo a visitar a alguien...

—¿A quién desea ver?

—Bueno, creo que solo conozco a una persona aquí.

—Me temo que debo saber a quién desea usted ver.

—No tiene importancia. Pasaba por aquí y se me ocurrió que podría entrar por un momento.

—Lo lamento, pero si no me dice por qué asunto viene y a qué departamento o persona desea dirigirse, no puedo servirle de nada.

—Bueno, quisiera ver al señor Mott.

—¿Al señor Mott?

—Sí, al señor Mott.

—¿Usted sabe quién es el señor Mott?

—Sí. El dueño de esto o algo por el estilo. Me gustaría verlo.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—¿El señor Mott le ha dado cita?

—No.

—Entonces es totalmente imposible.

—Soy amigo de él.

—Perdóneme, pero hay personas que esperan detrás de usted.

—Vivimos en una democracia.

—Por favor, hay personas que esperan.

—Le exijo que se ponga en comunicación con el señor Mott y le diga que ha venido a visitarlo Cornelius Christian.

Christian se inclina hacia adelante, las manos apoyadas en el escritorio. Tiene la frente cubierta de sudor. El sudor que le brota cada vez que el mundo resuelve oponérsele.

Esa puta sentada entre mi supervivencia y yo mismo. Golpeando con el lápiz en su bloc de papel. Sonriendo con su expresión imbécil.

—Lo lamento. Si no tiene cita...

—Hace bien en lamentarlo, señora. Porque el señor Mott preferiría que usted lo importunara durante cinco segundos con su pregunta a que cinco patrullas policiales invadieran este edificio después que le haya propinado el castigo que usted se merece y haya ahuyentado a patadas a la fila de cretinos que espera tras de mí. Lo haré en el acto, a menos que usted se ponga en comunicación con el señor Mott y le diga que el señor Cornelius Christian desea verlo.

La recepcionista con sus uñas color rojo sangre. Toma el tubo del teléfono. Alza las cejas y frunce la nariz.

—Aquí hay un caballero llamado Cornelius Christian que desea ver al señor Mott. No, no tiene. Pero insiste. Sí. Insiste mucho.

La recepcionista tapa el teléfono con la mano y mira a Christian, mientras sale más gente del ascensor.

—¿Cuál es el motivo de su urgencia?

—Vengo a ofrecerme.

—Viene a ofrecerse.

Un tipo que refunfuña procura hundirme en la espalda la punta de un paquete. Jesús, qué ciudad. Nadie es capaz de dar dos indiferentes minutos de su vida para salvar veinticinco millones de desesperados minutos en la de otro. La recepcionista se queda boquiabierta. Y vuelve a mirar a Christian.

—Discúlpeme, señor Christian. ¿Por qué no me dijo quién era? Puede pasar enseguida. Diríjase a la secretaria, en la última oficina de la izquierda, por ese pasillo.

—Gracias.

Un monstruo con blusa de franela verde y gris me guía por el vestíbulo. A través de otra sala de recepción. Llena de flores. Atravesamos una pequeña antecámara con paneles de madera; el

monstruo empuja una puerta para hacerme pasar. Es agradable la sensación de sentirse alguien durante un minuto.

Un cuarto inmenso y un ventanal. Domina la ciudad entera. Tanques de agua sobre los techos asfaltados. La estatua de esa mujer que sostiene una antorcha sobre el puerto verde y gris de Nueva York. Pasan dos ferries chatos, en direcciones opuestas. Y este hombre de traje azul, con el pelo gris cuidadosamente peinado hacia atrás, que me tiende la mano.

—Vaya, pero si es mi muchacho, Christian.

—Sí, señor Mott, soy yo.

—Lo conocí en una fiesta que dio mi hijo, ¿no es cierto?

—Así es, señor.

—Bueno, siéntese. Me alegro de verlo. Tome un cigarro, hijo. Es un buen cigarro. Los compré ayer. Quiero decir, compré la compañía. Me gusta usar enseguida mis propios productos.

—Gracias.

—Bueno, ¿qué podemos hacer por usted?

—Señor Mott, me gustaría ganar dinero.

—Es la cosa más inteligente que he oído en mucho tiempo. Bueno, ¿y cómo podemos ayudarlo? ¿Tiene algo que ofrecernos?

—Yo mismo.

—Muy bien. Otra respuesta franca. Me gusta. Revela decisión. Su nombre completo es Cornelius Christian, ¿no es cierto?

—Sí.

—Lo llamaré Cornelius. Bueno, Cornelius, así que desea ganar dinero. Me gustaría que echara un buen vistazo por esta zona. Wall Street y el puerto de Nueva York. Para ir acostumbrando los pies. ¿Qué lo trajo hasta aquí?

—El ascensor, supongo.

—Hablo en otro nivel, muchacho.

—Ah...

—Inventiva. Es una palabra que usamos mucho aquí. Dígala.

—Inventiva.

—Así está mejor, muchacho. Lo recuerdo. Fue a casa con esa chica estupenda, Charlotte. Acababa de llegar de Europa, ¿no es cierto? Estaba un poco triste por la desgracia de su mujer. Lo lamenté. Hubo un cortocircuito en el tocadiscos. Pareció un bombardeo durante un minuto. Recuerdo que alcancé a oír un par de comentarios que usted hizo. Sí.

—Sí, estuve allí durante el cortocircuito.

—Ya sé cómo ayudarlo. Estoy un poco apurado ahora. Excúseme un momento.

El señor Mott se inclina hacia adelante y baja una palanca. Con la mano izquierda sacude la ceniza del cigarro.

—Señorita Peep, comuníqueme con el jefe de personal, el señor How. Adelante, Cornelius, puede mirar la vista por la ventana. Ah, hola, Howard. Aquí estoy con un muchacho, es amigo de mi hijo. Quiere ganar dinero. Hable con él y muéstrele la casa. Creo que podemos usarlo. Cornelius, ¿está libre en este momento?

—Sí.

—Muy bien, Howard. Encárguese de esto. ¿Cómo están sus hijos, Howard? ¿Bien? Hace mucho que no los veo. Bueno, la vida es cada vez más aburrida a medida que envejecemos. Y los chicos crecen, Howard. Muy bien. De acuerdo. Sí. Me parece excelente. Bien, Howard, hasta luego. Bueno, Cornelius, el señor How se encargará de usted. Ya verá en qué podemos ayudarlo. Quizá tengamos tiempo de charlar más adelante. Me gusta charlar con los jóvenes. Ahora dígame esa palabra.

—¿Qué palabra?

—Esa palabra que usamos mucho aquí.

—Inventiva.

—Perfecto, Christian.

—Espero que ande mejor de esa mancha... Me refiero a esa mancha roja que veía directamente frente a sus ojos y se deslizaba en forma horizontal.

—Buena memoria, muchacho. Y con memoria se hace dinero. Recuerde esta frase. Las palabras son maravillosas. Recuerde esta otra, también.

—Ha sido usted muy amable, señor Mott.

—Cualquier cosa por los jóvenes. Manténgase en contacto conmigo. El señor How está cinco pisos más abajo.

—Gracias de nuevo, señor Mott.

Christian avanza con paso lento y arrogante por el corredor. Abre la boca bien grande para meterse en ella el cigarro. Echa una bocanada de humo hacia el escritorio de la recepcionista. Y otra ante la puerta del ascensor. Que lo precipita cinco pisos abajo, hacia vestíbulos más pequeños y con alfombras azules. Un salón. Un mar de escritorios. Caras vacías.

Christian entra en una oficina con paredes color verde pálido. Otra ventana que mira hacia abajo. Las chimeneas rojas y blancas de un transatlántico que se desliza lentamente. Flamean banderas sobre las cubiertas blancas, negras, monstruosas. Alguien que se va. Que huye de este hervidero de infortunios. Tras el escritorio, un hombre con anteojos de carey que sonríe.

—El señor Christian, supongo.

—Sí.

—Soy Howard How.

—Hola. Estoy pensando en mudarme al Bronx.

Christian se lleva una mano a los labios. El humo sale por entre los dedos.

—¿Cómo?

—Oh, perdóneme, señor How. Es que estoy nervioso. No sé por qué estoy obsesionado con el Bronx. He leído en una vieja guía que en otros tiempos fue una pradera.

—Ah...

—Sí, ja, ja. Y piense que quizá haya partes que todavía se parezcan a una pradera.

—Nosotros fabricamos bujías, señor Christian.

—Ya lo sé, ya lo sé. No pienso discutírselo.

—Y ya no quedan praderas en el Bronx.

—Tampoco se lo discutiré.

—¿Qué es lo que piensa discutir, señor Christian?

—Nada. Absolutamente nada. Hay algunas cosas que no me gustan, desde luego. Pero no discuto nada. Solo pienso que alguna vez debe haber habido indios de verdad andando en canoa por esa bahía que se ve allá.

—Bueno, volvamos al siglo veinte.

—Desde luego.

—¿Usted desea ofrecernos sus servicios?

—Me gustaría mucho, de ser posible.

—Debemos aclarar un punto: ¿qué clase de servicios puede ofrecernos? Advierto que fuma cigarros y habla con un acento muy inglés. ¿Lo habrá adquirido en el Bronx por casualidad?

—A decir verdad, lo aprendí en un libro. Y el señor Mott me dio el cigarro.

—Perdóneme si lo he ofendido, señor Christian. En realidad, al señor Mott le gusta que en la compañía haya un tono inglés. Habrá reparado en los cuadros con escenas inglesas que hay en los vestíbulos. Aquí sabemos apreciar esa clase de ambientes...

—Sí. Agradables, verdes. Rústicos. Me gustan mucho.

—Me alegro. Nos parece que es un contraste interesante con el producto que fabricamos. Estéticamente, debo decir que hemos progresado mucho. Hemos diseñado una hermosa base para emplearla como resorte. Y bien, señor Christian, ¿qué le interesaría hacer? ¿Cuál es su experiencia, su título?

—Bueno, para hablar claro, señor How...

—Eso es lo que necesitamos. Hablar claro, señor Christian.

Christian toma un pañuelo. Trata de hablar a través de la tela y de ocultar su expresión tras el humo.

—Señor How, me falta rendir unas pocas asignaturas para recibir mi título. Por aquella época mi cabeza se ocupaba de demasiadas cosas. Usted sabe, la naturaleza humana me interesaba mucho y me

distraje...

—Perdón, señor Christian. Debo entender que no tiene ningún título.

—Salvo el de la miseria. Pero estuve a punto de tener otro. Eh, no escriba eso.

—No se alarme, señor Christian. Solo anoto algunos detalles. Pero me parece que a usted le gusta hacer juegos de palabras.

—Es cierto lo que le dije. Estuve a punto de obtener un título.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. Aquí fabricamos bujías. Y usted quiere ganar dinero. Eso le interesa realmente, ¿no es cierto?

—Sí.

—Me alegra que su deseo sea sincero.

—Gracias.

—Hemos progresado. Me he atrevido a deducir que usted es amigo del hijo del señor Mott. El señor Mott es un hombre muy bien dispuesto, pero muy ocupado. De manera que este asunto queda en mis manos y soy yo quien puede encontrarle empleo aquí, señor Christian. ¿Tiene preferencias en cuanto a trabajar en la producción o en la administración?

—Bueno, de ser posible, preferiría la administración.

—Por favor, empuje esa jarra hacia mí. ¿Quiere un poco de agua?

—Sí. Muchas gracias.

Christian levanta el vaso hacia la luz.

—Tiene usted una expresión abstraída en la mirada, señor Christian.

—Bueno, usted sabrá que esta agua tiene toda una historia.

—¿De veras?

—Creerá que estoy loco, señor How.

—Estoy dispuesto a esperar hasta sacar conclusiones definitivas. Oigamos la historia del agua.

—Esta agua viene de Catskills.

—Eso no es ninguna novedad.

—Del embalse de Ashoka.

—Ese detalle es menos conocido.

—Lo leí de chico en un libro de geografía. ¿Lo aburro?

—Oh, no. Estoy fascinado.

—Bueno, sé que es ridículo, pero no puedo olvidar lo que costó hacer ese embalse. Miles de hectáreas. Siete aldeas sumergidas. Treinta y dos cementerios, con dos mil ochocientos cadáveres desenterrados.

El señor How vacila con su vaso en la mano. Un avión distante cruza el cielo. En alguna parte sobre Hoboken. Sobre los grises pantanos, los lodazales, los vaciaderos de desperdicios. Allí construiré mi choza, entre las ondulantes espigas. Y viviré mis últimos momentos

de inanición entre los solitarios patos y las gaviotas.

—Muchacho, usted sabe una gran cantidad de pormenores...

—Quizá estemos bebiéndonos el alma de alguien.

How aparta su vaso. Se seca una gota de agua en la corbata.

—Sí.

—Me alegra haber bebido esta agua, señor How. Gracias.

—De nada. Pero será mejor que volvamos al asunto que tratábamos. ¿Sigue interesado en encontrar empleo?

—Oh, sí.

—Muy bien. Queremos hombres con ideas. Sobre todo con ideas. En este sentido, le advierto que preferimos las ideas sanas, más que las de índole melancólica... ¿Sabe escribir a máquina?

—Bueno... Mi tío me regaló una de esas máquinas de escribir en miniatura cuando yo era chico. Pero no creo que por el momento eso me permita considerarme como un mecanógrafo experto. Sin embargo, estoy seguro de que con la práctica aprenderé enseguida. En general, aprendo muy rápido las cosas.

—Así fue como estuvo a punto de obtener un título, por ejemplo...

—Oiga, señor How. Busco un empleo. No quiero mostrarme como no soy ni producir una impresión falsa, pero, como he dicho, me interesa la naturaleza humana.

—Sí, lo ha dicho.

—No tengo título, de acuerdo. Quizá la naturaleza humana me distrajo demasiado en la universidad. Además, la naturaleza humana me decepcionó y perdí la esperanza porque la encontré muy semejante a la mía.

—Caramba, señor Christian, es usted todo un candidato.

—Pero le advierto que nunca fui estúpido.

—Óigame, señor Christian. Le sugiero que dejemos para otro día la recorrida por este edificio. Usted comprenderá que mientras no sepamos qué puede hacer usted aquí, no vale la pena que le muestre el establecimiento. Sé que el señor Mott es uno de los hombres mejor dispuestos que puedan existir y sé que desea ayudarlo. Pero lo importante es saber cómo. ¿Me entiende?

—Creo que sí.

—Usted es un hombre con muy buena presencia y, desde luego, se expresa admirablemente. Entre paréntesis, me gusta el modo en que se hace el nudo de la corbata. Es una linda corbata. Y una corbata es un detalle importante en este negocio. Quiero que encaremos los hechos concretos. También me gusta el traje serio que lleva. Los hechos, Christian, los hechos.

—Muy bien.

—Podría empezar trabajando como representante nuestro para despachar y entregar documentos importantes. Taxi y gastos pagados,

y todo lo demás. Una buena base para iniciarse.

—Santo Dios, pronto cumpliré treinta años y quiere que entregue documentos... Como el chico de los mandados en la oficina.

—Yo no diría eso, señor Christian. Le propongo que trabaje como nuestro representante confidencial. Y su título sería el de mensajero ejecutivo.

—Qué dirían mis amigos... Se divertirían mucho. No pararían de reírse. He ido a la universidad, señor How.

—Mucha, muchísima gente va a la universidad, señor Christian. El señor Mott nunca fue a la universidad y ahora dirige una empresa que abarca veinte Estados. Ayer mismo incorporamos Texas.

—Bueno. He tenido un empleo antes.

—Soy una persona comprensiva. Trato de ser muy razonable, señor Christian. ¿Qué clase de trabajo tuvo? Usted debe entender que no estoy aquí para ahuyentar a los que solicitan empleo. Estoy aquí para encontrar al hombre que conviene para cada trabajo. Ahora bien. ¿En qué tiene usted experiencia?

—¿Eso importa mucho?

—Eso depende de usted. Trato de ayudarlo. Quiero comprobar qué sabe hacer y para qué puede servirnos. Cuáles son sus verdaderos intereses. Aquí todos formamos un equipo que, cuando es necesario, se quita la chaqueta y se arremanga la camisa. Trabajar como mensajero ejecutivo le permitirá sacar a relucir sus condiciones. ¿Me entiende?

—Para ser franco, he tenido..., bueno, tengo mucha experiencia.

—Muy bien. Pero para ser franco, ¿en qué trabajó usted exactamente?

—Fui algo así como representante, como usted diría. Especialista en relaciones humanas. Ya le he explicado que en mis tiempos fui estudiante de la naturaleza humana.

—Sí, ya lo ha dicho tres veces. De modo que trabajó en relaciones públicas.

—Bueno, algo por el estilo. No estaba muy seguro por aquella época, porque tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Para qué empresa trabajó?

—Bueno, para ser concreto...

—Eso es, bien concreto, Christian.

—Trabajé para un hombre llamado Vine. Supongo que sería el presidente del consejo directivo.

—¿Cómo dijo?

—Vine.

—¿Qué producía? En pocas palabras.

—Muerte.

—¿Qué?

—Lo que digo. Muerte. Una sola palabra.

—¿Quiere usted decir que suprimía a la gente?

—No. La enterraba.

—¿Era enterrador?

—Puesto que debemos usar una palabra, sí, era enterrador. El señor Vine decía que yo tenía excelentes condiciones.

—Bueno, no sé qué decirle, Christian. De veras no sé qué hacer con usted. Aquí tiene un cenicero para su cigarro. Acerque esa silla y siéntese. Hasta ahora no me he visto en la ocasión de estudiar a una persona a la luz, o más bien a la oscuridad de las circunstancias. ¿Durante cuánto tiempo enterró usted?

—Enterré durante..., bueno, no demasiado tiempo. Le pido una oportunidad, señor How. Solo una oportunidad.

—Tranquilo, muchacho. Tengo que pensar. Qué entrevista esta... Estoy completamente desorientado. Permítame hacerle una pregunta. Pero espere un momento. Señorita Kelly, ¿quiere poner la música de fondo que hemos elegido para la asamblea del viernes con nuestros representantes de Chicago?

La suave y eficaz voz femenina: Sí, señor How. Melodía de suaves violines. La cara entristecida y atenta del señor How se adelanta.

—Cornelius... ¿Fue usted mismo quien se buscó ese empleo de enterrador? No necesita contestarme si no lo desea.

—Alguien muy próximo a mí murió.

—Lo lamento. A propósito, ¿le gusta esta música?

—Muy agradable.

—Es sedante, ¿no le parece? Creo que es una de las innovaciones más exitosas que el señor Mott ha introducido en nuestros negocios. Casi como la invención de la rueda. Vamos, Cornelius, anímese. Tenemos que resolver este problema. Su experiencia en la funeraria no entusiasmará demasiado al señor Mott. A decir verdad, será mejor no mencionársela siquiera. Pero le diré algo antes de que sigamos. Simpatizo mucho con usted. Creo que es una persona excelente.

—Gracias.

—Casi todas las personas que me manda el señor Mott no valen un pito. Esto queda estrictamente entre nosotros, como comprenderá. Usted me impresiona como un tipo de imaginación. Le daré una oportunidad. Si lo destino a nuestro Departamento de Ideas, ¿cree usted que se le ocurrirán algunas? Será toda una prueba, ¿comprende?

—Ideas sobre qué.

—Vamos, Cornelius, ¿cómo no se da cuenta...? Ideas. Aquí fabricamos bujías. Al señor Mott le encantan las palabras. Rápido. Piense algo rápido.

—Tengo la mente en blanco en este momento.

En medio de ese aprieto, How extiende la mano para apretar un botón en el intercomunicador.

—Señorita Kelly, tráiganos de inmediato una idea de unos cuarenta y cinco segundos para que la discutamos. Venga a mi oficina dentro de unos diez segundos.

La voz rutinaria de la señorita Kelly: Estaré allí en diez segundos, dice. Tengo la sensación de tener que acabar en diez segundos. Con mi miembro puesto en una guillotina. Un orgasmo en ocho segundos o la guillotina caerá.

—Caramba, señor How, esto me preocupa. Toda mi vida sexual, quiero decir toda mi vida depende de lo que voy a decir.

—Yo no lo tomaría tan a la tremenda. Piense. Una frase. Una idea, una rima, cualquier cosa, no importa lo que sea, con tal de que destaque un hecho que no se le escape a nadie.

—Pero todos mis hechos se me han escapado.

—Vamos, vamos, muchacho.

—No sé qué decir, señor How. Lo juro. Los hechos se me han escapado.

—Córralos, muchacho. Oiga esa música. Sé que puede hacerlo. Piense en algo que pueda hacerse con una bujía. Piense en el dinero. El dinero, muchacho. Piense en el dinero.

—Estoy pensando. Espere... "Si en su corazón *no chispea el amor* lo que necesita / son bujías Mott".

—¡Ah, muchacho! ¡Lo hizo!

—Señor How, cuando usted dijo dinero, esas palabras se me vinieron por sí solas a la cabeza.

—No se avergüence por eso, muchacho. Dígaselo a la señorita Kelly. Señorita Kelly, resultó muy bien. Una frase excelente. Tome nota.

—Sí, señor How.

—Y tome nota de que tenemos un nuevo hombre para nuestro Departamento de Ideas. Empezará ahora mismo.

—Sí, señor How.

—Eh, muchacho. Chóquela.

Christian hundido en una calma desdicha. How le tiende una alegre mano a través del escritorio.

—Ya forma parte de este establecimiento, muchacho.

—¿Quiere decir que me ha dado el empleo?

—Desde luego.

—¿Sin más ni más?

—Sin más ni más.

—¿No es un poco apresurado? ¿No tengo que hacer alguna otra cosa? ¿Llenar un formulario? Me siento como si no fuera yo mismo.

—Cornelius, creo que usted tiene todo lo que hay que tener. "Si en su corazón *no chispea el amor* lo que necesita / son bujías Mott". Sírvase otro vaso de agua. Sí, eso es Inventiva.

—Que impulsa la vida.

—Señorita Kelly, ¿se da cuenta de lo que está ocurriendo aquí?

—Sí, señor How. Es maravilloso.

—Bueno, anótelo.

—Ya lo he anotado.

—Envíe esas dos frases de inmediato al señor Mott. Tiene que verlas ahora mismo. La inventiva que impulsa la vida. Un refuerzo estupendo para la palabra favorita del señor Mott.

—Pero, señor How, esto es terrible. Creo que usted me sobrestima... Solo he dicho unas pocas palabras.

How se reclina en su sillón giratorio. Levanta el brazo cubierto por la manga gris y señala lentamente con el dedo a ese aspirante a empleo, víctima de la modestia.

—Cuando encontramos a un tipo de cuya cabeza salen cosas como las que usted ha dicho, Cornelius, compramos de inmediato esa cabeza.

—Señor How, preferiría ser mensajero.

—Señorita Kelly, quiero que diga una vez más qué piensa de las creaciones verbales del señor Christian.

—Son realmente impresionantes.

—¿Ha oído, muchacho?

—Señor How, le diré la verdad. No, será mejor que no se la diga. Pero no sé nada de bujías ni de producción industrial. Salvo que dan dinero.

—¿Y no le parece bastante, muchacho? El dinero es el momento de la verdad. No me entristezca, Cornelius. Quiero que se ponga a trabajar ahora mismo. No puedo quedarme sentado aquí, sin saber si usted es un genio o algo por el estilo.

—No soy más que una persona razonablemente normal.

—Usted no es normal, muchacho. Lo sé.

—Un momentito...

—Oh, espere. Caramba. Tenemos que reiniciar nuestra conversación. Señorita Kelly, trate de que Cornelius y yo podamos hablar unos minutos sin que nos molesten. No recibo llamados.

—Muy bien, señor How. ¿Algo como música de fondo?

—No por el momento, gracias.

How se pone de pie. Sacude la cabeza de rizos castaños mientras se aparta del escritorio y se acerca a la ventana. El zumbido del viento. Christian también se pone de pie, relajando sus miembros. Amago de dos ganchos de izquierda y derecha a espaldas de How. Una lancha de excursión blanca avanza por el río. How se vuelve y apunta a Christian con el índice.

—Cornelius, se lo diré sin rodeos. ¿Le gusta ganar?

—Supongo que me gusta.

—Contésteme sí o no.

—Supongo que sí.

—Voy a arriesgar mi vida. Ya sabe por qué. Porque usted me cae simpático. Cuando entró en esta oficina, pensé que sería otro de esos universitarios pedantes y sofisticados. Pero usted tiene otras cualidades. Mucho más importantes que una camisa y una corbata.

—Debe ser mi empleo en la funeraria... Pero fue el único empleo que pude conseguir cuando volví de Europa.

—De eso es de lo que quiero hablarle. De Europa. Allí es donde usted adquirió su calidad. Algo que es profundamente real. Distinción. Tengo una fe absoluta en usted. Cornelius, usted podría revolucionar esta industria.

—Muchas gracias, señor How, pero creo que está cometiendo un error. No soy como usted imagina. Se ha dejado engañar por mi apariencia. Algunas de las cosas que pienso le repugnarían. Soy casi un criminal.

—Cómo se le ocurre decir eso. Usted es un individuo lleno de ideas, muchacho. No es más criminal que yo. Quiero decir que nos parecemos. Óigame bien. Debo ser unos diez años mayor que usted. Tengo mujer, hijos, una linda casa en Long Island. Las cosas que importan. Pero le diré una cosa... ¿Ve esos prismáticos? ¿No quiere echar una mirada por la ventana? ¿Ve esos lanchones que pasan frente a la estatua de la Libertad? ¿Los ve? Un poco más hacia la izquierda.

—Sí.

—¿Los ve?

—Creo que sí.

—Todo eso es basura. Pasan todos los días. Y durante el día entero. Bajan por el Hudson y salen por el East River. Llenos de desechos. Los amontonan. Me produce una impresión terrible, Christian. Pienso en toda la gente amontonada como esa basura. Claro que no en un río... Pero supongo que entenderá usted lo que quiero decir...

Christian camina en torno al escritorio de How. Empuja con el dedo el sillón para comprobar cómo gira. El sillón gira fácilmente. Christian se arroja en él y extiende las piernas.

—Señor How, he perdido toda mi ambición.

—Nunca diga semejante cosa, muchacho. Es lo peor que podría decir. Y es lo peor que yo podría oír. Y le advierto que he oído muchas cosas...

La raya impecablemente planchada de los pantalones de How. Un fino trazo azul en el gris de la franela. Una hebilla dorada a un lado de cada zapato. How está de pie en el centro de la alfombra. Exactamente en el mismo lugar donde me paré cuando entré en esta oficina. Para enfrentar los hechos. Algo más imbécil que una novela barata. Entré para adquirir una visión más honda de la realidad. Para conocer un

instante de lucidez en que la gente se presta ayuda mutua.

—Cornelius, quiero que me llame Howard. Y le pido como un favor personal que acepte el empleo ahora mismo. Sé que todo resultará maravillosamente bien. Hágalo por mí. Es como para reírse. Pensar que ahora le suplico que acepte el empleo y hace diez minutos no sabía cómo librarme de usted cortésmente...

—Basura.

—Bueno, sí, pero no...

Un leve relajamiento en los rasgos de How. Una nube en sus ojos de mirada dura. En el instante en que llega por el éter la voz de la señorita Kelly.

—Perdón por interrumpirlo, señor How, pero el señor Mott desea que suba de inmediato a su sala de recepción privada.

—Gracias, señorita Kelly. Ya lo ve, muchacho. Qué le dije. Se lo pediré una vez más, muchacho. Deje que su personalidad se manifieste con la misma libertad con que lo ha hecho ahora. Sea usted mismo. Pero no haga la menor insinuación acerca de su empleo anterior. El señor Mott no tolera que se le oculte nada. Pero creo que esta vez vale la pena ocultárselo. Lo único que debe hacer es mantener en su rostro la huella de una sonrisa. No le pido más que eso. Pero no ponga esa cara.

—Estoy muy bien, señor How. Es que me funciona la memoria...

—Lo entiendo, muchacho. Todos nos ponemos tristes de cuando en cuando... Pero ahora tiene que irradiar confianza en su capacidad de creación. Por favor, diga una vez más esa frase.

—¿La frase sobre la inventiva?

—Sí, por favor. Con convicción.

—Creo que se me ha ocurrido algo mejor. La inventiva impulsa a Mott; Mott impulsa la vida.

—Cornelius, recuerde lo que le he dicho. ¿Cómo sé si no estoy frente a un genio?

Frente
al epítome
de la sabiduría
popular

19

How guía el camino al salir del ascensor. Sus impecables tacones resuenan contra el pavimento del corredor. Christian lo sigue a un paso de distancia. Entran en un gran anfiteatro de cúpula blanca. Las paredes circulares devuelven el eco de las voces. La luz fluye desde los rincones y se extiende por el piso de vidrio esmerilado. Contra un imponente cortinado blanco el señor Mott, sentado en un trono dorado, frente a dos sillones negros como arañas. Siento una gran cavidad entre mis dos dientes frontales. La voz del señor Mott irrumpe.

—Howard, te has dado cuenta enseguida de algo que yo no advertí a primera vista.

—No es nada, Steve. La señorita Kelly eligió la música de fondo.

—Siéntese allí, Christian. Bueno, oigamos esas frases estupendas.

—Steve, se le ha ocurrido algo todavía mejor. No quería decírtelo antes...

—Bueno, que lo largue ahora. Vamos, Christian.

—La inventiva impulsa a Mott; Mott impulsa la vida.

—Excelente. Dígalo una vez más. Con toda energía. Mucha energía.

—La inventiva impulsa a Mott; Mott impulsa la vida.

—No está mal. Es bueno. La juventud lo reanima a uno. Desde luego, no esperará que le paguemos mucho por eso.

—No, señor Mott. Pero creo que es bueno.

—Oh, es bueno. La juventud reanima. Usted no nos engaña, muchacho.

How se inclina hacia adelante en su sillón. Mott restriega sus brillantes zapatos negros contra la mullida alfombra blanca que tiene a sus pies. Con los codos apoyados en las rodillas, How saca de sus mangas una medida de puño blanco.

—No creo que nos engañe, Steve.

—No, Howard, no nos engaña. Ahora voy a decir algo, a riesgo de parecer pedante, cosa que no quisiera... Por otro lado, quiero dejar en claro mi actitud general. Con respecto al modo con que encaro los hechos. No piense que me considero un rey o algo por el estilo. Pero me gusta adquirir las pruebas del impulso creador de un hombre desde fuera de mi propia órbita. Por desgracia, no hay muchos que tengan impulso creador, aunque también existe el impulso creador repulsivo. Pero ahora no tocaremos este tema. Solo quiero decir que la inteligencia es la cosa más barata que se puede comprar con dinero. A

pesar de eso, de cuando en cuando nos hace falta un poco más de inteligencia. Y cuando la encuentro de buena calidad y a un precio razonable, la compro. Y no me importa un pito la cabeza donde está metida esa inteligencia. No se ponga nervioso, su cabeza no tiene nada de malo, Christian. Pero mientras funcione, no me preocupa que la cabeza sea blanca, negra, cuadrada, larga o redonda como una pelota de ping pong. No crea que me considero un rey. Pero creo que tiene usted un futuro por delante, Christian. Ahora dígame algo sobre su pasado.

—Ya he hablado de su pasado con él, Steve.

—Una vez más no hará daño a nadie, Howard.

—Pensé que podríamos dejar eso para más adelante. Sus antecedentes son correctos.

—Me interesan. Aquella noche de la fiesta, Christian, usted dijo muchas cosas pertinentes, junto con otras bastante impertinentes. ¿En qué ha trabajado hasta hoy un muchacho tan inteligente como usted?

—Steve...

—Howard, deja hablar al muchacho.

—¿Crees que con la falta de tiempo que tenemos hay que hablar de esto ahora mismo, Steve?

—Siempre he tenido la costumbre de hablar de las cosas ahora mismo, Howard. De lo contrario corremos el riesgo de no hablar nunca más. ¿Me entiendes? Hace bastante que Christian ha dejado la universidad.

—Pero Christian es un caso muy especial.

—¿Por qué?

—Creo que su capacidad creadora es excepcional.

—¿De veras?

—Bueno, ya has comprobado su rapidez mental, Steve.

—Howard, voy a apretar el botón para correr las cortinas.

—Sí, Steve.

—Por lo común no muestro esto a la gente. Pero quiero que mires hacia fuera, Howard. ¿Ves esos lanchones que pasan frente a la estatua de la Libertad? ¿Sabes qué llevan?

—Creo que lo sé, Steve.

—Bueno, esto debe servirte de lección práctica, Howard.

—Lo entiendo perfectamente bien, Steve.

—Hoy estamos aquí, ya no estaremos mañana.

—Tienes toda la razón, Steve.

—Bien. Ahora que nos hemos puesto en claro, oigamos sus antecedentes, Christian. No es que piense comprar su pasado. Pero el pasado ayuda a prever el futuro.

—Señor Mott, trabajé como recepcionista para la firma Vine Incorporated. Una funeraria.

—Howard.

—Sí, Steve.

—Howard, a ti te hablo.

—Lo sé, Steve.

—¿Qué me dices de esto?

—Señor Mott, me expulsaron de la escuela por mentiroso y sinvergüenza. No llegué a obtener mi título universitario. Después acepté un empleo en el cual debía tomar a mi cargo a las personas que se encaminan hacia su última morada. Y nunca tropecé con inconvenientes en el desempeño de mis tareas, salvo quizá en un solo caso.

—Steve, es algo que se relaciona con la naturaleza de las relaciones humanas. Christian es un estudioso muy serio de las relaciones humanas...

—Tengo ojos y oídos, Howard. Pero hay muchas clases de relaciones. Y muchas clases de estudiosos, también. Voy a decirte tres cosas. La vida es para los vivos. Una moneda es una moneda. Y por último, y lo más importante, un dólar es un dólar. No me considero vulgar por el hecho de mencionar el dinero. Me cambio de camisa tres veces por día. Como toda la gente que se ensucia. Ayer volvía de Washington en avión y el comisario de a bordo me preguntó si tenía algún parentesco con los Mott que poseen un mausoleo en Throggs Neck. Cuando le dije que sí, me contó que su padre es el cuidador. Son las curiosidades de la vida. Pero este joven Christian me dice que es un mentiroso y un sinvergüenza, que no ha llegado a obtener un título y es muy hábil para acompañar a la gente hasta su última morada. Supongo que pensará dirigir el Imperio Mott como una morgue. ¡Quieren explicarme por quién me han tomado! ¡Por qué no me aclararon todos los hechos desde el principio!

—Steve, no te dejes engañar por ciertos hechos.

—Y tú no te conduzcas como un atropellado, Howard.

—Creo que los hechos más recientes tienen prioridad sobre los anteriores.

—Y yo no me considero un rey, Howard, pero mi opinión es que los hechos del pasado permiten prever los del futuro.

—Te equivocas, Steve.

—Repíteme eso, Howard.

—Tú no te caracterizas por juzgar con exactitud a las personas descollantes.

Christian se pone de pie. Se queda con la boca abierta. Un recurso para que los titanes adviertan hasta qué punto está alarmado por la brecha que se ha abierto entre ellos. Una brecha que ha tratado de ampliar con toda clase de ardides.

—Será mejor que me vaya.

Mott levanta su brazo de emperador.

—Quédese, Christian. Vamos a poner punto final a este asunto.

—Pero, señor Mott, tengo la impresión de que me he interpuesto entre dos personas. Estoy echando a perder una amistad.

Una risita de Mott. Una tenue sonrisa de Howard. Y los ojos muy abiertos de Christian llenos de perplejidad e inocencia.

—Ya sé que esta empresa es como un imperio. ¿Pero ustedes dos no son amigos?

—Usted tiene la costumbre de hacer preguntas muy directas, Christian.

—Bueno, señor Mott... Puesto que debemos ir de lleno a los hechos, pienso que también yo tendría que aclarar algunos.

—Por favor, Steve. Christian solo desea entenderse con nosotros. Tiene la mejor voluntad.

—Está bien, Christian. Antes de entenderse con nosotros y de poner su mejor voluntad, siéntese. Usted no tiene aire de mentiroso ni de sinvergüenza. Me gustaría saber qué clase de tipo es usted. No quiero ser grosero ni herir sus sentimientos. Pero... ¿sabe una cosa? Bajo esa apariencia suya tan inocente y suave, me parece que hay un individuo que se las trae... A decir verdad, tengo toda la sensación de que me está llevando por delante. Sí... Esa observación que dijo al pasar sobre la amistad que no quiere echar a perder... Y aquella noche, durante la fiesta de mi hijo. Usted se acuerda de la mancha que yo veía. Y yo me acuerdo de algo que dijo sobre mi casa. Un palacio de vulgaridad. No se haga el inocente. Y no piense que yo planeé esta escena conmigo y con Howard para desenmascararlo. Ha logrado impresionarme, pero no piense que puede llevarnos a todos por delante.

—Steve, nunca he conocido a un tipo tan franco como Christian.

—Howard, tú crees que un tipo es franco porque te dice en la cara que es un mentiroso y un sinvergüenza. Y porque confiesa que ha trabajado en una funeraria guiando a la gente hasta su última morada. Y porque con un poco de música de fondo empieza a declamar frases hermosas. Howard, no seas tan ingenuo. Christian podría pasarse la noche entera deslumbrándote con frases, cada una mejor que la anterior.

—¿Y no sería triste ignorar este talento, Steve?

—Debo decirte que estoy muy bien informado sobre los antecedentes de Christian. Y entre paréntesis, Christian, quiero que sepa que Charlotte es una chica estupenda. No se le ocurra tratarla como a una cualquiera. Si lo hace, tendrá que vérselas conmigo y con mi hijo Stan.

—Pensé que Christian era un desconocido para ti, Steve.

—No desde que supe que conoce a mi Charlotte. He hecho que

investigaran la conducta de Christian. Quise mucho a la madre de esa chica. Charlotte es como hija mía. Y necesito saber si anda con gente que no le conviene.

—Creo que debería irme, señor Mott.

—¿No desea insultarnos un poco antes de irse, Christian? ¿No piensa llamarnos groseros mamarrachos?

—Señor Mott, ¿qué le hace pensar que puede decirme esas cosas? ¿Acaso supone que soy incapaz de reaccionar?

—No me amenace.

—No lo amenazo.

—Vamos, Steve, por favor. Déjame intervenir...

—Usted habrá pensado, Christian, que si atacaba de frente y se metía aquí como Pedro por su casa nosotros estaríamos encantados... Que no nos atreveríamos a mencionar sus antecedentes. Pero lo que ocurrió entre usted y su mujer es asunto suyo. Solo que todavía no ha pagado a la compañía de navegación. Pero eso es asunto suyo.

—Gracias.

—Pero hay otras cosas que me conciernen directamente.

—Steve, Steve, busquemos el lado favorable de esta situación. Christian no me dijo que era casado.

—No lo es.

—Entonces no vive con su mujer.

—Su mujer ya no podrá vivir nunca con nadie.

—¿Quieres decir que estiró la pata?

—Y así fue como Christian empezó a trabajar en la funeraria.

—Steve, espero no haber faltado el respeto a nadie. Esta situación me parece muy lamentable.

Howard se quita los anteojos y los limpia. Christian se vuelve para hacer un intento de restablecer la buena comunicación.

—Creo que el señor Mott desea evitar contactos innecesarios con vampiros y charlatanes, señor How.

—Basta, Christian. Ya lo han demandado una vez por hacerse el vivo.

—Señor Mott, he venido aquí con la sana intención de encontrar un trabajo que me permitiera ganar dinero.

—Y pensó que yo no tendría el coraje de decirle en la cara que sé muy bien la clase de tipo que es. ¿Sabes una cosa, Howard? Parece que Christian es un tipo de muy malas pulgas.

—Oh, Steve, ya no entiendo nada.

—Les ha hecho tragar los dientes a varias personas. Hasta ganó unos cuantos títulos en el ring.

—Steve, ¿qué tiene de malo el arte viril del boxeo?

—Mucho, cuando alguien cree que a puñetazos se consigue cualquier cosa.

—Una hipótesis totalmente descabellada, señor Mott.

—A mí no me venga con esa palabrería, muchacho.

—No me llame muchacho.

—Steve, Steve... ¿No podemos enfocar este problema desde un punto de vista que nos permita encontrarle solución? Creo que, a pesar de las cosas terribles que se han dicho aquí, todos tenemos buen corazón, en el fondo. Y que encontraremos el medio de solucionar este problema si nos lo proponemos.

—Tú siempre te propones ser el que lo soluciona todo, ¿no es cierto, How? Ahora quieres cubrir a Christian con tu miel venal para que podamos digerirlo fácilmente.

—En los tres años y medio que llevo trabajando aquí, nadie se ha atrevido a hablarme de esa manera.

—Está bien, está bien, Howard. Nos hemos dejado llevar por los nervios.

Christian en medio de esa luz alabastrina. Se pone de pie lentamente. Dispuesto a quitarse la careta de niño candoroso e indefenso. A punto de empezar a hacer muecas y saltar como aquel negro furioso del subterráneo. Qué bueno sería coser a puñaladas a estos blancos inmundos. Pero piensa en How y resuelve llevar un poco más adelante la broma de su inocencia. Todavía no ha llegado el momento de pelear en serio.

—Me ha insultado, pero le agradezco, señor Mott, que me haya dicho la verdad.

Howard How levanta una minúscula antorcha de comprensión. Apunta con un dedo hacia el techo abovedado, que devuelve el eco de las voces.

—Ya tenemos algo por donde empezar. Puesto que alguien ha dicho la verdad, ¿no nos sentimos un poco mejor? ¿No se ha aclarado la atmósfera? Quizá. Un poco al menos. Esta no es una situación en que se haya violado innecesariamente la vida privada de una persona, en que los implicados hayan dado rienda suelta a sentimientos demasiado confusos para ser formulados en palabras.

—Señor Mott, yo no puse un solo dedo sobre mi mujer cuando murió.

—Deje de hacerse el ingenuo y de decir esas cosas tan incómodas.

—Pensé que debería saberlo todo. La muerte de mi mujer fue un golpe terrible para mí. Nunca creí que pudiera sentir tanto dolor.

—Steve, te aseguro que me sentí muy orgulloso de la impresión que me produjo Cornelius. Y sé que las cosas que has dicho se justifican si tomamos en cuenta algunos hechos.

—No sé por qué se me ocultaron esos hechos, Howard. Qué puede esperarse cuando la gente no habla con franqueza. Una funeraria puede echar a perder todo un negocio.

—Lo siento, Steve.

—Bueno, quizá me haya precipitado un poco, Howard. Lamento haberme metido de esa manera con su vida privada, Christian.

—Discúlpeme si he dicho cosas que no debía.

—Bueno, también yo las he dicho, por más que sea el presidente del directorio.

—Steve, a todos se nos ha soltado la lengua.

Sin volverse, Christian se aleja unos pasos de ese rey de la industria. Mientras sacude a sus espaldas la ceniza del cigarro.

—Bueno, creo que será mejor que me vaya.

Los ojos relucientes de Mott. Calcetines negros de seda. Como los de Vine. Dispara desde la cintura. Hacia el esbelto Christian. Una voz que abre el futuro.

—Aquí hay un lugar para usted, Christian.

How junta las manos bajo una sonrisa de felicidad.

—De la confusión nace la construcción.

Christian a mitad de camino hacia las puertas corredizas. Con los pies en ese resbaladizo piso de vidrio. Dando un paso hacia el reinado del comercio. Mientras Mott se aclara la garganta para decretar: —Podemos usarlo, Christian.

How levanta y sacude el puño cerrado.

—Steve, me alegra que hayas dicho eso.

—Howard, me alegra ser lo bastante rey como para decirlo.

Y
desde las alturas
de nuestra realeza
os aseguramos
que no es decir poco

20

Christian pasa a través de una bandada de palomas que revolotean. Sube los amplios escalones grises entre las monstruosas columnas de este recinto de la justicia. Donde todos necesitan un lavado de cara. A juzgar por las sucias expresiones que tienen.

Un día de sol. Sin ninguna razón para que el mundo siga andando. Salvo que me he puesto desodorante en las axilas y entre las piernas para preservar mi frescura masculina. Y oler bien en el tribunal. Después de dos sudorosas semanas de trabajo en el Imperio Mott. Garabateando frases que a mí me hacían reír y a How lo hacían llorar. Se lo pasaba entrando en la minúscula oficina donde trabajo para quejarse y lamentarse: Vamos, Cornelius, déjese de embromar; mi hija tiene cinco años y podría escribir cosas mejores que estas.

Tomo un ascensor lleno de caballeros con portafolios. La plaga de langostas de los abogados dispuestos a caer sobre los verdes dólares que aprietan en sus manos demandantes y acusados. Mientras venía en el subterráneo oí que un hombre le decía a otro que hacía veinte años que vivía junto a su vecino y aún no lo conocía. Y el hombre contestó: Bueno, hace cuarenta que vivo junto a mi vecino y no lo conozco. Y anoche una mujer que vive en la casa de enfrente se pasó una hora asomando las mejillas de su culo por la ventana. Un modo de trabar relación. Con sus vecinos.

Clarance Vine con todas sus relucientes impecabilidades. Deslumbrantes zapatos negros y orión negro en la mano. Sacude el cogote bajo el cuello duro de la camisa y contrae un hombro. Se apoya contra la pared verde, se vuelve para sonreír y tender la mano a Cornelius Christian.

—Cornelius, nos ha tenido muy preocupados. ¿Dónde ha estado? Mis abogados querían darle instrucciones.

—Discúlpeme, señor Vine. Ya me conoce.

—Lo conozco, Christian.

—¿Qué quiere que diga durante el juicio?

—Lo mejor es decir la verdad. Después de la señora Silver, usted quizá sea el primero en declarar.

—Dios santo.

—Y esa mujer se ha venido con todas sus huestes del club de bridge, Cornelius. A decir verdad, no creo que tengamos muchas posibilidades.

—No sabe cuánto lo lamento.

—No se preocupe. Lo que debemos hacer es pelear.

El tribunal se llena. Dos equipos de abogados que se intercambian papeles a través de mesas y sillas. Junto a las huestes del bridge, la señora Silver me clava los ojos. Ruido de pisadas sobre el piso de madera. Todos se ponen de pie. El juez entra por una puerta con paneles. Sube a su trono de roble, ocultando con la mano un bostezo y escudriñando a través de sus anteojos todas esas caras reunidas. Vine con los labios apretados. Mientras el amanuense de cara cetrina dice: Por favor, señora Silver, quiere subir al estrado.

La señora Silver con el mismo vestido negro y ceñido que llevaba durante el velatorio. Orquídeas rosadas prendidas en el escote. Del cual emergen la cabeza y el pelo levantado en rizos brillantes por la tintura azul. Cada uno de sus taconeos cuando atraviesa el piso representa mil dólares que deberé pagarle.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Claro que lo juro, muchacho.

—Diga su nombre y su dirección.

—Harriet Silver, Hotel Apthorpe, Central Park West.

Un caballero se acerca al estrado de los testigos. Con un reluciente traje azul. Los ojos hundidos en la cara de mejillas grises.

—Señora Silver, quiere decir al tribunal qué ocurrió el día veintiocho de marzo.

—Hacía un día que Herbie había muerto y yo estaba de luto riguroso.

—La muerte había arrebatado a su esposo.

—Así es. La cosa no era para broma. Herbie había muerto antes de que yo me diera cuenta de lo que estaba pasando. Dos días después del examen médico para el seguro de vida. Estaba totalmente aturdida. Mis amigas me dijeron: No te angusties con los preparativos para el entierro. Me dijeron: Quédate en casa y acuéstate para descansar. Y yo soy tan sentimental. Quería conservar un recuerdo imborrable de la cara de Herbie. Estaba oscuro en ese sitio. Tuve que acostumbrar los ojos a la luz.

—Usted se refiere a la Funeraria Vine, señora Silver.

—Desde luego. Pero cuando al fin pude ver, no creí en mis propios ojos. Este no es mi Herbie, dije. Colorete y lápiz labial, las mejillas bien rellenas, cuando el pobre las tenía hundidas. Pensé qué es esto, ha de ser obra de sus rivales en el comercio, no pueden dejarlo en paz, hasta se han metido con su cadáver. Dije al empleado: Perdóneme, ¿quién es este? Lléveme al cuarto donde está mi esposo. Y él me dijo: Señora, esto es lo que hemos recogido en su departamento. Imagínese. Dijo “recogido”.

—¿Ese empleado está presente en este tribunal?

—Sí, está sentado allí.

La grasa cae en pliegues cuando la señora Silver levanta un brazo

para señalar con un dedo. No es agradable que todos se vuelvan para mirarlo a uno. Y el juez se baja los anteojos para mirar por encima de ellos.

—Muy bien, señora Silver. Quiere continuar su declaración.

—¿Podría tomar un vaso de agua?

—Desde luego. Tómese todo el tiempo que quiera, señora Silver.

—Es el corazón.

—Continúe cuando se haya tranquilizado.

—Ya me he tranquilizado.

—¿Qué pensó usted cuando ese día vio a su marido en ese cuarto de la Funeraria Vine, señora Silver?

—Pensé que estaba viendo un espectáculo de revista barato. El empleado me dijo que me callara la boca.

—Y se calló usted...

—De ninguna manera. Pregunté dónde estaba mi Herbie. Entonces le vi la nariz. Reconocería la nariz de Herbie en cualquier parte. Me acerqué para mirar con más detenimiento. Y entonces vi eso.

—Quiere usted decir que descubrió que el difunto era el señor Silver.

—Así es. Se me doblaron las rodillas. Se me nubló la vista. Era Herbie. Un total desconocido como alguien con quien uno se encuentra en el subterráneo. Sentí en el acto que me brotaba la erupción. Fue una conmoción espantosa.

—¿Qué ocurrió entonces, señora Silver?

—Dije: Qué le han hecho. El empleado me contestó que era un servicio de lujo. De lujo, exclamé. ¿Así que esto es un servicio de lujo? Lo han convertido en una prostituta. Entonces me ofreció devolverme el dinero.

—Qué contestó usted.

—Dije que no ante semejante insulto.

—¿El empleado se disculpó?

—No.

—Qué dijo.

—Dijo la voy a llenar de formaldehído y la venderé como a un monstruo si no se calla la boca enseguida, puta de mierda.

—¿Qué hizo entonces el señor Christian?

—Y qué más podía hacer. Ya lo había hecho todo.

—¿No la amenazó?

—No sé si me amenazó o se puso a hacer buñuelos. Lo único que sé es que me desmayé. Y me desperté en el sanatorio cubierta de verrugas. Me habían dado un montón de calmantes.

—¿Cómo se ha sentido desde entonces?

—Ha sido una verdadera tortura. Me he caído ocho veces. Una vez dentro del refrigerador. Me duele la cabeza. La erupción me ha

alterado los nervios y tiemblo sin cesar. No ando bien del corazón. Estoy obsesionada con la cara de Herbie y no puedo dormir por las noches. Otra consecuencia es el mal funcionamiento de mis riñones. Voy al baño veinte veces por día. Y antes de esta conmoción solo iba dos veces, o tres, cuando estaba especialmente nerviosa.

Christian levanta la mirada. El cielo gris, más allá de la ventana. Un hombre está sentado en el centro del tribunal, tecleando en una máquina. Registrando cada palabra. Archivadas para siempre. Qué le han hecho a mi Herbie. Lo remendé. Ruego que un monstruoso holocausto disipe esta pesadilla. Como aquella vez en que mi padre, durante una de sus borracheras, dijo que le gustaba mucho comer anguilas. Aunque culebrearan en el plato. Dijo que demostraría a mi madre que era capaz de conseguirlas. Y volvió a mitad de la noche. Con anguilas. Montones de ellas retorciéndose y deslizándose por toda la casa. Me despertó para mostrármelas. Mi hermano y yo nos pusimos a chillar de terror. Y mi madre golpeaba con los puños a mi padre en la cara.

—Cornelius Christian, suba al estrado.

Cornelius sube los escalones gastados, alisándose los delicados mechones de pelo. Siente picazón. Este recinto de la ley debe estar lleno de pulgas. Mi abogado también se rasca. Lo único que las ahuyenta son los pedos. Pero después nos acusarán de lanzar gases letales. Contra la dignidad del tribunal.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Supongo que sí.

—¿Sí o no?

—Bueno, ¿tengo que ser tan preciso?

—Sí.

—¿Y dónde quedan mis derechos democráticos? Acabo de oír una sarta de mentiras.

Un martillo golpea el escritorio del juez. Que se vuelve y empuja sus anteojos hacia la punta de la nariz. Para mirar a este testigo. Y pregunta: —¿Jura o no? Por favor, conteste sí o no al amanuense. Y no vuelva a hacer una observación como esa en mi tribunal. ¿Quién es usted en este caso?

—No lo sé. El embalsamador, supongo, su señoría.

—Entonces responda. ¿Jura decir la verdad?

—Sí, su señoría. Juro decir la verdad.

—Diga su nombre y dirección.

—Cornelius Christian. Por el momento no estoy muy seguro de cuál es mi dirección. Mataron a la dueña de la casa y hay un tipo jorobado que pasa a cobrar el alquiler y un sobrino de la dueña de casa está acusado del crimen.

—Responda a la pregunta. ¿Cuál es su dirección?

—Caramba, juez. Es que no quiero mentir. Ya no vivo en esa casa porque allí no me dejan en paz.

—Pues le buscaré un alojamiento mejor en la cárcel si no responde enseguida y de manera bien clara. Abogado, por favor, deje de rascarse. No toleraré esta conducta absurda en mi tribunal. ¿Me entiende?

—Sí, su señoría. Pero permítame observar que el señor Christian es un joven muy peculiar. Padece de exceso de cortesía. Jamás quiere ofender a nadie.

—¿Quiere que los acuse a los dos de desacato, abogado?

—No, su señoría.

—Entonces hable con su defendido. Después de todo, es su cliente.

—Bueno, creo que sí. Hace un minuto que lo conozco.

—¿Y ya está usted en condiciones de decir que padece de exceso de cortesía?

—Mi defendido, el señor Vine, me suministró esa información, su señoría.

—Lo único que compruebo es que así no iremos a ninguna parte. Vamos a ver. Señor Christian. ¿Este es su nombre?

—Sí, su señoría. Cornelius Treacle Christian. Nacido en Brooklyn y criado en el Bronx.

—No necesita suministrarnos su pedigree. ¿Dónde vive ahora?

—¿No podría mantenerlo en secreto, su señoría? Es que esa compañía naviera me persigue. Es la que remitió el cadáver de mi mujer.

—Dios santo, quiere acabar con esos disparates. Qué demonios le pasa a usted. De qué compañía naviera me habla. De qué cadáver. Qué tiene su mujer que ver con todo esto.

—Su señoría, mi mujer murió a bordo. Supongo que fue a partir de entonces que metí al señor Vine en todo este lío. Tenía que pagar la cuenta de su entierro a la funeraria.

—Protesto, su señoría, protesto. El testigo está haciendo perder el tiempo a este tribunal con esa cháchara sin sentido. Pido a su señoría que se aclare la dirección del testigo.

—Calma, abogado. No me diga qué debo hacer en mi tribunal. Y por favor, deje de rascarse.

—Disculpe, su señoría.

—Está bien, señor Christian, tranquilícese. Entendemos que tenga usted razones personales por las cuales no quiere que se divulgue su dirección, pero el tribunal exige que la diga.

—Sí, su señoría. Vivo cerca del Museo de Historia Natural. Hay que tomar por Central Park West, usted sabe, donde está el Museo de la Ciudad de Nueva York. Hay un montón de fotos del río Hudson con vapores en una pared de la planta baja. Bueno, si usted toma por esa

calle...

—Señor Christian, no siga haciendo perder tiempo al tribunal. Es la última vez que se lo advierto.

—Solo trataba de explicar cómo se puede llegar a mi casa por un camino agradable.

—Díganos cuál es la calle y el número.

—¿No puedo explicarle cómo llegar hasta allí?

—No, no puede. Y antes de seguir adelante, permítame explicarle que no está favoreciendo en nada la situación de su empleador o la de usted mismo.

—Eso es prejuicio, su señoría.

—¡Quiere callarse la boca! Yo diré lo que es. Y, además, acusaré a todos los que están aquí de contumacia si no dejan de rascarse. Qué diablos les pasa. Y usted, señor Christian, dígame inmediatamente su dirección.

—Es el número 46 Oeste de la calle Setenta y seis, creo. Solo que en el cartel que está al final de esa calle dice Setenta y siete. Supongo que algún chico habrá cambiado el número para divertirse.

—¿Cuál es el número correcto?

—Eso es lo que trataba de explicarle, su señoría. Que no quiero decir una mentira cuando solo me propongo decir la verdad.

—Le daré una última oportunidad. Asentaremos su dirección como calle Setenta y seis, número 46 Oeste.

—No es así.

—Cállese. Es así. Ahora, abogado, siga interrogando a su testigo.

—Señor Christian, ¿estaba usted empleado en el establecimiento del señor Vine?

—Bueno, un día fui allí y...

—Solo debe responder sí o no a la pregunta, por favor.

—Creo que sí. Estaba sin un céntimo. Acababa de salir del barco.

—¿Y qué hacía para el señor Vine?

—Verificaba la temperatura en los termómetros, guiaba a los deudos hacia las diversas suites y hasta iba a comprarles cigarrillos cuando me lo pedían.

—¿Preparó usted el cuerpo de un difunto conocido por usted como señor Silver?

—Sí. Estaba en el cuarto trasero. Tenía un aspecto atroz.

—¿Había preparado otros cuerpos antes?

—Sí. Con George. Me enseñó todos los trucos.

—Quiere decir los métodos y procedimientos.

—Sí.

—Bien. Decía usted que el señor Silver tenía un aspecto atroz.

—Sí. Aunque me di cuenta de que había un resto de juventud bajo su piel.

—¿Cómo lo advirtió?

—Bueno, comprendí que era un hombre de intereses espirituales. Quizá la vida no hubiera sido muy fácil para él. Muchos impuestos que pagar, tal vez la gente que le gritaba por encima del mostrador donde exhibía las camisas. Ya sabe usted, ese tipo de cosas. Pero comprendí que esa era solo la manifestación externa del hombre. Que tal vez le gustaba la música clásica.

El abogado de la señora Silver deposita unos papeles de un puñetazo sobre la mesa, mientras agita el brazo izquierdo en el aire y después se rasca debajo de él con el derecho.

—Su Señoría, protesto contra este interrogatorio conducido de manera demencial. ¿Cómo es posible que alguien se dé cuenta al mirar un cadáver de que al hombre le gustaba en vida la música clásica?

—Protesta rechazada. Es muy posible que el señor Christian pudiera ver en ese hombre algo más que la carne y los huesos. Siga, abogado.

—Bien. Por favor, señor Christian, díganos qué se proponía hacer cuando preparó el cuerpo del señor Silver.

—Quería hacer una obra de arte al estilo del señor Vine. El señor Vine me dijo una vez que podía leer toda la historia de un hombre en su rostro. Y que eso le permitía embellecerlo con la historia de su pasado. Sus momentos felices. Eso puede lograrse devolviendo el aspecto normal a las cuencas de los ojos. Como en las ocasiones en que el hombre palmearía la cabeza de su perro en la cocina, por la noche, mientras tomaba un vaso de leche con un bizcocho de canela después de ver la televisión. Un momento como ese puede ser el más feliz en la vida de un hombre. Siempre he sido un estudioso de la naturaleza humana.

El abogado de la señora Silver vuelve a saltar sobre sus pies, rascándose la entrepierna con la mano izquierda. A las pulgas les gustan los lugares umbríos.

—Protesto, su señoría. Este es el dislate más increíble. Inverosímil.

—Aceptado. Abogado, ¿qué relación tiene un hombre que acaricia la cabeza de su perro con el asunto tratado aquí? La señora Silver ha declarado que quedó espiritualmente desfigurada cuando vio a su marido pintado como una prostituta.

—Su señoría, solo trato de demostrar que el señor Silver que vio la señora Silver era solo una versión más joven y más genuina de su marido. Como un cuadro sucio y destartalado encontrado en un desván cubierto de polvo y luego restaurado a la perfección.

El abogado de la señora Silver se golpea la frente con la palma de la mano. De inmediato los hombros se le cubren con una blanca cascada de caspa.

—Protesto. Por Dios, ¿acaso el abogado sugiere que la señora

Silver tenía un marido sucio, que vivía en condiciones lamentables y, por así decirlo, lo despachó a la funeraria como si hubiera sido un desecho?

—Sí, eso es lo que sugiero. Y que el señor Christian procuró restaurar ese cuerpo abandonado haciéndole readquirir en la muerte un estado en el cual hubiera querido verlo cualquier persona que lo amara.

El abogado de la señora Silver cae en su asiento, dándose tres palmadas seguidas en la frente. Más copos de nieve de caspa. Se sienta con los brazos cruzados, rascándose cada axila con cada mano. El juez se inclina hacia delante para contemplar ese paroxismo de picazón.

—¿Se siente usted bien, señor Blitz?

—He quedado atónito ante la última observación hecha por el abogado.

—Bueno, si el abogado del señor Christian ha terminado, quizá quiera usted interrogar al señor Christian.

Los ojos de Blitz vuelven a animarse con un brillo semejante al de la vida. Christian tiene la frente cubierta de sudor. Se lo quita con el reverso de una mano. La ventana mira hacia un gris melancólico. El rugido de un trueno distante. Dan ganas de salir corriendo tras él. De escapar por la calle hacia el barrio chino.

—Veamos, señor Christian. Usted parece un muchacho decente.

—Gracias.

—¿Embalsamó usted algún cuerpo antes del cadáver del señor Silver?

—Sí. Ayudé a preparar algunos.

—Y antes de eso, ¿siguió usted algún curso de embalsamamiento?

—No. Pero de chico tenía muchos amigos interesados en los animales salvajes y leímos un libro sobre taxidermia. También aprendí a desollar una ardilla y a preparar pieles de ratas almizcleras. ¿Quiere que continúe?

—Sí, continúe, señor Christian.

Christian mira las caras que lo enfrentan en el tribunal. Se detiene un instante en su recorrida al ver que el abogado del señor Vine inclina lentamente la cabeza hacia sus manos. Lo cual le da un aire de terrible congoja. Y allí, al fondo de la sala. Allí está mi amigo escapado del manicomio, el de las mejillas regordetas. Abre un instante el abrigo. Un mensaje.

pulgas

—Bueno, eso ocurrió cuando yo era chico. Después de quedar huérfano.

—¿Y usted consideraba que todo eso era una especie de

aprendizaje para su futura labor como experto embalsamador, señor Christian?

—Bueno, desollar animales y rellenarlos requiere mucha habilidad.

—Oh, señor Christian, no he querido sugerir ni por un instante que no se requiera habilidad para eso. Apenas señalo que quizá toda su experiencia previa al embalsamamiento y la preparación de seres humanos para su entierro se redujera a eso.

—Embalsamé una tortuga enorme. La más grande que se encontró en el Bronx. Podía partir por la mitad una barra de acero con las mandíbulas.

—Oh. Siga. No se preocupe por mí, señor Christian. Mi expresión asombrada es solo una muestra de admiración.

—Bueno, pensé que sería por la picazón, a juzgar por el modo en que se rasca. Me distrae.

—Discúlpeme. ¿Está mejor así? He puesto las manos en los bolsillos. Siga con eso de la tortuga.

—¿De verdad quiere oírlo?

—Solo quiero oír lo que crea usted que pueda ayudarnos a entender sus primeras experiencias en las labores funerarias.

—Bueno, no quiero confundir al tribunal. Lo que yo sabía era embalsamar animales y hacer que parecieran vivos. Lo hicimos con una gran culebra. Un sábado por la noche la metimos a través de la ventana en una casa donde había una fiesta y la gente salió disparando por las ventanas. Salvo el padre inválido que estaba en una silla de ruedas. Lo empujaron sin piedad a través del tejido de alambre de la puerta sin abrirla.

El juez se inclina apoyándose sobre un brazo cubierto por la negra toga. Con el otro martillea furiosamente.

—Si continúan las risas desalojaré la sala. Ya es bastante insoportable ver a todos rascándose. Cualquiera diría que esta sala está llena de chinches.

—Lo está, su señoría.

—Bueno, entonces agradezca que sean solo chinches y no culebras. Continúe, señor Christian.

—Bueno, solo quería probar que soy capaz de hacer embalsamamientos perfectos.

En un banco lateral, envuelto en su propia toga negra, un caballero. Se comporta como el juez, golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra como si fuera un martillo silencioso. Mientras sigue con atención las declaraciones. Alguien abre a hurtadillas un envoltorio, toma un sándwich y le da un mordisco. Mientras el señor Blitz se mece sobre los tacones de los zapatos. Que lucen grandes hebillas cromadas. Ahora levanta el mentón y su mal aliento en dirección a mí.

—Parece que le gustan las bromas pesadas, señor Christian. Aterrorizar a la gente hasta sacarla de quicio y de su casa...

—Eso no es cierto.

—¿No lo es? Pero usted acaba de contárnoslo.

—Bueno, esa gente no era muy simpática. Eran mezquinos y miserables. Los viernes a la noche se lo pasaban bebiendo y jugando al bridge. En aquella época yo era un desvalido. Y tenía apenas unos doce años.

—Supongo que a los trece habrá dejado de hacer esas cosas, señor Christian.

—No. Hice unas cuantas más.

—Oh, cuéntenos, por favor. Qué hizo. Este día sofocante es ideal para esa clase de relatos.

—Bueno, no creo que tengan nada que ver con este caso.

—Al contrario, tienen mucho que ver. Pueden demostrarnos que es usted un muchacho lleno de ingenio y que le gusta divertirse de cuando en cuando.

—Bueno. Recogía excrementos de perro. Los ponía ante las puertas de las casas y los cubría con hojas.

—Ah, era una travesura otoñal, señor Christian.

—Sí, lo era. Después prendía fuego a las hojas y tocaba el timbre. La gente salía, encontraba una fogata ante su puerta y la pisoteaba para apagarla.

—Si me permite, y para decirlo de un modo más vulgar, esa gente inocente pisoteaba histéricamente mierda de perro.

—Protesto, su señoría, protesto. El señor Blitz no puede continuar con esta discusión totalmente irrelevante. El señor Christian era como cualquier chico de su comunidad que hace travesuras y molesta a sus mayores en el vecindario. De chico yo solía poner víboras en los tubos de la calefacción de las casas y las víboras caían sobre la gente desde el techo.

Un trueno imponente y un relámpago. La gente se encoge. La lluvia golpea contra las ventanas. Oscuridad. Se encienden las luces de la sala. Mi amigo de las mejillas regordetas ríe y sacude la cabeza de arriba abajo. Mientras el público sigue rascándose y el señor Blitz levanta un dedo para señalar a Christian.

—¿Y no es cierto, señor Christian, que usted pensó que sería una broma estupenda desfigurar al señor Silver como una muñeca carnavalesca? Porque le encanta ultrajar a la gente. Y someter a una mujer inocente a la experiencia más traumatizante de su vida. Y después amenazarla diciendo que la embalsamaría.

—Pensé que eso la calmaría.

—La calmaría... Para calmar a la gente usted le dice que va a embalsamarla.

—A algunos les otorga una paz muy duradera.

—Oh, el público puede reír, señor Christian, pero no me parece que la cosa sea cómica. Llenar de formaldehído a una dama. Venderla como a un monstruo. Si no se calla la boca enseguida, puta de mierda. Usted, señor Christian, ¿dijo esas palabras para calmar a la señora Silver?

—Pensé que unas palabras enérgicas podrían consolarla.

—Consolarla.

—Bueno, quizá se me haya escapado algún término demasiado fuerte.

—Parece que se le escaparon muchos términos, señor Christian. Como, por ejemplo: La llenaré de formaldehído y la venderé como a un monstruo. ¿Pensó que eso consolaría a la señora Silver?

—Pensé que era una manera de mejorar sus modales.

—¿Sus modales?

—Sí. Eran espantosos.

—¿No le parece que eso es un tanto injusto, viniendo de usted? ¿Qué le parecen los modales de la persona que ensucia con desechos de perro la entrada de las casas?

—Cómo se atreve a mencionar eso. Lo conté al tribunal confidencialmente.

—Desde luego que me atrevo, señor Christian. Así como usted se atrevió a burlarse de los restos mortales del señor Silver y a enturbiar para siempre el recuerdo que la señora Silver conservaría de su marido. ¡Claro que me atrevo! Y también me atrevo a desear que sus bromas inmundas sean denunciadas en los titulares de los diarios de costa a costa.

—Señor fiscal, conténgase.

—Pero, su señoría, fue el señor Christian quien nos suministró detalles sobre sus inverosímiles fechorías.

—Limítese a interrogar al testigo.

—Muy bien. Señor Christian. ¿Quién es usted?

—No lo entiendo.

—Le he preguntado quién es usted. Nos ha dicho que era huérfano.

—Soy Cornelius Treacle Christian, de los Treacle de Brooklyn y los Christian del Bronx que llegaron de Europa como inmigrantes.

—Ya entiendo. No son antecedentes muy ilustres, si me lo permite.

—Era gente pobre y llena de buena voluntad, agradecida de la oportunidad que este país les daba. Y ese vulgar insulto que acaba usted de decir les habría parecido despreciable.

—Veo que empieza a soltársele la lengua.

—Y lo voy a sacar de esta sala a patadas en el culo.

—Ah, ahora está realmente inspirado. No, por favor, su señoría, deje que el señor Christian continúe.

—Señor fiscal, usted ha insultado al señor Christian. Si le da una trompada, lo consideraré como un acto de justicia instantánea. Y lo acusaré por ponerse al alcance de sus puños.

—Su señoría, esta no es manera de conducir un proceso.

—¿Usted, abogado de pacotilla, va a enseñarme cómo conducir un proceso?

—No, su señoría. Caramba, súbitamente me he convertido en el acusado. No creo que se esté tratando con imparcialidad a la señora Silver. Perdón, tengo que tomar una pastilla para el corazón. Me siento muy mal. Aquí hay un muchacho que nos cuenta que embalsamaba tortugas. Y embadurnaba con mierda de perro la entrada de las casas. Cuando la gente estaba comiendo. Y arrojaba víboras venenosas a los que jugaban al bridge. Justo cuando alguien hacía una buena jugada. Pero soy yo el acusado. Por ponerme al alcance de su puño cuando le da la gana de darme un puñetazo. ¿Esta es la nueva idea de la libertad? Esto es lo que acabará con nuestro modo de vida tradicional. Y lo que ha reducido a esta ciudad al estado en que se encuentra. Aquí nadie está a salvo. Ni una planta en una ventana. Ni siquiera un cadáver. De qué sirve luchar por la vida, si cuando uno se muere recibe el peor insulto que pueda imaginarse por parte de alguien que ha limpiado letrinas. Ni medio millón de dólares compensaría a la señora Silver por el horror de ese día cuyo recuerdo la acosa día y noche. Y la idea de que cuando muera puede ocurrirle lo mismo. Una viuda que ahora tiene exceso de peso a causa de la angustia. También ella podría ser arrojada a su ataúd como una prostituta barata. En una época de su vida en que todo debería ser paz. En que podría gozar con sus amigas también viudas de una serena felicidad, sin la molestia de un marido que regresara a su hogar abrumado por todas las preocupaciones de su trabajo. La señora Silver podría dorar su piel todavía joven en las playas de los mejores hoteles de Florida. Ahora que han saneado casi todos los pantanos, podría tenderse al sol entregada al sueño en la casa donde pasaría su madurez. Y la única preocupación que debería enfrentar sería la de encontrar las antigüedades adecuadas para adornar su castillo paradisíaco. En vez de estar aquí. En este juzgado polvoriento, infestado de chinches. Durante un temporal. Esta es la recompensa obtenida por acompañar a su marido durante tantos años en el negocio de las camisas. En un país donde el estilo de los cuellos cambia tanto que al señor Silver le asqueaba el espectáculo de una multitud de jóvenes ejecutivos veleidosos y obsesionados por la moda. Sí, me atrevo a decirlo. En esto ha terminado el mundo moderno. En ese muchacho sentado allí, en el estrado de los testigos. Un individuo que conoce las artimañas más inmundas para vejar a los ciudadanos respetables y llevarlos a la tumba. Con la amenaza del ridículo final

que los espera en el ataúd. En el sitio donde deberían descansar en paz. En cambio descansan en el horror. En estos días nuestras vidas corren peligro incesante. No solo fuera de nuestras casas, sino también dentro de ellas. El único lugar que nos quedaba era la funeraria. Pero también la funeraria se ha convertido en la zona del terror. Estoy sudando. Es todo lo que tengo que decir. Solo diré algo más. A usted, que respondía al nombre de Herbert Silver. Dondequiera que se encuentre ahora, buenas noches, dulce príncipe.

No se moje
los pies
en el
cielo

21

Aquel día del juicio, mientras las chinches saltaban sobre todos los presentes, la audiencia se postergó a causa de una serie de reclamos por las graves picaduras recibidas. Cornelius Christian bajó del estrado, dio cuatro pasos y se desvaneció. Al caer soñó con Fanny. Que ella era una muchacha con un lazo negro en el pelo rubio y yo era un joven con mi único traje bueno. Y la llevaba a mi primer baile. Nos deslizábamos sobre el piso. Ella con un vestido vaporoso. Sus dulces sonrisas fluían sin cesar. Y me susurró al oído: Cornelius, ¿qué pasta dentífrica usas?

Vine palmeaba a Christian en el hombro. Su equipo de abogados me sacó a la calle. Me hicieron bajar la escalera del tribunal bajo un paraguas y me metieron en una limusina de Vine. Una mirada triste en la cara de Mejillas Regordetas. Pero sonrió al abrir de golpe el abrigo con un nuevo cartel.

la verdad duele
más que la mentira

Charlie me llevó hacia la calle Treinta y tres y la Quinta avenida. La lluvia inundaba las calles. La gente corría de umbral en umbral. Bajo esas vidrieras incesantes, cada uno con su nombre y su producto. Cómo podrá funcionar tanto comercio. Toda una guía de teléfonos llena con nombres de abogados. Dispuestos a tomar a sus clientes de la mano y guiarlos por la selva de trampas. Es un alivio ver de nuevo la cara seria de Charlie.

—Estuviste muy bien, Cornelius. Dejaste perplejo a ese abogado que trata de sacarle plata al señor Vine. Cada vez que se muere un abogado, vuelve la felicidad al mundo. Te aseguro que en ese juzgado uno podía ver a vuelo de pájaro todas las miserias del mundo.

Charlie guía a Christian desde la limusina hasta uno de los sesenta y siete ascensores. Por un enorme vestíbulo de mármol rosa.

Un expreso que hace zumbar los oídos y sube hasta el oscilante piso ochenta y cinco. Salgo y dejo a la gente que sigue hasta la punta de este rascacielos. Camino por un vestíbulo con piso cubierto de goma, frente a puertas de cristal esmerilado. Números y nombres. En esta dice: Doctor Pedro.

Una mujer de chaqueta blanca y piernas elegantes se pone de pie para guiar a Christian a través de una puerta. Tras su escritorio está sentado un médico minúsculo de pelo blanco y ojos parpadeantes.

Abajo, la ciudad y la lluvia. El río Hudson y las escarpadas empalizadas de piedra. Y después de una mirada a Central Park y las calles demenciales de Harlem, los ojos se posan en los tristes, ignorados, góticos esplendores del Bronx.

—Adelante: Qué problema tiene, muchacho. Siéntese. Usted es amigo de Clarance. Clarance es un hombre muy inteligente. Tiene el mejor trabajo que pueda imaginarse. A todo el que acude a él lo mete en un cajón. No se necesitan curas. Un cirio, música, flores y un viaje en limusina. ¿Sabe por qué tengo mi oficina en este piso tan alto? Se lo diré. Es para mirar hacia abajo y ver a todos los imbéciles. Esta ciudad está llena de imbéciles. ¿Usted quiere vivir mucho? No le rece a Dios. Eso lo aburrirá y lo matará antes de tiempo. Bueno, dígame qué le pasa. A mí nunca me pasa nada. Tengo ochenta y seis años. ¿Sabe por qué nunca me pasa nada? Se lo diré. No digo tonterías. Por eso he llegado a los ochenta y seis. Ahora dígame qué problema tiene.

—Me desmayé durante un juicio.

—Muy inteligente. ¿Cuántos dedos tengo levantados?

—Tres.

—¿Dolores de cabeza?

—No.

—Bien. Ahora ábrase la bragueta y ordéñese. Bien. Ahora tóquese la punta de los pies. Bien. ¿Va de cuerpo normalmente?

—Sí.

—Bueno. Si come bien, caga bien y trabaja bien, nada puede matarlo, salvo una larga vida. Mando la cuenta a Vine y usted vive en paz el resto de sus días. ¿Qué le parece?

—Espléndido.

—Usted parece vivo. ¿Es inteligente?

—Espero que sí.

—Bueno, vale la pena ser inteligente en esta ciudad. Donde todo es robar o vender. La gente está preocupada por los crímenes. Pero le diré una cosa. Sin el crimen esta ciudad se hundiría. Todos vienen a verme. Quieren que les dé inyecciones en el trasero. En esta ciudad nadie se siente bien hasta que no les clavan una aguja en las nalgas. Entonces tomo esta. Gorda como un cigarro. Las mujeres se levantan el vestido y se bajan los calzones y cuando ven que me acerco con esta salen corriendo. Dicen: Dios santo, doctor, no pensará clavarme semejante aguja en el culo. Les contesto que soy demasiado viejo para galanterías. Y que les voy a clavar la aguja en el culo sin miramientos. ¿No era eso lo que querían? Soy un buen médico y uso una aguja muy grande. Bueno, entonces ya no quieren esta aguja. ¿Sabe qué les doy entonces? Una penitencia. Las mando a sus casas para que usen sus cejas. Dios nos dio cejas para retener el sudor. Así que váyanse a sus casas y cepillen el piso de la cocina. De rodillas. El piso entero. Hasta

que brille. Esa es la cura. Para usted también. La gente se cree que puede quedarse sentada sobre sus culos gordos y chatos para que después les pongan en ellos una inyección y ser muy saludables. Esas son patrañas. Así que, muchacho, lárguese de aquí. Está muy bien. Trate de no pescar una sífilis o una gonorrea. Cuidado con las ladillas. Lávese el culo con agua y jabón después de cagar. Camine dos kilómetros por día. Y no escuche a los imbéciles. Y espere antes de irse. ¿Sabe cómo darse cuenta de si una mujer es realmente hermosa?

—No.

—Es fácil. Usted sabrá que una mujer es hermosa cuando sienta ganas de besar el asiento de su inodoro. Adiós. Y cuidado con los imbéciles. Espere un minuto. ¿Sabe qué es Dios?

—No.

—Dios es lo que son sus deseos. ¿Cuáles son sus deseos? Mucha carne y mucha plata. De modo que Dios es mucha carne y mucha plata. Cuidado con la gonorrea. También ataca la garganta. Eh, espere un minuto. ¿Sabe que soy soltero? Enterré a tres amigas. Debí haber muerto tres veces. ¿Sabe por qué no muero? Porque les digo a las mujeres lo que deben hacer. Adiós. Eh, espere un minuto. No se olvide. Cuidado con los imbéciles. ¿Sabe por qué? Porque acaba de conocer a uno.

Charlie me lleva a mi calle umbrosa. Por la Quinta avenida. Entre la corriente de taxis. Gente que espera. Los porteros soplando en sus silbatos. Personas que entran en las casas bajo las marquesinas. En medio de los truenos, el viento, los relámpagos. Remolinea el lecho de hojas en el parque. La ciudad entera lavada. El polvo y la mugre se van por las alcantarillas. Hasta que llegue otra capa de mugre.

Subí a mi agujero. Encendí el aparato de televisión que compré. Para mirar a los imbéciles.

Seguí el consejo del doctor Pedro. Durante unos pocos minutos. Levanté la alfombra del suelo. Para limpiar. Hasta que casi me ahogo con el polvo. Y al día siguiente Howard How me llamó a su oficina.

—¿Qué pasa con usted, Cornelius? He recibido queja tras queja contra usted.

—Lo lamento, señor How. Es que me parece que la cuesta hacia el triunfo es demasiado escarpada.

—Hablemos con confianza, Cornelius. Aquí formamos un equipo. Pregúntese a usted mismo. ¿Está dando lo mejor de sí? Quizá la formación de palabras no sea la actividad que más le conviene en este momento. ¿Qué le parece si lo pasamos al Departamento de Ventas? Sé que es usted equilibrado y lúcido.

—Creo que esas son mis mejores virtudes.

—Pero tiene que poner toda su energía, Cornelius. Tiene que hacer lo posible para habituarse a vender en este vértigo de cambios

incesantes. En un medio donde a cada instante surgen nuevos conceptos sobre las técnicas de venta.

—Señor How, en estos momentos no me creo capaz de vender nada. Ni siquiera una manguera, una bomba o una válvula a los pacientes internados en un manicomio que, al ver incendiarse un extintor construido por ellos, desearan hacer otro para apagar las llamas. Por culpa mía, el dueño de la casa donde trabajé por última vez ha sido demandado en medio millón de dólares.

—¡Caramba, Cornelius, caramba! No pensará hacer lo mismo con nosotros.

—No, no. Es que no sirvo para nada.

—No diga eso. Sirve para mucho. ¿Por qué no se toma uno o dos días de descanso? Cuando vuelva lo pondré al corriente de las técnicas de venta. Pero sea franco conmigo, Cornelius. ¿Cree que de veras podré confiar en usted? ¿Existe alguna oportunidad de que sea usted un vendedor enérgico y arrollador, capaz de salir en busca de ocasiones favorables? Todo lo que tiene que hacer es mantener abierta la puerta con el pie. Pero un tipo como usted, ¿es capaz de soportar un portazo en el tobillo, de vez en cuando? En el amplio espectro que hoy existe en el ámbito mercantil, usted no tiene más remedio que sacar el máximo partido de sus oportunidades. No me defraude. En el departamento me cuentan que cada vez que lo miran lo pescan observando cómo demuelen el edificio que está en la acera de enfrente. Desde luego, a todos nos gustaría observar eso. Por ejemplo, ¿no vio ayer a ese tipo que se mecía sobre una viga, a cincuenta metros de altura? Dios, no podía mirarlo. El tipo trabajaba y mientras tanto se comía un sándwich. Tuve que taparme los ojos con la mano. Dicen que emplean a indios mohawk para que hagan esas tareas.

Durante los cuatro días que estuve ausente de la oficina, salía al mediodía de mi casa en busca de mujeres. Al fin vi a una aceptable, con grandes pechos, que emergía del parque. Cuando estaba a punto de invitarla a tomar una gaseosa, ella me preguntó dónde quedaba el ferry de Staten Island. Abrí la boca para decirle cuánto me alegraba de que me hubiese preguntado eso, pero no me salió una palabra. Porque justo tras ella, en el quiosco de diarios, había un titular.

monstruo embalsamador
christian salva a vine de las viñas
de la ira henchidas de amenazas

La muchacha se quedó mirándome mientras yo permanecía sin habla. Hasta que al fin se me despegó la lengua y señalé la pila de diarios. Ese soy yo, dije. La chica dio un paso atrás. Mientras yo le suplicaba.

—De veras, soy yo. El que aparece en el titular. No es broma. No se vaya. La llevaré al ferry.

—¿Se siente bien?

—Sí. Discúlpeme por la coincidencia. De que sea yo el que aparece en el titular. ¿No quiere esperar un instante mientras leo la noticia?

—Bueno.

El testimonio de un apuesto rubio, Cornelius Treacle Christian, parece haber sido la causa de que se rechazara la demanda por medio millón de dólares presentada por la señora Harriet Silver ante el tribunal civil, durante un juicio presidido por el juez Torn. El peritaje médico sostenía que el temor a la muerte que padecía la señora Silver se había vuelto imposible de sobrellevar después de la experiencia que la susodicha había tenido en la Funeraria Vine, al contemplar los restos mortales de su esposo Herbert, "maquillado como una prostituta al extremo de ser irreconocible". Pero al emitir su fallo, el juez dijo que debía tomarse en cuenta el hecho de que el señor Christian, que preparó los restos mortales, había mejorado la condición del cuerpo y que este último no se hallaba en peores condiciones que antes del tratamiento. Por lo tanto, no estaba probado que al confrontar el cuerpo cuya preparación no fue del agrado de la señora Silver, esta última fuera víctima de una "monstruosa mortificación". El juez sostuvo que a pesar del apasionado alegato del abogado que representó a la demandante, la situación era semejante a la de un cuarto que ha sido pintado con un nuevo color. Una persona puede entrar en él y decir "queda estupendo" y otra persona puede afirmar al verlo "qué diablos le han hecho". Todo se reduce, pues, a una cuestión de gusto. Y si se diera lugar a demandas judiciales por meras cuestiones de gusto, los juzgados estarían tan atiborrados que ya no cabría en ellos una pulga. Con esta última observación el juez se refería sin duda al torrente de demandas presentadas contra el municipio por picaduras de pulgas recibidas en el tribunal durante la audiencia.

Christian dobla el diario. Aspira con satisfacción una breve bocanada de aire impregnado de las emanaciones de los autos. Mira de nuevo el mundo que lo rodea. Lo separa del éxito apenas una distancia de tres mil llamados telefónicos. Llegará el día en que se instalará en un cuarto adornado con tapicerías. En algún sitio de esa cadena montañosa de imponentes edificios. Mientras tanto dice a la muchacha que espera:

—Discúlpeme. Pero es la primera vez que veo mi nombre en los diarios. Produce la sensación de que uno está de veras allí. En la página. Y ese nombre es uno mismo.

La muchacha lleva una chaqueta rosada abierta sobre un jersey ceñido, color púrpura, todo ello bajo una gran cabeza de rizado pelo rubio. De cerca es diferente y parece menos linda que desde lejos. Al principio parecía estupenda. Pero al mirarla de nuevo con atención se pone otra vez linda. Damos la vuelta a la esquina del parque y pasamos frente al gran monumento en honor de los que murieron durante una batalla naval. Ella me echa miradas furtivas. La he convencido de que el paseo en ferry es una pérdida de tiempo y un peligro. Y a mitad de camino por Central Park South, cuando ya estoy a punto de cambiar nuestro rumbo en dirección a mi cama, una larga limusina gris conducida por un chofer se detiene con un chirrido de cubiertas.

Fanny Sourpuss baja del auto. Los pechos bamboleándose en un vestido veraniego blanco y con flores, las sandalias golpeando contra las plantas de sus pies. Los largos brazos bronceados agitando una multitud de brazaletes. Fanny camina hacia mí sobre los bloques hexagonales de asfalto. Y levanta las cejas ante la muchacha.

—Desvergonzada. ¿Cómo se atreve a exhibirse con mi marido?

La muchacha mira a Christian esperando su reacción mientras retrocede un poco y pregunta:

—Eh, qué broma es esta. ¿Quién es usted?

—Soy su mujer y le voy a dar una trompada en un ojo si no se larga de aquí enseguida. Y además le voy a arrancar una oreja de un mordisco.

—Caramba. ¿Me lo dice de veras?

—Si no desaparece en un instante, verá cómo es de veras.

La sigo con la mirada mientras se va con los ojos desorbitados, volviéndose para mirar por encima del hombro. Fanny jadea, los ojos llameantes.

—Y en cuanto a ti, maldito hijo de puta, ¿quién era ese coño teñido de rubio? Acababas de levantártela.

—Le estaba dando una dirección.

—A otro con ese cuento. Ibas a meterte en la cama con ella.

—¿Cómo lo sabes? Acabas de bajarte de ese auto.

—Sé de inmediato cuándo un tipo va a acostarse con alguien. Además, te he estado siguiendo desde que saliste de tu casa.

Glen masca chicle, mirando hacia adelante a través del limpiaparabrisas. Estacionado en doble fila. En la húmeda tarde. El cielo cubierto de bruma. Para que hacia el oeste se amontonen más nubes y truenos. La gente aminora el paso para mirar. A Fanny, que se cimbrea con un puño clavado en la cintura. Y para observar su nariz, sus ojos y sus labios. Y para recorrer de nuevo toda su cara perezosa. Y para oler su perfume.

—Oye, esa era una chica decente.

—No me vengas con esas. Ninguna chica es decente. Sé muy bien qué buscan esas chicas. Basta de cuentos. Una chica decente...

—Estás violando mi vida privada.

—Es cierto. Estoy violándola. Te crees tan hermoso que te paseas por esta ciudad como un pavo real campeón.

—A decir verdad, esta mañana estaba abrumado por la humildad.

Fanny deja caer los brazos. Me mira largamente en silencio. La tenue luz vuelve a asomarse lentamente a sus ojos. Cada vez más grande, como la sonrisa que se insinúa en sus labios.

—Oh, Dios, Cornelius, eres un sueño. Nunca podré dominarte. Pensar que eres mi enterrador adorado y te eché a patadas de casa. Es que no puedo soportar verte comiendo y bebiendo mi buena comida y mi whisky, y dándote duchas en mi lujoso cuarto de baño. Eso es todo.

—Qué quieres que haga.

—Consíguete un trabajo de demoledor de casas. Quiero verte cubierto de polvo, con la cara bañada en sudor y los músculos y las venas abultados, y los brazos tostados por el sol.

—Eh, qué clase de perversión es esa.

—Vamos, Cornelius. Volvamos a casa y acostémonos.

Ambos suben a la limusina. Glen se vuelve para hacer a Christian una rápida venia en la visera de su gorra negra. Teme que yo le rompa los dedos por juguetear con las lánguidas, largas piernas de Fanny. Tan agradables para abrazarse a ellas antes de dormirse. El verano me despierta ganas de comérmela. La paz y la quietud en el interior de este auto. Para no mencionar la ausencia de cucarachas. Recuerdo todos estos botones que asoman en la tapicería. Pequeños bolsos y cajas azules y blancas. Otras más grandes. Con nombres que dicen esta es mi presa que me llevo de nuevo a mi palacio.

Vamos por la Quinta avenida y la calle Cincuenta y siete. Los matices de color en las multitudes que pasan. Refrescándose con las riquezas apaciblemente expuestas en las vidrieras. Esta mañana la luz del sol entró fresca y resplandeciente en la calle donde vivo. Besando las hojas más allá de mi ventana, donde dos palomas aleteaban y hacían el amor. Y en ese instante de belleza un imbécil detuvo su auto y se puso a tocar la bocina. Hasta que llegaron los basureros con un estrépito de latas y cubrieron la acera y la alcantarilla con nuevos desechos.

Subimos en el ascensor. Fanny tiembla y se lame los labios. Un rubor le sube desde el cuello hasta las mejillas. Kelly, el ascensorista, nos dice cuando llegamos al departamento de Fanny:

—Que pasen buenas tardes.

En el interior, palmeras y paneles de bambú. Sillas y mesas de paja. Recipientes con orquídeas flotantes y faroles anaranjados.

—¿Te gusta, Cornelius? Hice sacar ese blanco aburrido. ¿Por qué

no intentar la nota tropical por un tiempo? Es un buen contraste con el frío del aire acondicionado.

Sobre una mesa de bambú cubierta de cristal, una pila de títulos blancos. En los grises ángulos superiores se lee: Veinticinco mil dólares. En cada uno de ellos. Solo uno de esos pergaminos podría cambiar mi vida. Ojalá me llegara uno flotando en medio del tráfago diario. Ya no tendría que juntar monedas en una vieja caja de cigarros para reunir un dólar. Podría tomar un tren e irme a alguna parte. Me sentaría en una silla giratoria del coche-bar. Y pediría al mozo cuantas latas de cerveza que se me antojaran.

—¿En qué estás pensando, Cornelius?

—En trenes.

—Estás mirando mis bonos.

—Sí.

—Son fabulosos, no es cierto. Cincuenta en cada pila.

Fanny da unos pasos. Se detiene. Se vuelve. Para mirarme. Palmeras en los rincones. Una paloma se pasea por el alféizar de una ventana. Fanny se arroja en un sillón de bambú y pasa las piernas sobre los brazos. Grandes moretones sobre las rodillas.

—Te he pescado con otro coño. Le habría arrancado los ojos. La habría molido a trompadas. Después la habría hecho arrodillarse. Y la habría arrastrado del pelo hasta la alcantarilla. Le habría dejado un buen recuerdo mío.

Christian cruza el cuarto. Sobre la crujiente alfombra de hojas de palmera tejidas. Se para frente a ella, que alza los ojos hacia él. Con su mirada más tierna.

—Hay un poco de pollo, Cornelius. Y whisky. Y estoy yo. ¿Qué prefieres?

—Los bonos.

—Entonces, perdóname un momento. Los pondré de nuevo en la caja fuerte. Pero si me sirves un trago de whisky y te bajas los pantalones, al diablo con los bonos. Quiero verla estremecerse. Zis, zas. Este es el efecto de sonido para la caída de tus pantalones. Me alegra que hayas vuelto. Me dejaste solitaria y triste.

—Tú me echaste a patadas.

—Alguna vez tendré que decirte algo, Cornelius. Es raro que hayas pensado en trenes.

Es una tarde bochornosa y nublada. El calor se levanta estremeciendo el aire sobre la ciudad. Las ventanas de Fanny cerradas, los toldos bajos. En nuestra pequeña soledad, nos envolvemos con los brazos. En este interior tropical. Arrancándonos la ropa. El año pasado el mundo entero estaba allí, afuera, como hoy. Lleno de rateros y ladronas de tiendas. Qué esperanza para una voz agonizante que aúlla: juego limpio. Hasta cuando me pesaba me sentía injuriado por el tono

insolente de la balanza que decía mi peso. A esta hora empiezan a sonar los silbatos de los porteros. Las damas salen a comer. En el suelo mi camisa, que esta mañana retiré de la tintorería. El chino sudaba en medio del tufo a disolvente y comida. Cerraba cada paquete marrón con la abrochadora rosa que le regalé. Su radio aullaba, su mujer estaba frente a un tazón de arroz con sus palillos. Anoche tuve una polución mientras soñaba que estaba en la esquina de la calle Ochenta y tres y Park. La señorita Musk hacía cabriolas vestida con uniforme de bastonera de satén amarillo. Encabezaba un entierro de Vine. Sus músculos se crispaban a cada paso que daba. Me vio en la acera. Cuando le pregunté a quién enterraban me tocó la bragueta con el bastón. No lo sabes, me dijo. A ti, amoroso. Y Fanny me suplica con los ojos. Una niña. La levanto tomándola por las caderas. Las manos bajo las mejillas de su trasero. Se arrodilla. Se echa de espaldas en el suelo. Sacude el pelo. Me bamboleo y lanzo gritos contra su garganta. Ocultarme un rato. Entre sus miembros. Un lugar fresco en el verano ardiente. Cuando se oyen gritos de irritación en las cocinas familiares. Por las noches alguien deja caer los zapatos al suelo justo sobre mi cabeza cuando procuro dormirme. Un ruido terriblemente solitario. Fanny ha vuelto a recogerme. De nuevo estoy en mi ciudad. Cada vez que Fanny toma mi miembro en sus oleosidades. Señor How, no se enoje. Solo deseo contener un poco la carrera desenfrenada del imperio Mott. Para que el choque no sea tan violento si se produce una crisis. Esto da al más perezoso de nosotros la oportunidad de salir a flote. Siempre he tenido dificultades para trabajar en equipo con el resto de los muchachos. Aflojarme la corbata, arremangarme y poner manos a la obra. Esta mañana la tristeza me clavó una punzada en el estómago. Después en los testículos. Uno anda tropezando de una oportunidad perdida a otra. Esos bonos. Qué ocasión se me presentó. Cuando este mundo asqueroso ya está escrito en negro sobre blanco. Y apilado en alguna caja fuerte. Fanny susurra. Cornelius, a veces me siento cubierta por el blanco jugo lechoso del zumaque venenoso. A pesar de este aire de niña que tengo, qué largo desastre ha sido mi vida. Me voy al oeste en tren. Lo sabías. A través de Altoona. Y de los Apalaches. Y de la misteriosa Pennsylvania. Donde la gente pone sobre los graneros esas imágenes de brujas. Lo obligan a uno a hacer cosas en este mundo solo porque tiene un nombre que empieza con B. A mí me obligaban a tocar el violonchelo solo porque era la chica más alta de la clase. Quise navegar en ese maldito instrumento a través de un remanso en el río. Nadie puede imaginarse el barullo que armaron cuando el enchapado empezó a desprenderse y a enroscarse como una viruta. Hoy el parque estaba lleno de gente tendida por todos lados. No saben la suerte que tienen, con sus vidas enteras para vivirlas. Por más calor que haga. Recuerdas aquella mañana, Cornelius. Te llevé el

desayuno vestida solo con mis jeans ceñidos. Dijiste que mis pechos te abrían el apetito. Y yo te dije que debía irme a una reunión de directorio. Y volví y nos fuimos juntos a Brooklyn. Atravesamos Queens hacia Rockaway. Tú escuchabas las campanadas de las iglesias. Pero en realidad yo había ido a consultar al médico. No sé de dónde he sacado el coraje que tengo. Cuando me haces hervir la sangre, sería capaz de cualquier cosa. Cada mañana me despierto con los puños listos para pelear. Como tú. Sentir que se es capaz de ser alguien cuando en verdad no se es nadie. No permitiré que me digan que voy a morirme. No lo permití cuando me dijeron hace meses que no había más remedio que extirparme los pechos. Una fortuna gastada en operaciones. A la mierda con todo eso. Pero me han asustado con meterme en un sanatorio. Al oeste, en tren. Quiero ir despacio. Por favor, vente conmigo. No digas que no. No nos separemos nunca. Cásate conmigo. Todos los colores se oscurecen cuando la luz se va. Y uno se pregunta.

Qué gris
es el negro
cuando el negro
es gris

22

Cornelius Christian pasó la ola de calor en el fresco departamento de Fanny. Los asesinos de la ciudad batieron todos los récords. Las puñaladas eran el método más corriente. Unas cuantas violaciones en las terrazas de las casas. Cuando nos llevó la comida que habíamos pedido, Kelly, el portero, dijo que esas cosas lo hacían preguntarse a uno adónde iría a parar este siglo.

Las palabras cásate conmigo cerraron todas las puertas de mi cerebro. Miraba la cara de Fanny. Y ella me pedía que compartiera su riqueza y caminara con ella hacia su tumba. De chica usaba aparato corrector en los dientes y tenía costras en las rodillas. Nunca nadó en un lago. Y le encantaba nadar en el océano.

Una tarde más sin ir al trabajo. Cuando estaba agotado de tanto hacer el amor con Fanny, estalló una tormenta tropical. El viento barría la calle. El toldo de un restaurante pasó frente a la ventana como un aeroplano. En estos días, muchos menús indican que los parroquianos pueden elegir cómo desean los huevos. Fritos en la acera. Y rociados con lluvia.

Caían las cortinas de lluvia. Inundaban las calles. Los bomberos desagotaban los sótanos. Las alcantarillas gorgoteaban, arrastraban las colillas, los excrementos de perros, los paquetes de cigarrillos. Una voz suplicaba en esta ciudad. Un rostro con ojos llenos de lágrimas. Fui al centro de la ciudad en un intervalo de la tormenta y me compré un traje de verano gris. Tomé el subterráneo hacia Wall Street para ver la bolsa. Dios santo, qué ajetreo tremendo. Un corredor de bolsa presenció un choque entre dos taxis. Se acercó a los conductores para despertar sus instintos viriles. Los azuzó para que se bajaran de los autos y pelearan. Él se ofrecía a actuar como árbitro.

Christian regresó hacia la zona norte de la ciudad en el Interborough Rapid Transit. La atmósfera pesada del subterráneo. Un hombre sentado, sonriendo, con los ojos clavados en una muchacha. Alguien vomitó en el piso del vagón. En la estación siguiente, cuando las puertas se abrieron, un caballero negro se paró sacudiendo un miembro monstruoso y dijo: ¿Quién quiere esto? Un individuo de anteojos y portafolios jadeaba y anunció: Este lugar es peligroso para la salud. Y un viejo, junto a él, dijo: No me haga preguntas. No sé nada.

Cayó otro chaparrón y Cornelius echó a correr. Un pobre desgraciado de traje azul (debía ser de Michigan) cruzó la calle buscando refugio, dio un salto y aterrizó sobre sus rodillas en un

agujero abierto en la alcantarilla. Un chofer de taxi que lo vio volvió la cabeza y se rio y se estrelló contra un ómnibus.

Las entradas de las casas llenas de gente. Una mujer decía a otra: Qué tarde tan aburrida, qué falta de emociones. Pero yo había emocionado a Fanny y ella había guardado sus bonos. Me contó que al ordenar que investigaran a Vine había descubierto que empleaba a ex bastoneras. Y sugirió que al salir del departamento de Vine las chicas apenas podían caminar hacia una de las limusinas del patrón. Y al oír esa observación mi mano se crispó para darle un bofetón.

Cruzo este vestíbulo lleno de gente. Todos con botas. Afuera sigue la lluvia. Huellas de pisadas y chorreaduras y goteras y paraguas vueltos del revés por el viento. Subo en el ascensor. Me quito el traje gris. Me pongo la ropa de gimnasia. Voy hacia donde todo es juego limpio sobre el acolchado blanco entre las cuerdas rojas. El lugar donde los hombres se dan trompadas en la mandíbula. O'Rourke está sentado con su bata andrajosa, los pies cruzados sobre el escritorio, el diario de la tarde apoyado en sus rodillas.

—Hola, qué sorpresa, Cornelius.

—Hola.

—Hace una semana o dos que no te veo, Cornelius. ¿Qué has estado haciendo?

—Escribiendo frases.

—Qué bueno. ¿Te pagan por eso?

—Claro que sí.

—Qué bueno.

Christian se pone un par de guantes de cuero negro. Va hacia la bolsa de arena que cuelga de un gancho. Le da una trompada y empieza a dar brincos a su alrededor. O'Rourke vuelve la cabeza despeinada por encima del hombro.

—Eh, Cornelius, ¿crees que este es un país libre?

—Claro.

—Anoche conversaba con mi mujer. Tú sabes, uno empieza a charlar cuando no se puede dormir. Voy a hacerte una pregunta muy personal. ¿No te molesta? Prométeme que no te reirás si te parece cómica.

—No me reiré.

—¿Crees que una muchacha puede quedar embarazada por bañarse en una bañera? Tú sabes. Si un tipo usó la misma bañera antes que ella. Piénsalo bien. No necesito que me contestes enseguida. Yo le dije a mi mujer que era imposible. Pero creo que hay que pensarlo bien. Dímelo dentro de unos cuantos días. Mientras tanto, viviré en la ignorancia. Eh, dime, Cornelius. ¿Andas con alguna chica en estos momentos? Pienso que quizá te sientas solo.

—Sí.

—¿Quieres decir que andas con una chica?

—Sí.

—Qué bueno. Eso es importante en esta época. Todo el mundo anda suelto. En esta ciudad se necesita compañía. ¿La sacas a pasear?

—De cuando en cuando.

—Eso está bien. ¿La conociste aquí?

—La conocí cuando era chico. Antes de irme a Europa.

—La primera novia. Mi mujer fue mi primera novia. Nunca tuve oportunidad de conocer otra cosa. ¿Qué tal está tu chica?

—Bastante bien.

—Tú tienes buen aspecto. Eh, ¿sabes que has producido cierta conmoción desde que volviste? Cada vez que sales de aquí entra el almirante y dice: Ese tipo Christian no me cae bien. Quiere saber si no estás metido en cosas raras. Dice que deberías haberte quedado en Europa. Más o menos le conté lo que te pasó. Pero él dice que eres una amenaza para Estados Unidos. ¿Crees que es cierto, Cornelius?

—Sí.

—¡Cómo! ¿De modo que estoy en presencia de un criminal? Lárgate de aquí. Pero en serio, Cornelius. Dime una cosa. ¿Qué piensas de las chicas norteamericanas?

Christian se detiene, baja los guantes parado sobre sus propias huellas y después apunta un golpe.

—Son unas putas.

—Eh, no puedes decir una cosa así.

—¿Por qué no?

—Porque no es cierto. Mi mujer es norteamericana. ¿Acaso es una puta? Eso fue lo que dijiste al almirante. Y le dio un ataque. Pero ¿sabes qué dice? Que tienes razón. Pero también dice que si alguna vez te agarra en el ring te matará por alguna de las cosas que has dicho. Piensa que por culpa de la gente como tú los negros y los judíos están cada vez más fuertes.

—Me alegro.

—¡Cómo que te alegras! Y dice que por culpa de la gente como tú desaparecen todos los policías irlandeses. ¿Quién crees que mantiene la decencia en esta ciudad? Espera a que se lo diga al almirante. Llegará dentro de pocos minutos. Se hará arreglar las uñas. ¿Sabes que el almirante es un tipo importante? Controla todo el puerto de Nueva York. Podría ser útil. Vaya puerto este... Un sitio muy simpático, donde todos se lo pasan agujereándole la cabeza a los demás. Y mientras tanto, qué hace el almirante. Está metido aquí, haciéndose arreglar las uñas. ¿Crees que los hombres deberían hacerse arreglar las uñas, Cornelius? Quizá pienses que desde que te has ido todos nos hemos vuelto homosexuales. Eh, dime, Cornelius, ¿crees que en este país todos somos homosexuales?

—Sí.

—No puedes decir semejante cosa.

—¿Por qué no?

—Bueno, no es cierto. Por eso. Si yo fuera homosexual, ¿cómo podría tener diez hijos? Explícamelo. No tengo tiempo para ser homosexual. ¿Entiendes lo que quiero decir? Llego a casa y antes de que pueda sentarme ya tengo a los chicos encima volviéndome loco. Ni siquiera tengo tiempo para ser normal. Por eso me preguntaba sobre eso de la bañera. Si una mujer puede quedar embarazada... Tú eres un tipo inteligente, Cornelius. Contéstame.

—Según las leyes de la física, es posible.

—¿Las leyes de qué? Eh, no me vengas con eso de las leyes de la física. ¿Una mujer puede quedar embarazada o no? Tienes que decírmelo, porque me lo paso discutiendo toda la noche con mi mujer y no puedo dormir. Hasta me despierta para decirme que conoce a una que quedó embarazada después de un baño. Por Dios, cállate la boca, le digo, si la culpa no es del repartidor de hielo o del lechero está bien, será por el baño en la bañera; de todos modos, el chico ya tiene nombre.

—Es posible. No puedo decirte más que eso.

—Me desilusionas, Cornelius. Le dije a mi mujer que el único que podía aclarar este asunto eras tú. Que tú lo sabías todo sobre esos microbios y gérmenes chiquitos. Eh, pero he oído decir que esas inglesas no tienen la menor ética. No hay que casarse con ellas. Lo hacen solo porque les gusta. Pero dejemos esto. Estás en muy buena forma, Cornelius. Todavía conservas ese gancho de izquierda y ese golpe de la derecha. Se me ocurre una gran idea. El almirante se cree un as del boxeo. Cree que tiene una trompada invencible. Escúchame. Tú sabes cómo sacarlo de quicio. Contéstale. Eso no le gusta. Hace años que nadie se anima a contestarle. ¿Sabes qué sería muy bueno? Podríamos arreglar que se enfrentaran en uno o dos rounds. Qué te parece. Hasta le diré que eres judío y te llamas Christian para disimular. ¿Qué opinas? Creo que ya he hecho demasiadas payasadas. Sería muy cómico. Engáñalo. Hazle creer que te deja fuera de combate. Para que se sienta orgulloso. Vamos, piénsalo. Podrías hacer un viajecito en el yate del almirante.

—En los últimos tiempos la vida me ha puesto fuera de combate tantas veces que no sé si ahora podré aguantar una paliza falsa.

—Te divertirás.

O'Rourke se pone de pie. La cabeza ladeada, los puños al frente. Lanza trompadas en todas direcciones.

—Cornelius, sube al ring como si fueras a matarlo. Yo seré el réferi. Unos pocos ganchos de izquierda en la boca, no demasiado fuertes porque podrías liquidarlo. Atácalo en la cintura. Que sienta el

castigo y comprenda que debe tomar la ofensiva.

—¿Y si en cambio se rinde?

—No se rendirá. Y menos frente a la manicura.

—No sé. Estoy en contra de los actos que pueden causar daño.

—¡De qué daño me hablas! ¿Te parece que rejuvenecer al almirante es hacerle daño? Es un tipo que ahuyenta a los extranjeros de Nueva York y mantiene a los negros en Harlem. ¿Qué quieres, Cornelius? ¿Que haya un baño de sangre en esta ciudad? Si hay tanta decencia en el puerto es gracias al almirante. Se lo debes al país, Cornelius.

—Gracias. Tú has dicho que en el puerto se lo pasan pegándose tiros en la cabeza.

—Pero es una manera decente de matar. ¿No ves la diferencia? Y eso gracias al almirante. Ahora obsérvame. Un gancho de izquierda a la mandíbula del almirante. Después uno de derecha al estómago. Descubre tu guardia. Él te dará una trompada que te arrojará al suelo. Deja que te la dé al final del round.

—Creo que está en contra de mis principios hacer de alguien una víctima...

—Vamos, todos somos víctimas. Eh, antes de irte a Europa eras uno de los peleadores más bravos que vi por aquí. Qué te ha pasado. Hoy mismo has entrado aquí con aire triste. ¿Tienes algún problema, Cornelius?

—Está bien. Pelearé con el almirante.

—Magnífico.

O'Rourke con sus ojos risueños, las manos en las caderas. Mira fijamente a Christian. Esta lengua de tierra rocosa que Nueva York parece sacar ante el mundo con insolencia para mostrarle sus inmensas golosinas rellenas de oro. Aquí tiene uno apenas un segundo para subir al escenario. Y desde allí saludar o saltar desde un rascacielos. Durante un minuto hay un público que lo conoce a uno. Y rechifla. Y al minuto siguiente llega otro público desde alguna parte que dice: ¿Quién diablos es ese que salta? Y aplaude si uno se mata.

—Eh, Cornelius, ¿sabes una cosa? Has cambiado. Antes eras un tipo muy bravo. Tenías agallas como para meterte con todo un ejército. Ha de ser por culpa de esos valores morales contra los cuales habrás tenido que luchar en Europa. Esos ingleses que siempre tratan de servirte el roast beef de la semana pasada. Esos irlandeses que te hacen creer que son buenos amigos y después intentan venderte el del año pasado. Todo lo que se oye aquí de la gente que vuelve de Europa es cómo trataron de robarlos, de engañarlos, de estafarlos. Siempre procuro explicarles a los que se van que allá todos estafan. Solo aquí hacen las cosas de frente.

La puerta se abre. Entra el almirante. Envuelto en una bata blanca.

Una toalla en torno al cuello. Guantes de boxeo nuevos que crujen. Las negras cejas fruncidas. Entonces, O'Rourke le da la bienvenida abriendo los brazos.

—Hola, es el almirante. El defensor de los derechos del hombre blanco. Lo que este país necesita es una buena limpieza, ¿no es cierto, almirante? Mire, aquí está Cornelius Christian.

—Ya lo veo.

—¿Qué pasa, almirante? Christian no es mal tipo. Solo un poco liberal. Tiene las ideas nuevas que aprendió en Europa.

—No me hable de Europa. Soy un ciudadano que paga sus impuestos.

—Todos los pagamos, almirante.

—No tengo ganas de que mi dinero sirva para mantener a tipos como él en este país. Y para que se lo pasen criticándolo.

—Vamos, almirante, lo único que dijo es que las norteamericanas son putas.

—Lamento mucho estar de acuerdo con él.

—Oye eso, Cornelius. Escucha lo que dice el almirante. Parece que están de acuerdo en algo. Los dos deben de tener razón. El país está lleno de putas de costa a costa. Eh, esperen un minuto. ¿Y mi mujer? ¿Quieren decir que mi mujer es una puta? Eso no puedo admitirlo. Es la madre de mis hijos.

—No hablo de las esposas. Hablo del servicio de ayuda social que mantiene a una manada de putas a costa de los impuestos que pagamos los ciudadanos.

El almirante tiende la mano para que O'Rourke anude los lazos del guante. Mientras Christian salta en torno a la bolsa de arena en la cual hunde sus puñetazos.

—Usted merece pagar impuestos.

—¿Y usted los paga?

—Yo vivo en el limbo.

—Esas son las cosas que se aprenden en esta época. Me gustaría tenerlo en uno de mis barcos. Pensamiento liberal, fornicación liberal...

—Eh, almirante. Yo estoy al frente del gimnasio. Aquí están prohibidas las malas palabras.

—Si algún día llego a tenerlo en uno de mis barcos...

—Eh, Cornelius ha estado en la Marina, almirante. ¿No ve cómo se para? Leven anclas. Cierren todos los mamparos. A pelear contra los anfibios. Zarpamos al amanecer. Guerra a muerte contra los extranjeros de mierda. Vivan los irlandeses.

—Basura inmunda.

—¡Qué es eso de basura, almirante! Christian dice que los judíos y los negros están ocupando todos los asientos en los subtes. Dice que

deberían quemarlos en aceite hirviendo. Para dejar lugar a los irlandeses.

—No dudo que dirá esa clase de cosas.

—Pelee con él, almirante. Use este lugar como es debido. Para el deporte viril. El arte de la defensa personal.

—Espero a la manicura.

—Christian cree que usted es homosexual, almirante. Que por eso se arregla las uñas. Tiene que darle su merecido. Además, es hora de que deje de usar este sitio como salón de belleza.

—Cuando usted deje de usarlo como salón de ventas, yo empezaré a usarlo para el deporte viril.

—¿Cómo puedo vender mis antigüedades si no me mantengo en contacto con mi depósito? He tenido una idea estupenda. He hecho hacer agujeros en los marcos para que parezcan de los gusanos de la madera. ¿No quiere comprar un cuadro antiguo, almirante? Barato. Para el comedor de su yate.

—Falsificaciones de alguna trastienda del Bronx.

—Auténtico. De verdaderos castillos europeos.

—¿Ha estado alguna vez en una galería de arte?

—¿Para qué? Yo hago las cosas bien. Trabajan para mí dos egresados de la escuela de artes. Siempre digo que cuando tienen títulos no saben robar. Es más fácil dominarlos.

Un golpe en la puerta. O'Rourke grita: Adelante, entre en el pozo de las víboras. Ante la puerta una muchacha de guardapolvo blanco, que vacila. Empuja una mesita rodante con una tetera de plata e instrumentos de manicura.

—Busco al almirante Brown.

—Ahí está. Es aquel animal.

—Cállese, O'Rourke. Acérquese, señorita. ¿Cómo se llama?

—Gertrude. Gertrude Gentle.

—Venga. Tomaré un poco de té. ¿Puedo llamarla Gertrude?

—Sí, señor.

—Estoy harto de que me llamen señor. Llámeme de cualquier manera, pero no señor. Me hace sentirme un bicho raro.

—Eh, usted no es un bicho raro, almirante.

—Cállese, O'Rourke.

—Cuidado, almirante. Ya sé lo que hay en esa tetera.

—Voy a ponerle un terrón de azúcar.

—Póngale leche.

—Señorita Gentle, explíquele a este hombre de la bata andrajosa. ¿Acaso no he pedido té? ¿Y no es té lo que me trae usted?

—Sí, señor.

—Ya lo ve, O'Rourke.

—Whisky. Póngale leche. ¿Qué te parece, Cornelius? Qué

vergüenza. En el templo del atletismo. Eh, almirante, antes de que le arreglen las uñas, ¿por qué no practica un poco de boxeo con Cornelius?

O'Rourke enciende las luces. Un trueno hace temblar las ventanas en el desfiladero de la calle. Suenan bocinazos en la lluvia. Afuera veo gente sin sombreros, con diarios empapados sobre la cabeza. Un instante, aquí dentro. Al abrigo, privilegiado. Me he lavado el culo como me dijo el doctor Pedro. Dejé a Fanny mordiéndose los labios. Después de que me gritó: Quieres dejarme, ¿no es cierto? Y telefoneé a Charlotte para invitarla a salir. Cuando uno ve tanta gente en los ómnibus de esta ciudad. Todos escudados tras sonrisas falsas. Rostros de muertos. Sin rastros de color.

—¿Oyó lo que dije, almirante? ¿Tiene miedo?

—Ja, ja. Gracias por la estimulante sugerencia, O'Rourke. Si quiere invitar al señor Christian a que pelee conmigo, él no tiene más que aceptar.

Christian baja la cabeza con timidez. Demostrando cobardía. Se niega con maneras muy caballerescas.

—Creo que no estoy en condiciones.

—Vamos, Cornelius, el almirante promete no usar nada letal. Recuérdelo, almirante, el gancho en tirabuzón está prohibido. No quiero que nadie se haga daño en mi gimnasio. ¿Entendido, almirante?

—Es improcedente...

—Improcedente, improcedente. Qué quiere decir con eso. Las palabras difíciles están prohibidas aquí. Lo único que quiero es su solemne promesa de que no usará el gancho en tirabuzón. Ya tienes la promesa del almirante, Cornelius.

—Aun así, creo que no estoy en condiciones.

—Vamos, Cornelius. Sube al ring con el almirante. ¿No te basta con esa promesa? Almirante, ¿me da su palabra de honor de que no usará el gancho en tirabuzón?

—No sea absurdo. ¿Cuándo he golpeado a un hombre que no puede defenderse?

—Ya lo oyes, Cornelius. Sube al ring con el almirante. Recibirás una buena lección. Apúrate, antes de que empiecen a arreglarle las uñas. El almirante es capaz de conducirse como si fuera judío y como si tú fueras negro. Que gane la mejor de las dos razas.

—Está bien.

—Bravo, Cornelius. Almirante, con cuidado. Nada de pegar con alma y vida.

—Para mí, O'Rourke, el deporte significa dar y recibir. No quiero meterme con alguien que no puede defenderse.

—Cornelius no es un inválido, almirante. Pero si usted no usa el

gancho en tirabuzón, no lastimará a nadie.

—No puedo prometer que no lo usaré.

—Pero usted aseguró...

—Es algo instintivo en mí. No sé de dónde me sale. Ni siquiera me doy cuenta de cómo lo hago.

—Eso me parece bastante claro, almirante. Mire el aspecto que tiene. Parece un muchacho de veinte.

—Bueno, procuro mantenerme en forma. Cada barco que zarpa bajo mi mando está en perfecto estado de salud y conservación.

—Señorita Gentle, ¿usted diría al mirar al almirante que tiene uno de los golpes más letales que se hayan visto en el ring? Desde luego, a él no le gusta que se hable de eso. Pero no puede negarlo, almirante.

—¡Pero si no lo niego! Prefiero que me conozcan. De ese modo todos saben el riesgo que corren al pelear conmigo.

—Cada vez que sale de aquí, almirante, me parece que oigo correr a los asaltantes. Pero basta ya. Usted me oyó decir dos veces a Cornelius que aquí no se usaría ese gancho. No violará las reglas del deporte, almirante.

—¿Por qué no se compra una bata nueva, O'Rourke?

—Eh, ¿qué tiene de malo esta?

—No quiero que esta señorita piense que los amantes del boxeo somos incapaces de vestirnos con pulcritud.

—¿De dónde ha sacado esa palabra? Pulcritud... Hable como cristiano. Cornelius tampoco tiene pulcritud. Me ha dicho que andar vestido con harapos es un rasgo de distinción europea. Vamos. ¿Está dispuesto o no a pelear con Cornelius?

—Si él está dispuesto, también yo lo estoy. O'Rourke salta por encima de un banco. Toma un par de guantes de boxeo. Los tiende a Cornelius.

—Señorita Gertrude, anúdelo al almirante, por favor. Los guantes, quiero decir. Procure no hacer moños que se deshagan.

Los dos rivales en el centro del ring. O'Rourke entre ambos, una mano en un hombro de Christian y la otra en un codo del almirante.

—Atención. Prohibidos los golpes antes de que suene el gong. Prohibidos los golpes bajos. Estaré atento para que no se cometan irregularidades. Quiero que esta sea una pelea racista y sin trampas.

Suena el gong. Christian salta hacia atrás. Practicando al instante el bailoteo en marcha atrás. Mientras el almirante carga con un potente gancho de izquierda. Va a dar contra las cuerdas. Murmura: Hijo de puta, mientras Christian lo esquiva con uno de sus saltos. O'Rourke se sienta frente a la tetera.

—Bueno, almirante, me serviré un poco de té.

—Apártese de esa tetera.

—Solo una gota. ¡Vaya, pero si es té!

—Usted es un canalla.

—¿Así que usted se entrena con esto, almirante? Ahora sabemos de dónde le sale ese gancho en tirabuzón. Cornelius, esquívalo cuando lo use.

Christian sigue con sus rápidos brincos. Evitando hábilmente la próxima carga perpetrada por el almirante, que no deja de gruñir. Y que no consigue golpear la cabeza de Christian.

—Muy bien, Cornelius. Demuéstrale que sabes mover los pies. Atúrdelo para que no pueda alcanzarte con el gancho en tirabuzón.

Gertrude Gentle se vuelve hacia O'Rourke alzando las cejas en su rostro cuidadosamente empolvado.

—¿No tiene miedo de que se lastimen?

—Sssh... Nos estamos divirtiendo un rato. El almirante es incapaz de romper una telaraña.

—Oh, es solo una broma.

—Solo una broma. Bravo, Cornelius, esquívale esa derecha. Gira. Cuidado, el almirante apunta de nuevo. Y usted, almirante, recuerde lo que dije. No vaya a darle con alma y vida.

—Cállese.

—Eh, tengo que dar instrucciones a mi boxeador. Ojo, Cornelius, ya se está dando cuenta de tu juego. ¿Qué le pasa, almirante, por qué deja que Cornelius se le escape? Hay que pelear como un hombre. No tenga miedo. Si este país es grande es por el coraje de sus hombres. Y por la bomba que tenemos. Vamos, almirante, dele una buena.

—No puedo golpearlo. No hace más que esquivarme.

—Eso se explica. Es un milagro que Cornelius no se haya escapado hacia el ferry. La culpa es de ese gancho en tirabuzón que le pasó rozando la oreja. ¿Estás bien?

—Sí. Estoy entrando en calor.

—Ojo que lo vigilo, almirante. No quiero ningún cuerpo inconsciente en esta sala de boxeo. Soy responsable de las vidas, aquí. Esto es como un barco.

—Christian se las arregla bastante bien. No necesita sus consejos de capitán. Tiene una trompadita correcta. Por poco me alcanza. Buena trompada. Pero no se olvide de avisarme si lo lastimo.

—No me lastima.

—Eh, ustedes dos están empezando a hacerse amigos. Golpéalo, Cornelius. Mírelos, señorita Gentle. Dos hombres estupendos. Verdaderos deportistas. No hay duda de que este es el arte viril. Observe los golpes del almirante. Mire cómo flexiona la rodilla y da el golpe cargando desde el hombro.

O'Rourke se sirve té. La señorita Gentle se lleva una taza a los labios. Y escupe.

—Oh, Dios. Creí que era té. O'Rourke de pie, sacudiendo un puño

en el aire. El ritmo de la pelea afloja. Fintas, amagos, avances, resoplidos.

—Esta es una pelea judía. Necesitamos más acción. Arremete contra ese árabe, Cornelius. Está descubierto, dale un golpe en la nariz. Eso es, acaba con él antes de que use el gancho en tirabuzón. Castígalo en los costados. Ahora una izquierda. Trompéalo, trompéalo. Cuidado, Cornelius, esa postura del almirante es peligrosa.

Christian baja los guantes. Avanza adelantando el mentón. Esquiva a tiempo un cross del almirante. O'Rourke salta al ring.

—¡Lo he visto, lo he visto! El gancho en tirabuzón, almirante. El temible golpe mortal. Con alma y vida. Usted sabe que es fatal dado desde cerca.

—Y usted deje de tomarse mi whisky.

—Ah, lo admite. Bueno, pues yo lo he visto. Si Christian no lo hubiera esquivado, habríamos tenido que ir a buscar su cabeza a Wall Street. Hay que parar la pelea.

Un ruido sordo. El guante del almirante contra la mandíbula de Christian, que gira lentamente y cae a plomo sobre la lona, de espaldas y con las piernas abiertas. Gertrude Gentle salta sobre sus pies, una mano en los labios. Mientras O'Rourke guiña un ojo y la empuja para que vuelva a sentarse.

—Eh, lo ha golpeado con el gancho en tirabuzón. No lo niegue, almirante. Lo he visto. Mírelo, lo ha dejado sin sentido. Le dije que no lo usara. Usted no tiene conciencia de su propia fuerza.

Por la ventana entra un viento fresco y húmedo. Relámpagos distantes. El almirante se yergue imponente sobre el inerte Christian; levanta el mentón, alza en triunfo la mano enguantada, cruza el ring con lento contoneo y se desliza entre las sogas rojas.

—Adonde va, almirante. No puede dejarlo así. Hay que levantarlo. Hay que hacerle respiración artificial.

—Fue apenas una palmada. Déjelo allí. Hace tiempo que se lo andaba buscando. Le hará sentar cabeza. Ya no volverá a decir disparates por aquí.

—Bueno, almirante, permítame estrecharle la mano. Pero no me aplaste los dedos. Solo un apretón amistoso. No quería decírselo, pero esta es la primera vez que Cornelius Christian se da un porrazo en la cubierta, para usar una frase náutica. Sí, no quería decírselo, pero fue campeón del Atlántico de peso medio antes de irse a Europa. Diecisiete nocauts.

—Bueno, durante unos segundos me desconcertó. En muchas ocasiones me he abstenido de usar el gancho en tirabuzón, aun cuando veía una buena oportunidad. Pero este muchacho es muy vivo para no ofrecer la cara. En esta época no abundan los tipos con agallas.

—Tiene razón, almirante.

—La primera vez que me embarqué saltaba a la cuerda dos horas seguidas en la cubierta antes del desayuno. En aquellos tiempos este país no estaba lleno de maricones piojosos como ahora. Así fue como adquirí este estómago que llaman barril de cerveza. Barril de clavos. Venga, muchacha. Deme un golpe en el estómago. Vamos, no se asuste. Eso es.

—Oh, señor, qué duro es.

—Muéstrele, almirante. Es acero blindado. Fue el estómago del almirante el que les dio la idea, Gertrude. Christian se habrá roto la mano cuando intentó golpear ese estómago.

—Esto se consigue solamente llevando una vida limpia, O'Rourke.

—Y yo le he ahorrado el trabajo de limpiar la tetera, almirante.

—Señorita Gentle, no le preste atención.

—Oh, ni siquiera lo oigo, almirante. Pero ¿qué pasa con el señor Christian? ¿No corre peligro?

—Querida mía, es agradable ver a alguien que se preocupa por los demás. Es algo que desintoxica la mirada. Pero le aseguro que se pondrá bien en unos pocos días. No podrá masticar durante un par de meses, pero quedará bien. Bueno, esta ha sido una buena tarde de trabajo.

—Me pareció ver que se sacudía.

—No se preocupe, Gertrude. Mi gancho en tirabuzón no produce daños irreparables. Solo hace dormir. Está científicamente calculado. El guante gira al principio del golpe y adquiere el doble de fuerza, dando contra el mentón con tal velocidad que nadie puede verlo. Lo perfeccioné durante años, estudiando las estrías en el cañón de un revólver. Échele un poco de agua.

—Eh, almirante, mírelo. Caído como un árbol. Hay que admitir que Cornelius lo aguantó como un hombre. Pero se le fue la mano, almirante.

—Le hará bien. Estos jóvenes afeminados necesitan una palmada en el trasero. Perdóneme, señorita Gentle, pero eso es lo que les hace falta. Para que aprendan a andar derechos. Pero no soy un tipo insensible. En el ring puedo ser un asesino, pero fuera de él me comporto como un ser normal. Cualquier boxeador nato podría haber hecho lo que hice yo al ver cómo empezó la pelea.

—Su conciencia está limpia, almirante. Pienso que Cornelius se lo andaba buscando. Como todos esos tipos que viven en este país como se les da la gana. Y creen que lo único que les importa a nuestras mujeres es sacarnos plata y venderse.

—Creo que ese lenguaje está fuera de lugar en presencia de Gertrude, O'Rourke.

—Oh, no. A mí me gustan los hombres que odian a las mujeres.

—Qué me dice de eso, almirante. Si Cornelius estuviera consciente

se habría alegrado de oír eso.

—Adiós, O'Rourke.

—Hasta pronto, almirante. Y cuidado con ese gancho en espiral. De hoy en adelante, queda prohibido.

O'Rourke ríe entre dientes cuando la gran puerta marrón se cierra. Se vuelve hacia el ring. Christian caído sobre la lona. Los ojos abiertos fijos en el techo. Una sirena aúlla. Una campana suena en la calle. En alguna parte hay un amable incendio.

—Fue estupendo, Cornelius. El almirante te invitará a su barco. Viajarás gratis por el puerto. Qué risa, eres todo un actor. Por un minuto pensé que te había liquidado de veras.

Christian con los brazos extendidos, en diagonal. La cabeza rubia apunta hacia un extremo de la ciudad, los talones oscuros hacia el otro.

—Eh, Cornelius, levántate. Qué te pasa. El almirante se ha ido.

O'Rourke se inclina sobre Christian. Le toca la cabeza.

—Diablos, parece que te ha golpeado de veras. Despierta. Eh, traeré las sales aromáticas.

Sobre este piso de lona acolchada. En el Nuevo Mundo con pavimentos de asfalto y cemento. Abandonado y sin recursos en los brazos de Fanny Sourpuss. Almas asustadas que se arrastran. Un fluir incesante de gente que llora silenciosa en las calles como desfiladeros. Una caja de cartón rota. Para llevarse los sueños a cualquier lugar. Como el día en que tomé un ómnibus hacia el norte a través de Harlem. Cuando era chico. Un cartel, lombrices y gusanos en venta. Automóviles rugiendo en las rutas. De noche, al mediodía, por la mañana, por la tarde. Ningún sitio donde vivir. En un continente cubierto de basura. Que el suelo se abra, que vuelva a fundirme con la tierra estéril. Más allá de las llanuras de sal. Oriné al pasar por Pittsburgh. Anduve de nuevo por esa barriada de hombres de cogote escuálido y cabeza de cóndor, sentados con los brazos apoyados sobre las rodillas. Ofreciendo en venta sus pantalones y sus camisas, negociando con sus labios enrojecidos. Corteses y vencidos. Una figura se levantó, suplicando. Hacia las risas de mis compañeros de escuela. Y vi los ojos de un hombre. Que vio los míos. Durante muchos años pensé que estaba muerto. Y su mano cayó y su cabeza se abatió.

Mientras dijo.
Perdóname
hijo

23

Despierto por la mañana. Fanny apoya un pecho en mi cara para aliviar mi mandíbula. Dice que está muy hinchada. Quizá rota. Precisamente cuando se me veía tan elegante con mi traje de verano a rayas. Y cuando planeaba una urticante serie de frases publicitarias muy originales para que el señor Quell y sus chupamedias se quedaran boquiabiertos de envidia en el Salón de las Ideas del Imperio Mott. Justo entonces me dejaron nocaut.

Cornelius Christian acude al consultorio médico. Largas nubes en forma de cigarro avanzan desde Hoboken, los Hamptons y Sag Harbour. La sombra de los edificios atraviesa el parque. Con su poderoso motor rugiente el ómnibus avanza oscilando entre parada y parada. Un sol ardiente brilla en los intersticios de las calles transversales. Un chico de piel oscura orina hacia la calle desde la ventana de un sexto piso. Las gotas todavía no han alcanzado a un viejo sentado en la escalera de la entrada.

Un nuevo día. Renace la vida, aun en estos lóbregos desfiladeros llenos de sobacos sudados que empujan percheros rodantes cargados de ropa azul y rosada por este barrio donde florece la industria del vestido ordinario. Camiones atascados a lo largo de las alcantarillas. Cigarros en las gordas caras que vigilan. Multitudes que entran a la carga por la puerta de este gran depósito. Bajo del ómnibus en Herald Square. Donde nadie me espera para darme un premio por mi belleza espiritual.

Christian atraviesa una vez más esta entrada cavernosa. Vuelve a subir al piso ochenta y cinco. Junto con un gárrulo grupo de escolares estivales; la maestra que los guía me echa miradas rectangulares. Que yo devuelvo con mi mirada de exhibicionista. La semana pasada escribí a Europa una carta llena de desesperada nostalgia. Les supliqué que volvieran a admitirme. Después de que el cobrador saltó sobre mí desde la puerta del pasillo. Para que le pagara la deuda por exceso de equipaje contraída durante mi viaje de regreso a estas playas. No mencionó las comidas que mi mujer se perdió ni las toallas que no usó. El cobrador me dijo: Al fin lo pesqué, señor Christian. Entonces lo acribillé con leves ganchos de izquierda. Uno de ellos le acertó en la garganta y lo proyectó hacia atrás, contra una muchacha que llevaba una bolsa de basura húmeda. La muchacha chilló. Y el cobrador chilló mientras se volvía hacia ella para disculparse, solo para recibir de la muchacha un enérgico puntapié en los testículos. Estuve a punto de quedarme un rato para verlos pelearse. Sobre el desparramo de

pepitas de melón.

La enfermera del doctor Pedro me abre la puerta del consultorio, una nueva rosa rosada prendida en su blanco uniforme, sobre el pecho exuberante. El doctor está sentado, cantando, los brazos erizados de hirsuto pelo gris, la mejilla rojiza contra el violín mientras punza las cuerdas.

—Eh, qué le ha pasado. ¿Le ha comido la lengua un ratón? ¿No puede hablar? Parece que le han dado una buena en la mandíbula. Debiera hacer el amor, no la guerra. Se habrá peleado con algún rotoso en la calle. Tiene que hacerse hombre. Y ser el primero en golpear. No me lo explico: salió de aquí curado y vuelve aporreado. Tengo unos buenos consejos que darle, pero son caros. ¿Sabe cuánto cuestan mis consultas? No me lo pregunte. Nunca podría pagarlas. Pregúnteme por qué cambian el nombre de las calles: la avenida Once se convierte en West End a la altura de la calle Cincuenta y nueve, y la avenida Doce se convierte en Amsterdam, y la Novena en Columbus, y la Octava en Central Park West. Es que la gente cree que hay zonas más elegantes que otras. Es por eso. Y aquí yo les miro el tubo de la chimenea a todos esos asnos. ¿Fregó el piso, como le dije? Ya sé que no lo hizo. Mírese ahora, no puede hablar. Qué diablos le pasa, por qué no hace lo que le digo. Usted cree que soy un viejo chocho que dice disparates. Tiene la mandíbula hinchada, una leve dislocación. Pronto estará bien, no hay nada roto. La única ventaja para usted es que ahora nadie podrá decir que es un chupamedias, o algo peor.

Christian agradece con un movimiento de cabeza. Ríos de sudor corren por la ranura entre mis nalgas. Más allá de la ventana, sobre la cabeza de este médico sarcástico, la sombra de un edificio se proyecta sobre un kilómetro de techos. Sobre los cuales irá a parar el almirante el día en que me lo encuentre, lleno de moretones y catapultado por una trompada mía en su barriga.

—Eh, ¿quiere saber cómo ser feliz? Se lo diré. Camine sesenta cuadras por día. Para librarse de los asaltantes, finja que es medio loco. Treinta manzanas en una dirección, treinta en la otra. Después vaya a un bar de la avenida Amsterdam. Pida un sándwich caliente de pastrami con pan negro y abundante mostaza, un plato de coliflor, una botella de cerveza. Observe la expresión de sus imbéciles congéneres y alégrese de no ser como ellos.

La enfermera se lleva mi ficha. La luminosidad genital de su sonrisa. El minúsculo médico se pone de nuevo a cantar y a punzar su violín mientras atravieso la puerta. Extraños dolores en el pecho. También en el trasero. Al salir de aquí podría encaminarme en mil direcciones diferentes. En vez de volver al Imperio Mott.

El ascensor está ocupado por una recua de Damas Coloniales de Norteamérica con sombreros de paja y corsés de ballenas,

provenientes de Atlanta, Georgia. Bajo a la calle envuelto en el sofocante vaho de sus perfumes. Por añadidura, alguien en este ascensor ha pisado mierda de perro. Recurro a mi técnica de ventrílocuo para deslizar algunas palabras entre mis mandíbulas bloqueadas. Elijo un circunloquio para hacer una sugerencia de manera civilizada.

—Perdón, señora. Ya que estoy de pie a su lado, me permitiré preguntarle si usted y sus amigas son Hijas de la Revolución Norteamericana.

—¡Oh, hijo, cómo se ha dado cuenta!

—Lo supe enseguida, señora.

—Vaya, es maravilloso. ¡Oye, Jean, este muchacho se ha dado cuenta de que somos hijas!

—Tengo la mandíbula rota. Lamento mucho hablar así, entre dientes, pero estoy seguro de que una de ustedes ha pisado excrementos caninos.

La dama se ruboriza y la garganta se le cubre de manchones rojos. La charla cesa y no se reanuda durante los próximos cincuenta y dos pisos. Silencio de muerte. En estos días me es casi imposible decir nada acertado. Pero es que ya no puedo soportar las cosas que apestan. Todas las mujeres tienen los ojos clavados en mí. Durante este descenso que hace estallar los oídos. Las narices se tuercen al husmear. Esta maldita recua de matronas me huele deliberadamente.

El ascensor para y se vacía. Christian se abre paso a través del ruido y las conversaciones del vestíbulo. Y sale a la calle pasando frente a un hombre que vende cuentas de rosario y corbatas de lazo a lunares. Sumido en mi desdicha voy en dirección al oeste, hacia los muelles. Donde los grandes navíos pueden llevárselo a uno. Zarpar como ya zarpé antes. Con una monstruosa carga de dolor.

Christian se detiene ante el cartel que dice Taberna. Entra para tomar un vaso de cerveza. Empuja las puertas oscilantes hacia la oscuridad. Avanza a lo largo del mostrador de caoba. Dentro hace más fresco que en la calle ardiente. Zumban los ventiladores. Ahuyentan el olor de aquel ascensor. El barman, con vientre en forma de palta y delantal blanco, limpia las chorreaduras de cerveza. Paso frente a un grupo de cuatro individuos entregados a una conversación apasionante.

—Eh, ¿por qué no te avivas?

—¿Por qué no te avivas tú?

—Soy bastante vivo.

—Sí, para joder a los demás.

—Eh, ustedes dos, ¿por qué no se dejan de decir tonterías? Tomemos otras cuatro cervezas. Sírvele una a ese tipo que acaba de entrar. Parece triste.

Levanto mi vaso en un silencioso saludo de agradecimiento. Porque si tuviera ganas de hablar no diría gracias. He entrado en este lugar como en un mundo enteramente nuevo. Un refugio encontrado al azar. Para sentarme en un banquillo y pensar. Cuando trabajaba en la funeraria, me sentía vivo, y ahora la muerte avanza a tientas por cada recoveco de mi cerebro. La ciudad entera permanece despierta y con los ojos abiertos durante la noche. Y durante el día otro caballero negro que exhibía su pene en el subterráneo. Frente a un grupo de madres habituadas a los penes blancos. Y una dama de cara grasienta y en plena madurez saltó adelante con el tejido en una mano y procuró agarrarlo con la otra. El caballero retrocedió por la plataforma, empujando y guardándose el pene en la bragueta. Y la dama lo siguió gritando: Espere un momento, quiero hablar con usted. En busca de alivio subí al nivel de la calle para dar un paseo por el parque. Sobre una roca a plena luz del sol ocho tipos con los labios pintados estaban sentados en círculo, masturbándose. Cuando pasé me hicieron señas para que los acompañara. Uno de ellos marcaba el compás con un tamboril. Por el sendero se acercaba un anciano con impecable traje de hilo y polainas blancas que al cruzarse conmigo dijo: Bienvenido al manicomio.

Voces que se alzan en el otro extremo del bar. Un tipo alto, fornido, con el pelo cortado al rape y camiseta verde, arruga un lado de la cara para decir a otro individuo más bajo, de traje gris.

—Si usted es tan fino, ¿qué hace en un lugar como este?

—¿Y qué hace usted?

—Yo estoy aquí porque soy un tipo vivo. Por eso.

—¿Vivo?

—Sí, vivo.

—Bueno, yo tengo un seguro de vida por veinte mil dólares.

—Vaya a contárselo a otro.

—Tengo un hermano que vive en Manhasset y está asegurado en cuarenta y cinco mil dólares.

—¿Sabe una cosa? Usted está lleno de mierda.

—Y usted está muerto de envidia porque mi hermano está asegurado en cuarenta y cinco mil dólares.

—¿Envidia de usted? Si está lleno de mierda.

—Repita eso.

—Usted está lleno de mierda.

—Dígalo sin sonreírse.

—Usted está lleno de mierda.

—Bueno, no vuelva a decirlo. Ya basta.

—Usted está lleno de mierda.

—Se lo advierto. Si vuelve a decirlo se arrepentirá.

—Usted está lleno de mierda.

—¿Es lo único que sabe decir?

—Me gusta decir que usted está lleno de mierda.

—Hay gente que no sabe cuándo debe callarse.

—Es cierto. Porque usted está demasiado lleno de mierda.

—Creo que este sitio no me gusta. Me voy.

El matón alto y fornido tiende las manos para atrapar al hombrecito y levantarlo en el aire. Lo agarra por el cuello de la refulgente camisa de nailon y tira de su corbata surcada por el último grito en materia de rayas. Mientras los otros dos compañeros retroceden. Y el barman se concentra súbitamente en su tarea de disponer botellas de whisky sobre el estante.

—No tan rápido, caballero. He dicho que usted está lleno de mierda. ¿Me hará pasar por mentiroso frente a estas cuatro personas?

—Me voy.

—¿Tengo razón o no?

—Déjeme irme.

—¿Ve esto? Es mi puño. ¿Tengo razón o no? ¿Está lleno de mierda?

—Con tal de que podamos vivir en paz, le diré que quizá tenga razón.

—Entonces, qué es usted.

—Ni siquiera sé si soy.

—Oiga, caballerito. No hablo en broma. No me hará pasar por mentiroso. Diga que está lleno de mierda.

—Estoy lleno de mierda.

—Bueno, caballerito, ¿no se siente mejor ahora? Y su hermano también está lleno de mierda. Vamos, dígalo.

—Y mi hermano también está lleno de mierda.

—Y su hermano no está asegurado en cuarenta y cinco mil dólares porque ningún tipo pariente suyo vale tanto, ya que usted, caballerito, está lleno de mierda, como su hermano, su padre y su madre.

—No se meta con mi madre.

—He dicho su madre.

—No se atreva a decir semejante cosa de mi madre. No se meta con ella. Era una mujer maravillosa.

—No después de tenerlo a usted, alfeñique.

El hombrecito vestido de gris levanta los brazos, las palmas hacia fuera, como para rechazar ese alud de horror. Sus anteojos amplifican las lágrimas en sus ojos.

—Rata inmunda. Claro, usted puede liquidarme. Puede molerme a trompadas y aplastarme. Usted es un matón. Qué desgracia. Si yo fuera más grande no se atrevería a hablarme así.

—Claro que me atrevería.

—No me obligaría a hacerme decir eso de mi hermano, uno de los

mejores tipos que he conocido. Pensar que una bestia como usted puede humillar a la gente... Meterse conmigo, que no le he hecho nada. Se cree valiente porque yo tengo miedo de pelear. Claro, usted es capaz de pegarme una trompada en la cara y romperme la mandíbula. No soy un tipo fuerte. No soy un matón. Pero le advertí que no dijera eso de mi madre. Se lo advertí. Y usted siguió y lo dijo. Es algo asqueroso. Y ahora no me deja irme. Me ha pisoteado. Es una rata. Estoy desesperado.

—¿A quién llama rata, caballerito?

—A usted. Es una rata. ¡Cómo ha podido decir eso de mi madre! Estoy llorando. Cómo quería a esa mujer. Cómo quería a mi madre.

—Eh, un momentito.

—No, basta ya.

—Deje de llorar, vamos.

—No. Me las pagará. Porque mi madre era la persona más buena que haya existido. Me arrodillaría y besaría el suelo que pisó.

—Eh, vamos, alfeñique. Retiro lo que he dicho. Deje de llorar, por Dios. Escúcheme. Soy una rata. Una rata asquerosa. Si no para de llorar, se le inundarán los pulmones. Vamos, no se ponga así. Todo lo que he dicho ha sido en broma.

—Ha dicho que mi madre estaba llena de mierda. Y ella se pasó la vida esclavizándose para criar a sus cuatro hijos. Planchaba y se privaba de todo para mantenernos. Mi padre no hacía otra cosa que patearla. Ahora está muerta. Oh, Dios, mi madre, el ser más bendito que haya pisado la tierra. Y ahora tengo que oír palabras inmundas sobre ella, sobre la persona más pura que haya vivido en el mundo.

—Pégueme, caballero. No he debido decirlo. Vamos. Yo tampoco tengo madre. Su hermano vive en Manhasset. Es una zona de ricos. Su seguro debe ser de ochenta y cinco mil, y ni siquiera me parece demasiado. Pero deje de llorar, Harry.

—No me llamo Harry.

—Bueno. ¿Cómo se llama?

—Sylvester.

—Sylvester. Yo me llamo Ed. Vamos, Sylvester, usted es un gran muchacho. Un tipo estupendo. Le pido disculpas. ¿Qué quiere que haga, que me arrodille?

—Sí.

—Eh, vamos, Sylvester...

—Será mejor que lo haga. Y empiece a rezar.

El barman se vuelve desde sus botellas para tomar un trapo y pasarlo sobre el mostrador, pero empieza a agacharse lentamente. Mientras Sylvester retrocede. Los otros dos tipos procuran protegerse el uno detrás del otro. En el rostro de Ed se desvanece la sonrisa. Una minúscula pistola ha surgido del bolsillo de la chaqueta del

hombrecito. Que la levanta poco a poco, mientras la gente se encoge de miedo. El enorme Ed se pone las manos frente a la cara. Para detener la descarga. Sus labios pronuncian palabras inaudibles. Y al fin se abren en un grito cuando las balas penetran en su cuerpo. Pequeños agujeros rojos en el pecho. Empiezo a contar. Tres cuatro cinco. El enorme Ed se toma de la barra del mostrador. Las manos a la espalda. Seis. Y cae al suelo. Una pierna doblada. Un ojo abierto, el otro cerrado. Un hilo de sangre en la comisura de la boca. Oigo la voz de Clarance Vine. Me lo repite una vez más. La descortesía es la causa de los asesinatos en esta ciudad. Y el doctor Pedro. Dice: Camine sesenta cuadras por día. Pida coliflor y observe las expresiones de sus imbéciles congéneres. Aquí hay uno de ellos. En el suelo del bar. Alégrese de no ser como él.

Mostrando los dientes
en la muerte

24

En esta tarde homicida, húmeda, calurosa, Christian entra al aire luminoso y fresco del puro y blanco Salón de las Ideas en el Imperio Mott. El señor Quell, el jefe de Ideas, se detiene en mitad del pasillo, en mangas de camisa. Las caderas más anchas que los hombros. Las orejas grandes como manos. El minúsculo bigote ocultándole el labio superior. Largos mechones desteñidos, casi rosados, peinados en una onda sobre su cráneo calvo.

—¿Dónde diablos se había metido? ¿Me oye? ¿Qué le pasa? ¿Tiene laringitis?

Solo pereza en las cuerdas vocales.

—¿Qué se propone, Christian? ¿Otra de sus bromas? Esta sí que es buena. Resulta que ahora no puede hablar. Escribe en papelitos. ¡Pensar que nunca conseguíamos que escribiera cuando podía hablar! Váyase. Váyase a ver al señor How. En estos momentos no necesito para nada sus servicios.

Aprieto un poco los dientes. Siento unas ganas terribles de agarrarlo y darle un latigazo con la corbata en la cara. O de embadurnársela de mierda. Una capa de marrón no desentonaría con esa vulgar selección de colores. Quell quiere hacerme participar de su minúscula lucha por el poder. Para mejorar su sección. Y llenar la órbita de Mott con un nuevo triunfo de las ideas.

How tiene una nueva secretaria muy simpática. No la he visto antes. Mi profundo y severo silencio quizá le haga pensar que soy subjefe de sección. ¿Qué tal, pollita? ¿Por qué no acompañas a este derrochador a un night club? Verás cómo se siente a sus anchas entre las celebridades. Decídete, nena, vamos a correrla juntos.

—Señor Christian, el señor How lo recibirá ahora mismo.

Gracias.

—De nada. Disculpe, no sabía que fuera usted sordomudo.

Solo mudo, no sordo.

—Oh, qué extraño.

Christian avanza entre el tableteo de las máquinas de escribir y el timbre de los teléfonos. El masivo aplanamiento de traseros continúa. Todos parecen tan concentrados. O esclavos del reloj. Me detengo vacilante frente a la puerta de Howard How. Anduve por la calle y fui hasta un alto edificio. Al final de Broadway. Me acerqué al mostrador del imponente salón en penumbra. Dije en un murmullo exacerbado por los nervios: ¿Cuánto cuesta largarse de aquí y volver a cruzar el Atlántico en el barco más barato?

—Entre, por favor, señor Christian. El señor How lo recibirá ahora mismo.

Howard How, las manos apoyadas sobre el escritorio. La misma cara rojiza. La raya le divide el pelo: un tercio hacia un lado, dos tercios hacia el otro. Muchos hijos de puta se creen elegantes porque se dividen el pelo dos quintos hacia un lado, tres quintos hacia el otro.

—Siéntese, Cornelius. Vaya, qué día de trabajo. Este es el primer segundo libre que tengo. Y no hay más remedio que dedicárselo a sus problemas. Aquí está su legajo, Cornelius. No hay que estudiarlo mucho. Todo lo que puedo decir es que es desastroso. Llega tarde. Falta al trabajo. Es imposible ponerse en contacto con usted. Hoy se ha aparecido en mitad de la tarde. El señor Quell dice que ahora escribe notas en papelitos. ¿Qué diablos le ha pasado que no puede hablar?

Creo que tengo agotamiento nervioso.

—Le hablaré con franqueza, Cornelius. Hubiera jurado que entre los cientos de tipos que veo aquí, usted era el único que podía llegar lejos. Su fracaso me desespera. ¿El sueldo no le parece suficiente? Está bien, no necesita escribirme su respuesta. Pero fíjese en lo que dice este informe. Parece que se lo ha pasado mirando a los obreros que demolían o construían no sé qué edificio. Caramba, ha conseguido dejarme perplejo. Lo cierto es que cuando no hacía observaciones obscenas por señas a los obreros de ese edificio, miraba a hurtadillas el Wall Street journal del señor Quell. ¿Piensa probar suerte en la bolsa, Cornelius? Cuando se digna venir a la oficina, se pasa el día yendo y viniendo del surtidor de agua. O haraganeando junto al escritorio de alguien para distraerlo con sus payasadas. ¿Qué le pasa, Cornelius? ¿No le gusta trabajar para esta empresa? Bueno, si la respuesta no es muy larga, escríbala.

Parece que lo que hago no produce ninguna impresión al resto del mundo. Tengo la sensación de no valer nada.

—Vamos, Cornelius, no debe sentirse así. Usted vale algo. ¿Sabe una cosa? Le he hablado de usted a mi mujer. Y hasta me dijo que desearía conocerlo. Y presentarle a nuestros hijos. Pero le ruego que trate de ver las cosas desde nuestro ángulo. Si le sirve de consuelo, le diré que sus catorce visitas al baño en un solo día quizá no hayan impresionado al mundo, pero sí a nosotros. Está bien, si tiene una respuesta que darme, escríbala.

Los nervios me han afectado los riñones.

—Lo siento, Cornelius. Tenemos muchos servicios médicos. ¿Por qué no se hace revisar?

Ya he consultado al médico.

—¿Qué diablos le dijo? ¿Es algo serio?

Me dijo que la única ventaja para mí es que ahora nadie podrá

decirme que soy un lameculos. Perdón por el lenguaje.

—Está bien, soy mayor de edad, Cornelius. Pero no tratemos de ser tan cómicos. ¿A qué clase de médico ha consultado? Cuando pienso que algún día usted podría haberse codeado con las celebridades.

Mi médico dice que todas las celebridades de esta ciudad son unos animales.

—No discutiré los diagnósticos de su médico, Cornelius, pero algunas de esas celebridades son personas importantes. Aunque quién sabe; tal vez ser una celebridad sea un problema médico. Lo cierto es que me veo en la obligación de emplear una palabra muy desalentadora, Cornelius. De acuerdo con las normas de esta casa, tengo que despedirlo. Usted ha sido para mí una pesadilla ética y moral. Le aseguro que esta ha sido una experiencia angustiosa. Sé que no hay nada malo ni sucio en sus antecedentes, Christian. Pero no tenemos más referencias de usted que ese trabajo suyo en la funeraria. Quizá esté pasando por una mala época. Si la necesita, por qué no pide ayuda. Eso podría curarlo de esa sensación de no servir para nada. Qué diablos, si lo pienso bien, ninguno de nosotros sirve para nada. Cualquier tipo podría ocupar mi puesto y, por lo tanto, hacer todo lo que hago yo.

El señor Mott es insustituible.

—En eso tiene razón. El señor Mott vale cien millones.

Por eso puede entrar en un cuarto y decir lo que se le pasa por la cabeza.

—Sí, lo entiendo. Supongo que lo único valioso que tienen los tipos como yo es un seguro de vida.

No hable de seguros de vida.

—¿Por qué no?

Vengo de un sitio donde mataron a un tipo por hablar de eso.

—¿De verdad? Es asombrosa la cantidad de peligros que uno corre en esta época. Pero ahora quiero preguntarle algo. No lo interprete mal. Escríbame sí o no. ¿No tiene un padre que cuidar y respetar?

No.

—Lo siento.

Era un asqueroso holgazán.

—¡Vamos, Cornelius, no puede decir eso de su padre!

Era un farsante, un impostor, un fanfarrón.

—Conténgase, Cornelius. Me escandaliza oír, quiero decir, leer esas cosas. ¿Es posible que un hijo diga esas cosas del padre que lo crió?

Sí.

—Son palabras demasiado fuertes, Cornelius. Y no me importa decírselo. Pero eso que piensa no debería impedir que tuviera una meta en su vida. ¿Sabe una cosa? Hasta he pensado que me gustaría que mi hijo Billie se criara como usted, Cornelius. Quizá sea eso lo que

necesita, una mujer y unos hijos. Para encontrar una razón de ser en su vida. Y tener algo por lo cual luchar. Un hijo. Le devolvería las fuerzas. Para ayudarlo. Sentiría que el futuro de su hijo y de su hija significarían para usted más que nada en el mundo. Pero qué hace, en cambio... Haraganea junto a los escritorios de los demás, haciendo esas observaciones estrafalarias que dejan a todos con la boca abierta. Hay páginas enteras de ellas aquí, entre las quejas. No sé..., debería preocuparme de todo el personal de esta casa y, sin embargo, por las mañanas me sorprendo enfureciéndome por algunas de las cosas que usted hace. Y voy a decírselo sin rodeos, Cornelius: su actitud no es precisamente la que nos ayudará a acabar con la competencia. Para decirlo con franqueza, usted nos está saboteando. Es como si nos cayera una bomba que nos hiciera volar en pedazos. Si usted saliera de aquí y se fuera a Forest Hills para ver todo lo que yo tengo. Mujer, tres hijos estupendos. Mejorando día a día. He construido un alero con mis propias manos en la parte trasera de mi casa. He instalado una ducha en el sótano. He cambiado el tejido de alambre en las ventanas. He reducido en un catorce por ciento la cuenta del petróleo. Esas son las cosas que cuentan, Cornelius. Como las cuatro cubiertas para la nieve que tengo preparadas para el invierno en mi garaje. No sabe las ganas que tengo de usar esas cubiertas. Las miro allí, en el garaje, y pienso cómo voy a correr sobre la nieve y el hielo después del día de Acción de Gracias. Es un pensamiento refrescante en una tarde calurosa de verano. Cultivo una huerta. ¿Lo sabía? Allí, en la buena tierra, después de una dura jornada en la oficina. No se imagina qué bien hace. Discúlpeme, olvidé que usted no puede hablar.

Allá todo debe ser amor y belleza.

—Bueno, le seré franco, Cornelius. No todo es así. Mi vecino se lo pasa quejándose de que enveneno el aire de su jardín trasero con las emanaciones italianas de mi cantero de ajo. De cuando en cuando hay que resignarse a esos problemas étnicos. Y créase o no, el tipo es italiano.

Entonces no todo es perfecto allá.

—No, no todo es perfecto. Mentiría si le dijera que sí. Pero también hay buenos vecinos. El que vive enfrente. Todo le va de maravilla. Acaban de nombrarle vicepresidente de ventas en una gran compañía farmacéutica de la costa este. Tiene un garaje para tres autos. Su mujer parece la ganadora de un concurso de belleza. Qué cuerpo tiene. Es un tipo con suerte. Lo importante es que nos hemos puesto de acuerdo. No venderá su propiedad a un indeseable. Y yo tampoco. Es un pacto.

¿Y qué pasará con el tipo que se queja por el ajo?

—Es una pregunta interesante, Cornelius. Me alegra que la haya hecho. Bueno, no sé. Tal vez ese tipo sea capaz de vender a un

indeseable. No sé qué se trae entre manos. Le han desvalijado la casa cuatro veces en tres meses. Mi mujer vio a unos tipos saliendo de su garaje con un camión. A nosotros solo nos robaron una vez. Pero ese tipo es raro. Es muy retraído. Y su mujer no se deja ver casi nunca. Jamás reciben visitas. Muchas veces he tratado de trabar conversación con él. Pero no quiere hablar. Hay gente que le reprocha a uno que tenga ajo en su propio jardín. No sé con qué derecho. Ese tipo debe estar preocupado por sus impuestos o por alguna otra cosa.

Quizá tenga una destilería clandestina en su casa.

—Ja, ja, esa sí que es buena, Cornelius. Qué imaginación tiene. Si pudiéramos aprovecharla... ¿No quiere a su país? ¿No quiere hacer algo por él?

Creo que los negros deberían ocupar el poder.

—Eh, esa es una afirmación muy discutible, Cornelius.

Tienen mejores modales que nosotros.

—Santo Dios, étnicamente usted está muy confundido, Cornelius. Qué opinión tan disparatada.

Son un pueblo pastoral.

—Eso puede ser cierto. Es una idea interesante. Pero supóngase que empiece el baño de sangre. Cuando la oscilación del valor de la propiedad nos deje a algunos en la ruina. Ya sabe los disturbios que están ocurriendo. Forest Hills podría convertirse de la noche a la mañana en una zona de negros. Perdóneme, Cornelius, pero de qué diablos sirven los buenos modales si hay un baño de sangre. Ahora mismo no puedo salir bajo el alero de mi casa cuando oscurece sin temer que algún negro hijo de puta salte sobre mí. Desde mi huerta. Hay un tipo que todos los meses mata a un vecino de la zona. Podría contentarse con robar, pero no, tiene que matar. ¿Esos son buenos modales?

Los ladrones también tienen que cuidarse.

—Bueno, son las cuatro. Y he perdido la paciencia. ¿Qué diablos sabe usted sobre el valor de la propiedad, Cornelius? Aunque tenemos un club de tenis en Forest Hills, uno se pasa la noche despierto en la cama, junto a su señora, pensando si el vecino venderá su casa a un indeseable. Y por la mañana, uno se despierta tomando los prismáticos para ver si hay caras oscuras en el vecindario y si la inversión de toda una vida se ha ido al demonio. Se lo aseguro, Cornelius, el valor de nuestras vidas está sujeto a los caprichos de un vecino. Sin contar los actos de vandalismo. Los chicos que rompen ventanas, roban automóviles o, lo que es peor, las baterías. Y uno se pasa dos horas tratando de hacer arrancar el auto. Oiga, Cornelius, vaya a visitarme. ¿Qué le parece la idea? Simpatizará mucho con Jean, mi mujer. Y ella está loca por conocerlo.

¿Estoy despedido?

—¿Para qué menciona ese tema tan penoso, Cornelius? Usaré mi propio criterio acerca de esto. El señor Mott siempre quiere tener un depósito de cerebros bien lleno que le asegure una provisión constante de ideas claras. Algo así como ese depósito de agua de que me habló usted la primera vez que vino a mi oficina.

Supongo que cuando Mott necesita una buena idea, abre la canilla.

—Así es.

Yo contamino la provisión de ideas.

—Así es. No. No es así. Usted no hace más que dejar hojas y desechos en el depósito. Pero no se desaliente, Cornelius. ¿No sabe acaso que usted forma parte de una colección escogida entre las mentes jóvenes más lúcidas de este país? Y esa inteligencia suya es heredada, Cornelius. Por eso me resulta muy duro aceptar lo que ha dicho de su padre. Yo no quiero que mi hijo sea víctima de su padre. Me moriría, Cornelius, antes de hacer algo que perjudicara a mi hijo. Podrían torturarme sin que me importara un pito. Soy un héroe para ese chico. Quiero que sea capaz de mirarme directamente a los ojos. Sin pensar que su padre amontona dinero con negocios sucios. Cuando digo algo, quiero que mi pequeño Billie piense que es la verdad de Dios. Si digo que llueve a cántaros en Death Valley cada día de la semana, quiero que Billie diga: Mi papá ha dicho eso, y mi papá dice la verdad. ¿Por qué no va a visitarnos, Cornelius? No vivo en un palacio, pero mi casa le hará comprender que este país no es solo el reino del miedo y el terror desenfrenados. Y verá que hay compensaciones.

Iré a visitarlo.

—Vaya, esa sí que es una buena noticia. ¿Sabe una cosa? Tengo ganas de hacerle una pregunta. Si me permite... ¿Qué sentido tiene andar ocupándose de un montón de cadáveres, como hacía usted en la funeraria? ¿Le enseñó algo? Quiero decir..., carajo, eso es lo que nos ocurrirá a todos, tarde o temprano.

Me enseñó que la muerte es mejor que morir.

Mejor que
el infortunio
mejor que
el regocijo
que el maullido
del gato
en este mar
de medianoche

25

Fanny Sourpuss en medio de la noche. Cuando entro se da vuelta en la cama. Abre un ojo y después el otro. Bizquea bajo la luz. He entrado usando la llave que ella me dio. El portero nocturno me demoró una hora enseñándome las últimas llaves de judo que aprendió en su clase y me dijo: Ahora trate de derribarme, señor Peabody.

Lo inmovilicé en el suelo con una doble llave. Estuvo a punto de despertar a todo el edificio con sus gritos paquistaníes. Ambos nos levantamos para saludar a dos habitantes del edificio que volvían de un baile. Estaban bastante mareados. Así acabé yo, después de recorrer cinco bares en el Greenwich Village. Tomé dos cervezas en cada uno. Oí a un montón de esos imbéciles de los que habla el doctor Pedro. Celebridades desesperadamente remotas. Después hice una caminata hacia la Quinta avenida para pasar por el bar. En el cual creí que nunca llegaría el momento de que me atendieran. Ahora atravieso esta penumbra caliente y pardusca hacia la voz de Fanny.

—Eres tú. ¿Qué hora es?

—Las dos.

—¿Dónde has estado?

—En un bar.

—¿Todavía hablas sin mover la mandíbula? Han debido creer que eres chiflado. Tírame los cigarrillos. ¿No has tratado de levantarte a algún coño?

—No.

—Acabo de tener una pesadilla contigo. Una descarada ponía su pierna sobre tu miembro, que era enorme. Bueno, al fin has vuelto. Dios, qué calor hace. Ese hijo de puta de Kelly, el portero, se pasó la tarde embromando con el sistema de aire acondicionado. Decía que es una inmoralidad. Que si Dios quiere que tengamos calor, debemos tenerlo. Al fin, ese estúpido árabe o lo que sea, que me echa miraditas todo el tiempo, acabó de romper el aparato. Y todos los que viven en este edificio me dicen que soy yo quien debo hacerlo arreglar, porque todo es por culpa mía. Ven a la cama. ¿Tienes hambre?

—No.

—Eh, dime una cosa. ¿Querías a tu mujer? A veces pienso que eres más frío que un témpano. Y acabas de enterrarla. ¿No tienes sentimientos?

—Sí, los tengo.

—Ven a la cama.

Permanezco acostado, rígido y sin hablar, junto a Fanny Sourpuss. Espero a que se duerma para seguir meditando. Porque esta noche he ido al bar de la Sexta avenida. Para saborear la felicidad del doctor Pedro. Después de mi caminata. Una señora alta y rubia se sentó frente a mí. Llevaba un vestido verde y suelto, con botones aún más verdes en la delantera. Puso ketchup en sus papas fritas. Y arqueaba el meñique de la mano que sostenía el tenedor. Sonrió cuando le acerqué el azúcar para el café. Dijo: Qué noche calurosa. Sí, dije. Y vi que ponía las manos bajo el borde de la mesa, mientras jugueteaba con su anillo de bodas. Se mordió los labios antes de hablar.

—¿Viene aquí con frecuencia?

—Bueno, mi médico me dijo que viniera.

—¿Su médico?

—Sí, dijo que era un buen lugar para observar a la gente.

—Claro, es un lugar donde puede verse gente, pero qué clase de gente.

Tenía el pelo recogido hacia arriba, las mejillas algo abultadas y el labio inferior prominente. Los dientes parecían más nuevos que el resto de su persona. Me dijo que era soltera y vivía a pocos metros de allí. Levantó mucho una ceja cuando me hizo una pregunta: —¿En qué trabaja usted, si me disculpa la curiosidad?

Cada vez que se inclinaba hacia delante veía la oscura y húmeda hendidura entre sus dos grandes pechos. Resolví pedir prestado el título del señor Quell, que no lo necesitaría a esa hora de la noche.

—Soy jefe del departamento de publicidad en una firma industrial.

—¿De veras?

—Sí. Aunque en estos momentos estoy estudiando otras propuestas. A mi edad, no está mal ser jefe de departamento, pero no me gustaría que eso se hiciera crónico.

—Ja, ja, eso no le gusta. Usted podría ser modelo de publicidad, o actor, o algo por el estilo.

—Bueno, estoy estudiando seriamente otras propuestas y oportunidades de empleo.

—Qué manera tan rara de hablar tiene.

—Es por un golpe que recibí en la mandíbula jugando al polo.

—¡Vaya! ¿Juega al polo, ese juego a caballo?

—Allá, en Virginia. Los fines de semana.

—Es todo un juego... Muy caro.

—Oh, cuesta un poco. Como las buenas cosas en la vida. ¿Y usted qué hace?

—Supongo que soy de esas personas que usted llamaría atrapadas por la rutina. Y si quisiera decir algo cómico, la llamaría una carrera. Soy secretaria. Siempre he vivido con mi madre hasta que murió, el año pasado. Me limito a aceptar lo que venga... ¿Esa torta está rica?

—Sí, deliciosa.

—Entonces pediré una porción. Usted parece tener acento inglés o algo parecido.

—Allá, en Virginia, donde están las mejores propiedades, algunos hablamos así.

Sorbiendo la última taza de café. Pedí otra. Y ella pidió otra. Y me habló de su madre, una enfermera nocturna con una clientela de familias ricas de Park Avenue. Y ruborizándose un poco, me dijo: ¿Quiere ver algunas fotografías de ella? Mi abuelo era entrenador de caballos, antes de que nos arruináramos. Y tengo montones de fotografías.

Subimos en el ascensor. Ella jugueteando con la llave entre los dedos. Caminamos por un estrecho corredor verde. Atravesamos la puerta marrón de su departamento y pasamos frente a una cocina minúscula. Su pequeño living. Mesa baja de cristal. En un rincón, un gato blanco haciendo sus necesidades sobre una lata con aserrín. Estantería de libros. Ella dijo: Siéntese, por favor, señor Peabody. ¿Me permite que lo llame Jason? Pertenezco a un club del libro, Jason. Eso es todo lo que hago, en verdad. ¿Puedo ofrecerle alguna bebida?

Ruido de un envase de cartón de leche que cae dos veces al piso de la cocina. Christian sentado, con un vaso de leche. Mirando a esa mujer que está junto a un estante donde se alinean libros de ciencia. Allá en el bar tuve una erección al verla comer la torta a pequeños mordiscos. El doctor Pedro, sin duda, me aconsejaría aprovechar la oportunidad. Ofrecida por esta criatura que nada tiene de hermosa. Yo había dicho: No, gracias, ante la posibilidad de ver las fotografías de su madre. Súbitamente ella suplicó: ¿Quiere hacerme un gran favor? Acompáñeme a casa. Para no sentirme sola. Solo hasta mi puerta. Porque hace tres días asesinaron a una chica en el edificio de al lado. Y usted parece honrado. Es muy tarde y en una noche tan calurosa como esta no quiero volver sola a mi departamento.

—Gracias, señora. Le agradezco que no me crea un maniático sexual.

—Ja, ja. Qué gracioso es usted.

Después buscó las fotografías. De su madre. Cuando era chica, en la entrada de piedra de una casa cubierta de hiedra. Y otra posterior, en la cual sonreía vestida de blanco junto a un paciente de sombrero de paja en una silla de ruedas. Me dijo: Kennebunkport, Maine. Cómo se pone uno de pie con todas esas fotos sobre el regazo. Me dijo que se llamaba Marigold, de la familia de flores Aster. Dos pequeñas lámparas de cerámica brillaban junto a la ventana. En las paredes, cuatro solitarios óleos. Nos quedamos sentados hasta casi medianoche, con los gatos maullando en los callejones, mientras pensaba que cuando regresara Fanny me rompería el culo a puntapiés, gritándome:

¡Dónde diablos has estado!

—Creo que debería irme.

—Oh, no, por favor, no se vaya.

—No tengo más remedio. Me espera mi madre.

—¿No me dijo que es usted de Virginia?

—Bueno, mi madre ha venido por una semana, para hacer compras.

—Por favor, quédese, Jason. Usted es la primera visita que he tenido en tres meses. Es algo maravilloso para mí. Antes pertenecía al club de bowling. Hasta que solo quedaron mujeres en él. ¿Usted juega al bowling?

—No, no todavía. Pero mi madre es capaz de sacudirme una con una bola de bowling.

—Ja, ja. Pero qué raro que a su edad esté tan apegado a su madre. Creo que mi madre me arruinó la vida.

—Bueno, a veces querría independizarme. Pero mi madre es la mujer más dulce y maravillosa que he conocido.

—Supongo que no habrá tenido que luchar. Usted ha de haberse sentido muy protegido durante toda su vida. Me gustaría conocer a su madre alguna vez.

—Bueno, tengo que irme.

Marigold se inclina sobre Christian, lo empuja hacia atrás en el diván, abriendo la boca. Procura meter la lengua entre mis labios apretados. Siento los latidos de su corazón mientras me cubre de besos la cara. Y apenas conozco a esta mujer. Está bañada en sudor. Me sofoca con sus pechos opulentos. Lucho por librarme de esos brazos insólitamente fuertes que me ciñen. Sin ofender a esta hiedra enmarañada. Mientras el apretujón me hace soltar eructo tras eructo de pastrami.

—Por favor, no se vaya. Tengo algunos méritos, se lo aseguro. No sé si importa mucho, pero gané un campeonato de velocidad en escritura a máquina. El diploma está allí, en la pared. No se ría de mí. Estoy desesperada. Me siento tan sola. Por favor, no se vaya. Le daré cincuenta dólares.

—Discúlpeme.

—Por favor. Cien dólares.

—Señora, no debe decir esas cosas.

—¿No bastan? ¿Quieres más, Jason? Te daré un poco más. Lo que quieras. Lo pasarás bien. Soy buena en la cama. Te lo aseguro. Si te levantas y te vas me moriré. Me tiraré por la ventana.

—No haga eso.

—Lo haré, Jason, lo haré.

—Yo podría ser el asesino que mató a esa muchacha.

—Dios, no me importa. No me dejes. Preferiría que me mates a que

me dejes.

—Por qué no hablamos con sensatez. Las calles están llenas de hombres en busca de mujeres.

—Pero te quiero a ti. No quiero otro de esos con sus pelotas viejas, peludas y grasientas. Necesito estar con un hombre agradable, por una vez. Tienes manos tan hermosas. Las miré mientras comías. Y eres joven. Te desvestiré. Yo lo haré todo.

—Tengo que irme.

—Te daré más dinero.

—Señora, jamás he pensado en tocar su dinero. A menos que sea una fortuna, ja, ja.

—Mi nombre es Marigold. Y no hablo en broma.

—Óigame. Mi médico dice que hay una cura. Friegue el piso y se sentirá bien.

—Quiero acostarme contigo. No puedo soportar la soledad. Todo un año sola. Desde el verano pasado, en París. Por favor, por favor. Era mozo de cuerda en el tren. Estuve tres noches con él. Era buenmozo, aunque olía a ajo y me robó todo el equipaje y el dinero y cuanto tenía. Pero se lo daría todo de nuevo. ¿No entiendes qué desesperada puede sentirse una muchacha? ¿Qué tengo de malo? Te mostraré. No estoy tan mal. Mis pechos son buenos. Me desvestiré para que los veas.

—No, por favor, no.

—Sí, sí, para que los veas.

—Señora, me iré de todos modos.

—Cambiarás de idea, sé que cambiarás. Mira. Míralos bien.

—Los veo. Son hermosos.

—Tócalos, vamos. Son firmes. No he tenido hijos y son bien firmes. Dame la mano. ¿No sientes qué firmes son?

—Sí. Son hermosos y firmes, señora. Soy un hombre compasivo, señora. Pero creo que aquí hay un error.

—¿Ni siquiera te he producido una erección?

—Bueno, estoy tan preocupado en este momento que no lo sé.

—Déjame ver.

—No, por favor.

—Entonces déjame que te muestre las piernas. Tengo buenas piernas. Bien sólidas, sin grasa.

—No me las muestre, señora. Ya veo que está muy bien formada.

—No te imaginas qué desdichada me siento.

—Por favor, señora, no llore. Todo se solucionará. La culpa es de mi madre.

—Oh, qué me importa. No digas nada. No quiero que me des un montón de excusas. Sé hacer el amor. Y quizá tú no seas más que un pervertido.

—Sí, un poco... Pero la verdad es que no quiero que me rompan la cabeza cuando vuelva a casa.

—¿Eres marica?

—Bueno, no del todo.

—Me he portado como una imbécil. Tú sabías muy bien para qué te hice venir aquí.

—No lo sabía. La acompañé porque me lo pidió. Como lo habría hecho cualquier caballero del sur ante una dama que le pidiera protección. Tengo normas. Jamás aceptaría dinero.

—No te des esos aires con el dinero. Eres un don nadie, exactamente como yo. Y cuéntale a otro eso de que eres el jefe del departamento de publicidad. No me importa un bledo que alguien me mate. Siempre que pueda besarlo mientras lo hace. Así me siento. Si llega un asesino, por negro, peludo o grasiento que sea, lo besaré mientras me mata. Porque me hará un gran favor. Y ahora lárgate. Lárgate de aquí. Y no sigas llamándome señora como un viejo chiflado. Déjame en paz.

Marigold se sienta en su diván verde arveja. Sobre los brazos hay pequeñas carpetas de encaje. Un ancho rollo de carne desborda en la cintura de Marigold del ceñido panty. Sobre el cuello caen mechones de pelo llenos de horquillas. Tiene la cara cubierta de lágrimas. Junta las manos bajo los pechos. Dos lámparas con las pantallas sucias de hollín. Triste altar de luces a ambos lados de la ventana, en el extremo de este cuarto minúsculo. El zumbido del acondicionador de aire. Retengo un pedo motivado por los pickles y el coliflor para no ensuciar aún más la vida de Marigold. Es lo menos que puedo hacer. Mientras tiemblan los hombros de esta habitante de esta ciudad. Con sus dos bolsas de carne suelta colgando sobre sus manos. Extraña belleza desposeída. Ahora las lágrimas corren hacia sus pezones. Se detienen y después caen. Minúsculos suicidios. Marigold espera el sagrado sacrificio del asesinato. Mantiene la vida de la ciudad. Y suprime la vanagloria de la vida. Los perros lamen la sangre humana. Me acerco y la toco y la consuelo. Digo: Por favor, cálmese. En el Bronx, todos los años escriben en una ventana “Feliz Navidad” durante el mes de julio. Deja aún más perplejos a los que viajan en el tren elevado. Y cuando uno viaja en esa dirección, lee “Punto Muerto” sobre la entrada para ambulancias en Bellevue. Compórtate como un caballero durante toda tu vida. Y con todas las mujeres. Cuando tengan hambre de tu sexo, aliméntalas. Cuando estén pasadas de moda, vístelas. Cuando te digan: Por qué no me das una sorpresa, dales una trompada para variar. Llévalas caminando por los prados hasta donde puedan ver la cerca de estacas. Corta la hierba en torno a su pedestal. Déjalo listo para el momento en que les erijan una estatua. Adóralas para que no sigan llorando mientras esperan.

Hasta que
por fin
llegue
el asesino

26

Septiembre. Gente tomando sol en el parque. Pandillas de muchachos vagabundos que hacen girar cadenas en el aire y andan con tubos llenos de pólvora y clavos. Les gusta hacerlos estallar frente a los transeúntes mayores que ellos. Y Fanny dijo: Quiero que dejes tu trabajo. Te vas todos los días y cómo diablos sé dónde estás si no puedo llamar a ese maldito Salón de las Ideas.

En la oficina revisé los mensajes que me habían dejado. Respuestas breves para grandes preguntas. Sobre todo cuando el señor Quell pregunta cuánto tiempo durará mi mudez.

El médico dice que me curaré del todo en seis meses.

Quell opinó que, mientras tanto, yo podría aprender a preparar café para el resto de la oficina. Y servirle el suyo bien caliente. Cosa que hice, añadiéndole un laxante con gusto a chocolate. Garantiza una copiosa evacuación de la más concreta de las vísceras.

Cuando desperté por la mañana, después de mi velada con Marigold, las tortas y el vaso de leche, Fanny me dio un puñetazo porque dijo que tenía lápiz labial debajo de un ojo. Le expliqué que la culpa era del ascensorista paquistaní, que usa ese color por imperativo de su religión. Me manchó cuando lo derribé usando mi doble llave. Hay gente que solo admite una mentira cuando uno lucha por decir toda la verdad de Dios.

Y una mañana llegó la policía. Para decir que el caballero paquistaní tenía la nariz y la mandíbula rotas en cuatro partes. Willie se apareció borracho al amanecer y le dio una tunda feroz. Arruinaron el vestíbulo y destrozaron la puerta de entrada. Ningún ruido llegó hasta nuestra cama. Salvo los aullidos de los demás habitantes del edificio, que anunciaban la formación de un comité para expulsar a Fanny. Y mis pensamientos golpeándome el cerebro. Tratando de salir. Salir.

Una noche llevé a cenar a Fanny. A un lugar distinguido, con marquesina en la acera. El detective de Fanny nos seguía en otro auto. Fanny llevaba un vestido negro de lentejuelas. Todas las cabezas se volvieron cuando entró en el comedor. Pedimos vino tinto y carne asada bajo el cielorraso de aire antiguo instalado el mes anterior. El mozo dejó caer mayonesa sobre mí. E hizo otras atrocidades. Me asombró mi propia calma. Hasta que Fanny dijo: ¿Por qué no te largas de aquí, muchacho, y me mandas al maître? El mozo se pasó el resto de la noche secando tenedores en un rincón, con los ojos clavados en nosotros. Yo sabía muy bien que el hijo de puta hubiese querido

suplicar al chef que le dejara escupirnos la crema y limpiarse los pies en nuestra carne asada.

Todos los viernes, al cobrar el cheque de mi paga semanal, separaba diez dólares para mi pasaje de regreso a Europa. Tomaba unas píldoras para aliviar mis ocasionales accesos de tensión emocional. Y vomitaba. Un día vi un rostro sereno en el subterráneo. Y miré el equipaje de la dama. En busca de una etiqueta que dijera adónde iba o de dónde venía. Y decía Devon, Inglaterra. Y estuve a punto de sollozar.

Los tipos hablan de chicas y de citas en el Salón de las Ideas; todos llevan zapatos de puntera ancha, mientras los míos aún son medianos y estrechos. Un asno muy distinguido y elegante de Spuyten Duyvil y Yale me dijo: ¿Qué te pasa, Christian? ¿No quieres estar a la moda? Garabateé en un anotador amarillo con el membrete de Mott:

Sí, y cállate antes de que te rompa ese pico de loro.

Estaba limpiando mi escritorio cuando el señor Quell me dijo al pasar en uno de sus viajes a la letrina:

—Cómo le gusta perder el tiempo en esas cosas que no sirven absolutamente para nada, Christian.

Un atardecer, al bajar en busca de la correspondencia, tuve la alegría de ver a Mejillas Regordetas doblando la esquina de mi calle. Estaba echándolo de menos. En el lado este del parque le hacían competencia. Un hombre calvo y con barba hacía unos pasos de baile con un cartel frente a la escalera de la Quinta avenida que baja al zoológico.

soy el principal experto mundial en la
madona que amamanta al niño

Vi de nuevo a Mejillas Regordetas mientras me paseaba por la avenida Columbus, desperdiciando el tiempo del Imperio Mott. Estudiando la demencial arquitectura de esta ciudad. Y de pronto lo vi allí, frente a una tienda donde vendían colchones, con un cartel que decía en letras rosadas sobre blanco:

deja de ser vil

De cuando en cuando echaba miradas de reojo a Fanny, que se pasó la noche despierta. Le pregunté en qué pensaba. Me dijo que pensaba en una época en que trabajaba en una tintorería. Pilas de ropas inmundas que se amontonaban durante todo el día sobre el mostrador. El trabajo más sucio del mundo. Dios, qué sucio era. Tenía las manos negras. Se durmió al amanecer. No me quitaba el ojo de encima. Y cuando no logré tener una erección, apretó sus puños

blancos y pequeños, y los sacudió a ambos lados de la cabeza.

—No me quieres, no me quieres.

Trato de levantarme de la cama. Me deslizo bajo las sábanas. Hemos dormido hasta pasado el mediodía. Me preguntó qué diablos les pasa a las mujeres de este país. Procuro calmarla con una palmadita amistosa en el pecho.

—Quítame esas manos asquerosas de encima si piensas pasarte el día en Brooklyn.

—En Forest Hills.

—Es lo mismo. Esos lugares son todos iguales. Brooklyn, Canarsie, Elmhurst. Un montón de patanes con sus encantadoras mujercitas que espolvorean de talco los traseros de sus criaturas.

—En Queens hay zonas residenciales muy elegantes.

—Hay mierda.

—Creía que lo habías pasado bien el día que te llevé a Rockaway.

—Sí, sí, lo pasé bien. Pero, maldita sea... Qué quieres que diga cuando empiezas a exclamar Marigold mientras duermes.

—Es el nombre de una flor.

—Y también es un nombre de mujer. Pídele a Glen que te lleve en el auto.

—Puedo ir en subte.

—¿Cómo sabré que es allí adonde vas?

—Porque es allí adonde voy. Howard How me invitó.

—¿Por qué no dejas ese trabajo de porquería?

—Quiero conservar mi dignidad. Y el señor How me tiene fe.

—¡Tu dignidad! He visto las notas y los papeles que escribes sin cesar. Para hacer creer que todavía no puedes hablar.

—No tengo otro remedio. Porque todos los días procuran encontrar la manera de despedirme.

—No me vengas con esas, Cornelius. Puedo hacerte rico. Solo con una firma. Puedo darte lo que quieras. No seas estúpido.

—¿Y qué me dices de todos esos tipos con quienes has andado?

—Eran aventuras de una noche. Ninguno de ellos vale un pito.

—¿Les pagabas?

—Qué pregunta tan ofensiva. Puedo tener todos los hombres que se me antojen. Y me pagarían a mí. Lo que les pidiera. Harían cola a lo largo del Ecuador. Por qué se me habrá ocurrido que podría hacerte un favor. Con ese orgullo que tienes. Tírame los cigarrillos. Anoche ni siquiera pudiste. Sé que te habías acostado con otra. Si alguna vez los pesco, los mataré a los dos.

Cuando dice esas cosas sonríe y se lame los labios.

—Me gusta imaginar lo que le haría al coño con quien te pescara. Le retorcería los pechos. Le aplastaría la puntera de los zapatos. Le arrancaría el pelo a puñados. Le arañaría la cara. Se la dejaría como la

piel de un gorila que se hubiera rascado contra un alambre de púas. Pero, Dios mío, ¿crees que la guadaña me agarrará, Cornelius?

Fanny permanece inmóvil y en silencio. Me ha mostrado los montones de cartas que la primera mujer de Sourpuss escribió a todos sus parientes, a su madre, a su padre. A Bergdorf Goodman, Tiffany's y Santa Claus.

Estimado vecino o propietario:

Siento mucho que Fanny Jackson, esa buscona, esa prostituta barata, merodee por su calle o compre en su tienda. Ahora anda con mi marido, procurando sacarle plata para pagar sus cuentas. Y se acuesta con él en hoteles. Lo acompaño en el sentimiento por tener esa clase de vecina o de clienta.

Un amigo.

Me puse el traje que usaba en la Funeraria Vine. Es de tela ligera. En el diario de anoche decía que es el estilo de moda. Y una corbata de punto color verde oscuro. Que Fanny eligió de la colección del señor Sourpuss. Con el insólito cuello blanco que contrasta con la camisa a rayas azules y verdes. Me senté en la limusina con aire acondicionado. Palmeando el flamante tapizado de cuero de vaca. Con la ventanilla del chofer cerrada. Y Glen mascando su habitual chicle. Zarpamos hacia Flatbush en la frescura del atardecer. Sobre el puente. A través de las fábricas mugrientas. Por Queens Boulevard. Pilas y pilas de departamentos. Casas minúsculas en las calles transversales. No he vuelto al bar. En cambio tomé leche con un pedazo de pastel de moras junto a la ventana del autoservicio en mi loma preferida de la calle Cincuenta y siete. Me encontré de nuevo con el hombre que jugaba al ajedrez en el parque. Lo escuché mientras masticaba la costra del pastel.

—Usted sabe, señor, cómo flotan las mentiras sobre este país. Y la gente sabe que esas mentiras se amontonan cada vez más como una nube venenosa. Algún día esa nube pesará tanto que se caerá y ahogará a todos en esta tierra.

Allá está el cementerio de New Calvary. Donde enterrábamos a los muertos en días más felices. Las lápidas surgen de sus almas. Mientras los vivos siguen empujando. Con una expresión que dice: No me toque o recibirá una descarga eléctrica. La semana pasada salí a caminar y pensé: Por qué diablos no me hago el loco para divertirme un rato. Me acerqué a varias damas con exceso de peso. Con mi mejor acento las detuve sobre sus pasos de aves de rapiña. Y con un susurro: Señora, tranquilícese, porque no pienso robarle ni violarla. Pero me atrevería a preguntarle si no está usted rodeada por una zona erógena. Una de ellas sonrió y dijo: Claro que sí, y un muchacho tan atractivo como

usted puede penetrarla cuando quiera. Alentado, expresé algo imperdonable a otra dama que dejó caer de inmediato sus paquetes y empezó a llamar a gritos a la policía. Toda esta ciudad se alza dentro de nosotros mismos. Pequeñas torres de resentimiento. Se desmoronan en escombros de dignidad perdida. Hay que acarrearlos bajo el peso del dolor. Me gusta ver cómo la gente se para y nos mira cuando pasamos. Desde este mísero vecindario en que viven. Adiós, Woodside. Hola, Forest Hills. Si al menos fuera yo uno de los hijos. Así como hay hijas. De la Revolución Norteamericana. En vez de haber sido arrojado a estas playas. Por un par de simples inmigrantes. Que nunca supieron por qué diablos se les ocurrió venir. No bien aprendí a hablar salí a la calle para ganarme unas monedas trabajando para mis vecinos. La blanca piel de mi madre parecía azulada cuando murió. Y su sangre era marrón sobre las sábanas cuando se secó. Nunca me regañó ni me castigó. Siempre me decía que era un muchacho muy juicioso. Y cuando caí en manos de mi segunda madre adoptiva. Trataba de introducir mi miembro en su diccionario. Procuraba tachar con esperma las palabras indecentes. Ella me decía: Te voy a dar un bofetón, pequeño delincuente. Poco después empecé a poner lombrices en sus spaghetti e hice un agujero en la pared de su cuarto de baño para espiarla mientras se bañaba. Y llevaba a mi hermano menor al vestíbulo, desnudo y con una erección, para escandalizarla. Se le cubría la cara de sudor y empezaba a chillar: Lo hacen para mortificarme. Y era cierto, desde luego. Basta ser niño para descubrir lo asquerosa que es la gente mayor. Y en cuanto empieza uno a crecer y a transformarse en un muchacho atractivo, todos los vecinos del barrio dicen que nunca le han gritado a uno ni lo han mirado con malos ojos. Es una sensación espléndida la de ir poniéndose fantásticamente atractivo y comprobar cómo los mayores envejecen y se merecen todo lo que les ocurre. Y el tañido de esa gran campana, el Día de la Independencia. Cuando suena, cada uno de los ciudadanos de este sitio sale a su puerta... Y acude hacia su vecino. Hola, qué tal, cómo van las cosas. Y después un buen puñetazo en el hocico. En honor de los odios de toda la vecindad. El deseo de que hasta el día de hoy ningún indeseable pisotee el césped de sus casas. Ni haya irlandeses limpiándose el trasero con sus banderas. Ni polacos metiendo un dedo en el culo de sus perros. Ni checoslovacos meando sobre sus platos en sus piletas. Solo un montón de chiquillos llorando a gritos mientras sus padres panzones se rompen el alma mutuamente.

—Esta es la dirección, señor Christian. El número figura en ese cartel sobre el césped.

—Muy bien. Estacione y espere. Si me quedo mucho tiempo, le avisaré.

—No se preocupe, señor Christian. Tómese todo el tiempo que

quiera. Transmitirán un buen partido por la radio. Y hasta me he traído un libro sobre judo. Quizá aprenda alguna de las tomas que usted usa. Me divertiré mucho. Que lo pase usted bien.

Christian sube la escalera verde de moho. Un sendero de piedras irregulares en forma de media luna cruza el césped. Altos robles y álamos. Abetos a ambos lados de la puerta rústica y el porche de piedra. Oscuridad tras la tela metálica de las ventanas. Esa debe ser la casa del italiano. Santo Dios, hay un policía frente a la puerta.

Christian aprieta el botoncito blanco y se oye un carillón. En un madero transversal de la puerta barnizada dice "Jean y Howard viven aquí". Un niño pecoso aparece por un costado de esta confortable casa con techo de pizarra. Arrastra un carro rojo. Bajo los grandes árboles umbrosos. Junto a la casa del italiano, el garaje para tres autos con un ancho camino. Oigo leves pisadas. El piso cruje. El vestido rojo a través de la tela metálica cobriza de la puerta. Que se abre. Manos de dedos finos secándose en un delantal. Dos grandes ojos oscuros que brillan. En el corazón de un rostro. Sobre un cuerpo esbelto.

—Usted debe ser Cornelius Christian.

—Sí.

—Adelante, por favor. Bienvenido a esta casa. Howard está en el jardín, haciendo una escalera para que los chicos suban a los árboles. He oído hablar tanto de usted.

Un perchero. Dos pares de botas esperando el invierno. Sobre el piso de cerámica roja. Una fresca penumbra. Avanzo hacia el living revestido de una alfombra azul. Bajo una arcada, una mesa puesta para la cena. Las piernas de la señora How son como tallos delicados. Bronceadas por el sol. Zonas blancas a ambos lados de cada tendón de Aquiles. Trasero pequeño y firme, como un par de bolas de cojinete, bajo el delgado vestido rojo. Trago saliva.

—Siéntese, por favor. Disculpe usted por todas estas estúpidas revistas de historietas desparramadas por la casa. Se lo diré a Howard. ¿Un poco de té helado?

—Sí, por favor, señora.

—Qué cortés. Howard me habla siempre de sus buenas maneras. Pero siéntese, póngase cómodo.

Howard entra radiante. La mano tendida. Pantalones color caqui, camisa blanca con el cuello abierto y arremangada. Zapatillas azules. Como las de Fanny, que las llama zapatos para yate.

—Hola, Cornelius. Pensé que me llamaría desde la estación para que fuera a buscarlo. ¿Vino caminando?

—Vine en auto.

—De modo que sabe manejar. Eh, qué suerte, ya puede hablar de nuevo.

—Sí. Pero no sé manejar. Me trajeron.

—¿Se han ido?

—No.

—¿Por qué no le dice a su amigo que entre?

—Es un chofer.

—Vamos, otra de sus bromas, Cornelius.

—No es broma.

—Bueno, que me maten si... Déjeme echar una mirada. ¿Es ese cochazo gris?

—Sí.

—Hecho por encargo. No puede ser suyo.

—Bueno... Digamos que puedo disponer de ciertas comodidades.

—Usted nunca me engañó, Cornelius. Siempre pensé que sería uno de esos jóvenes universitarios de familia rica. Los vecinos pensarán que ha venido alguien importante. Me impresiona ver ese auto estacionado allí. Y pensar que esos hijos de puta estarán mirándolo. Ah, Jean, ya has conocido al genio.

—Sí, Howard. Acerca un poco la mesa hacia el señor Christian. Unos bocadillos. Pero no vayan a perder el apetito.

Los músculos tensos en los brazos de la señora How cuando deposita la bandeja. Me ha traído unas hojas de papel para que escriba mis notas. En cuanto vi su extraña belleza a través de la tela metálica de la puerta sentí un flujo de sangre entre mis piernas. Y ya estuve dispuesto a todo.

—Conque aquí está Cornelius. ¡Carajo!

—No me gusta que digas esa palabra, Howard.

—Me siento feliz. Eh, Cornelius, póngase cómodo, quítese la chaqueta.

—No, así está bien, gracias.

—Como quiera. ¿Sabe que usted es un genio, Cornelius? La noticia salió en la primera página del diario. Ocurrió ayer por la noche. De repente se aparecieron por aquí veinte coches de la policía. Rodearon toda la manzana. ¿No es cierto, Jean? Fueron por el camino del vecino con los revólveres desenfundados. ¿Sabe qué ocurría en esa casa? Nunca lo creerá. Pero sí, lo creerá. Una destilería clandestina, con un tanque de no sé cuántos litros. Tal como usted había dicho. El tanque es de cobre, de dos pisos de alto, lleno de tuberías. ¿Te acuerdas, Jean? Una vez te dije que ese tipo debía ser un borracho, por el olor que salía de su casa. Cornelius, ¿cómo lo adivinó?

—Solo dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Bueno, muchachos, los dejaré un momento mientras doy de comer a los chicos y preparo la cena.

La señora How se seca las manos en el delantal. Una enorme flor de pétalos azules con centro amarillo. Tengo que detener mis pensamientos. Apartar los ojos de su cutis sedoso y bronceado. De sus

labios carnosos y suaves. Creo que la vi lamérselos cuando entró en el cuarto. En realidad, sé muy bien que lo hizo. Y sus nalgas se mueven cuando sale.

—Bueno, usted sabe, Cornelius, no tengo nada contra los italianos, pero estoy contento de haberme librado de mi vecino. Es la clase de tipo que pierde los estribos y mata en vez de discutir. Yo me sentía al borde de la crisis nerviosa, como ese otro individuo que vive en la casa de enfrente. Él continúa sonriendo, pero sé muy bien que sigue un tratamiento de terapia electroconvulsiva. Pero volviendo al italiano: nunca cortaba el césped de su jardín. Ni se preocupaba de que su perro no viniera a defecar en el nuestro. ¿Lo creerá, Cornelius? El mes pasado el italiano hizo una de las donaciones más importantes a la comisión que recoge fondos para la construcción de nuestra iglesia. Quizá cuando un tipo descuida el césped de su jardín haya que sospechar... Eh, qué le parece si echamos un chorro de vodka en su té helado. Hoy me siento con ganas de probar tragos fuertes.

Howard echa el vodka en el vaso que sostiene Christian. Ramas de menta giran, se hunden, resurgen entre los cubos de hielo. Remolinean círculos oleosos en el líquido marrón.

—Bueno, Cornelius, conque por fin ha venido. En un automóvil con chofer. Esa dirección particular suya, en el lado oeste, ¿es una pantalla?

—En cierto modo.

—Usted está lleno de sorpresas. Quell me ha dicho que es socio del Game Club. Me dicen que tienen unas canchas de tenis y de squash realmente fabulosas. Me gustaría volver a jugar al squash. Jean dice que estoy echando barriga. A propósito, me gusta ese traje que lleva.

—Gracias.

—¿Sabe una cosa, Cornelius? Me gustaría ponerme en forma. Para mejorar mi defensa personal. En otras épocas, cuando volvía a casa por las noches cerraba los ojos y me imaginaba que estaba rodeado por una gran extensión de bosques, sin ninguna otra casa. Ahora, con ese tipo que merodea entre los árboles con el revólver listo para robarle a uno y dejarlo seco sobre el césped del jardín, lo único que hago es temblar cada vez que salgo del garaje. Me gustaría romperle el alma a ese hijo de puta.

Howard How se da un puñetazo en la palma de la mano. Cuando le dije que me gusta el coñac, dijo: Salgamos a comprar el mejor. Fue hacia el garaje y salió de él conduciendo en marcha atrás su camioneta hacia la calle. Entonces le dije: Permítame invitarlo. Subimos a la limusina y Glen nos llevó por las calles sinuosas. Howard se agitaba en el asiento.

—Que me muera, Cornelius, si esta vez no dejo a todos los vecinos verdes de envidia.

Estacionamos frente a una tienda local. Cuyo dueño, todo un veterano, era de los que aún venden buen coñac y cortan el jamón con cuchilla. Y volvimos pasando frente a esas casas donde no parece vivir nadie. Rumbo al estudio de Howard, con paredes recubiertas de pino. Una colección de pipas que nunca fuma. Me dijo: Esta calle no es tan curva como las demás. Pero también aquí vive gente importante.

—Oigamos un poco de música, Cornelius. Tengo una buena cantidad de discos de los mejores compositores. Mientras Jean acuesta a los chicos.

Howard pone el tocadiscos a todo volumen. Quiere darme una buena muestra de acústica excelente. Y que se me rompan los tímpanos. Me voy a orinar al toilette que está junto a la puerta de entrada. Una esponjosa alfombra verde sobre el piso de mosaicos blancos y negros. Una gran H en todas las toallas con flores celestes y rosadas. Un lavabo con dos jabones. El atardecer me reanimó con su frescura. Chicos que dejan de jugar en las calles y entran a sus casas. Se encienden las luces. Y supongo que todos preparan sus rifles automáticos. La gente se mueve en las cocinas de las demás casas. Y Howard agita la bebida que tiene preparada y ha mantenido en la heladera durante toda la tarde. Me sirve un vaso y se sienta, tanteando el sillón con una mano a su espalda. Se ha puesto una inmaculada camisa blanca y mocasines que brillan como caoba. Una estantería con libros sobre administración de empresas. Tres sobre pesca.

—Cornelius, es muy amable de su parte haber venido a visitarnos. Para conocer a mi mujer y a mis chicos. Oiga la chicharra. Hace un par de años hasta se oían croar las ranas. Para esto nos rompemos el lomo en la oficina: para que nuestros hijos puedan disfrutar de la vida un poco más que nosotros. Aunque a veces es como para dudar... El otro día había una mantis religiosa en el jardín. Pasó un auto lleno de muchachones que venían de Woodhaven. La vieron. ¿Sabe qué hicieron? Le tiraron una piedra. Eso fue lo que hicieron. Aplastaron de una pedrada a uno de los insectos más beneficiosos para la humanidad. Me metí en casa y lloré. ¿Qué puede uno hacer frente al dilema de lo que está bien y lo que está mal? ¿Qué puede uno decirles a sus hijos? No sé cómo los jóvenes podrán aprender a resolver los problemas de la vida. Usted, que pertenece al mundo de los jóvenes de hoy, ¿tiene alguna respuesta, Cornelius?

—Sí. Todos deberían agacharse y fregar sus pisos. Y sus escaleras. Hasta la acera. Y limpiarse bien el culo. Y andar con revólver.

—Caramba, me sorprende un poco su franqueza, Cornelius. Supongo que usted no será medio subversivo. El otro día me dejó pensando, cuando dijo aquello acerca de su padre. Me impresionó mucho. Pero también me quedé pensando en lo que dijo del señor Mott. Es cierto, él entra en un cuarto y dice lo que se le antoja. Sin

preocuparse de los sentimientos de nadie. Una vez me compré un par de zapatos de golf en una liquidación, durante la hora del almuerzo. Me los estaba probando cuando Mott entró en mi oficina. Ni siquiera me dio tiempo para explicárselo. Dijo: ¿De dónde sacó esos absurdos zapatos puntiagudos de dos colores? Como si yo los hubiera usado todo el tiempo. No fue el modo en que dijo absurdos; fue el tono con que dijo puntiagudos de dos colores. Me sentí humillado. Bueno, brindemos por él.

Los calcetines rojos y esponjosos de Howard. El lustre como de caoba de sus mocasines. Toma el alto vaso y se echa un trago. En la cocina trabaja una mujer de piel oscura. Está de pie junto a una cacerola. Me hace una breve inclinación y me sonríe cuando atisbo por la portezuela. La saludo haciéndole el gesto que un indeseable hace a otro.

—Así son las cosas, Cornelius. Uno puede ducharse, afeitarse, peinarse, ponerse una camisa limpia, subir a un automóvil nuevo. Y a nadie se le ocurre que uno sea un vagabundo. Pero si uno se pone a mirar un pájaro negro de alas rojas en un terreno baldío, enseguida aparece un coche de la policía para preguntar qué diablos está haciendo. Y el policía dice: Siga caminando, no pierda el tiempo. No es que critique nuestro modo de vida. Supongo que no hay otro remedio, en estos tiempos en que asaltan las mejores casas y asesinan a sus habitantes. Quizá vivamos una crisis de nuestros valores. Pero me rompo la cabeza pensando qué puedo decir, como padre, a mis hijos. ¿Que van a criarse en el mundo de la corrupción? No puedo decirles eso. No es que pida a mis chicos que todas las noches se arrodillen y canten bendita seas Norteamérica. Me cago en..., y perdón por mi francés, pero no sé cuándo vamos a disfrutar de la paz y la tranquilidad que deberían existir en un vecindario como este. Santo Dios, uno se levanta una mañana y descubre que ha estado viviendo junto a una destilería clandestina. Como usted se imaginará, no hay nadie con quien pueda hablar de estas cosas. Eh, permítame llenarle de nuevo el vaso. Hoy estamos de fiesta.

How sirve su bebida con gusto a ananá, vuelve a repantigarse en el sillón con el vaso dirigido hacia un rincón del cuarto. La lumbre del cigarrillo se aviva cuando aspira una bocanada de humo.

—¿Ve esa caña de pescar, Cornelius? Bueno, entre nosotros, le confesaré cuál es mi ambición: ir un buen día a la oficina y decir a todos que el asqueroso imperio Mott puede irse al diablo. Y después comprarme un almacén de ramos generales en un sitio tranquilo y dedicarme a la pesca. Sin que me perturben todas estas tensiones emocionales. Oiga, oiga eso. Es la rana. Ha vuelto. ¿No es un sonido maravilloso?

Dos niños de pelo color arena y una niña minúscula de grandes

ojos oscuros. En procesión. Para darnos un apretón de manos. Y saludar desde la escalera, con sus quimonos azules y sus chinelas amarillas haciendo juego. Velas encendidas en la mesa del comedor. La señora How con un vestido largo color malva que destaca sus formas.

—Aquí está, Cornelius. ¿No es una chica estupenda?

Ensalada de espárragos y langostinos. Howard, sonriendo, saca a relucir una botella de vino blanco. Mientras sigue echándose tragos de su propia mezcla. Ya medio achispado dice: Cornelius, quédese a pasar la noche. Despida al chofer. Sea mi huésped. Tenemos un cuarto de huéspedes con baño junto a mi estudio. Y yo salgo, mirando a izquierda y derecha por si hay en la oscuridad algún tipo con un revólver. Glen duerme en el aire acondicionado de la limusina, el seguro bien puesto en las puertas. Le digo que se vuelva a Manhattan. Y me dice que la señora Sourpuss le ha ordenado que me espere.

—Y yo le ordeno que se largue de aquí, y no se lo repetiré dos veces.

—Está bien, señor Christian. Está bien.

Es agradable librarse de un chofer. Y ver cómo las luces rojas de la limusina gris se alejan por la calle. Vuelvo a la breve loma del jardín. Contemplo la tibieza del hogar que brilla tras las ventanas. Y un grito nervioso. ¿Eres tú, Héctor?

Una jarra de leche sobre el mantel blanco. Howard dice que apaga el fuego cuando el alcohol le empieza a arder en el estómago. La señora How ofrece las ensaladas y dos clases de condimentos. Un recipiente lleno de choclos humeantes. Una fuente de rebanadas de tomates rojos y amarillos. Salpicados de hierbas aromáticas y frotados con ajo. Todo proviene de la huerta de Howard. Mientras los insectos chocan contra el alambre tejido de las ventanas procurando ir hacia la luz.

—Cornelius, Jean es mi mejor camarada. ¿No es cieno, Jean?

—Howard, estás bebiendo demasiado.

—No, este es un día especial. Es sábado y tengo derecho a pescarme una buena. ¿No es cierto, Cornelius? Después iremos a fregar las escaleras de la entrada. Como usted dijo. Y le preguntaré a ese policía que está al lado si podemos probar un poco de la bebida que preparaba el italiano. ¿Qué le parece la idea, Cornelius?

—Muy buena, señor How.

—Eh, Cornelius, espero que todavía conserve el ritmo de vida de un buen norteamericano. Um pa pa... Um pa pa... Y deje de llamarme señor How. Ahora cómase de una vez uno de esos choclos. Use los dedos. Me doy cuenta enseguida de cuando un tipo conserva nuestro ritmo. Y me parece que Europa se lo ha quitado, Cornelius.

—Howard, qué has estado bebiendo.

—Nuestro ritmo de vida. Um pa pa... Um pa pa... Eso es lo que hay que tener. Como esta buena camarada, Jean. Oye, Cornelius, muchacho. Mira que le sacas canas verdes a ese pobre Quell... Me divierto mucho cuando entra en mi oficina echando humo y temblando de furia. ¡Saca a ese maldito Christian de mi departamento!, dice. Le contesto que no puedo hacer nada, que usted es uno de los recomendados del señor Mott y un amigo íntimo, muy íntimo, de la familia.

—Basta, Howard. No tienes derecho a hablar de esa manera sobre la oficina con el señor Christian. Has bebido demasiado.

—Vamos, Jean, de qué tenemos miedo. Mi buena camarada Jean. Es de una buena familia de Virginia, Cornelius. Por lado de su madre. Se casó con un tipo inferior a ella. Como su madre.

—Toma un poco de leche, Howard.

—No, Jean, no voy a tomar un poco de leche. Voy a tomar un poco de mi bebida. ¿Qué le parece, Cornelius? Imagínese, toda una destilería. Llamé a John, mi corredor de bolsa. Le dije: ¿Qué pasará ahora, John, con el valor de mi propiedad? Me dijo: No se preocupe, Howard. Ese episodio podría ser una invitación para iniciar una gran industria en el umbral mismo de su casa.

—Y te has robado esa escalera, Howard.

—No me he robado nada. No hice más que traerla a casa, eso es todo. Para hacer algo con que los chicos pudieran subir a los árboles. Los vecinos ya no la necesitarán.

—Eso es robar.

—¿Qué? ¿Robar a una pandilla de ladrones? Además, el policía de guardia dijo que podía llevármela. Claro que le di un par de dólares. La usaban para treparse ilícitamente entre las malditas tuberías de ese inmundo italiano.

—No digas eso porque es extranjero. No es una actitud justa.

—Es un extranjero inmundo. Y ha arruinado la reputación de este vecindario. Pero tengo que admitir una cosa en su favor. No se metía con nadie. En realidad, era el mejor vecino que hemos tenido. Tenía rasgos distinguidos en la cara. Como Cornelius. Era un alivio, después de algunos lugares donde hemos vivido, con los vecinos haciéndose los tarzanes y tratando de cortar el césped de sus jardines en dos segundos para impresionar a Jean.

—Tienes demasiada imaginación, Howard.

—¿Y qué me dices de aquel hijo de puta que se largó desde la ventana de su dormitorio colgado de la cuerda de tender ropa, con calzoncillos imitación leopardo?

—Estaba mal de la cabeza, Howard.

—El asqueroso era uno de esos que se excitan mirando a los demás, eso es lo que era. Y tuvimos que mudarnos. Y aquel otro

degenerado que todas las mañanas se paraba desnudo frente a su ventana para que lo vieras.

—Era casi un chico.

—Un chico. Vaya chico. Será mejor que me calle. Pero no, no me callaré. Seré franco. Aquel hijo de puta tenía una cosa enorme.

—Bueno, señor Christian, espero que no piense que esta es nuestra manera habitual de vivir y de pensar. A Howard le ha dado por hacer una exhibición de masculinidad. Para crear una especie de contraste. Porque piensa que usted es tan... Oh, no sé cómo decirlo.

—Dilo, Jean, dilo. Distinguido. ¿No es esa la palabra que buscas?

—Bueno, si te parece. Por eso hay vino en la mesa. Nunca bebemos vino. Pero supongo que todo el mundo cae alguna vez en la tentación de darse aires.

—Querida, Cornelius es hijo de inmigrantes. Ya te lo he dicho. Pero tiene algo que no existe en esta ciudad. Algo que no tiene Mott ni ningún otro. No sé... Vivimos en una época de crisis. Donde antes todo era soledad, el reino de las maravillas naturales creadas por Dios, hoy disfrutamos de los quioscos de hamburguesas, las estaciones de servicio, los postes para los cables de la electricidad y el teléfono, y los baldíos donde se venden autos usados. En todas partes se destruye la antigua elegancia. Quizá lo único que queda de ella habrá que buscarlo en las funerarias. ¿No es cierto, Cornelius?

—Creo que tiene razón.

—¿Qué sabe usted sobre las funerarias, señor Christian?

—Silencio, Jean, ese tema es tabú. Es algo que pertenece a la pequeña historia personal de Cornelius. Ya hemos dejado detrás todo eso. Pregúntale sobre su mamá y su papá.

—¿Puedo preguntarle sobre su mamá y su papá, señor Christian?

—Sí, hágalo, por favor.

—Bien. ¿Quiénes eran?

—Dos personas insignificantes. Y murieron cuando yo era muy chico. En todo caso, supongo que mi padre también estará muerto. Se creía actor. Usaba polainas blancas y bastón. Y gorra a cuadros y pantalones de golf. Sabía zapatear. Mi tío, un hombre sencillo, quería a mi madre y tenía una empresa de construcción. Vivía en Rockaway y creo que él hizo todo lo que pudo por nosotros.

—Qué romántico, señor Christian. No quiero parecer condescendiente, pero lo que me cuenta es hermoso.

—Mi madre trabajaba lavando y cosiendo para afuera. Debe haberse gastado los dedos hasta el hueso. Cuando mi tío nos llevó a mi hermano y a mí a un vecindario mejor que la barriada donde vivíamos, me sentí marginado. Mientras iba creciendo, con mi belleza oculta en mi corazón, las chicas ricas y socialmente superiores me ignoraban.

—Ya lo oyes, Jean. Deja que Cornelius te lo cuente todo. Esta es la clase de país en que vivimos. Creo que ha llegado el momento de que algunos de los que protestamos nos hagamos oír para que nos tomen en cuenta.

—Siéntate, Howard. El señor Christian está bromeando.

—No quiero sentarme y nadie me hará bromas a mí. Propongo un brindis. Por Cornelius.

—Has derramado esa bebida absurda y pegajosa sobre la mesa, Howard.

—Oh, la limpiaremos, la limpiaremos. Pero tenemos que reponerla. Iremos a buscarla a la destilería. ¡Emprendamos el viaje! ¡Hogar, dulce hogar en las colinas! Donde juegan los antílopes. Y donde aúllan los malditos coyotes. Y donde se extienden las casuchas suburbanas. Soy todo un poeta. También pude ser un alce.[5]

Mi padre pertenecía a la leal orden de los alces. Brindemos, ahora. Por Cornelius. Que se elevó triunfante desde Brooklyn y el Bronx con ese acento suyo tan distinguido. Bienvenido a mi casa. Ahora recuerdo aquella vez que dijo... escribió en el papelito... que no todo era una maravilla aquí. Eso fue lo que escribió, Cornelius. Ahora, dígame. ¿Qué más puede querer en la vida cualquier tipo? Con sus hijos durmiendo bien protegidos en sus camas.

—Ojalá estén bien protegidos, Howard.

—No me interrumpas, Jean. Y esos chicos serán mucho más inteligentes que yo. Irán a las mejores universidades. Tengo una mujer hermosa. Jean pudo haber triunfado en el cine. Sí, Héctor, el vecino de enfrente, hay que confesarlo, tiene una mujer que no está mal. Pero no puede compararse con Jean. Levántate, Jean.

—Y tú siéntate.

—He dicho que te levantes. Para que Cornelius te vea. La mujer más hermosa de esta zona. La reina de esta maldita zona, quién puede dudarlo. Los tipos se quedan con la lengua fuera cuando la miran desde sus jardines.

—Me quedaré sentada donde estoy, Howard. Y será mejor que te moderes. Prefiero no decirte cómo te sentirás mañana. Te quejarás y me echarás la culpa por no haberte contenido. Así que te digo que te moderes.

—Jean tiene razón. Mañana estaré medio muerto. Pero esta noche me siento feliz, muchacho. Piense un momento, Cornelius. Sus padres desembarcaron aquí como ganado. Y usted creció gozando de privilegios. Como si hubiera sido alguien. Y ahora le pregunto: ¿por qué desprecia a su país? ¿Por qué? Aquí fue donde sus padres empezaron una nueva vida. Pero usted prefiere largarse a Europa para divertirse a sus anchas. Es cierto, sus padres recibieron unos cuantos golpes aquí. Y los liquidaron. Pero en este país, a pesar de todos sus

defectos, es donde ocurren las cosas importantes. Aquí es donde reventará el absceso. La humanidad está construyendo el futuro aquí mismo, en esta capital del mundo. Sí, puede sonreírse, Cornelius. Y en parte, las soluciones que ofrecerá esta capital se buscan en el Salón de las Ideas del Imperio Mott. Usted es un traidor a esta capital. Un asqueroso traidor. Eso es lo que usted es, Cornelius. Con ese acento tan distinguido y ese aire ausente. Por qué no se porta como un norteamericano, como todos nosotros. Cree que es superior a todos. Y ni siquiera obtuvo un título en la universidad. ¿Defendió a su país, acaso? ¿Dónde estaba cuando la artillería derribaba al enemigo amarillo?

—Basta, Howard, basta. Eres agresivo e injusto con el señor Christian.

—No te metas en esto, Jean. Quiero preguntárselo aquí y ahora. ¿Defendió a su país?

—Bueno, sí.

—¿Y fue recompensado cuando la guerra terminó?

—Sí.

—Y entonces qué hizo. Se llevó su recompensa a Europa. Para disiparla entre malvivientes y franceses. Bueno, de todos modos, me gusta ser su amigo. Pero debería sentar cabeza. ¿De quién es ese chofer que lo trajo? ¿En qué chanchullos anda metido? No piense que puede engañarme. Ni se le ocurra. Eh, la mesa se mueve.

—Eres tú el que se mueve, Howard.

—¡Demonios! Subversión. Bajo la mesa. Mientras hablo de nuestras perspectivas y revelo la realidad de los hechos. Siempre hay un hijo de puta que le mueve el piso a uno. ¿Y quiere que le diga una cosa? Creo que son mentiras eso de que es amigo de Mott. Me imagino que habrá ido por casualidad a una de esas estúpidas fiestas que da su hijo. Eso es lo que me imagino.

—Howard, deja al señor Christian en paz. Dices eso porque a ti nunca te han invitado.

Howard How, la frente cubierta de sudor, señala con un dedo vacilante. Que enseguida aparta de la llama de la vela entre un olor a uña quemada. La señora How con los labios apretados, los puños crispados a ambos lados del plato. Tengo ganas de preguntar si puedo servirme más ensalada. Porque no creo que lleguemos al helado de frambuesa.

—¡Hurra! ¡Adelante, equipo, a la victoria! Con el um pa pa norteamericano. Yo estaba en la defensa trasera. En el equipo de la escuela secundaria. Cuando fui a la universidad, estaba demasiado flaco. ¿Quién está sentado allí? Ah, eres tú, Jean. Friega la escalera. Ahora me voy derecho a la destilería.

—No, no irás.

—¿Quién va a pararme? ¿Tú, con la ayuda de ese infeliz de Christian y su reputación de boxeador? Podrá asustar a los muchachos del Salón de las Ideas, pero no a mí. Traten de pararme. A ver si atreven.

Howard How va a los tropezones hacia una puerta tras una cortina. Se golpea la rodilla contra un radiador. Se la toma con las manos mientras hace una mueca de dolor. Que disipa con una nueva sonrisa.

—Ja, he engañado a los dos. Creyeron que los dejaría solos, ¿no es cierto? ¿Cómo podría estar seguro de que este seductor no se pondría a hacer cosas raras con mi mujercita en cuanto volviera la espalda?

—Howard, ¿por qué diablos no te callas la boca? Has invitado al señor Christian para insultarlo. Esto se está poniendo insoportable. ¿Me entiendes? Creo que con dos basta para divertirse. Venga, Cornelius, tomémonos un buen vaso de coñac.

—Bueno, adiós entonces. Adiós a los dos. ¡Adelante! ¡Al asalto de la destilería!

—Lárgate de una vez y corre a esa destilería.

—Iré. No pienses que no lo haré.

Una voz que canta fuera, bajo los árboles. Una ventana que se cierra de golpe. La señora How en su vestido malva. Ciñendo cada una de sus prominencias. Cuando flexiona el brazo, su músculo parece estallar. Nunca imaginé que How, con sus anteojos y su enorme trasero, pudiera tener esta mujer que es como para caerse de espaldas. Una piedra preciosa desenterrada del corazón de Queens. Huele con un fresco aroma a jabón y suave jazmín.

—Lo siento de veras, señor Christian. Por favor, no tome demasiado en serio a Howard. Qué puedo ofrecerle.

—Oh, estoy muy bien así, gracias.

—Vamos, seamos francos. No lo ha pasado nada bien. Lo triste es que Howard piensa de veras lo que dice. Tiene algo contra usted. No puedo comprenderlo. Porque habla tanto de usted...

—Entiendo, señora How.

—Su invariable cortesía es muy agradable. Pero la velada no lo ha sido tanto.

—¿No corre peligro, allí afuera?

—Oh, no, son apenas unos pocos metros. A menos que se rompa una pierna en el pozo de arena donde juegan los chicos. O que el policía de guardia le dispare un tiro. Tengo listo el café. ¿Quiere tomar un poco con el coñac?

—Me gustaría mucho.

—Supongo que usted ignoraba que la bebida se ha vuelto un problema para Howard. Era un muchacho muy inteligente cuando estudiaba en la universidad. A decir verdad, era brillante. Y ahora, a pesar de que tenemos mucho más de lo que necesitamos, a veces tiene

la impresión de que ha malgastado su vida.

—¿Le gusta vivir aquí, señora How?

—Es un buen lugar para los chicos. Pero aunque le parezca una locura, preferiría vivir en un gueto. A eso de las diez de la mañana, esto se parece a los páramos helados de la Antártida. Pero una mujer no puede decir semejante cosa a su marido. Cuando un hombre termina de quejarse por los impuestos, no es posible decirle que esta atmósfera silvestre la está volviendo a una loca.

El pelo le brilla a la luz de las velas. Que arranca destellos de sus ojos negros. Huelo el coñac. El pálido oro viejo de esta dulce sazón. Viene de otro país llamado Francia. Ladridos de perros. Miro la zapatilla plateada de la señora How. Los dedos de uñas pálidas juguetean en ellas. Y miro sus tobillos de antílope.

—¿Puedo hacerle una pregunta muy personal, Christian?

—Sí.

—Oh, será mejor que no se la haga. Pensará que soy muy atrevida.

—No, nada de eso.

—Bueno, se lo preguntaré. Porque siempre he tenido la curiosidad... Una mujer muerta, si era joven y bonita, podría... Oh, Santo Dios, será mejor que me calle.

—No, pregúnteme, por favor.

—Bueno... Una mujer muerta, tendida en la mesa de embalsamamiento, ¿podría excitarlo?

—Señora How, no sé... No es que se trate de un secreto personal o cosa por el estilo, pero algunos pensarían que es una falta de ética hablar de estos asuntos.

—Oh, vamos, contésteme. Es una de las cosas que siempre me han despertado curiosidad.

—Bueno, la verdad es que cuando uno se encarga de esas tareas no encuentra demasiadas oportunidades de trabajar con mujeres hermosas. Pero hasta después de muerta una mujer bonita puede tener cierto atractivo.

—De manera que para las que aún estamos vivas quedan muchas oportunidades.

—Bueno, no quiero desilusionarla, señora How, pero hay quienes las prefieren muertas.

—Oh, ya sé que existen los necrófilos. Pero yo pensaba en los jóvenes distinguidos y apuestos que trabajan en las funerarias.

—Usted se refiere a esos que juegan al tenis y entran en las salas de embalsamamiento pisando fuerte y oliendo a colonia para después de afeitarse.

—A esos me refiero. Pero ¿qué ha sido ese ruido?

—Pareció un disparo de revólver calibre 38.

—¡Santo Dios!

Christian sigue a la señora How, que atraviesa corriendo las puertas ocultas tras las cortinas. Cruzan un patio breve. Unos escalones entre la vegetación. Una luz que se enciende. Una sombra que corre a un lado de la casa del italiano. Hacia una forma blanca tendida sobre la hierba. En la oscuridad grita una voz. En el momento en que doy un paso y quiebro una rama en el suelo.

—Nadie se mueva. Veamos qué ha pasado.

—Ese es mi marido.

—No le ha pasado nada, señora. Quizá tenga un ataque de hernia, pero no está herido. Disparé al suelo. Trataba de meterse en la casa.

Howard tendido boca abajo en el suelo, exánime. Susurran las hojas de los árboles. Cantan los grillos. Los mosquitos zumban en torno a las orejas. Uno acaba de perforarme el cuello en busca de sangre. Se apagan luces de todas las casas. Y nadie sale de ellas para averiguar qué le ha sucedido a uno de los habitantes de la zona.

Los hombres levantan a Howard How, que balbucea algo sobre los holandeses que compraron Manhattan a los indios por unos pocos céntimos. Christian lo sostiene por las axilas, el policía por los tobillos. Se le han caído los mocasines. Lo cargamos avanzando de espaldas por el patio. A través de las persianas del comedor. Toda esa buena comida y ese coñac abandonados bajo la luz de las velas. El policía medio calvo con su camisa azul de mangas cortas. Olor a pólvora. Mientras subimos a Howard How por las escaleras que crujen. La gente siempre es más pesada de lo que uno cree. Lo dejamos caer sobre la cama doble. Bajo un cuadro que representa las cataratas del Niágara. Un cubrecama esponjoso y rojo, como los calcetines de Howard. Que tiene un puñado de hierba en la mano. Y una mancha de sudor en la entrepierna.

Mientras baja la escalera el policía mira los grabados de colores que muestran carruajes antiguos. Todos los objetos que hay en las casas de los demás. Parecen mejores que los de las nuestras. Ahora tengo que ingeniármelas para largarme de aquí. Y afrontar el peligro de caminar por esta calle suburbana. Si el policía no dispara, sin duda lo hará ese individuo que asalta con revólver.

—Lamento lo ocurrido, señora. Comprendo que un hombre sienta curiosidad de averiguar qué ha pasado en la casa de su vecino. En una zona residencial como esta. Pero su marido tiene que andarse con cuidado. Debo cumplir mis órdenes.

—Gracias, oficial.

—Si necesita ayuda, no tiene más que pegarme un grito. Estoy siempre ahí afuera.

—Gracias, oficial.

—Bastará con que me llame.

—Bueno, muchas gracias, oficial.

—Gracias a usted, señora.

El policía cierra las puertas del comedor y cruza el patio. La señora How se queda inmóvil, con la mirada fija. Un leve brillo como de lágrimas en sus ojos. Que se clavan en mí.

Y yo no sé adonde mirar. Salvo a ella. Tengo que decir algo antes de que oiga los latidos de mi corazón.

—Creo que debería irme, señora How.

—No, quédese, por favor.

—Creo que no es lo que corresponde, en el estado en que se encuentra el señor How.

—No le ha pasado nada, solo está durmiendo la mona. Y eso no significa que deba usted irse. Venga, le mostraré su cuarto.

Atravesamos el estudio de Howard y entramos en un cuarto con paredes revestidas de pino. Una vieja máquina de coser a pedal. Banderines universitarios en la pared. Uno de ellos dice "Arriba Bucknell" entre las dos camas gemelas con cubrecamas color rosa. Bajo los pies cruje la arena traída de la playa por los veraneantes. El aroma de la niñez, el gusto de la brisa salada. El rompeolas de madera en Far Rockaway. Y el miedo a los tiburones. Cuando uno nada hacia las olas grises que se precipitan.

—Si necesita algo, llámeme, por favor. Voy a poner las cosas en orden antes de acostarme.

—Gracias.

—Y le pido que me disculpe. Usted no es como me había imaginado. Y Howard se sentirá tan culpable cuando despierte...

Christian se sienta en la cama. La luz brilla tras un vidrio blanco. Cortinas verdes en las ventanas. La suavidad de su voz, los movimientos solícitos de sus manos. Qué ganas de casarse con ella. De llevársela a los páramos de algún país subdesarrollado. Como Irlanda. Cultivar la tierra. Sentarse todas las noches junto al fuego, a oscuras. Oyendo el ruido de las olas.

Christian vuelve al estudio de Howard How. Aprieta el botón negro para encender la luz blanca. Examina una pila de revistas. Country Gentlemen. Las brillantes páginas de la esperanza. Las cosas lujosas me ayudan a conciliar el sueño. Es agradable ver estas caras antes de dormirse: la crema de la sociedad de St. Louis. Fotografiados en sus rosaledas, junto a sus esposas, contra un fondo de paredes de piedra dignificadas por la pátina. Atisbo entre las cortinas que cubren las ventanas de Howard. Ni un soplo de aire. Para avivar mis esperanzas. Mis ilusiones de estallar en el cielo sobre Norteamérica. El brillo de la fama. Pero lo único que me ha sido deparado fue un estampido que surgió rectalmente de Quell en la oficina de al lado, mientras yo leía plácidamente su Wall Street Journal. Todo lo que traje a esta tierra fue a Helen. Que ahora yace como un velo caído. En su tumba que

envejece. Abandonada, sola. Y antes de que su mortaja se deshaga en polvo, quiero imaginarla animada por el púrpura. El color que ella usaba. Quiero verla convertida de nuevo en mi mujer viviente. Como en la época en que yo era tan joven y tenía tanto miedo de casarme. Ahora me siento y apago la luz. La oscuridad en una habitación ajena. El rugido de una autopista no demasiado lejos. En Grand Central Station estuve a punto de tomar un tren en el andén treinta y ocho solo porque se llamaba El Puritano. Necesitaba ir a un lugar donde existiera esa clase de belleza. Un grupo de chicos gritaba a los hombres que pasaban: Eh, señor, se le ha caído la billetera. Cuando sonreí dijeron: Este es vivo. Todas esas horas, esos días que se han ido. Todos esos meses, esos años. Cuando Vine, durante una de sus tranquilas veladas en rueda de amigos, me decía qué sentía al mirar el monumento conmemorativo en la asociación de marinos del Battery. Pensar en todas esas vidas perdidas en el mar. Tantos funerales que él habría podido organizar.

La puerta se abre y deja entrar un rayo de luz. Alguien se acerca en puntas de pie. Me quedo helado en la silla. Paralizado por un miedo indecoroso. De que aparezca alguien con un revólver. O de que un impuro deseo acabe del todo con mi débil resistencia. La luz se acerca por el piso y llega hasta mis calcetines.

—¿Quién está aquí?

—¿Quién es?

—Oh, es usted, Cornelius. Son sus pies. Qué susto.

—Soy yo.

—Caramba...

—Discúlpeme, señora How. Vine en busca de algo para leer. Y apagué la luz para pensar un rato.

—Yo suelo hacer lo mismo.

—Así es más fácil pensar.

—Sí, se puede pensar de verdad.

—Bueno, eso es lo que estaba haciendo. Pensaba.

—¿Y en qué pensaba, si me permite la curiosidad?

—En el matrimonio.

—Es algo muy serio para pensar en ello.

—Sí, lo es.

—¿Y qué pensaba del matrimonio?

—Pensaba que dos personas pueden vivir juntas y enfrentarse al mundo.

—¿En eso pensaba?

—Sí, en eso.

—Muchas veces he pensado lo mismo. Pero discúlpeme, ha sido una falta de tacto preguntárselo.

—Nada de eso.

—Bueno, sé que su mujer murió. Supongo que ustedes dos serían muy jóvenes cuando se casaron.

—Sí, lo éramos.

—Bueno, dos personas juntas pueden hacer frente al mundo entero.

—Sí. Y los vientos pueden soplar en torno a ellos. La lluvia, las tempestades pueden azotar sus cuerpos. Y juntos, al abrigo de una casita de piedra, los dos juntos pueden desafiar la noche hasta que llegue la mañana. Cada uno envuelto en los brazos del otro.

—Ese es un pensamiento muy hermoso, Cornelius.

—Señora How...

—¿Sí?

—Siento una atracción tremenda hacia usted.

—¿De verdad?

—Sí. No debiera decírselo así, de repente. Si me atrevo a decírselo es porque estamos a oscuras. Y usted parece tener un matrimonio tan feliz. Espero que me perdone por habérselo dicho.

—¿Por qué?

—No sé por qué. Creo que es porque no me siento parte de este país. Me siento como un intruso.

—Qué tontería. Claro que es usted parte del país.

—Sé que puedo parecer terriblemente presuntuoso, pero estoy seguro de que mi canción es muy dulce. Y en todas partes todos me miran y me dicen: Eh, muchacho, tú podrás ser muy hermoso, pero no le importas a nadie. Y si tengo que seguir admitiendo que eso es verdad durante largo tiempo, creo que me moriré.

—Oh, no sabe cómo lo comprendo, Cornelius.

—¿De veras?

—Sí.

—Se lo agradezco, señora How. Para decirle toda la verdad, había venido aquí para hacerles una mala jugada a usted y a su marido. Quería hacerles creer que no podía hablar.

—Pero yo tenía tantas ganas de leer sus anotaciones. Porque Howard me había contado lo que decía en algunas de ellas.

—Cuando usted salió a recibirme, sentí que me llenaba una oleada de sinceridad. Me sentí incapaz de mentirle a alguien como usted.

—¡Caramba!

—¿Puedo pedirle algo, señora How? Por favor, acérquese un poco. Me fascina su aroma.

—¿Es cierto?

—Sí.

—Me acercaré. Me sentaré en el brazo de su sillón.

—No la tocaré.

—Lo sé.

—Una de las cosas que más me entristecen, señora How, es la cantidad de gente que me ayudó desde que desembarqué. Fueron afectuosos conmigo. Su marido me tendió una mano. Y el señor Vine, el director de la funeraria, sin duda habrá visto sus anuncios en estos días, casi me salvó la vida.

—Ha de ser un buen hombre.

—Sí. Y lo absurdo es que durante toda mi niñez creí que nadie me quería. Una mujer me miró con odio mientras avanzaba por la iglesia para tomar mi primera comunión. Clavaba los ojos en mis zapatos blancos, que ya estaban medio grises. Es cierto que yo había echado azúcar en el tanque de gasolina de su marido, y que ella nunca logró probarlo. Pero cualquier chico es capaz de eso. Le arruiné el motor al tipo. Y ella no me lo perdonó. No piense que me tengo lástima...

—Oh, nada de eso. Los chicos de esta zona se lo pasan haciendo esa clase de diabluras a Howard.

—Me parece que su marido ha tomado muy a la tremenda ese asunto de la destilería del vecino.

—Oh, estoy segura de que sospechaba que existía desde hace mucho tiempo. Howard es muy astuto.

—Qué bien huele usted, señora How. Y sus pestañas... Es increíble lo despiertos que son sus ojos.

—Usted ve muy bien en la oscuridad.

—Gracias.

—Pues creo que también usted huele bien.

—Gracias.

—¿Y sabe una cosa, Cornelius? No debe pensar esas cosas acerca de usted mismo. En una de las notas que escribió a Howard, le decía que se sentía inservible. Si la canción que canta es hermosa, alguien la oirá y la descubrirá. Quizá no le importe, pero a su manera Howard debió oírla. Yo, desde luego, la he oído. Y hay algo en mí que vibra, como los tendones o como una cuerda vocal... ¿No tiene usted a nadie, Cornelius?

—No.

—Todos deben tener a alguien. Al menos a alguien.

—Si no nos hubiéramos conocido ahora, señora How... Si nos hubiéramos conocido hace años, en la escuela secundaria, por ejemplo, ¿habría podido gustarle?

—Claro que sí. ¿Por qué me pregunta eso?

—Porque yo no le gustaba a nadie. A nadie que fuera tan hermosa como usted. A nadie que pudiera permitirse a alguien mejor que yo.

—Alguna persona debió pensar que usted valía. De lo contrario, jamás habría llegado a ser tal como es ahora.

—Mi tío me compró una bicicleta verde. Y una tía me hacía pasteles de manzana, muy dulces y con canela. Los domingos iba a

comerlos a su casa.

—¿Un pastel entero?

—Sí.

—Creo que usted exige demasiado de la gente, Cornelius. Es mucho trabajo pelar un montón de manzanas. Pero cuando quiera puede venir a esta casa. Le prepararé un pastel de manzanas.

—¿Sería capaz de hacerlo?

—Claro que sí.

—¿Y no le importaría que me lo comiera todo?

—No, no me importaría.

—Me gustaría mucho venir a esta casa y comerme un pastel de manzanas hecho por usted, señora How.

—¿Sería capaz de venir?

—Sí. Ya estoy sintiéndole el gusto.

—¿De veras?

—Sí. Se me hace agua la boca. ¿Y me dejaría ponerle encima una buena porción de helado?

—Sí, lo dejaría. Pero lo que no sé es qué estoy haciendo sentada aquí, en el brazo de su sillón. No creo que pueda soportarlo más tiempo. Porque usted podrá obtener de mí lo que quiera. Cualquier clase de pastel. Pero, por favor, por favor, no me pida que siga sentada aquí, esperando. Porque correré. Correré. Oh, Dios, qué mal me estoy portando. Cómo puedo dejarme caer así, en sus rodillas. Bésame, oh, bésame. Por Dios, bésame. Voy a romper mis votos matrimoniales. Contigo.

Los flexibles brazos de la señora How ciñen el cuello de Christian. Sus labios lo besan en los ojos. El ritmo familiar del contacto con otro cuerpo que vibra contra el propio. Despierta la sangre dormida. Cuando se percibe el gusto de la carne con sus aromas y sus sonidos y su suavidad. Bajo la seda malva del vestido. Bayas que crujen bajo los pies. Duraznos en los árboles. La corteza que se desprende del tronco lleno de savia. La alta hierba que quizá esconda víboras. Caminar a través del peligro para tocar la dulce, aterciopelada madurez. Nadar en el jugo. Con un poco de sal, devorar el pecado. Cometido a expensas de How. Que gime allá arriba —inconsciente, espero— tendido en su cama. Sin preguntarse, como hace Quell veinte veces por día: ¿Dónde diablos está ese Christian? Señor Quell, ese Christian a quien usted busca con tanta urgencia está en la letrina. Porque no tiene ganas de hacer nada que tenga algo que ver con esa absurda oficina. Tiene ganas de hacer lo que hace con esta esposa. Llamada Jean. La mejor camarada de How. Y la mujer que se lleva la palma en toda esta zona. Me pasé la noche mirándola a hurtadillas. Baja, de ojos oscuros, con nalgas estupendas, lamiéndose los labios. Y sacudiendo una pierna hacia arriba y hacia abajo. En el fondo de sus ojos había

una sonrisa destinada a mí. Mientras usted, Howard How, iba desarrollando hacia Cornelius Christian una animosidad totalmente nueva. Ahora su mujer está quitándose el vestido. No piensa que usted puede despertarse al caer de la cama. Hasta el último instante se conduce como la perfecta dueña de casa con su invitado. Santo Dios, ahora suena el teléfono. Mientras la señora Howard se entrega a su vértigo en la oscuridad.

—Deja que suene, Cornelius, deja que suene. Dios todopoderoso, voy a romper mis votos matrimoniales. Dios todopoderoso, conque así era esto. Mi madre nunca me lo dijo. Nunca. Ni me dijo una sola palabra acerca de cómo portarse mal después de ocho años de matrimonio. Cada centímetro de tu piel, Cornelius. Déjame tocar cada centímetro de tu piel. Y ese maldito teléfono que sigue sonando. Quizá no debería, no, no debería, después de tantos años. Romper mis votos matrimoniales. Pero qué importa. Estoy echando humo, estoy toda mojada. No puedo contenerme. Madre, no puedo. Rápido. Cerraré la puerta. Al menos permíteme hacer eso. Y descolgar ese teléfono.

El ruido apagado de sus pisadas. Dos brincos, quizá un salto. Un clic. Otros dos brincos y un salto, y ya está de regreso. Totalmente desnuda. Huele mejor y más próxima que antes. En sitios donde pongo mi mano. Los nudos de la columna vertebral en su espalda. Se levanta el pecho derecho con la mano y lo apoya contra mi cara. Mientras habla a un kilómetro por minuto. Y me muerde el pelo.

—No puedo contenerme, Cornelius. Porque te necesito. Terriblemente. Y todo ha sucedido en medio de un día cualquiera. Quién habría dicho que estaba a punto de arruinar mi vida. En medio de la noche, en medio de mi matrimonio. Soy de la mejor familia de Charleston, pero es como si fuera de Damasco. Lo sabía todo sobre Daniel Boone, pero nadie me explicó nunca que podía perder la inocencia. Era una simple chica de West Virginia. Incapaz de malos pensamientos. Me gustaban las piernas de las estrellas de tenis. Y el modo en que el pelo se les mueve cuando golpean la pelota. Tienes el pelo como la seda. La aureola para la cara de un santo. Con los deseos de un demonio, espero. Esta es la primera vez que abro la bragueta de un hombre. No tienes botones. Supuse que los tendrías. Tengo que seguir hablando. Por favor, no me hagas callar. ¿Crees que debería sentarme sobre esto? ¿Así?

—Sí.

—Soy yo quien te dice que sí a todo. Sí, siempre que sí. Me siento como muerta. Sobre una mesa de embalsamamiento. Sin saber qué haces conmigo. Pero lo sé. Porque estoy totalmente viva. Dime cosas obscenas.

—No puedo.

—Vamos. Di lo primero que se te pase por la cabeza.

—¿Nadie puede oírnos aquí?

—Eso es todo lo que se te ocurre decir la noche en que he resuelto divertirme. A una chica inocente como yo. Antes pensaba que si alguna vez le probaba el gusto a lo que tú sabes, los vecinos se enterarían. Moverían el dedo con reprobación y dirían: No es una chica devota. Soy episcopalista y tú eres una tímida laucha. Dime algo obsceno. ¿O te he dejado mudo de sorpresa?

Los dientes y los labios y la boca de la señora How. Como ventosas en el cuello de Cornelius Christian. El cuarto entero colmado por los jadeos. Y los oídos bien atentos, por si llega algún otro ruido. Por ejemplo el de un hombro que empuja una puerta. Y un grito: Eh, qué está haciendo encerrado ahí dentro con mi mujer. Extasiado con la bandera norteamericana. Con las últimas estrellas que tiene. Una por los negros, otra por los pardos, otra por los amarillos, diez por los blancos. Y el resto por todos los miserables. La izaré para demostrar a los vecinos en qué país inmundo vivimos. Allá, en el jardín de ese hijo de puta con toda la patriótica estatuaria que es Norteamérica. Mientras ese otro hijo de puta con las cortinas corridas se cree en Minsk. Porque nadie se siente seguro, con tantos irlandeses, italianos y rumanos. Y la señorita Musk, cuyos padres eran de Hungría. Me la tiré. Por la gloria de mi país. En el mejor ataúd de Vine. Era como si nos hubieran llevado en bicicletas con los rayos envueltos en tiras de papel crêpe azul y blanco. Acompañados por la banda de la comunidad. Sacudimos el cajón que era un contento. Mientras caía la torrencial lluvia de julio. Que nos mantenía frescos en medio del ardor de nuestro abrazo. Y ablandaba el cartón que envuelve la ciudad. Sueño con frecuencia con la señorita Musk. La veo desfilando, maniobrando con el bastón, moviendo las piernas al compás de los tambores. Hace maravillas con el bastón. Es como para pensar lo que será capaz de hacer con otras cosas. Un día George nos llamó a la sala de embalsamamiento. Nos dijo: Vean el tamaño del miembro de este tipo. La señorita Musk se ruborizó. También Vine. Y Charlie. Y Fritz. Yo solo pensé: Caramba. Y registré la escena en mi cuaderno de notas. Con el canoso George casi fuera de sí por haber visto un arma tan monstruosa. Y dondequiera que estés. Muerto o vivo. Los ojos espían. Prestando atención a los hechos más insignificantes. Siempre al acecho en busca de secretos. Para impedir cualquier tipo de armonía en toda esta tierra, de costa a costa. Cuando un tipo se lanza a toda velocidad por una autopista a nadie le importa una mierda de dónde viene, siempre que tenga el aire de ser alguien importante por ir adonde va. El pie en el acelerador. Devorando kilómetros. Escapando de todos sus problemas. Hacia Salt Lake City en un auto con número bajo de patente. El número de la mía es cero cuando ando sobre mis dos pies por la calle. De cuando en cuando las orejas se me encienden

como el rojo de un semáforo porque salta en mí el chispazo de un capricho. Y hago más preguntas a las damas sin compañía. ¿Cuándo fue su último adulterio? Fue cuando le lamí vorazmente la cara. Y me aproveché de su belleza y de su juventud. Y di un pésimo ejemplo a mis hijos que dormían arriba, en sus camas. Tu exquisita, morena fragilidad. Las cosas podrían andar muy bien si supiera cuál es la clave de este país. Quién es ese tipo importante que está sentado en alguna parte, después de acabar con sus negociados de la jornada, fumando un cigarro repantigado en su enorme sillón de cuero. Sin tristeza ni alegría oye el Coro del Tabernáculo Mormón, que eleva sus voces en una jubilosa celebración de candor. El portero del edificio de enfrente me dijo esta mañana: Qué calor hace hoy. Y esa es la verdad. Que ninguna otra persona dice. Acerca de nada. Me pasé mañanas enteras sentado frente a mi ventana en el lado oeste de la ciudad, observando a los que hurgan en los tachos de basura. Envidiando su deseo de encontrar orinales para mear en ellos. Y hasta pianos para tocar. Un hijo de puta de abundante pelo rojo se sentó y durante dos horas seguidas se lo pasó jugueteando con los dedos sobre el teclado de un minipiano de cola desafinado que bloqueaba la acera. Abandonado en ella por algún amante de la música. Sé que debo irme. Adiós. Adiós. La vibración de este manantial mío dentro de ti. Señora How. Iluminado por ese rayo de luz mi reloj dice: Es tiempo de buscar amparo. De salvar mi alma. Perdida en Queens. Atemorizada por todo ese pánico que hiela la sangre en las venas. Señora How. No desprendas tus brazos de mí. No me dejes ir. Zarpar en el océano. Para morir lejos de aquí. Pero si no me voy estoy perdido. Porque nadie quiere mi canción. Y todo cuanto queda es la muerte, que está al acecho en todas las calles. Y hubo una vez un afilador de cuchillos que iba de casa en casa. Haciendo sonar su silbato. Entregando a la gente sus cuchillos afilados, recogiendo su paga. Y ese dinero se convirtió en una montaña. En la cual mi Fanny Sourpuss yace crucificada, cada vez más fría en la nieve de los esquiadores. Cada uno de sus pechos es tan grande como tu trasero. Podría hacerme rico con una firma suya. Me dijo que la habían comprado y que ahora es ella quien compra. Cuánto he padecido en este paraíso. Tenía once años y era feo y delgado. Y más allá, apenas a una fila de distancia, sentada frente a su pupitre, Charlotte Graves, la única chica que me quería. Cuando los demás decían que yo era casi el más tonto de la clase. Después de Twitches. Que tenía fama de ser monumentalmente idiota. Se sentaba en el último banco de la última fila. Tenía el cuello sucio y las orejas escamosas. Fui a comprobar por qué era más idiota que yo. A su casa, situada en una loma. Me preguntaba por qué tenían el jardín lleno de heladeras que no funcionaban. Silbé para llamarlo y se lo pregunté. Me contestó que quizá pudieran necesitarlas alguna vez. Pensé que eso

era muy inteligente. Y me di cuenta de que ninguno de los dos éramos tan idiotas, después de todo. Está a punto de salir el sol sobre las brillantes hojas pardas de los robles. Del otoño. Y antes de que el desastre se precipite sobre mí. Por el adulterio cometido en esta calle umbrosa. Una semilla plantada en el trémulo resplandor de la angustia y el amor. Todo concluido antes de empezar. Santo Dios, Cornelius, no puedo contenerme. Cuándo volveré a verte. Para hacerte pasteles de manzana.

Dí

me

lo

Notas

5

Moose tiene una doble acepción: “alce” y “miembro de una orden fraternal”. (N. del T.)

27

El silencio de la noche. Cuando se oyen los autos que pasan a varias cuadras de distancia. Y cuando la señora How volvió a colgar el receptor, el teléfono empezó a sonar de nuevo. Oí la voz de Fanny Sourpuss. Claramente a través del cuarto. Preguntando con su característica dulzura: Quién mierda es usted, maldita puta. Dónde está mi marido.

Y he estado en todas partes. Desde entonces. Una vez mirando la ciudad en el barco que da la vuelta en torno a Manhattan. Y dos veces atónito, alrededor de la manzana donde está la Cárcel de Mujeres. Oyéndolas chillar desde las ventanas con barrotes: Sube y revuélcate conmigo. Eh, rubio, ven aquí, pelotudo. Intenté una excursión al zoológico del Bronx. Para ver cómo son los demás animales. Y una cobra escupía veneno contra los que la miraban desde el otro lado del vidrio. Solo procuraba enceguecerlos.

Porque esa noche, en Forest Hills, la señora How apartó el receptor de su oreja. Y los gritos se oían en todo Queens: Óigame, puta, quiero a Cornelius, quién es usted. Entonces el teléfono hizo un clic imponente. Y la señora How puso un disco en el hi fi de Howard. Y volvió junto a mí. Le dije que esa voz parecía la de una vieja chiflada en cuya casa había vivido tiempo antes. Y la señora How me dijo que se sentía más serena, aunque ella y Howard ya no podrían llevar la misma vida que antes. Y cuando agregó: Quizá todo esto sea terriblemente triste, no lo crees. Le pellizqué un pezón. Y ella me pellizcó el pene. Y oímos una sinfonía. Con su culo jugoso como un pomelo sacudiéndose sobre mis piernas. Y los tacones de sus zapatos clavándoseme en la espina dorsal. Y cuando terminamos y aún no me había subido los pantalones, la señora How dijo: No es asunto mío, y ya sé que te pedí que me dijeras obscenidades, pero esa ama de casa que preguntaba por ti en el teléfono... Santo Dios, en mi vida he oído un lenguaje más sucio. Algo me dijo que quizá volvería a oírlo. Y me quedé quieto, esperando. Demasiado asustado para moverme. Y cuando me moví, salté como un rayo. Al oír los golpes en la puerta de calle. Y los gritos: Abran de una vez, hijos de puta, patanes.

Fanny estaba vestida con su equipo de gladiador. Sandalias atadas con lazos hasta las rodillas. La falda de tweed beige que usaba para los momentos de acción con la tela poniendo de relieve los largos músculos de sus muslos. Los grandes pezones destacándose bajo el delgado suéter gris. Jamás vi a nadie con tanta fuerza moliendo a golpes la puerta estilo rústico de una casa. Sabía que todos los vecinos

se habrían despertado y estarían mirando. Debía ser bastante duro para ellos oírse llamar patanes en una zona tan distinguida como esa.

Mientras tanto, Fanny Sourpuss gritaba a Jean How, que no se resolvía a abrir la puerta.

—Está bien, puta. Iré a las casas de sus vecinos a pedir un hacha. Y haré pedazos la puerta.

Fue increíble mientras duró. Y mucho más increíble mientras continuó. Y empezó con una mirada de desafío. Los tres de pie en la entrada de la casa. La señora How diciendo: Baje la voz, por favor. Tengo hijos. No los despierte.

—No le da vergüenza, con esos ojos negros tan inocentes. Le ha estado chupando el cuello a mi marido.

—No es su marido.

—¡Claro que lo es!

—Deje de gritar en mi casa o llamaré a la policía.

—No voy a gritar: voy a asesinarla.

—No avance ni un centímetro más. Está en mi casa. Y salga inmediatamente.

Es asombrosa la rapidez con que las mujeres se aceptan unas a otras como enemigas. El puño derecho de Fanny se levantó en el aire y cayó contra un ojo de la señora How. Un grito de dolor mientras se tomaba la cara con ambas manos. Esperé que el globo saltara de la órbita hacia el suelo. Como ya lo había visto una vez. Y la túnica malva que se había deslizado a toda prisa sobre la cabeza para responder a los golpes en la puerta ahora estaba hecha pedazos en torno a los hombros. Como suele hacer uno en momentos difíciles, me puse a mirar la arquitectura de la casa. La cocina, con mosaicos hasta la mitad de la pared, decorados con motivos negros y verdes. Esperaba que en cualquier instante se apareciera Howard bajando a los tumbos por la escalera con los ojos legañosos y balbuciendo. Y dispuesto a vender la casa a un negro. O a un azul. O inclusive a esa clase de blancos que habían invadido su hogar. Cada vez que mi mente me ordenaba decir algo las palabras se negaban a salir de mi garganta. Tenía abrazada a Fanny para sujetarla. Y ella alzaba las manos con las puntiagudas garras dispuestas a clavarse.

—Cerda de universidad de tercer orden.

—Para que lo sepa, he ido a Bryn Mawr.

—Usted habrá ido a la mierda, putilla barata. Tengo más inteligencia en mi clítoris que usted entre las orejas y las orejas de toda su parentela.

Un último intercambio de gentilezas mientras me llevaba a Fanny a rastras hacia la salida. Mientras la señora How seguía gritándome: ¿Por qué tienes que irte? Líbrate de ella. Quédate. Te necesito. Entonces Fanny dio un formidable envión y se soltó. En lo que podría

haber sido el vestíbulo. Y proyectó a la señora How a través de la puerta del baño empujándola por los hombros desnudos. La puerta no se abrió con la rapidez necesaria. Pero se astilló obedientemente y la señora How aterrizó de espaldas en su inodoro. Cuyo asiento había levantado mucho antes, en esa pacífica velada, este escrupuloso caballero que les habla cuando fue a echarse una meada. Ahora el inodoro recibió cortésmente un par de redondas nalgas. El papel higiénico se desenrolló. Mientras Fanny tironeaba del pelo de la señora How. Que pataleaba y chillaba. Yo apreté el botón del agua. La cascada produjo una sorprendida pausa en la refriega. Que se reinició cuando la señora How dio una patada en el vientre a Fanny. Vi la cara del policía en la ventana roja, moviéndose con aire de reprobación. Y el tipo levantó la mano para hacer un gesto como desentendiéndose de la cosa. Entonces se prendió una luz en mi cerebro. Fanny Sourpuss no moriría. Al menos, no antes de que muriéramos muchos de nosotros. Inclusive yo. Que en ese mágico instante, con zapatos pero sin calcetines, aplastaba con los tacones los restos de una polvera de cristal. Las toallas caían de sus soportes cuando la señora How se asía de ellas para zafarse del inodoro. Y las suelas pisoteaban las grandes H bordadas. Fanny, que sabe muy bien cómo estropear una casa, hizo girar las dos canillas del lavabo. Que hasta ese instante se sostenía a sí mismo. De chico yo solía esconder fotografías obscenas en el hueco de su soporte en el cuarto de baño de mi madrastra rubia. Porque sabía que ella las encontraría en ese sitio. Y fingiría un ataque al corazón. Los ojos desorbitados en su cara de piel grasienta. Y cuando el agua del lavabo empezaba a salpicarme los tobillos, sentí una sombra a mis espaldas. Como si Howard hubiera estado allí. Mientras se desmoronaba toda la fe que había puesto en mí. En ese cuarto de baño, teatro de empujones, arañazos y contusiones. Y cuando me volví descubrí que era Glen. Con su uniforme gris de chofer. Una sonrisa en la cara. Sosteniendo correctamente la gorra por la visera con la mano derecha y apoyándola sobre el puño izquierdo.

—¿Puedo ser útil en algo, señoras y señores?

De regreso hacia Park Avenue. Sentado en mi rincón de la limusina. Y Fanny en el suyo, a la izquierda. Observando los edificios que pasaban. A la pálida luz de la madrugada. Rostros pálidos y adormecidos en otros automóviles. El brillo de algunas luces aún encendidas. Mientras otros ciudadanos se preocupan y rezan. Y más allá de las elegantes tumbas del New Calvary Cementery, las esbeltas torres cenicientas de Manhattan. La mano de Fanny se acerca lentamente hacia mí por el espacio vacío de asiento que nos separa. Hasta que toca la mía. Produciendo un terremoto corporal. Refugiado en sus brazos, sollozo.

—Oh, chiquito, chiquito mío, nunca imaginé que podías ser tan

humano. Me hace tan feliz verte llorar así.

La tarde del domingo, después de la noche con Jean y la mañana con Fanny. Las pelotas hinchadas. Punzadas y tirones en los conductos que llevan a mi perpendicular. Y la voz que se me iba. Muy preocupado fui a consultar al doctor Pedro. Al departamento donde cultiva palmeras en la terraza de un piso octavo que da al zoológico de Central Park. Un mucamo de chaqueta blanca me guió hasta el doctor, sentado en un sillón monstruoso, calzado con pantuflas de lana y con la abundante edición dominical del periódico desparramada sobre una alfombra sedosa. Cuando le dije que eran mis testículos, me ordenó que abriera la boca. Cuando le dije que era mi voz, me ordenó que me abriera la bragueta.

—Por su garganta me doy cuenta de que anda con problemas con su pene. Sin duda habrá ido al bar y habrá pedido un pedazo de culo en vez de un pedazo de torta.

—No. Fui a Queens.

—Hay veintitrés cementerios allí. ¿Qué tiene que hacer en Queens? Veo que está triste de verdad. Tiene que pelear, joven. Ya sabe qué clase de lugar es este. Un caballo desbocado. Si no se mantiene sobre él, va a parar al suelo.

—Siento que me estoy muriendo, doctor.

—Claro que se está muriendo. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que no se está muriendo? Morirse le hará bien. Tome unas cuantas píldoras de muerte todos los días. Porque de todos modos, seguirá viviendo. Claro que es duro. Semejantes montañas de dinero por todas partes. Qué importa si algunas personas resultan aplastadas. A nadie le importa un pito. Baje a la calle y verá enjambres. La mayoría son unos imbéciles. Pero usted no es un imbécil. ¿Me entiende?

—Sí, doctor.

—¿Quiere que le mande la cuenta y lo haga cagarse de susto?

—No.

—Entonces no me diga más tonterías. Ya tengo que oír bastantes. Pero le daré un buen consejo. Debería tomarse el barco y volverse al sitio de donde vino.

—Yo soy de aquí.

—No, no es cierto. Soy yo quien pertenece a esto. Porque he venido de allá. Usted, vuélvase. Ha venido aquí lleno de tristeza. Clarance me lo dijo. Es cierto, grito demasiado. Asusto a la gente. A veces me gusta oírme hablar. Pero se lo digo por su propio bien. No se quede. Aquí está desperdiciándose. ¿Quiere que algún chiflado le haga volar la tapa de los sesos sin ningún motivo? ¿Adónde irá a parar, entonces? A Queens, bajo tierra. Vuélvase adonde pueda permitirse tener guardaespaldas. Ja, ja, usted cree que estoy hablando en broma. Es cómico, sin duda. También es fatal.

—Pero ¿cómo puede usted sobrevivir, doctor?

—Para mí es fácil. Silbo, canto, toco el violín. No tengo ninguna clase de sueños. Ninguna clase de esperanzas. Me levanto a las seis de la mañana. Saludo a todos los animales del zoológico. En vez de almorzar, me echo una siestecita y tengo una erección. El resto del tiempo estoy demasiado ocupado para morir. El secreto consiste en ceder un poco y en tomar otro poco. Cuando uno es lo bastante fuerte, toma un poco más.

Christian sale por esa puerta. La placa de bronce donde dice "Doctor Pedro". Capaz de curarlo a uno cada vez que el mundo lo aplasta con su peso. Le sonrío por encima del hombro cuando me despide con ojos maliciosos. Mientras cierra mi legajo. Y me saltan las lágrimas cuando atravieso el vestíbulo. Afuera me aguarda un día otoñal barrido por vientos que sacuden los toldos en la avenida. Traje mi dolor a estas playas. Lo transporté sobre la nieve. Y por cuatrocientos ochenta y seis dólares con cuarenta y dos centavos lo enterraron. Y entonces acabó mi vida.

Y Fanny y yo. Durante cuarenta días. Vivimos. Caminando por la ciudad tomados de la mano. Atravesándola de un río al otro. Subiendo por Madison, bajando por Park. Y una madrugada me senté junto a la alta ventana. Dos negras se atacaban y se herían allá abajo, en la calle. Persiguiéndose con botellas rotas y con paraguas. Una danza de la muerte. Con gritos y alaridos asesinos. Hasta que una de ellas quedó tendida, muerta o agonizante. Y Fanny todavía conservaba su cuerpo y yo el mío. Que, según decía Fanny, se tiraba los peores pedos del siglo. Le habría gustado embotellarlos para mandárselos oler a sus abogados. A quienes visitaba casi todas las tardes. Dos antiguas queridas de su esposo habían entablado demanda acusando al difunto de paternidad no admitida. Y su primera mujer reclamaba el pedazo de oreja arrancado por Fanny de un mordisco. O en su defecto cien mil dólares por cada gramo perdido.

Y en medio de todas sus tribulaciones, Fanny me canturreaba una canción de cuna. Su espina dorsal doblándose como una gran tubería blanca sobre la piel bronceada. Mientras se frotaba las manos con crema, sentada en la cama. Mirando a los imbéciles en la televisión. Después de una tarde pasada en las verdulerías de la Novena avenida. Comprando berenjenas, uvas y paltas. Preparaba sándwiches de varios pisos. Altos castillos sobre un plato. Los ponía frente a mí con una sonrisa. Y así era nuestro matrimonio. Hecho de amor, salame y latas de cerveza.

—Cornelius, eres lo único que tengo. El único en el que he confiado en mi vida. Maldito zorro... Si al menos no existieran otras mujeres en el mundo. Estarás aquí cuando vuelva, ¿no es cierto? No me digas mentiras. Tienes que esperarme.

Y no permitas que te compre. Como los tipos me compraron. Acostada en la oscuridad. Lo único que sentía era el tamaño de sus miembros. Y después les decía: Ya tuvo lo que quería, ahora lárguese.

Las tardes en que me esperaba. Me alegraba ver su cara. Gritar su nombre. Preguntándome de qué cuarto asomaría su cabeza. Para acercarme y tocar su sonrisa. Besarle el dedo gordo del pie, negro y azul a causa de un puntapié. Y aquella tarde pareció no terminar nunca. Así como el tren no pareció partir nunca. La observé mientras empacaba. Y el enorme departamento que se quedaría esperándola. Cuando se me cruzó la idea de que Fanny nunca volvería a él, ya casi no pude hablar. No pude decirle: Quédate. No te vayas. Pero resolviste irte. Para que la vida siga moviéndose. En todas partes. Una vez leí un anuncio que decía: Alojamiento para pasajeros. Fanny me dijo que yo odiaba esas palabras.

Glen estacionó el auto frente a la marquesina. El paquistaní empezó a cargar el equipaje. Me amagó una trompada al pecho. Y me dijo: Vamos, señor Peabody, trate de derribarme. Y la frescura de la noche, con una suave brisa casi fragante. Siempre me sentí en el colmo del ridículo al subir a esa limusina. Mientras esa hija de puta de la embajada con su peinado inflado nos observaba junto a su caniche que meaba. Y Fanny me puso en la mano un juego de llaves.

Las palomas arrullan en las cornisas. Y vuelan atravesando este cielo gris de interior. Fanny Sourpuss aprieta la mano de Cornelius Christian bajo esa inmensa arcada mientras ambos bajan la escalera de mármol. En dirección a la vasta bóveda sombría de Pennsylvania Station. Junto a los pies y los tacones que avanzan, las manos que sostienen valijas, las filas ante las ventanillas. Y las almas que parten. Hacia Altoona. Llevadas por trenes a través de Lehigh Valley.

Este momento, antes de la medianoche. Bajo la piedra y el acero. Los dos juntos. Mientras todas esas ruedas aguardan en las vías. Junto al montante de acero, erizado de remaches. Bajo toda una vastedad de vigas, columnas y vidrios.

—Christian, así es como llegué a esta ciudad. Gritándole a todo el mundo: Quiten esas sucias manos de mi vida. Y conseguí todo lo que quise. Y vendí mi sangre, mi culo y todo lo que tenía, salvo las amígdalas. Y no las vendí porque me las cortaron cuando tenía nueve años. Cada mañana me despertaba pensando que nunca volvería a sonreír. No me dijiste ni una sola vez que querías venir conmigo. Rata inmunda. Eres frío como el hielo. Ni una sola vez me dijiste que me querías. Pero lo mismo da. ¿Sabes una cosa? El viejo Sourpuss solía ir a su club y mirar en el tablero qué socios habían muerto la noche anterior. Esperaba el día en que al entrar vería su propio nombre escrito. Y al fin lo escribieron. Y si esa clínica no resultó muy buena, quizá la mía lo sea.

Fanny se echa el pelo hacia atrás. La sigo por el estrecho pasillo hasta su compartimiento. Cuando la veo caminar sobre esas piernas odio la idea de que desaparezca de este mundo. El cubrecama azul plegado para el instante de acostarse. Y la negra cara sonriente que dice: Buenas noches, señora, aquí estoy para servirla. Si me necesita, no tiene más que apretar ese timbre.

El momento de despedirnos. Pasa el guarda por el andén haciendo oscilar una linterna verde. Y el grito: Pasajeros al tren. En los largos vagones en penumbra un silencio de gente que espera en sus asientos. Las pecas parecen tan oscuras en la cara de Fanny. La abrazo apretándome contra sus pechos. Y cada vez que veía flotar algo en el cielo, siquiera fuera un pedazo de papel, me detenía para mirarlo hasta que desaparecía. Como la vez que soñé que Vine tenía las manos verdes y se esfumaron lentamente hasta que se quedó sin ellas y desperté. Esta noche pasamos frente a su nuevo edificio. Martillazos en los pisos que se levantan en el cielo.

El camarero asoma la cabeza: El tren está a punto de partir, señora. Un beso toca los labios de Fanny. Se mueven y comen cuando cocina. Por última vez aprieto los míos contra sus mejillas. No consigo que sonrían, aunque procuro alegrar mi expresión. Una vez que trataba de penetrar en ella, le dije que era como el peñón de Gibraltar. Ojalá le hubiese dicho que era como la seda más suave. Porque lo era. Y uno sabe que el invierno ha llegado a la alta ciudad cuando gimen los cables del ascensor. Y el extraño escalofrío que se siente al andar frente a las caras que esperan a lo largo de la calle Cuarenta y dos. Una hilera de tiburones dispuestos a morder la corriente de gente que pasa. Fanny me dijo que en esta ciudad hay prostitutos dispuestos a vender el culo por un par de dólares para apostarlos a un caballo. Ambos pierden. De pie en el centro del mundo.

—Cornelius, estoy segura de que te largarás no bien me vaya.

—No.

—Sí, te irás.

—No.

—No me vengas con cuentos.

Le miro la cara. Tan cerca de la mía, más allá del vidrio. Los labios inmóviles. Los ojos brillantes de lágrimas. El vagón K empieza a moverse lentamente. Mientras esté aquí es posible retenerlo. Tomar a Fanny por los hombros. Mantenerla a mi lado. Hasta que se esfume en mis sueños. Pero Fanny se queda. Mientras se alejan las últimas luces rojas del tren. Hundiéndose en la oscuridad.

Y los inodoros
se descargan
a lo largo

de las vías

28

Medianoche. Christian camina por este desfiladero donde brillan resplandores como de mediodía. Pasa frente a un vidriera donde se exhiben ropas interiores obscenas. Las entradas de los hoteles huelen a soledad y muerte. Los letreros luminosos dicen: Entre y permítanos sacarle el dinero de la billetera.

Christian va alejándose de las avenidas iluminadas. Cada vez más lejos del centro. Por calles vacías y desamparadas. Un ojo puesto en las sombras. El otro en el oeste, en la dirección en que ella se va. A través de Scranton o Altoona. O meciéndose en el tren al pasar por Ashtabula y Sandusky, rumbo al lago Erie. La desdicha me acompaña dondequiera que vaya. Por esta calle sembrada de papeles. Al pasar frente a estos umbrales. Oigo una voz. Que dice: Perdón, ¿quiere darme fuego, por favor?

Su piel negra era como la de alguien que viviera en otro país. Me acerqué y llamé a su puerta. Me dijo que cuando se aburría posaba desnuda para el estudiante de pintura de la comunidad. Aspiró el humo del cigarrillo y dijo: Bueno, si no tienes nada que hacer, vivo por ese lado.

Subimos las estrechas escaleras. Por un pasillo que parecía un ataúd. Tenía tres cuartitos que se comunicaban. Junto a la cama, apenas el espacio necesario para subirse a ella. Y al sentarse en su inodoro uno corría el riesgo de que el trasero se le atascara entre las paredes. Se quitó la ropa sobre una mesa. Dijo: Fotografíame, por favor, pues soy una esteta. Me enseñó a apretar el botón de su cámara. Mientras Hephzibah se sacudía y se contoneaba. Me dijo que eso le ponía en marcha el motor. En cuarta velocidad. Tanteaba el bulto de mi billetera. Mientras nos poseíamos el uno al otro sobre los platos sucios. Y mientras nos apretujábamos sobre los tablones vencidos del piso. Y cuando terminamos, Hephzibah dijo: Por tu acento supongo que te gustará el té. Sí, dije, y también las tostadas. Le conté que era un actor sin trabajo, y ella me dijo: Hombre, pues estás en gran forma. Y me gustaría que volviéramos a jugar alguna otra vez. Y mientras bajaba la escalera pensé que Fanny se había ido. En esos momentos ya estaría cerca de Buffalo. Y la necesitaba tanto.

Me paré desolado en una esquina. Varick y Broome. Levanté la mirada para leer un cartel. Decía Entrada al Túnel Holanda. Pensé en una guía pequeña que leía de chico. Y recordé que a la vuelta estaba el Edificio de Llamadas a Larga Distancia. Con cables que daban la vuelta al mundo. Hay que dejar que las cosas se vayan. Para empezar

a perseguirlas de nuevo. Esta mañana leí en el diario que se había iniciado una nueva campaña contra el crimen. Y mientras tomaba el té pensé que la muchacha negra extendería su blanca palma y diría: Veinte dólares, por favor. Pero en cambio me dijo mi horóscopo.

Christian entra en un bar. Sube dos escalones. Es el único en esas calles de edificios herméticos. Dicen: Entre y ahogue sus penas. El alcohol ayuda. A olvidar su piel rubia y sus pálidos ojos. Ya la he traicionado. No podía soportar el dolor. De su ausencia. Lucha para vivir. Y no te mueras. De toda la vida que tengo por delante solo puedo ver las venas azules de mis manos que descansan sobre el mostrador.

Christian se despacha whisky tras whisky. Y mira de reojo la cabina telefónica que está al fondo, en las sombras. Marca el número de Charlotte Graves. ¿Puedo ir a visitarte? Por qué no esta noche. Discúlpame, estabas durmiendo. ¿No podría ser antes? El sábado está lejos. Y ahora espero. Hasta el fin de semana. Una voz dice a otra en el bar: Fue un crimen sensacional. Una granada en la boca de la fulana: le reventó la cabeza y no podían distinguirse los dientes del pelo. Y cuando me acuesto con ese corazón revestido de piel oscura que late contra el mío. Sin saber qué decir entre esos rizos negros. Con mi pequeña angustia. Todavía atisbando desde una niñez dolorosa. Por qué no volvemos a amarnos. A escupir hacia los árboles y a orinar en los arroyos de los picnics. A helarnos los labios contra un suelo congelado. A rodar por las colinas. A manosearnos bajo los abrigos. A sentir el gusto de la nieve entre los dientes. Los guantes atados a las mangas. Quizá este lugar no haya sido siempre un basural. Los chicos jugarían a las bolitas en la alcantarilla. Al fútbol en la acera. El otoño tan dorado. Los resortes chillaban en la cama de hierro de Hephzibah. Ahora podía jugar con mis bolas. Una gran cucaracha negra atravesaba el techo. Para ella debía ser como el Sahara. Ningún sitio donde encontrar agua. Y entonces, con sus rizos negros como electrocutados a ambos lados de su cabeza, Hephzibah me dijo: Quiero tener un hijo tuyo. Porque has acabado dentro de mí. Te llamaré por teléfono. Te diré cuántos kilos pesará. Y no creas que hablo en broma.

Oigo otra voz a mi espalda. Christian se vuelve hacia un hombre que saluda con la cabeza.

—Eh, puedo invitarlo con un trago.

—No, gracias.

—Oh, de nada. Solo quería ser amistoso. Me gusta que todos sean felices. Todo el mundo debería serlo. Este es el único país del mundo en que podría vivir.

—¿Ha vivido en alguna otra parte?

—No.

—Cómo lo sabe, entonces.

—Eh, muchacho, no se me haga el vivo.

Christian se vuelve hacia su vaso. Apartándose de esa cara como de masa cruda. De ese tipo que se internó en el remanso sin saber nada. Y mientras se ahoga canta su letanía. Mi mujer es maravillosa. Mis hijos son maravillosos. Y mi nombre es Señor Satisfecho.

Christian se aparta del hombre. En todas partes hay siempre un tipo que desparrama alegría. Y todo lo que puede uno hacer es estallar en lágrimas y librarse de ese imbécil. Hijo de puta, ¿no se da cuenta de que lo último que desearía es ser feliz como usted? ¿Y desempeñar el mismo papel que usted en la vida de su madre? Preferiría embalsamarlo. Como una personalidad difunta. Memorable en su ataúd.

—Si no le gusta este país, por qué no se larga a otra parte.

Asombroso. Yo estaba pensando exactamente lo mismo. Irme y dejar atrás a una esposa. Sin una lápida en su tumba. Porque me dijeron que se necesitaba dinero para los cimientos. Y la escritura que me dieron. El contrato firmado el ocho de febrero. Por el uso de un pedazo de tierra para enterrar a un ser humano. No volveré a verte antes de irme. Ni a apoyar mi cabeza en tu tumba. Tantas palabras susurradas a tantas otras mujeres desde entonces. Tú fuiste solo unos pocos temblores. Una tristeza reclinada en todas aquellas almohadas y sábanas. Como la última vez que me uní con Fanny. Cuando ella me dijo al oído: Voy hacia ti en la noche. Eres como un lago en un bosque desierto e ignorado por todos. Y cuando me arrojo en sus aguas, asustada porque no hay nadie que pueda salvarme, un pájaro vuela y gorjea. Y ahora en la penumbra de este bar hay otro de esos pájaros que se zambullen. Una mujer dice: Es bastante buenmozo. El barman se me acerca y pasa una servilleta en torno a mi vaso.

—No haga caso de ese tipo, muchacho. Hace unos meses perdió a toda su familia. Un accidente de tren al cruzar el río Snake, en Montana. Todos se ahogaron en los rápidos. No sé qué hacían en ese lugar, pero comprendo cómo se siente el tipo. Está tan solo que se imagina que su familia aún vive. No quiere hacerle daño a nadie. Yo tenía dos hermanos que murieron aplastados por una aplanadora. Tómese otro. La casa invita.

Otra cerveza. Y un chorro de whisky de centeno. Plantados ante mí con toda la comprensión del barman. Justo cuando ya estaba dispuesto a jugar al ping pong con los premolares de ese imbécil. Si su cabeza fuera una pelota de tenis, la señora How podría aplaudirme mientras yo hiciera magníficas jugadas en la augusta catedral del tenis cerca de su encantador hogar. El verano se ha ido. Reunir las miradas de odio de todas las caras de esta ciudad. Acumular bastante humus como para dar alimento para todos los famélicos del mundo. La exhibición obscena de la muchacha negra alternaba con sonrisas. Y

miradas con ojos desorbitados. Se estrujaba los pechos y me decía, mientras yo procuraba hacer funcionar su cámara: Con estos, muchacho, puedo conseguir lo que quiera. Llenarme de plata hasta que me salga por todas partes. Después bajé como un rayo la escalera de su casa. A solo cuatro cuadras del Imperio Mott. Al cual acudí para decir: ¿Pueden usarme? Si es que sirvo para algo. ¿Para qué podríamos usarlo, señor Christian? Córtenme como una rebanada de vida. Cómanme como laxante. Los que más traguen cagarán más. Háganse a la vela bajo el puente de Brooklyn. Que algunas personas suelen atravesar desnudas en bicicleta. Apeándose de ellas en medio del puente para rendir homenaje a la Reina del Delirio. La gente que está hoy en el bar es maravillosa. Gracias por permitirme permanecer aquí, en compañía de ustedes. Porque el mundo entero batiría palmas de alegría si me viera lavar platos. El cerebro amistoso que tengo en la cabeza no me ha llevado a ninguna parte. El resto de ustedes corre a pocos metros de distancia y mira de cuando en cuando hacia atrás para comprobar si vuelvo a levantarme cuando caigo. Y si me levanto, malditos, me llevaré conmigo toda la imaginación del mundo. La desviaré con un mecanismo como el que usan en las vías. Para el tren. Que se la llevó. La dejé irse. Su vida se interpuso en mi camino. Bloqueando mis esperanzas. Sentado para siempre, sitiado por su dinero. Hundido hasta los dientes en ella. Y no podía creer en mis labios. Al atravesar de nuevo la gigantesca tristeza de la estación. Aunque la hubiera instado a irse, la quería. La quería. Y una noche en el autoservicio una amistosa cara negra miró hacia mi plato. Dijo: Habas, muchacho, palece que va a comel habas. Se lo conté a Fanny, imitando el acento del negro y ella se rió. Me dijo: Repítelo. Y lo repetí. Y rodó por el suelo tomándose las costillas. Y ahora estoy sentado aquí. En el banquillo de un bar. Ni bandas ni nada. Pensé que llegaría a ser. Y ahora. Es tiempo de ser. Y no soy. Abrumado, borracho, en un bar. Cada vez que di un paso adelante, alguien me pisó los zapatos lustrados por mi lustrabotas preferido. Ahora me arrastraré. Sobre manos y rodillas. Por la cubierta de ese barco. Solo me quedan días para irme. Y oigo que el barman le dice a un tipo:

—No se acalore. Aquí no queremos trifulcas. A pelear afuera. Si dejamos que todos vengan aquí a sacudirles el polvo a sus amigas y a sus esposas, el tránsito se embotellaría.

Christian traza un gran círculo con el vaso sobre la humedad del mostrador. Un rodeo por la vida. Mi tío de Rockaway. Quizá esté en un cuarto de pensión, con la voz cascada. El pelo gris. Yo mismo he decaído. Y no puedo ayudar a nadie.

La puerta se abre. Entra un hombre. Christian se vuelve y mira. Esa cara. Una de las primeras que vi en estas tierras. Se sienta al final del bar. El pelo negro. Cuando se quita el sombrero. La frente amplia. Los

ojos calmos y simpáticos. Y la voz. Tendrá que disculparme, señor. Lo único que debe hacer es preguntar por Steve Kelly aquí, en la aduana. Se lleva el whisky a los labios, lo apura de un sorbo, bebe un trago de agua y se va. Las tres, en febrero. Cuando el cielo entero estaba alto y azul. Sobre esta ciudad. Donde aún oigo palabras. Póngalos juntos. Duelen demasiado. Cuando Fanny dijo: Por favor, no uses mi toalla. Oh, Dios, qué cosa para decirme. Como si fuera un indeseable. Y Fanny dijo: Eh, un momento, te has ofendido solo porque te he pedido que no uses mi toalla. Eso no significa que te quiera menos. Hice todas esas barbaridades a mis vecinos porque me llamaban judía en mi propia cara a causa de mi nombre. A cuántos tipos les empujé la cabeza contra una pared diciéndoles: Retire eso que ha dicho o le aplastaré los sesos contra esos ladrillos. Y una chica que deseaba a la distancia. Tenía gruesas trenzas negras colgando en la espalda. Años después la acompañaba a la escuela. A través de los bosques helados. Los helechos escarchados. El viento que nos congelaba las piernas. Ella reía cuando yo no lograba pronunciar una palabra. Y yo recitaba los poemas que componía. A ella le parecían hermosos. Hasta que dije que una buena dosis de aceite de ricino era mejor que la universidad. Y eso es lo que diría a cualquier público de imbéciles con título. Cuando van a buscar empleo pueden usar sus títulos como papel higiénico. El señor Quell fue a la universidad. Nada menos que a Princeton. Donde gritan ¡fuego! cuando ven pasar a una chica bonita. Dónde estará mi hermano esta noche. Cuando atravesé el océano rumbo al este, él se fue rumbo al oeste. Como un espectro. Hacia Denver. Se hizo pianista. Toca un himno o dos para los habitantes de este bar. Para que sepan que somos unos patriotas. Ofréceles una noche roja, blanca y azul para recordar. Un júbilo de lealtad con el que jamás han soñado. Antes de que llegue el hombre de la bolsa. Y el hombre de la arena. Para hacerlos dormir. Como algas meciéndose en el lecho del mar y rozándoles los pies.

—Rufianes y ladrones.

Cornelius Christian grita esas palabras al techo. Las caras se vuelven. Hacia el oscuro interior.

—Rufianes y ladrones.

—Eh, muchacho, qué le pasa.

—Rufianes y ladrones.

—¿Por casualidad no será un medievalista que ha salido de juerga?

—Rufianes y ladrones, den un premio a este hombre.

—Será mejor que se tranquilice o lo pondré de patitas en la calle.

—¡A la lid! ¡Rufianes y ladrones, a la lid!

—Bueno, se lo advertí, muchacho.

Con las mangas arremangadas, el barman se me acerca a la carrera. Como ya me ocurrió otra vez. Con la intención de pisotear

mis sentimientos. Le estamparé unas cuantas en la mandíbula. Un recuerdo solemne. En honor de la libertad de palabra. Cuando uno quiere gritar. Que ya no puede soportar más. Que está harto de excrementos y concupiscencia. Espero que la primera mano me toque. Antes de empezar a repartirlas. Siempre me ha gustado jugar limpio. Antes de romper una mandíbula. Paf. Habas. Palece que va a comel habas, muchacho. Demonios. Qué es esta oscuridad. Que ha surgido. Para invitarme a entrar en ella. Después de unos cuantos golpes. Para festejar la despedida. Y dejarlos. Y despertarme como un imbécil.

—Eso es exactamente lo que usted es, señor Christian. Un imbécil. Ahora le diré una cosa. Le he encontrado el empleo que necesita. Para poder romperse el culo diez veces por día. Hágase bombero. Eso es lo que le hace falta.

Cornelius tendido boca arriba. Rodeado de biombos. Un frasco hace gotear un líquido en uno de sus brazos. Bandejas de instrumentos. La luz sobre mi cabeza. Veo la cara del doctor Pedro. Un asomo de sonrisa tras su consternación. Y las paredes cubiertas de mosaicos.

—Alguien le rompió la cabeza. Lo hirieron.

—Doctor, ¿dónde estoy?

—En el hospital.

—Ah.

—Deliraba. Me llamaba. En vez de llamar a su madre. Acudí. Como haría cualquier buen médico. Estaba soñando que hacía el amor con una gorda que tenía el culo como una catedral y la cara como la caja de cambios de un camión. Pero a mi edad no puedo pretender mucho. ¿Y cómo podré saber si soy capaz de hacer lo que hacía en mi sueño ahora que me despertaron? ¿Cuántos favores me hará para compensarme?

—Discúlpeme, doctor.

—La próxima vez que salga llévese el casco de hockey. Pero si quiere desparramar su sangre por toda la ciudad, quién puede detenerlo. Uno de estos días se despertará viendo la cara de Clarance Vine en lugar de la mía. Ya sabe qué le obligará a hacer si no puede pagar la cuenta. Hará como en los restaurantes. Solo que no le obligará a lavar los platos, sino a acicalar a los clientes en sus cajones.

—Sí, doctor.

—Cómo se siente.

—Muy mal.

—Bueno. Mírela, es una linda monja. Quedará al cuidado de ella. Pero me quedaré para vigilar cómo le cosen el brazo y la cabeza para que le queden bien. Si no hacen un buen trabajo, les romperé el culo. ¿Qué le parece la idea?

—Muy bien, doctor.

Cornelius Christian se mira la camisa. Dobla el cuello para mirarse el pecho cubierto de sangre. Es tan sereno ese rojo. Junto a él, la luz parece marrón. La muerte es un visitante. Que acude con taimado regocijo. Espera durante horas, riendo, mientras nos reanimamos. Para matarnos. Y enfriarnos para siempre. Antes de que surgiera la oscuridad el bar estaba lleno de caras. Tantas que era imposible ser justo y dar un golpe a cada una en la mandíbula. Y la tierna expresión de esta monja. Me mira a los ojos.

—Señor Christian, oh, señor Christian... Las cosas que ha dicho mientras estaba inconsciente.

Vuelven los momentos. Necesito cerrar los ojos. Los cierro. Buenas noches. Y Clarance Vine está sentado allí. Centelleando en la verde oscuridad. Su voz tan suave y apacible. Pronunciando sus cuidadosas palabras tras el escritorio. Cornelius, qué alegría tenerlo de nuevo aquí. Allí están todos. Esperando. Y más de una vez he pensado que cuando Fritz me los llevaba y yo les ponía un poco de color en las mejillas, me sonreían. Casi me dan ganas de hacer funcionar los rayos infrarrojos para resucitarlos. Pero sé que más de una vez el intento de devolver la vida a un muerto ha provocado la hostilidad de los parientes. Por eso ahora me interesa el drama de la cremación. El reino de las llamas. El hogar del cielo. Hay mucha gente que teme ese calor cuidadosamente calculado. Piensan que tal vez sea doloroso. Pero cuando ya son polvo y cenizas, qué puede ser más limpio y seco. Una conflagración devoradora. Montones de pinos. Plantados en tiestos de mármol, bordean el sendero que lleva al edificio donde arde el fuego sagrado. Es un método antiguo. Personas de gran distinción han sido cremadas. Aunque quizá hayan gritado: ¡Demonios! ¡Esto sí que arde! Y qué opina, Cornelius, de mi nueva instalación subterránea. Venga. Por aquí. Observe. Los sofás son hidráulicos. Como el sillón del peluquero del que le hablé. Y verdes. Mis empleados están vestidos de rosa. ¿No es hermoso? Uno se siente aquí como en su hogar. Sabrá que la señorita Musk ha muerto. Vivía en Norwood, en el Bronx. Reservoir Oval East. ¿No es una dirección simpática? Embalsamé su cuerpo. Recordará el cuerpo que tenía. Quedó como algo realmente vivo. Pero más allá de toda belleza terrenal. Ahora quiero que sea franco conmigo, Cornelius. ¿Es verdad que la deshonró en uno de mis ataúdes de lujo? Bueno, créamelo, me alivia oír eso. Pues ¿qué difunto podría descansar en paz en un lugar donde hubiera ocurrido semejante cosa? Clarance, le he mentido. Acerca de la señorita Musk. Porque la noche en que preparé a Herbert Silver y todos los demás difuntos estaban bien arropados y dormidos, Melocotón y yo nos deslizamos al el depósito. Besándonos en el cuello. La señorita Musk repetía: Santo Dios, no debería hacer esto, mientras se arrancaba la ropa de encima. La arrojaba sobre el caballete del ataúd carmesí.

Cuando le vi el cuerpo me puse pálido de ira. Ante la idea de que habíamos esperado tanto tiempo para hacer eso. Mis manos volaban sobre ella. No podía creer en lo que tocaba. La sensación de su carne opulenta. La tome por el pelo y la hundí entre los pliegues de satén. Ella jadeaba y mordía. Sujeté debajo de mí su agitación, atravesándola. Sentía contra mi pecho el roce incesante de sus pezones. Gemía en voz muy alta y mis gritos casi despertaron a los muertos. Pero no deje que lo interrumpa, Clarance. Estaba diciéndome... Sí, Cornelius, le decía que ese individuo de frac parado junto a la puerta es mi gerente. Usted lo recuerda, sin duda. Es el señor Hardwicke, de la sucursal oeste. Ahora usa una tintura de pelo ligeramente más clara. Y esa otra puerta es la entrada para peatones, destinada a quienes desean ir caminando hacia la muerte. Y allá, tras esa galería de cristales, está el restaurante. Para que cenen los vivos. En el tiempo que les queda. Mientras observan el más sagrado de los ritos y presencian la serena labor de estos grandes artistas. Mis futuros clientes podrán disfrutar de una apacible seguridad mientras comen sus espárragos, con el apetito abierto por esa brisa con olor a pino que llega desde la plaza. Es tan cómodo para quienes deseen permanecer cerca. Esa boca de incendios color púrpura fue instalada especialmente para mí por el jefe de policía. Y por cierto, no creo que uno o dos compases de música contemporánea estén fuera de lugar aquí. Ese caballero de abundante cabellera roja y hermoso rostro romano es Jack. Lo he contratado para que toque sus propias composiciones. Incluso algunas muy movidas. Y a veces los aplausos y los bravos son ensordecedores. Jack era un prodigio. Ahora es un genio. Sé que todos los que trabajan para mí no quieren salir nunca de ese salón. ¿Entiende ahora, Cornelius, por qué lamenté tanto que nos dejara? Porque en este sitio puede usted aspirar la atmósfera de ensoñación y reverencia que impregna todo mi santuario. Entronizado por su réquiem. Un rey entre todos esos despojos mortales que llegan desde todos los rincones de todos los municipios. Aunque en los últimos tiempos afluyen muchos más desde el Bronx sur que desde otras partes. Aquella es Tina, llamada Dos Toneladas. Su volumen es todo un desafío. Y su superficie, un paisaje infinito. Y disponemos de un anexo especial para los de piel oscura: las heridas de puñal son un rasgo característico de esa sección. Cornelius, cuánto me alegro de tenerlo aquí. Es maravilloso verlo muerto. Y devolver el color a sus mejillas. Y aquellos... La más tierna imagen de la muerte. Mírelos. Son los niños. Perdóneme, Cornelius, pero aún no me he habituado a ese espectáculo. La pura serenidad de un niño dormido. Y allá está su tío. Un hombre con manos grandes. Todos juntos ahora en el seno de una gran familia feliz. Las pasiones aquietadas. Han dejado sitio para otros en los atestados barrios comerciales. Y también están aquellos que en

vida quizá fueron una carga para sus seres queridos: los alcohólicos, los drogadictos. Y este es mi salón especial. Redondo, como la capilla de la sucursal este. Esos brazos esculpidos en la pared abrazan a quien penetra en el recinto. A veces me da vergüenza confesarlo. Pero es aquí donde mejor me siento, junto a estas personas que valen cientos de miles de dólares. Como usted sabe, todos los peces gordos acuden a mí ahora. Algunos con los pies hacia delante. Himie el Caballo, Zeke el Cero, John el Estornudo, Reuben la Gónada. Sin duda recordará usted la entrevista que tuvimos aquel día. Todos son buenos hombres de familia. Aunque en ocasiones resuelven que es necesario eliminar a otros. Pero procuramos que esa eliminación se lleve a cabo con una decorosa despedida. Y este, Cornelius, es el arco de triunfo de la muerte. Donde son definitivamente consagrados al poder y la gloria de los altos y los poderosos. El monumento a mi vida. Un montón de agujeros abiertos por balas, una semidecapitación no son problemas para nosotros. Un asesinato mediante un disparo a quemarropa. Bam. En la cabeza. Eso no es agradable, por cierto. Sobre todo cuando hace saltar las orejas. Pero si nos dan unas cuantas fotografías del sujeto en vida, convertimos ese desafío en el triunfo de la estatuaria con cera. Y en lo posible, conservamos los ojos originales. Ah, Cornelius, usted es un buen oyente. Vivo o muerto. Nunca he encontrado a alguien frente a quien pudiera decir tanto. Y que me entienda tan bien. Por aquí vamos a la terraza. Se sube mediante un ascensor expreso. Hacia el solárium. Donde un ser querido puede lograr un bronceado natural. Esto es lo que he soñado durante toda mi vida. Aquí, en el horizonte recortado contra el cielo: el Castillo de los Cadáveres. No, no. Más bien el Palacio de la Paz. Y quizá los que pasen enfrascados en sus propias vidas darán un codazo a quienes vayan a su lado y dirán... Ah, Cornelius, esas palabras otorgarán sentido a mi vida íntegra. Dirán: ¿Ves eso? Allá, tocando las nubes. Esos capiteles dorados. Eso es Vine.

Christian abre los ojos. Para ver a Clarance Vine, que lo contempla serenamente. En cualquier instante sentiré que me atraviesan las cánulas. Las mismas mejillas, dignamente apasionadas. Siempre recién afeitadas. El blanco cuello duro. Esta noche lleva una corbata con la insignia del Game Club. Cuidadosamente anudada. Se la ha puesto para mi entierro. O para verificar mi porcentaje de humedad. Durante mi embalsamamiento. Espero que haya venido para cerrar el ataúd. Servicio especial para un antiguo empleado de la casa. Ha llegado el momento de conducirme a mi última morada. Oh, Dios, ¿estaré muerto? ¿O sigo vivo?

—Cornelius, Cornelius, ¿puede oírme?

—Creo que sí.

—Usted tiene amigos, Cornelius. ¿Por qué no fue a verme? El doctor Pedro y yo queremos ayudarlo. Lo digo de verdad, Cornelius.

Esta no es manera de conducirse. Conseguirá que lo maten.

—Me vuelvo a mi patria, más allá del océano, señor Vine.

—Su patria está donde está su sombrero. Lo único que debe hacer es colgarlo en el perchero de mi nueva sucursal. Charlie, la señorita Musk, todos preguntan por usted.

—Por culpa mía lo han demandado, señor Vine.

—Son las reglas del juego, Cornelius.

—No estaré muriéndome, ¿verdad?

—Confíese que eso fue lo que pensó cuando me vio la cara. Vamos, confiéselo.

—Lo pensé durante un segundo.

—Bueno, muchacho, en este hospital jamás se oyeron algunas de las cosas que usted gritó. En el otro piso acaba de morir un hombre famoso. Ha vuelto a meterse en líos, Cornelius. La policía esperaba para tomarle declaración. Por suerte conocía al comisario de la sección. Rompió dos mandíbulas, dos narices, le aplastó un testículo a un tipo. No sé cómo escapó ese otro. Un individuo tuvo que darle un golpe con una botella de champagne en la cabeza para interrumpir esa carnicería. Las botellas de whisky comunes no surtían efecto. El policía dijo que el bar parecía un matadero. Tiene que andarse con cuidado, Cornelius. En esta ciudad hay gente que procura desquitarse.

Los ojos se me nublan. Clarance, su voz se diluye. Voy a dormirme. Estoy cansado. De todo en esta tierra natal. Un hombre me detuvo ayer en la calle. Me dijo que algo se le había metido en un ojo y tenía un dolor atroz. Buscaba un departamento para alquilar y había ido a ver uno y no podía encontrar al portero y alguien le dijo que el portero estaba en el último piso y cuando fue a buscarlo encontró al portero chupándole el miembro a un marinero y el portero dijo que estaba ocupado, vuelva en diez minutos y tráigase a un amigo, por eso le pregunto si no quiere ir conmigo. Y de nuevo en el subterráneo. En un vagón desierto. Entra otro individuo. Se abre la bragueta. Se toma el miembro y se vuelve cortésmente para preguntar: ¿No quiere comerse esto? Yo estaba cansado. Sin apetito. Le dije: No, gracias. Prefiero ver qué otra cosa hay en el menú. En la estación siguiente se bajó con el miembro en la mano, abriendo un sendero entre la gente que llenaba la plataforma. Cuando alguien anda con el miembro en la mano, la ciudad entera sabe que es un tipo de empuje y le abre paso. Y los gritos en ese bar. Mientras ruedo una y otra vez por el piso. Y me levanto para seguir peleando, mientras retrocedo hasta un cuarto lleno de cajones de embalar. Trompeo con la izquierda. Y con un gancho de derecha hundo el puño en el estómago de alguien hasta sentir en los nudillos las protuberancias de las vértebras de ese total desconocido. Voces. ¿Qué le pasa? ¿No tiene respeto por Norteamérica? El suelo del bar, donde veo el borde dentado de las suelas de los zapatos. Y en

medio de toda esa confusión se me ocurre que le haré una broma a Quell en cuanto pueda y le pondré un fósforo encendido en la suela. Oscuridad. Después las sirenas. Depósitos, escaleras oscuras. Y el aire de la noche frío y tonificante. Y las estrellas brillan sobre mi cabeza. La mano velluda de un médico y su reloj pulsera. Me toma el pulso para comprobar si estoy vivo. Pasamos sobre las ruidosas tapas de hierro que cubren los albañales. Y los tambores resuenan. Vibran de río a río. De corredor a corredor. Por donde se llevan a los muertos tapados con sábanas. Advertencias en las paredes. No se meta objetos en los oídos. Y otra vez, en otra estación de subte desierta. Sentado en un banco. Veo a un hombre. Muy lejos, al final de la plataforma. Se me acerca lentamente. Pasando frente a todos los bancos vacíos. Y se sienta a mi lado. Y juro por Dios que yo mismo no podía creerlo. Lentos, roncos gruñidos empiezan a salir de entre mis labios crispados que muestran a la izquierda un colmillo levemente vampiresco. Entonces el caballero se pone de pie, se inclina y pide disculpas. Me explica que es pastor de una iglesia baptista. Dice que le alegraría mucho verme en ella. Rubio como soy, en medio de su congregación de piel oscura. Debí echarme de rodillas y pedirle perdón, pero quizá habría pensado que trataba de chuparle el miembro. Y nadie quiere conocer a nadie aquí. A menos que se trate de uno de esos imbéciles que frecuentan los lugares de moda. Pero ante la soledad y la desesperación todos se tapan los oídos y apartan los ojos. Corren hacia la alegría, el brillo, la novedad. Como esos coños de la oficina que apenas saben hablar. Y los tipos. Esos soplones. ¿Christian? Ah, sí, creo que se ha ido otra vez al baño, con el Wall Street Journal. Oh, hará unas dos horas. Y me lancé por las calles de esta ciudad. Donde no parece existir nadie capaz de encontrar al dueño de un dólar caído en la acera. Hola. ¿Puede oírme? Todas esas caras en el bar. Una mujer pensó que sería divertido arrancarme los ojos. Y mis puños zumbaban. Y sus labios se convirtieron en dos tomates aplastados contra sus dientes. Las mujeres primero. Pensé al golpearla. Mientras el bar entero trataba de golpearme a mí. Alguien opinó que yo siempre causaba muy mala impresión. Meager me dijo que yo nunca admitiría que estaba equivocado. Dos madres adoptivas sentadas en una fila dijeron que yo era un mentiroso nato. Cuando solo era diplomático. Meager me dijo que había cometido un error social. Al beberme la gaseosa antes de que sirvieran a los demás. Me dijo: Ya no puedes librarte del bochorno. Has violado los rudimentos de las buenas maneras. Te has bebido la gaseosa antes que los demás. Cuando solo estaba probándola para saber si no me habían dado otra marca. Así son las cosas. Uno procura librarse del bochorno. Pero es imposible. Ni siquiera a bordo de un transatlántico. Con un pasaje a Europa que dice: Tercera cubierta, camarote 34. Adultos: uno.

Criados: ninguno. Total: uno. La compañía y el pasajero convienen en que si el barco se hunde, mala suerte. Cada hora que pasa es una hora menos. Librarse de todo esto. Correr por la costa haciendo señas al barco, gritándole que me espere. Abro los ojos. Dejo que entre en ellos la luz. Siento un dolor en el brazo. Todas las promesas que me hicieron. Tu madre está en alguna parte. Tu padre se ha ido, pero volverá. Acostado. Al cuidado de unas manos. Una vez un policía negro me puso el brazo sobre los hombros. Para consolarme, cuando yo era un chico perdido. No te preocupes, hijo. Pero me preocupaba. Y escuchaba con toda mi atención lo que me decían. Demuestra honradez en tu apretón de manos. Crece fuerte y broncíneo como los edificios. Hay que derrumbarlos antes de que se conviertan en espectros. En toda esta ciudad.

Demasiado rica
para reír
demasiado solitaria
para amar

29

Clarance Vine me llevó en una flamante limusina azul desde el hospital a mi cuarto en el lado oeste. La ciudad despertaba mientras los ciudadanos de vida nocturna se iban a dormir. Pilas de diarios arrojadas en las aceras por los camiones de reparto. Gente esperando en las paradas de ómnibus. Una muchacha con un atado de ropa para dejarlo en el lavadero, camino de su oficina. Una mañana me levanté temprano para comprar un bollo. Tras la puerta de la pastelería había un tipo que la abrió cuando entraron unos clientes. Que le dijeron gracias. Y cuando se fueron, el tipo dijo: Claro que les abrí la puerta; no quería que me golpearan la cabeza si la empujaban ellos mismos.

Ronroneaban las cuatro ruedas que me llevan por mi calle de una sola mano. Al fin tuve que abandonar la dulce paz y el negro interior de la limusina. Romeo, el chofer moreno y de piel tostada. Él y Vine me ayudaron a subir las escaleras. Me tambaleaba. Un apretón de manos con Clarance. Qué bajo es. Y ha subido tan alto: un caballero imponente. Salía gente de la casa, rumbo al trabajo. El pelo mojado, partido por una raya recién hecha. Me miraban por el rabillo del ojo. Con esas miradas, cómo habría podido hacerme de amigos para que la gente me tuviera confianza y quisiera conocerme.

Me quedé un par de días en la cama. Arrojando mis zapatos a las cucarachas excursionistas. Y oyendo sinfonías por radio. Mojándome los ojos y la cabeza con agua aromatizada con limón. Bebiendo jugo de manzana, comiendo peras y rebanadas de queso suizo. Clarance me envió un enorme cesto de frutas. Un brazo vendado. Alguien me miraba desde el otro lado de la calle y corrí la cortina. Abrí una carta. La única correspondencia que recibí. Una de esas ofertas para curar hernias. Con un agente que tomaba las medidas del braguero a domicilio.

Y el viernes, cuando ya tenía fuerzas para caminar y hasta para saltar, contesté al teléfono. Una voz maternal dijo: ¿Es usted, Christian? Y antes de que pudiera aclarar: Peabody, la voz dijo: Hijo de puta, rubio de mierda, le voy a cortar las pelotas. Hijo de mala madre. Hay fotografías. Se lo ve poniendo su pito blanco en la boca de mi hija Hephzibah.

Colgué el receptor lentamente. Y me quedé otro día jugando conmigo mismo. Ahora, mientras avanzo de prisa por la calle miro hacia atrás. Procurando volver a apretar los dedos hasta volverlos de un blanco azucena. Las costras de sangre en mi cráneo. Conseguirme una tienda de piel roja. Instalarla en el subterráneo. Nómada. De

estación en estación, fumando la pipa de la paz hasta que me llegue la hora de irme. O hasta que algún maldito bastardo me engatuse para comerse mi maíz. En esta ciudad tramposa donde todos hacen muecas.

Sábado. Caen las primeras hojas. El sol en un cielo claro y azul. Desfile de perros con sus dueños que cruzan hacia el parque. La quietud del aire. Entibiado por este veranillo imprevisto. Y allá, en sus centelleantes empalizadas de rascacielos, esos inmundos ricos hijos de puta. Tragando píldoras y palmeándose la cara y el culo con lociones y manteniéndose lejos de la gente como yo.

Voy hacia el Bronx en el tren rugiente. Todos tienen los ojos fijos. En mi par de zapatos color melocotón. Que han logrado sobrevivir tanto tiempo desde Bulgaria. Los encontré al fondo del placard del viejo Sourpuss la última vez que curioseé en el departamento de Fanny. Frente al edificio vi a Willie esperando, llevaba una camiseta que dejaba ver sus grandes hombros desnudos y estaba sentado junto a la boca de incendios manchada de orín. Y en el preciso instante en que me iba y dejaba sobre la mesa el juego de llaves que Fanny me había dado, empezó a sonar el teléfono y siguió llamando. Levanté el receptor. Oí una voz desde muy lejos. Mi nombre. Cornelius, Cornelius. Esperé. Seguí esperando. Pero la voz no hablaba. Solo oía el eco de mi nombre. Desde Minnesota. Hasta que mi voz ya no pudo hablar. Una noche triste y negra a ambos extremos del cable. Más allá de los ondulantes maizales dorados. El principio de la nada. Donde ya no existen palabras que nadie pueda decir nunca. Pero yo dije algo: ¿Estás ahí? Oye, entonces. Adiós. Y seguí esperando. Hasta que colgué el receptor muy suavemente, para que ella no lo supiera nunca. Recordé lo que solía repetir el viejo Sourpuss. La propia Fanny me lo había contado. Decía el viejo que si alguna vez perdía su dinero, se iría lejos. Lejos, muy lejos, hasta el fin de una línea telefónica. Donde nadie pudiera conocerlo. Allí mantendría la boca cerrada. Su teléfono mudo para siempre. Silencioso y desconectado. Así has terminado también tú.

Christian de pie, con las piernas abiertas, en el primer vagón del subterráneo que avanza meciéndose. Oscilan las cadenas, sopla el viento en torno a las puertas. Y la luz del sol al subir a la superficie. Las vías al frente, dos brillantes trazos de acero. Las estaciones, con sus plataformas de tablones y sus tejados a dos aguas. La última parada. Bajo esas oscuras escaleras de hierro que ya he bajado tantas veces en el pasado. En la taberna los apacibles bebedores de la tarde en mangas de camisa. Espero el ómnibus en la esquina. Junto al portal del cementerio. Subo al ómnibus y atravieso un pasillo lleno de caras. Con un asomo de reconocimiento tras los ojos herméticos.

Christian camina una vez más por esta avenida curva. Hasta el monumento. Un águila de bronce con las garras sobre una esfera de

mármol rosa. Y los nombres de los muertos por la patria. El cañón en que solía jugar. Del otro lado de la calle un campo de batalla indio. Una fuente de agua. Un pulgar sobre el chorro para salpicar las caras de los demás chicos. El cerco sobre el cual nos sentábamos todos para mirar el verde vuelo de las luciérnagas y para masturbarnos. Los simples placeres del verano. El regreso desde la escuela. Esperando que toda la ciencia contenida en los libros que llevaba subiera por mi mano hasta mi cerebro. Preguntándome dónde estaría la gente. Qué estaría haciendo. Sorbiendo gaseosas en la confitería. Y yo sentado con la boca seca, porque muy pocas veces conseguía una moneda. Y ahora veo allí, en el automóvil estacionado, a unos policías que beben cerveza. Con sus atractivos uniformes azules están al acecho de los excesos de velocidad. Me miran tras de sus anteojos ahumados. Nunca he visto semejantes panzas de azul. Y ellos reparan en mis zapatos. Y me señalan con el pulgar. A mi vez los miro con el aire de quien conoce a un tipo que es importante, así que mejor anden con cuidado. Y al pasar frente a ellos saco una pulgada extra de pecho. No logró impresionarlos, pero tampoco me arrestan.

Charlotte con su largo vestido blanco de encaje, un enorme sombrero de paja sobre el pelo color heno. Bajamos la escalera roja de su casa. Se ha quedado boquiabierta al verme. Y me mira desde la cabeza rubia hasta la punta de mis zapatos color melocotón. Y yo levanto mi brazo vendado. En mi bolsillo, los últimos dólares para gastarlos. Sopla una brisa en esta tarde serena iluminada por un sol brillante. Su madre ha dicho que podemos llevarnos el auto.

—¿Adónde quieres que vayamos, Charlotte?

—A cualquier parte.

Enfilamos hacia el norte. Por las calles de mi niñez. Donde empezaron tantas cosas en mi vida. De la cual creí vivir las últimas horas, hace apenas unos días. Cuando le dije que me moría, la monja me contestó en el hospital: Oh, señor Christian, aún no está listo para conocer a su Creador. Que vive, le dije a mi vez, en una colina rodeada de praderas con ranúnculos salpicando el verde.

Cornelius conduce la cupé color gris oscuro, de ocho cilindros. Se detiene ante un bar, junto a un enorme bloque de departamentos, en los bosques. Bebe un whisky con soda bajo la débil luz azulada. Y sigue rumbo al norte, pasando frente al ancho edificio de ladrillos con tejado azul donde asistió a la escuela. Más allá de las aulas soleadas crecían abetos cuyas copas azules tocaban las ventanas, y había colinas y montañas en kilómetros a la redonda, y lagos claros y mágicos. Y por encima de toda el álgebra, el ruido que hace una rama en una tarde sin propósito fijo. Tocar su piel es mejor que toda la historia o la instrucción cívica. Tú vivías cuando no sabías que vivías. Y sabes que mueres. Porque harás lo imposible para impedirlo.

Cuando ya es demasiado tarde y no podrás impedirlo. Como Fanny Sourpuss, que se fue para siempre en el tren. Más allá de todos esos jóvenes ayeres. Todo es un sueño en nuestros labios. Mejor que hoy. Mejor que estos momentos en que, sin registro, conduzco el auto de la madre de Charlotte. Durante una última noche para recordar. Entre tantas otras noches en estos caminos. Transportando todas mis esperanzas. De riqueza. Mirar a los demás desde lo alto. Todos amontonados, de manera que sea fácil comprobar cuánto mejor es uno mismo que toda esa inmunda manada.

Giro a la izquierda por un camino de guijarros. Sigo las vías del trolebús. Hacia la cumbre arbolada de esta colina. Y vuelvo a girar hacia la izquierda entre esos olmos rectos, altos, estrechos. Sé que hay un sitio por aquí. Un camino de cenizas que lleva a una playa de estacionamiento. Que pertenece a este viejo pero rumboso restaurante. Donde Charlotte y yo podemos entrar para ir a sentarnos tomados de la mano frente a una mesa con mantel blanco que veo entre las hojas, en la terraza de un jardín en desnivel.

Cornelius Christian espera en el último escalón verde de la entrada. Las hojas de las palmeras se mecen mientras los mozos van y vienen, frunciendo la nariz y levantando las cejas. Sigo al desdeñoso maître. Hacia una mesa remota y solitaria. Nos sentamos en sillas de hierro blanco y afiligranado. Todo tan frío y silencioso. El hijo de puta del mozo me mira los zapatos. Toco el salero y el pimentero de plata. Para demostrarle que me siento muy a mis anchas. Y Charlotte está tan avergonzada. Por mi afrenta a la moda.

—Pero, ¿no sabías que el color melocotón es el colmo de la elegancia?

—No, no lo sabía.

—Estoy lanzando una moda.

—Pero todos nos miran.

—Pensé que eras lo bastante audaz como para salir conmigo.

—Lo era. Lo soy.

—Me siento bien con estos zapatos. Estoy orgulloso de ellos.

—Estamos sentados en este sitio apartado. Todos nos ignoran. Oye, oye cómo ríen todos los demás, toda esa gente bien vestida que está en el otro salón. Los hombres llevan zapatos negros y corbatas oscuras y camisas blancas. Todos son tan formales. Y los mozos vuelan para atenderlos.

Charlotte frunce el ceño, preocupada. El mozo acecha junto a una columna. Se echa atrás el poco pelo que le queda en el cráneo. Mira con el rabillo del ojo. Christian levanta una mano. Para hacer chasquear delicadamente el pulgar y el dedo medio. Y ver cómo sonríe el canalla, que pone pies en polvorosa. Dejándome como un imbécil, con el brazo en el aire.

—Comprendo. Me ignoran. Dentro de estos zapatos están mis dedos. Que me he puesto a mover en este instante. Este lugar fue una fábrica. Perdida entre los bosques. Había perros policía para atacar a los merodeadores. Y un policía que patrullaba con un machete.

—Cornelius, esta es la primera noche que hemos resuelto pasar en gran forma. ¿No podemos ir a otra parte? Me he puesto lo mejor que tengo. Este vestido pertenecía a mi madre. Se casó con él. Le acorté la falda. Es una herencia. No creas que me importa, pero no me siento cómoda aquí. Y no quiero que los demás se fijen en nosotros.

—Eres una niña, Charlotte.

—No soy una niña. Me siento muy incómoda. No puedo evitarlo.

—¿Cómo es posible que los mozos te intimiden?

—Podrían habernos ubicado en el otro salón, donde hay música y baile. Aquí no sucede nada.

Christian se vuelve rápidamente hacia el mozo que acecha junto a la entrada de la cocina. Y el mozo se vuelve con la misma rapidez para desaparecer por la chirriante puerta oscilante.

—Hijo de puta.

—Ya ves cómo nos tratan. Ni siquiera nos han traído el menú.

—Las dudas sobre mi buen gusto son evidentes. ¿Quieres que oculte mis zapatos?

—Ya es demasiado tarde. No nos atenderán.

—Esperemos. Sonríe.

—No puedo.

—Charlotte, tienes una boca espléndida. Y unos dientes magníficos. Y un ceño tan fruncido. Olvida mis zapatos. Recuerda el verano cuando éramos chicos. El picnic y el desfile del Día del Trabajo. Te vi salir de tu casa con una blusa de seda blanca y el mismo pelo color heno. Me saludaste con el hola más radiante que me han dicho en mi vida. Todavía lo oigo. Casi me hizo marchar en el desfile. Pero no, estoy mintiendo. Me escondí entre los árboles, robando helado para mi hermanito, mientras los ciudadanos de mi país desfilaban. Qué niña eres. Mis zapatos son de mal gusto. Mis zapatos son de mal gusto.

—Por favor, no grites. No me importan tus zapatos color rosa.

—Melocotón.

—Melocotón. Pero vayámonos.

—No.

—¿Podemos pedir algo?

—Que nos perdonen. Y que me perdonen por mis zapatos, que quizá costaron dieciocho dólares.

—Algo para que se vea a los mozos ir y venir desde nuestra mesa.

—¡Ay! Confieso que debo bajar el tono.

—Cornelius...

—Qué hermoso nombre tengo.

—Los dos provenimos del mismo ambiente. Pertenecemos a la clase media baja. Quiero decir que no podemos estar seguros de no equivocarnos. La gente de mejor nivel no se equivoca nunca.

—Nosotros no somos del mejor nivel.

—Quizá seamos mejores que algunas personas. Pero no somos los mejores.

—Charlotte, aquel día del desfile estabas tan bronceada, tan hermosa.

—Por favor, Cornelius. No quiero que la gente mejor piense que no podemos ser como ellos.

—Tu primera cita fue conmigo. Después del cine te invité con una gaseosa. Recuerdo muy bien mi aplomo. Dije al mozo: Dos jugos de ananá, por favor. Yo era el cliente. Y él me recibió con toda cortesía.

—Porque eras simpático.

—Qué soy ahora.

—Eres diferente. No eres el mismo Cornelius Christian que conocí.

—Quién soy.

—No eres el mismo que antes de irte a Europa. Y antes de...

—Antes de casarme.

Charlotte Graves. Su perfil. La inquietud en la tersura de manzana de su rostro. Se vuelve y mira a su alrededor. Dos solitarios que agitan los brazos en este océano de espacio vacío.

—Por favor, Cornelius, ya empiezan a mirarnos.

—Me alegro.

—Has dicho que yo estaba tan bronceada y encantadora aquel día del desfile. Ya no piensas lo mismo.

—Todavía eres una manzana que me gustaría comer.

—Este verano no fui a nadar. Como trabajo en la ciudad, no tuve oportunidad. Pero los últimos años me bronceé. Por eso, esta noche, salir al campo fue para mí...

Christian toma el salero. De pesada plata. Golpea con él en la mesa, gritando.

—¡Mozo! ¡Mozo!

—¡Por Dios, Cornelius! ¡Cómo se te ocurre hacer semejante cosa!

—No hago más que llamar al mozo para que nos atienda.

Los mozos asoman la cabeza. Camisas de cuellos almidonados. Corbatas de moño ya hechas y cosidas. Para que puedan quitárselas rápidamente. Todos vuelan para atender a la gente elegante. Mientras la voz de Christian resuena a lo largo de un interminable corredor. Y Charlotte Graves agacha la cabeza.

—Ya has acabado de arruinar la noche. Nadie se ha portado nunca de semejante modo en mi presencia.

—¿Quieres que me vaya?

—Ya sabes que no.

—Magnífico.

—No, no es magnífico. Eres un presuntuoso.

—¿Quieres que me vaya? ¿Lo quieres? Dímelo. ¿Quieres que me vaya?

—Sí. Vete.

Charlotte Graves. Su voz angustiada, tenue como un suspiro. Huelo su perfumada pulcritud. Allá, en la funeraria, podía husmear gratis el aroma de las rosas. Dulces emanaciones mantenidas al fresco de las heladeras. Los muertos se entibian cuando empiezan a fermentar. He puesto en un marco, junto a mi cama, la fotografía que me tomaron en el ataúd. Y lo peor que pudo ocurrirme no parecía tan malo. Ahora estoy vivo. Y espero, por cortesía. Quiero dar a Charlotte la oportunidad de que me indulte. Pero ella no parece dispuesta. Empujo suavemente mi silla hacia atrás. Paso frente a un mozo. Que endereza la espalda para mirar más desde arriba y por encima de su nariz aguileña mis zapatos color melocotón. Mientras se mece sobre los suyos.

Christian sube los escalones alfombrados de verde. Los mozos apostados con todas sus insignias. Uno aquí, otro allá. Las servilletas sobre los brazos. Llego al tope de la escalera. Si alguna vez he necesitado tirarme un pedo, este es el momento. Pero solo hace blip. Cuando debió hacer bum. Para resarcirme de algún modo de otro insulto espiritual. Importa mucho lo que la gente piensa de uno. Y la gente piensa mucho. Si es que piensa. Piensa que si uno no manda a un matón para que los baje a tiros, es porque piensa hacerles juicio.

Cornelius Christian de pie, en la colina, bajo el cielo estrellado. Pasa un trolebús rugiendo y con las luces encendidas. El aire está muy frío. El verano ha pasado. Los juegos infantiles. Una moneda en su ranura, debajo de su vestido. Ahora ya no es posible jugar a eso, porque ya es toda una mujer, y muy hermosa. Yo me preparaba sándwiches de jamón y manteca de maní para llevar a la escuela. Mientras mi madre adoptiva vigilaba para que no cortara demasiado gruesas las rebanadas de pan. Y nadie me llevó nunca a un restaurante. Siempre imaginé que eran lugares adonde solo iban los ricos. No me decido a irme. Y dejar a Charlotte. Me espera una larga caminata, sin el auto de su madre.

Christian camina sobre los guijarros que cubren las cenizas del sendero. Junto a un arbusto cargado de opulentas flores rosadas y rojas, se arrodilla ante una minúscula ventana que da al gran salón. Cuyo techo sostienen columnas estriadas color amarillo pálido. El sitio donde acaban de humillarme.

Charlotte Graves con la cabeza agachada sobre la mesa. Toda su blancura, sumisa y tierna. Pasan mozos con bandejas cargadas. Dos de

ellos esperan murmurando. Charlotte se vuelve para mirar hacia la escalera vacía. Ya no estoy en ella. Se muerde los labios. Y las uñas pintadas de rosa. Fue ella quien me enseñó que tenía medias lunas en las mías. Toca una por una las cosas que hay sobre la mesa. Vuelve a mirar. A los mozos. Que apartan los ojos. Que llevan las bandejas en alto, rumbo al otro salón. Donde resuenan las risas de la gente mejor que puede permitirse ese lujo. Y donde he debido exigir que me admitieran. A mí, el sultán. De las proezas pugilísticas. Si no fuera por mi brazo, este lugar aprendería a la fuerza lo que es respeto, sumisión y cristianismo.

Charlotte Graves toma su sombrero de paja. Vuelve a ponérselo con suavidad sobre el pelo rubio como el heno. Un laucha solitaria. En medio de un campo segado. El maître se acerca. Se detiene junto a ella. Tirándose de los puños de la camisa. Un halcón suspendido en el aire. Y Charlotte levanta la cabeza. Su mirada sube desde los zapatos negros y los pantalones del maître. Hasta la blanca pechera reluciente y la cara.

—¿La señorita desea servirse algo?

Charlotte Graves sacude la cabeza genuflexa. Sus hombros como frágiles alas. En su pupitre del aula. Escribió una nota y dobló cuidadosamente el papel. Se la dio a Meager para que me la diera a mí. Decía: Te quiero. Y desde ese instante ya no eché de menos a mi madre ni a mi padre. Ni el amor de ninguna otra persona.

—¿Puedo ofrecerle algo, señorita? ¿Agua, por ejemplo?

Brilla el pelo de Charlotte. Enjuagado con cerveza. Sonrió cuando me lo contó. Un lavabo lleno con todas esas latas que pude beberme. Fría, espumosa, exquisita. Y ahora está sentada allí, silenciosa e inmóvil.

—¿Una omelette? ¿Una crêpe suzette? ¿Carne asada? ¿La señorita me permitirá, entonces, que le dé una explicación?

Charlotte Graves asiente con la cabeza. Yo fui arrogante con su amor. Y la humillé. Le dije despiadadamente: No me gustas. Ella enrojeció. Y echó a correr por la calle, como corren las chicas. Apretando sus libros bajo el brazo. Hay que hacer esa clase de cosas con alguien que vale más que uno. Y ella valía más que yo y la hice llorar.

—Bien, señorita. En este lugar existen ciertas normas tácitas. Y suponemos que la gente que viene aquí las acepta. En ese caso, no nos importa que acudan personas cuyo medio natural sea muy diferente de este. Procuramos que se sientan cómodas y no marcamos las distancias. ¿La señorita quiere pasar al otro salón?

Charlotte mueve la cabeza a derecha e izquierda. Ese hijo de puta. Quién se creerá que es. Por qué no se mete con alguien de su mismo tamaño glandular. En vez de hacerse el vivo con esa muchacha tímida

e inocente.

—No quiero herir los sentimientos de la señorita, pero si la señorita tiene interés en oír mi consejo, le diría que ese muchacho no le conviene. Nos imaginamos que era capaz de irse. Pero tenemos mucha experiencia y sabemos distinguir quién es quién. Ningún caballero trataría a una dama como él la ha tratado. Llamó al mozo a gritos.

—Porque ninguno quería atendernos.

—Oh, no, nada de eso.

—Sí, exactamente eso.

—Si la señorita me permite, aquí vienen muchos como él. Conocemos de sobra qué clase de individuos son. Provienen de un medio que no tiene nada que ver con el nuestro.

—Él pertenece al mismo medio que yo.

—Óigame: ya sabemos que usted se cree en la obligación de ser leal con él. Pero le aseguro que si me pongo a enumerar las diferencias entre usted y él, no acabaría nunca. Una muchacha como usted podría conocer a gente de la mejor calidad. Y frecuentar lugares como este.

—No tengo el menor interés.

—Usted es una chica difícil de convencer. ¿No le importa que le diga algo personal? Enseguida me doy cuenta de cuándo una chica pertenece a una familia decente. Ahora no tome a mal lo que voy a decirle. Pero ese vestido que lleva parece de su abuela.

Charlotte Graves pliega sus frágiles alas. Las madreselvas se cierran de noche. Cuando llegan el frío y la oscuridad. El zumbido en mis oídos. Y las almas tímidas transportadas al cielo. Lejos del mal. Lejos de ese hijo de puta que la ha ofendido tan cruelmente.

—Vamos, chica, solo trataba de ayudarla. No me interprete mal. Lo del vestido era una broma. Le aseguro que le queda bien. Pero una chica como usted tendría que lucirse más. A cualquier tipo con mucha plata le gustaría exhibirse con usted. No he querido decir que parece salida de una casa de antigüedades.

—Eso es lo que ha dicho.

—No, no. Usted es muy bonita. Y muy distinguida. Perdóneme por decirle esto, pero ese tipo era un ordinario.

Charlotte Graves hunde lentamente la cabeza entre los hombros. Las olas del océano precipitándose bajo un cielo sombrío. Todos esos ogros amenazadores. Se precipitan para devorar a los mansos y los débiles.

—Eh, qué he dicho de malo. ¿No se pondrá a llorar? Vamos, no llore. He dicho algo de malo, ¿no es cierto? Por favor, dígame qué he dicho.

El maître se endereza, mira alrededor, hace una seña al camarero semicalvo que espera junto a la puerta de la cocina.

—Eh, Harry, qué puedo hacer ahora.

Harry se acerca despacio, caminando como un ganso con sus pies planos, las puntas de los zapatos hacia afuera. Mira a Charlotte Graves. Las trenzas brillantes recogidas en la nuca. Los brazos esbeltos. La piel suave. El vestido alabastrino, tejido al crochet.

—Deja en paz a la chica. Que llore, si tiene ganas. Tome, chica. Una servilleta. Para secarse las lágrimas. No se aflija, chica, todo está bien. Nadie le hará nada malo. ¿Qué le has dicho a esta chica? Está llorando.

—Es por ese tipo.

—¿Y qué hay con eso? No es como para echarse a llorar.

—Traté de darle buenos consejos.

—Claro, tú eres un sabelotodo y puedes aconsejar a todo el mundo. ¿Por qué te metes en lo que no te importa?

—Esta chica vino aquí con un tipo que era un farsante. Me di cuenta en cuanto lo vi entrar.

—¿Y qué? Todos los que vienen aquí son unos farsantes.

—Oye, Harry: ¿tú dirías que el señor Van Hearse y sus invitados son unos farsantes?

—Sí, Fritzy, digo que son unos farsantes. ¿Quién diablos es ese Van Hearse, después de todo? Un tipo que fabrica preservativos.

—No digas eso delante de las damas. Y el señor Van Hearse es un benefactor público.

—No me vengas con esas. Fabrica preservativos.

—Ya lo has dicho una vez, Harry. No necesitas repetirlo.

—Me gusta cómo suena, Fritzy.

—Estoy ocupado. Soy el maître aquí. Será mejor que levantemos esta mesa.

—¿Por qué no dejas en paz a la chica?

—Tenemos que levantar esta mesa.

—¿Para qué? No la necesitamos.

—Oye, Harry: ¿quién da las órdenes aquí?

—Y tú óyeme a mí, Fritzy: te digo que dejes en paz a la chica.

—Pues te ordeno que levantes esta mesa.

—Pensé que querías ayudar a esta chica.

Fritz sacude la cabeza y agita una mano con la palma hacia arriba frente a Charlotte Graves, que sigue temblando.

—La pobre cree que el tipo que la dejó plantada vale algo. Y es un farsante. Un canalla que se da humos.

—Vamos, Fritz, acaba con eso. Estás haciendo sufrir a la chica.

—Una chica que sale con semejante tipo, merece que la hagan sufrir.

Harry da un paso adelante; su cara casi roza la punta de la nariz de Fritz.

—Escucha lo que voy a decirte, Fritzy. No me importa si eres tú el que da órdenes aquí. Pero no sigas atormentando a esta chica. Porque te romperé el alma. Eso está en inglés. ¿Me has entendido?

—Si me tocas, estás despedido.

Harry sacude el puño bajo un ojo de Fritz. Así empieza siempre el amor fraternal: con una buena trompada en la cara.

—Y si vuelves a decir una sola palabra a esta chica, te saco volando por la ventana. Y no es broma.

—Un tipo guapo.

—Cuando pasan estas cosas, sí.

—Ya lo veremos.

—Ya lo verás.

—Ya lo veré. No te preocupes.

—Vete nomás, Harry. Mira qué miedo tengo.

—Tú levanta esta mesa como te he dicho. Eso es todo.

—Y tú deja en paz a esta chica. Eso es todo.

—Levanta la mesa. Eso es todo.

Fritz se dirige hacia la cocina, mirando hacia atrás por encima del hombro. Quizá me haya visto asomado a la ventana cuando Harry le dijo que lo sacaría volando por ella. Una tompada parece mucho más fuerte si con ella se consigue hacer pasar a un tipo a través de una abertura minúscula. Si no estuviera aún convaleciente de una trifulca que casi me cuesta la vida, volvería a ese sitio para dar un buen concierto de los más variados puñetazos. Pero prefiero que los nudillos se me endurezcan de nuevo antes de dar una nueva lección de descortesía. Abierta al público. Gran parte del cual está formado por salvajes en estos días.

Harry se inclina sobre Charlotte Graves. Toma el cuchillo, la cuchara y el tenedor. Los deposita sobre la bandeja.

—Lamento mucho tener que hacer esto, chica. No se preocupe. Es algo que le pasa a cualquiera, si no todos los días, por lo menos una vez en la vida. No se preocupe por ese individuo. Este sitio es una pocilga, créame. En la cocina hay cucarachas como en todas partes. No tuvimos más remedio que darle el esquinazo a su amigo. Porque el dueño cree que convertirá este tugurio en un establecimiento de categoría si hace que unas cuantas personas se sientan excluidas. Que siga creyéndoselo. Tengo que retirar estas cosas. Tendrá más lugar para apoyar los codos. Sé que es un poco tarde para decir estas cosas. Pero óigame: personalmente, no tengo nada contra su amigo. Tome, le regalo una rosa.

—Gracias.

—Se me ocurre una idea. ¿Por qué no nos vamos los dos juntos a alguna parte? Dejo este trabajo ahora mismo. Conozco un buen sitio, a menos de dos kilómetros de aquí, por la ruta. Hay un buen

espectáculo que la hará olvidarse de todo. Qué le parece la idea.

—Gracias, pero...

—Créame, se ha ido. Su amigo ya no volverá. Salió disparando y la dejó plantada. Sola. Vamos. Podemos ir a un sitio tranquilo, si quiere. A media luz. Y después la llevaré a su casa. Derechito a su casa.

—No puedo.

—Está bien. Entonces tengo que seguir con mi trabajo. Debo levantar esta mesa. Debo llevarme el mantel, y las sillas, y hasta la mesa. No vale la pena que siga esperando. Esa clase de tipos nunca vuelve. ¿Para qué perder el tiempo esperándolo? Vamos. Salgamos juntos de aquí. Está bien, era la última oportunidad. Usted es dueña de su vida. Pero le diré una cosa: pierde el tiempo esperándolo. Oiga, chica. Déjeme ofrecerle una manzana. No me gusta verla sentada ahí.

—Estoy bien.

—Una manzana. Gratis. ¿No? Un chicle, entonces.

Harry toma el pequeño envoltorio verde del bolsillo de su chaqueta. Rompe el papel metálico. Tiende la delgada tableta gris a Charlotte Graves. Que sacude la cabeza. Y la puerta oscilante de la cocina se abre. Fritz. Vigilando con el mentón levantado y los oscuros ojos brillantes. Mientras Harry se vuelve y señala con el dedo.

—Mira, mira lo que has hecho. No quiere moverse.

—Hay que levantar esa mesa. Eso es todo.

—Sí, sí. Eso es todo.

Harry masculla mientras se lleva la bandeja cargada con el florero y todos los instrumentos festivos. Charlotte tiene la rosa roja en la mano. Mientras Fritz la toma por el codo alabastrino.

—Oiga, señorita. Tengo que cumplir órdenes para conservar mi empleo. No haga caso de ese mozo. Todo lo que quiere es que una chica inocente se deje convencer y salga con él. Tiene tres hijos. Yo mismo los conté. Y su mujer es tan gorda que no puede caminar. Ni siquiera puede acercarse a ella para besarla. Es lo que se merece. Así son las cosas. No se puede confiar en nadie. Tengo que quitar el mantel. Como le decía, debo cumplir con mi deber. Es típico de ese mozo, darle una rosa que no le pertenece.

Fritz quita el mantel de la mesa. Gris, ahora, bajo los brazos levantados de Charlotte. Fritz pliega el lino deslumbrante mientras se lo lleva. Y lo sacude con la punta de los dedos frente a Harry cuando se cruza con él.

—Corruptor de menores.

—¿Qué te pasa? ¿Estás celoso, Fritzy?

—Miren la facha de este Romeo.

Las manos de Harry se cierran sobre la silla de Christian. Hierro blanco y curvado en ondas de encaje. Donde me senté hace casi una vida. Soñando con un futuro. A través de días que pasan pisoteando

todos mis sueños. Fanny Sourpuss tenía un novio cuando era chica. Era rico: pertenecía al mundo de los mejores. Y cuando fue al baile de gala de la universidad llevó a otra chica. Y le destrozó el corazón.

—La silla. Tengo que llevármela. Lo siento. Le aseguro que esta es la noche más triste de mi vida, muchacha.

Harry se lleva la silla con su almohadón azul. Mientras Fritz vuelve. Las alas del halcón proyectan sombras. Que caen sobre esa muchacha encogida. Cuya frágil mano imprimió en mi vida la primera señal de amor. Que esté a salvo, por favor. De cualquiera que se entrometa en su alma.

Las pisadas de Fritz y Harry. Sobre el piso de arce. Vaciando los tiestos de plantas que se mecen. Hasta las flores de sus recipientes en las paredes. Y Charlotte está sentada en el borde de su silla con toda su melancólica gracia. Ahora vuelven Harry y Fritz. Una seña. Para que cada uno tome un lado de la mesa para llevársela. Charlotte levanta los codos. Los puños apretados contra sus lágrimas. Una rosa contra su mejilla.

En la luz que disminuye. Retornan los dos oscuros emperadores. A su reino de soledad. Bajo este cielorraso. El ruido de las pisadas. Se detienen tras ella. Y las manos se adelantan. Tocan y esperan.

—Perdón, señorita. No hay más remedio. Tenemos que llevarnos su silla.

—Lo lamento, chica.

La quietud de esta noche otoñal. Una mujer como un pimpollo. Cortado. Arrodillada en el suelo. El vestido blanco flotando en torno a ella. La cabeza profundamente inclinada. Llora en silencio.

Fritz y Harry frente a la puerta de la cocina. Se vuelven lentamente para mirarla. Con la mesa levantada entre ambos. Se miran uno al otro en la cara.

—Rata inmunda.

—Rata inmunda.

Charlotte Graves. Pálido tallo de una flor. Rota. Juntos caminamos en puntas de pie por los bosques junto a un arroyo helado. Un invierno de nieve y trineos. Mucho antes de que una ciudad me congelara el corazón. Cuando el amor despertó por primera vez en mí. Ella me miró. Doradas esperanzas centelleando en la belleza radiante de sus ojos azules, verdosos. Me dijo: Cuando sientes este frío y ves tanto hielo, ¿piensas que el verano volverá alguna vez? Sobre los árboles endurecidos. Mientras charlábamos sentados en la hierba. Con la espalda apoyada contra la corteza. Saboreando la vida. Llenos de alegría.

Mientras las hojas de los arces
caían

y el polen
también

30

Un almirante en su puente de mando. Estoy de pie. En el último escalón, sobre la mullida alfombra verde. Sombrero de copa gris. Frac. Corbata blanca. Bastón de ébano con puño de marfil. Espero. Mirando esa luz brillante que envuelve columnas, palmeras, marquesinas. Harry asoma la cabeza por la puerta de la cocina. Para echar un vistazo al espectáculo. Y a las gemas que centellean en los dedos de mis pies.

—¡Es como para caerse de espaldas!

Y Fritz se precipita. Boquiabierto. Aparta a Harry con el brazo. Y todos los párpados se levantan más que de costumbre sobre los ojos.

—Qué es esto. Ha llegado alguien. ¡Diablos! Un personaje.

Harry se da una palmada en la mejilla. Y hasta se le doblan las rodillas.

—Aunque viva cien años...

—Cállese. Quizá no viva tanto. Traiga de nuevo la mesa.

Fritz avanza a grandes trancos. Los brazos tiesos, los labios sonrientes, dispuestos a recibir a este huésped deslumbrante. Que ha atravesado las colinas, sudando furiosamente, rumbo al pueblo de Yonker, y ha recorrido las callejas en torno a la costa industrial del río. Para conseguir un hábeas corpus y sacar de la cama al dueño de una tienda donde se alquilan trajes de etiqueta. Le he puesto en la mano mis últimos dólares para pagarle mi indumentaria. Y el tipo me dijo al verme salir ya vestido: Usted ha de ser medio chiflado, señor. Le dije: No. Soy un milagro.

El pelo de Cornelius Christian brilla bajo la luz. Una pálida rosa amarilla en su solapa. De dónde diablos habrá sacado eso. No lo pregunten. Mejor observen cómo Fritz le toma de las manos el sedoso sombrero de copa y el lustroso bastón. Y agita un brazo y se inclina en una reverencia de bienvenida.

—Caballero.

Christian se detiene para hacer una inspección general a su atuendo. Flexiona un músculo bajo la camisa de seda. Agita los dedos de los pies ahora descalzos para que relumbren las enormes piedras de fantasía. Ya no quedan ni rastros de los hongos atroces que tenía cuando estaba en la escuela primaria. Avanzo con mi lento paso majestuoso. Tan imponente como el trote de un caballo fogoso. Corono mi apariencia con la gélida sonrisa de los potentados. Desciendo la escalinata. Hacia esa abundancia de luz color limón. Resplandeciendo en medio de este absurdo restaurante. Y allí estás tú,

Charlotte Graves, meciéndote en las olas. Soy un navío que acude para llevarte de nuevo a tierra firme.

Ella me ve. Levanta la cabeza. Los ojos brillando de lágrimas. Es la chica que endulzó mi corazón hace tantos años. Cuando yo permanecía, escuálido, bajo las terribles miradas del mundo. Charlotte se levanta. Con qué suavidad se desliza sobre los nudos de los tablones de arce. Y apoya la cabeza sobre mi hombro.

Traen de nuevo la mesa. Harry despliega el blanco mantel. Alisa las arrugas para depositar sobre él un florero con una rosa. Fritz vigila, con el mentón levantado. Y se vuelve ansioso para susurrar:

—Harry, el salero y los cubiertos. Apúrate, imbécil.

—Oh, ya va.

La disposición de los instrumentos para comer. Platos que centellean bajo la luz, con un retoque final dado por la manga de Harry. Fritz se adelanta taconeando sobre los tablones del piso, los vastos menús sujetos bajo un brazo. Para acompañar en silencio a los dos huéspedes hasta sus asientos. Y tender a cada uno de ellos esos pergaminos preñados de deleitosas ofertas.

—Buenas noches, señora. Buenas noches, señor.

—Buenas noches.

Christian desliza la mirada sobre esas doradas palabras alimenticias. Fritz con su anotador y su lápiz en alto. Espera la decisión de ese caballero tan refinado. Cuyas mejillas se mueven apenas cuando pregunta:

—¿Qué sugiere como entrada?

—Si el caballero me lo permite, le sugeriría un consommé en gelée.

—Ah. ¿Para ti, Charlotte?

Charlotte Graves. Su sonrisa, un amanecer que despierta. La luminosidad de los dientes entre los labios. El tierno dorso de la mano que aparta un rizo. Y la punta de los dedos enjugando las lágrimas bajo los ojos. Mientras Fritz se inclina profundamente para sugerir.

—¿La señora desearía algún pescado para continuar?

—Langostinos, por favor.

—Crustáceos para la señora. ¿Para el señor?

—Salmón ahumado.

—Saumon fumé para el señor. ¿Y después, señor? ¿Para la señora?

El tímido rostro de Charlotte. Me mira mientras sus labios preguntan.

—¿Bife?

Y Fritz inclina la cabeza.

—Mignon.

Charlotte levanta las cejas.

—Supongo que sí.

Fritz blande el lápiz amarillo y lo detiene sobre el anotador.

—¿Jugoso, señora?

—Sí.

—¿Ajo, señora?

Charlotte deja pasear la mirada sobre esa extensión deslumbrante. Sobre todo ese blanco. Sobre toda esa plata. Hasta el rostro del campeón de Cornelius Christian.

—¿Crees que debería?

—Si tienes ganas.

—Está bien. Sí, ajo.

—Muy bien, señora. ¿Legumbres? ¿Para la señora?

—Espárragos.

—Excelente. Espárragos para dos. ¿Papas? ¿Para la señora?

—Hervidas, por favor.

—¿Y para el señor?

—Fritas.

Christian desliza sus dedos blancos y delicados bajo la brillante solapa negra. Para tomar una delgada caja de platino del bolsillo. La abre con una leve presión y ofrece un cigarrillo a Charlotte. Que toma uno y se lo pone entre los labios. Fritz tiende un fósforo. Para encender la llama del amor.

—Permítame, señora.

Y la señora arroja el humo. Una blanca espiral. Fritz retrocede ante la augusta presencia de los huéspedes. Su cabeza se inclina frente a Christian, el potentado. Mientras Harry lleva un recipiente de cristal con agua, pinzas, cáscara de limón. Y se detiene sonriendo.

—Buenas noches, señora, señor.

—Hola.

Harry vierte agua en dos altos vasos. Mientras se inclina aún más y pregunta.

—¿Limón, señora?

—Sí, por favor.

—¿Y el señor?

—¿Eh? Creo que sí.

Harry retrocede un paso, inclinándose una vez más.

—Espero que el agua sea del agrado de los señores.

Fritz está junto a Harry. Tiene un banquillo en las manos. Hace una reverencia ante Cornelius Christian.

—¿Puedo ofrecerle esto, señor? Para sus pies.

—¿Ah?

—Estará más cómodo, señor.

Cornelius levanta y cruza los talones sobre el almohadón de satén rojo que cubre ese escabel de ébano. El relámpago de un arco iris recorre los dedos de sus pies.

—Gracias.

—Es un placer, señor. Y ahora, quizá el señor desee algo para beber. Tal vez un vino blanco para empezar. Con el pescado y los crustáceos de la señora. ¿Puedo recomendarle este?

—¿Cordial?

—Muy bueno, señor.

Fritz se retira. Un paso hacia atrás, la cabeza inclinada. Y todas esas voces que murmuran. Y los ojos de Charlotte que me miran. Su dulce mano se adelanta sobre la mesa. Para cubrir la mía. Su sonrisa, su melodiosa voz tenue.

—Perdóname.

Cornelius Christian. Que perdona todos los pecados veniales. Este navegante que dice al mundo: No tengo nada que perdonar. Enaltecido sobre el pedestal de esta mesa. Las gemas centelleando. En cada dedo de mis pies.

Como verán
el color
de esta gema
también es
melocotón

31

Las diez de la mañana en este frío día de octubre. Miro hacia la calle. Las valijas hechas. Listo para partir. Compruebo si el camino está despejado. De todos los espectros que aún procuran retenerme.

Salgo por la puerta de calle. Una última carta que espera. Ofrece seguros de vida con pensión en caso de invalidez. Protección contra las amputaciones permanentes. Y una postal de Minnesota. La fotografía de una larga calle arbolada. Y del otro lado una sola palabra. Adiós.

Cornelius Christian carga sus valijas por la acera. Pisa excrementos de perro. Al pasar, miro la entrada de todas las casas. Tras cada auto estacionado puede acechar alguien, como la negra madre de Hephzibah, con una navaja para cortarme las pelotas. Y yo apenas con un par de tiernos puños para defenderme de tantos cuchillos y tantos revólveres.

Un taxi se detiene en la esquina. El final de la calle. El vaho de mi aliento en el aire. Cargo dos solitarias valijas en mis hombros. Oigo una voz que dice frente a mí.

—¿Adónde, muchacho?

—Muelle cincuenta y siete.

Por la avenida fluye la corriente del tránsito. Mientras avanzamos. Veo a mi amigo Mejillas Regordetas arrebujado en un abrigo, desplomado al pie de la escalera de una casa. Su cartel quizá dijera: Adiós. Un cielo rojo, crudo, otoñal. Esta mañana leí la información meteorológica en el reverso de la primera página del diario. La hora de las mareas en Hell Gate, la temperatura en Elkins, Roanoke y Detroit. Veinte grados en Denver. Mejorando en el sudeste, vientos del sur cambiando a vientos del norte. Mañana: buen tiempo, con temperatura normal para la estación. Bajo las sombras de las vigas y las arcadas. Pasan zumbando ante las ventanillas. Veo las chimeneas rojas de los barcos. Y la gorra verde del chofer.

—Perdóneme, muchacho. ¿Pero no he visto su cara en alguna parte? ¿Usted no es famoso?

—No.

—Juraría que conozco su cara.

Christian se hunde en el asiento. Desfigura a tal punto su expresión que ni siquiera la madre de Hephzibah lo reconocería. A pesar de todas la fotografías que tiene. De Christian en cueros. Mientras subimos por esta pendiente, rumbo al puerto. Y cuando volví con mi traje de etiqueta al pueblo de Yonkers, junto al río. El dueño de la

tienda me dijo que le había estropeado la ropa y no me devolvería el dinero. Con la cara blanca me dijo que era el mejor traje de su colección y que estaba hecho andrajos.

—Eh, un momento. Ya lo sé. Lo sabía. Lo único que tenía que hacer era darme un golpe en la cabeza. Yo lo recogí en el puerto hace un año. Soy muy útil para la policía. Jamás olvido una cara. Lo llevé a la casa de la abuela Grotz, antes de que la mataran. Usted no tenía adonde ir. Vaya, qué le parece. Esta sí que es una coincidencia.

—Sí.

—¿Y adónde va ahora? ¿Un crucero? Las cosas han de haberle ido muy bien. Claro, aquella vez, en cuanto lo recogí pensé: Este tipo encontrará un buen empleo y ganará mucha plata. No quiero meterme en lo que no me importa. Pero es así como se hace la historia.

En la corriente de automóviles. Pasan ante los barcos que esperan. Más allá, del otro lado del Hudson, las empalizadas. Las veía desde las ventanas del doctor Pedro. Que están allá, en lo alto, hacia la izquierda. Donde el doctor Pedro toca el violín y quizá friega el piso. Pensando con desdén en sus imbéciles. De los que ya hay uno menos.

—Claro que lo reconocí. Le conté acerca de mi veterinaria. Porque no quería ofender a la gente. Es un mal eso de no querer ofender a la gente. Me cago en cualquiera que se proponga destruir a los demás. Hace tres meses estuve a punto de morir. Tenía una perforación intestinal. De tanto preocuparme. Porque soy humano. No quiero que nadie vuelva a saber de mí. Porque pensar en los demás acabará liquidándome. En esta ciudad uno se encuentra con un montón de tipos que se dan aires de pertenecer a la alta sociedad. Tipos que esperan una hora entera, totalmente ignorados, sin ser nadie, solo para ser alguien durante un minuto, agotando la paciencia de algún figurón que no tiene el menor interés en escucharlos. Pero además están los otros. Las relaciones. Los que se empeñan en demostrar que son amigos íntimos tomándose todo nuestro whisky y comiéndose toda nuestra comida. Así que yo pregunto una cosa: ¿de qué sirve tener semejantes relaciones?

Un portazo al bajarme de este taxi a cuadros blancos y amarillos. Frente a la arcada de esta gran entrada de piedra. Hay muy poca gente. Debajo del vidrio y del acero. Mis pisadas sobre el muelle de madera. Deslizo mi pasaporte frente a un hombre sentado en un puesto helado. Subo al barco. Con un sello estampado en una página verde. Mes y día de la partida. Y después todos aquellos mozos se amontonaron a mi alrededor. Desviviéndose por servirme. Mientras yo me entibiaba al sol de las sonrisas de Charlotte. Despachándome los vinos, los coñacs, las crêpes suzette. Hasta que por fin. Vestido con aquel frac. Fumándome un cigarrillo manufacturado por Mott. Levanté alegremente los brazos. Me desperece satisfecho. Y dije: Pueden

matarme. No tengo con qué pagar la cuenta.

Y pregunto:
Dios, por favor,
por qué encuentro
dolor en una fuente
y placer
en una cuchara

El barco se aleja del muelle. Gaviotas posadas en los cordajes. Los gallardetes flamean y las olas dicen adiós desde la costa. El conductor del taxi dijo: Quizá volvamos a encontrarnos. Y no quiso aceptar la propina que le ofrecí. Ahora camino bajo los botes salvavidas. Bien engrasados y listos para bajar. La sirena del barco. Me hace correr un escalofrío por la espina dorsal. Mientras el remolcador nos lleva mar adentro. Cuando partimos de un lugar que pertenece a otro es como si saliéramos de la nada. Me siento en el salón de segunda clase. Después de pasearme por este barco de dos clases con el corazón saltándoseme por la boca. Marigold, la que conocí en el bar de la Sexta avenida. Sosteniendo un espejo, mirándose en él, empolvándose la nariz. Yendo hacia el este conmigo, huyendo de esta ciudad llena de siniestras coincidencias.

El barco gana velocidad. El sol es un globo rojo. Mira tras los velos que envuelven la ciudad. Un día que se oscurece como los moribundos. Cientos de miles de ventanas apiladas. Veo los desfiladeros. De las calles transversales. Avenidas que se hunden entre edificios deslumbrantes. Hacia el centro de la ciudad, llevadas por la marea. Mis dedos tocan estas barandas de madera bien fregadas. En la popa del barco. La brisa en mi cara. El primer aroma del océano. Que me aguarda más allá de los Narrows y de Sandy Hook. Un reflejo de luz. Sobre un techo que me envía el destello de un adiós.

Christian apoya la cabeza en las manos. La gris turbulencia de las aguas del puerto. Se tornan blancas como muslos contra los flancos negros y escarpados del barco. Suena una campana. ¿Por qué estás parado aquí? Con tus viejos pesares, tus viejas esperanzas. Silencioso e inmóvil. Escuchando. Un grito. Nunca me oirán. En las tierras bajas de Brooklyn. En las catacumbas bajo las colinas del Bronx. Cuando era chico, abandonado en la casa desconocida de unos padres postizos, salía por las tardes a jugar en las calles. Y contaba a todos los demás chicos un cuento de hadas en Nueva York. Contaba que mi padre era un magnate y mi madre una princesa. Y era como una pálida luz otoñal. Por la cual Fanny me llevaba de la mano. No muy lejos de Mount Kisco. Fanny me atraía hacia ella. Junto a un muro de piedra gris. Las vacas aplastaban manzanas caídas. Bajo las hojas que casi

rozaban el suelo. Y el dulce jugo les chorreaba de las quijadas.

Una saliva
blanca
y hermosa

Otros títulos de Compañía Naviera Ilimitada

Otros títulos de Compañía Naviera Ilimitada

Una casa llena de gente, una novela de Mariana Sández

Algunas familias normales, cuentos de Mariana Sández

Transradio, una novela de Maru Leonhard

Una presencia ideal, una novela de Eduardo Berti

Hasta encontrar una salida, una novela de Hugo Salas

El libro del verano, una novela de Tove Jansson

La verdad increíble, una novela de Tove Jansson

Juego limpio, una novela de Tove Jansson

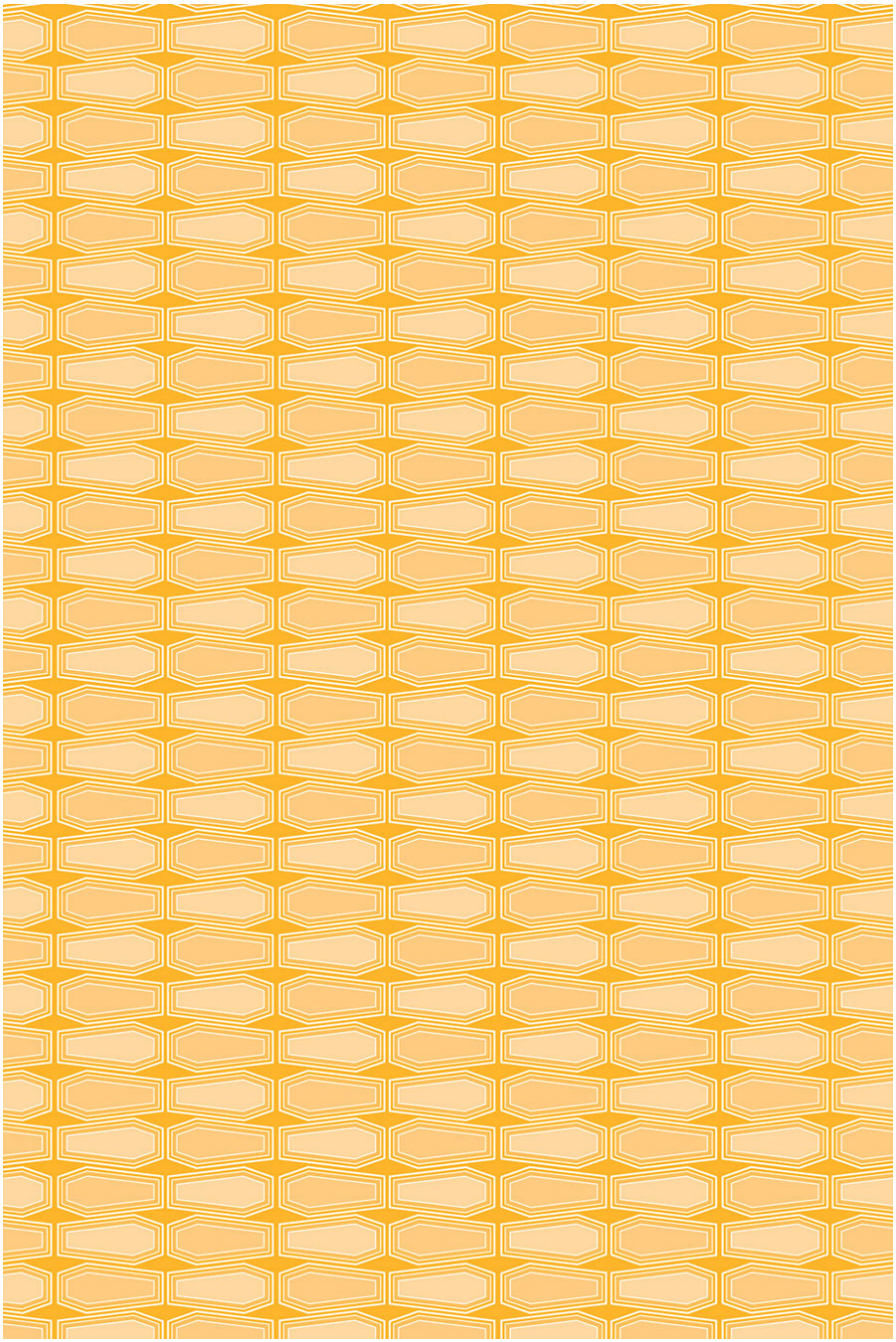
Lluvia y viento sobre Télumée Milagro, una novela de Simone Schwarz-Bart

Marionetas, una novela de Alex Pheby

Un hombre sin patria, ensayos de Kurt Vonnegut

El último teorema de Fermat, un libro de divulgación de Simon Singh

Corazones estallados. La política del posthumanismo, un ensayo de J. P. Zooey



Mapa de navegación

Tapa
Logo
Sobre el libro
Sobre el autor
Sobre la editorial
Portada
Legales
Cuento de hadas en Nueva York
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

Otros títulos de la editorial
Imagen final